

PARA ATRAPAR AL ASESINO DEL FUEGO
SOLO HAY UNA SALIDA: ATRAVESARLO.

EL CÍRCULO DE CENIZA



JAVIER LERÍN

Javier Lerín

El círculo de ceniza



*Para el nuevo latido
que acabo de escuchar*

Esta es una obra de ficción.
Cualquier parecido con personas,
empresas, organizaciones o hechos reales
es pura coincidencia.

Primera parte

En mi opinión, la existencia de la vida
es un fenómeno altamente sobrevalorado.

Doctor Manhattan en *Watchmen*,
de Alan Moore

*Zizur Menor, afueras de Pamplona.
Presente*

Un hilo de sangre resbala por la frente de Martín Salaberri, que no hace nada por impedirlo. Hasta hace un momento conducía el camión de bomberos con el que ha doblado una señal de ceda el paso antes de empotrarlo en el seto de un chalet de Zizur Menor, a las afueras de Pamplona. El bombero permanece callado, agarrando con fuerza el volante, pese a que el motor se ha calado tras el golpe.

—¿Estás bien? —le pregunta su compañero Zubi.

Martín continúa con la mirada perdida en la oscuridad de las ramas del seto que abrazan la cabina y oscurecen por completo la luna delantera del camión. Lleva en ese estado cinco segundos; demasiados cuando te encuentras en mitad de una emergencia.

El cabo Goñi se separa el talkie de la boca y levanta el dedo índice antes de hablar:

—Los de SOS Navarra dicen que los vecinos han visto a alguien en el interior de la casa. Ya sabéis lo que eso significa.

—Que, si los salvamos, somos unos héroes, y, si no, unos incompetentes —murmura Martín sin parpadear ni quitar la vista del cristal.

Zubi le da un codazo.

Goñi apremia:

—¿Qué pasa, Salaberri? ¿Piensas dar marcha atrás esta noche o tengo que llamar a otra brigada para que nos saque de aquí?

Raúl y Toño, los otros dos bomberos que viajan en la parte trasera del camión, ríen el comentario de su cabo mientras este se quita el cinturón y se prepara para salir.

Zubi le da un segundo codazo.

—Espabila —susurra.

—Voy, voy —dice Martín, que logra aterrizar de sus pensamientos.

Retrocede el vehículo hasta sacarlo del seto, donde queda un socavón con la forma rectangular de la cabina. Después lo aparca en paralelo al chalet, cerca del camión escala que han traído otros dos compañeros por si el incendio alcanza el tejado o las plantas superiores de la vivienda.

Los cuatro bomberos y el cabo descienden con celeridad. Goñi, Zubi y Raúl se ponen los equipos de respiración. Mientras, Martín observa absorto el hipnótico baile de las llamas que se reflejan sobre el panel transparente de su casco. Algunos vecinos de los unifamiliares adyacentes están parados en la acera. Los brazos cruzados, gestos asustados. A Salaberri le llama la atención el contraste entre los pijamas de colores alegres y el horror del incendio que están presenciando. Un tipo con un albornoz amarillo pollo de los Simpson se queja a Martín y hace aspavientos mientras señala el seto que el bombero acaba de destrozar.

—¡Martintxo, espabila! —grita Zubi al tiempo que corre hacia la entrada del chalet.

Martín prepara el primer tramo de manguera que sale del camión y apura el paso para llevarlo hasta la puerta de entrada de la finca, donde esperan sus compañeros. A su espalda escucha el sonido de la ambulancia que acaba de llegar y, al final de la calle, alcanza a ver el coche del médico de zona acercándose.

—No sé qué te pasa últimamente —le recrimina Zubi—. No estás a lo que tienes que estar.

Él no responde, levanta sus ojos marrones para observar de nuevo las llamas.

—A ver, la parejita. ¿Estamos listos? —dice el cabo Goñi por la radio mientras se pelea con la configuración de la cámara térmica. A su lado espera también Raúl, que porta la mochila de ataque.

Las llamas danzantes que salen de las ventanas de la planta baja de la casa se asemejan a un sol terrenal que ilumina la noche de un color rojo, cálido pero a la vez amenazante. Su resplandor se mezcla en mitad de la calle con la luz fría de la sirena del camión.

El calor es tan fuerte que los bomberos pueden sentir cómo se les cuece y estira la piel de la espalda.

Raúl y Zubi comprueban el manómetro que regula el aire y levantan el dedo pulgar en dirección al cabo.

—Perfecto, vamos —ordena Goñi—. Recordad, puede que la familia esté atrapada en el interior. Primero tratamos de encontrar supervivientes, después nos ocupamos del fuego.

Dos de las cuatro ventanas de la planta baja vomitan columnas de humo negro. El incendio no se ha extendido al tejado y parece afectar solo a una parte de la planta inferior, por lo que no necesitarán el apoyo del camión escala.

—Con un poco de suerte, en menos de una hora estamos fuera con todos los supervivientes —comenta Zubi.

Martín niega con la cabeza, aprieta los labios bajo la máscara; presiente que esta noche no será de las que terminan bien.

Zubi observa cómo su compañero comprueba la cerradura.

—La llave está echada por dentro —dice Martín.

—Déjame, no tenemos tiempo para hacerlo a tu manera.

Martín es de manos finas y diestras, de técnica pulcra a la hora de forzar cerraduras. De tratarlas como un juego o un reto que tiene que superar.

Pero Zubi no.

Zubi es el práctico de los dos.

Zubi pesa cien kilos.

Salaberri se aparta para ver cómo su amigo corre y abre la puerta con una embestida que le recuerda a un rinoceronte.

—Para dentro —dice el cabo Goñi mientras comprueba la pantalla de la cámara térmica. Después mira de nuevo hacia las llamas que salen de las ventanas—. Vamos a necesitar apoyo desde fuera, Salaberri.

Martín asiente y se dirige al camión, donde espera Toño para preparar una segunda manguera con la que combatir el fuego desde el exterior mientras sus compañeros entran en el domicilio.

Los tres bomberos avanzan a tientas entre la oscuridad provocada por el humo negro que ocupa el recibidor del chalet. Caminan agachados, casi en cuclillas, pegados a la pared para tener una

referencia que seguir. Palpan, abren puertas, en busca de supervivientes.

—Según este trasto, el único fuego está al fondo —dice Goñi mirando la cámara térmica—. Había dos ventanas con llamas, así que debe de tratarse de una estancia grande.

—¡El salón! —grita Zubi, que se esfuerza por arrastrar la manguera llena de agua por la vivienda. Pesa mucho y se atasca con los marcos de las puertas y los muebles.

—Recordad: primero nos aseguramos de que no queda nadie dentro —insiste el cabo.

—Después cerramos la puerta para confinar el fuego y que se extinga por la falta de oxígeno —sigue Raúl.

—No servirá de nada —afirma Goñi con el aliento acelerado por el esfuerzo—. Las ventanas están rotas.

En el exterior, Martín se acerca con la segunda manguera hasta la fachada del chalet y apunta hacia una de las ventanas desde la que salen llamaradas. El humo negro asciende hacia el cielo y se mezcla con la danza anaranjada del fuego. Si alguien se encontraba dentro de esa estancia, es imposible que haya sobrevivido.

Pero, justo cuando se dispone a lanzar agua, una especie de eco resuena en los oídos de Salaberri.

Se queda petrificado frente al chalet. Baja la manguera y mira hacia las llamas en busca de respuestas.

Vuelve a sonar.

Es un grito.

Más bien un susurro fuerte en el oído que lo estremece porque suena a amenaza.

—No puede ser... —murmura para sí mismo. Se gira hacia Toño y los dos compañeros que esperan frente al camión escala—. ¡¿Lo habéis oído?!

—¡¿El qué?! —grita Toño.

—¡Ven, estás demasiado lejos! ¡Aquí!

Toño llega corriendo hasta su posición.

—Joder, esta casa es un horno —se queja con la cara iluminada al sentir el calor más cerca.

—¿No lo has oído?!

—¿El qué?

—¡Hay alguien en el interior!

—Martín, qué dices. Es imposible.

—Sujeta esto —dice Salaberri mientras le da la manguera.

—¿Qué vas a hacer?

Echa a correr.

Zubi siente el chorreo del sudor en la espalda y le falta el oxígeno a causa del esfuerzo que supone cargar con todo el equipo bajo el infierno extremo que los rodea. Jamás logrará acostumbrarse a respirar a través de esas máscaras.

Goñi señala una puerta doble al final del recibidor. Está cerrada.

—Es ahí.

Raúl golpea con la suela de su bota a media altura, justo en la intersección entre ambas puertas, que se abren de golpe, como si estuvieran en un salón del Oeste. Los tres bomberos se convierten en las sombras de tres *cowboys* rodeadas de llamas y humo negro.

—¡Bomberos! —grita Goñi—. ¿Hay alguien?!

Raúl sujeta la lanza de agua en las manos y apunta.

—¡Bomberos! —repite Zubi.

Una lengua larga de fuego se asoma con furia y está a punto de lamer a los tres hombres, que se agachan rápidamente para esquivarla.

Zubi se cae al suelo mientras gira la cabeza para protegerse el rostro de las llamas. El calor le hace sentir que la máscara está a punto de derretirse.

—Me cago en mi puta vida —maldice.

—Salaberri, ¿puedes oírme? —dice el cabo por radio—. Necesitamos que nos des más presión. ¿Salaberri?! ¿Dónde se ha metido este ahora?!

Martín vuelve al camión y se pone el equipo de respiración.

—Cúbreme, Iñaki, por favor —le pide al segundo compañero que esperaba junto al camión escala—. Vete dándoles agua y presión según lo pidan por radio y lleva el ventilador a la puerta para cuando haga falta.

—Pero ¿dónde vas? Goñi no ha pedido que entremos más bomberos —dice él sin entender nada.

—Tú cúbreme, hostia.

Martín accede a la casa y enseguida se ve envuelto por una nube de humo negro. No logra ver nada que se encuentre a más de diez centímetros de su cara. La sensación de agobio se incrementa cuando comprueba que el equipo de respiración no fluye como debería. Apenas un hilo de aire que se hace insignificante al lado del dióxido de carbono que lo rodea.

Empieza a toser.

—¡Zubi! ¡¿Dónde estáis?!

No escucha respuesta.

Tropieza con una especie de serpiente gigante y cae de bruces contra el parqué de madera. A la altura del suelo hay menos humo, lo que facilita la visibilidad. Entre toses y sudores, levanta la mirada: el objeto con el que acaba de trastabillar es la manguera de sus compañeros.

La sujeta entre los guantes y la sigue a tientas en la oscuridad claustrofóbica del humo hasta alcanzar a sus compañeros.

—¿Qué cojones haces aquí, Salaberri? —grita el cabo Goñi.

Zubi le mira mientras niega con la cabeza.

Martín se incorpora de cuclillas para igualar a los otros tres bomberos. El equipo de respiración sigue sin suministrar el aire necesario.

—¡He oído un eco!

—¿Un qué...? —pregunta Zubi.

Se quita el equipo de respiración.

—¿Qué haces?!

—¡Hay alguien dentro, Zubi! —grita él a la vez que tose.

Salaberri se cubre la cara con el antebrazo y entra en el salón sin pensar en las consecuencias.

Zubi ve desaparecer a su amigo entre las llamas.

—¡Martín! ¡Joder! —grita. Después busca soluciones en los ojos de su superior, que está a su espalda.

—¡Agua! ¡Vamos! —ordena por radio Goñi mientras da un par de palmadas en la espalda a Raúl para que se prepare.

Raúl activa la lanza de agua y comienza a regar la estancia.

—¡Martín! —exclama Zubi.

La única respuesta que obtiene es el crepitar del fuego y el sonido del agua al golpear los muebles de la estancia para convertirse en vapor.

Tardan unos minutos en apagar el fuego lo suficiente como para poder entrar sin poner en riesgo sus vidas.

—¡Martín, responde, joder! —insiste Zubi mientras avanza hacia el interior del salón.

—¡Salaberri! —grita Raúl, que sigue disparando agua contra una hoguera de dos metros que arde en una esquina de la estancia.

—Despacio —ordena el cabo Goñi.

El porcentaje de color anaranjado de las llamas comienza a disminuir en favor del negro del humo y las paredes tiznadas.

—¡Martín! ¡No te veo!

Ambos bomberos y el cabo se esfuerzan por arrinconar las llamas cuando, de pronto, Zubi encuentra el cuerpo de su compañero tirado en el suelo.

Corre hacia él.

—¡Martintxo!

Salaberri tose al tiempo que su compañero le ayuda a incorporarse.

—Estoy bien, estoy bien —dice, todavía encorvado, mientras levanta la palma de la mano para pedir calma.

Zubi se pasa el brazo de su amigo por los hombros para ayudarlo a caminar.

—¿Se te ha ido la olla? Que hicieras estas cosas hace años, vale, pero ahora tienes una hija.

—Te prometo que he escuchado una voz. Ha sido extraño, no parecía venir del interior del salón, la he sentido como un susurro en el oído. ¿Recuerdas que me pasó lo mismo hace dos años en la casa Otazu?

—No me jodas, Martintxo. No empieces con ese tema otra vez —dice su amigo.

—Sal del salón —le ordena el cabo sin mirarle cuando pasa a su lado, mientras continúa apagando el fuego—. Y tú, Zubi, vuelve en cuanto lo saques y ayúdanos a Raúl y a mí a terminar con esto.

Transcurridos treinta minutos, a ambos bomberos solo les restan por apagar las brasas provocadas por la combustión de lo que queda de una librería de madera enorme que ocupa una de las paredes de la estancia.

Martín entra de nuevo con otro equipo de respiración. Avanza entre toses que expulsan el regusto amargo a humo que han tragado sus pulmones.

Se cruza de nuevo con Goñi, que le da una palmada en el hombro conforme pasa a su lado para salir del salón.

—Tú hoy has decidido no hacerme ni puto caso, ¿no? Luego hablamos —dice muy serio—. Ahora tengo que atender a los de fuera.

Martín tose de nuevo y observa la estancia. El lugar es un desierto de arena negra. Las paredes, lo poco que queda de los muebles cercanos al extremo, donde se produjo el foco del incendio, todo ha quedado carbonizado.

Excepto el centro del salón, que no ha llegado a convertirse en ceniza. Y es ese punto el que perturba al bombero.

—Activad el ventilador. Necesitan aire allí dentro —escucha decir al cabo por radio. Martín supone que este ya ha salido a la calle.

Salaberri se retira el casco y la máscara sin detenerse a pensar en que todavía no han saneado el aire de la estancia como es debido.

Se acerca con pasos cortos y lentos. Esquiva una lámpara que ha debido de desplomarse al suelo cuando el calor ha provocado el derrumbe de parte del falso techo. Le recuerda a una araña muerta.

Sus ojos de bombero, enrojecidos a causa del humo, están entrenados para convivir con el horror más cruel. Incendios, accidentes, suicidios. Esta misma semana, ha extraído el cadáver de una mujer del amasijo de hierros de un coche.

Pero la escena que tiene delante sorprende a su experiencia.

Se trata de un círculo.

Un círculo siniestro formado por cuatro sillas de metal deformadas por las llamas.

Sobre ellas hay cuatro cuerpos carbonizados, inclinados sobre sí mismos. Diminutos.

Huele a carne quemada.

—Me cago en mi puta vida —suelta Zubi—. ¿Son niños?

—Esos dos sí —confirma Martín, y siente cómo le tiemblan los dedos dentro del guante mientras señala dos formas negras pegadas a sendas sillas metálicas—. Los otros dan la impresión de ser niños porque el calor y la carbonización han provocado que disminuya el tamaño de sus cuerpos. ¿No recuerdas el caso del conductor de autobús de hace seis años? Era un adulto, pero su cabeza se había reducido hasta ocupar el volumen de la de un niño de doce años.

Martín se acerca a la víctima de mayor tamaño y se agacha para igualar su altura.

—Supongo que era el padre —dice mirando los músculos faciales tiznados y abrasados. Todavía sale humo de su cadáver. Puede apreciar la rigidez del cuerpo, su piel reseca y ennegrecida; si la tocara con las uñas, sonaría dura. Uno de los brazos se ha desprendido del cuerpo y está en el suelo, a medio deshacer.

Martín cierra los ojos, se seca el sudor de la frente con el dorso del guante.

—Lo que más me llama la atención es que los cuatro permanecieran sentados mientras el salón ardía a su alrededor —dice Zubi.

—Lo más probable es que murieran antes, ahogados por culpa del monóxido de carbono.

—¿Con la que se ha formado aquí? ¿Sin tratar de huir? —replica Zubi.

Martín niega con la cabeza; su amigo y compañero tiene razón. Ambos bomberos se quedan en silencio tratando de unir unas piezas que no encajan en sus mentes.

Siente un mareo.

Esta casa, estos cadáveres, estas sensaciones extrañas son una especie de *déjà vu*. La última vez que experimentó una percepción similar fue hace dos años, cuando colaboró en la extinción del

incendio de la casa del nadador olímpico Imanol Otazu. Un caso que conmocionó a todo el país.

—¿Y si hubo alguien más en este lugar? ¿Y si el incendio fue provocado? —pregunta Martín. Después observa los montones de ceniza negra y hollín que hay sobre el parqué del salón. Se plantea si algunos de esos restos quizá estén formados por polvo procedente de cuerdas o cables que pudieran servir para atar a esas personas a sus sillas contra su voluntad. Pero es imposible encontrar nada que asegure esa conclusión.

—No te montes películas, lo nuestro es apagar fuegos —dice Goñi, que acaba de volver a entrar en el salón—. Eso lo tendrán que decir los de la científica. Recogemos. Les voy a decir que ya pueden pasar. Zubi, Raúl, conmigo.

Tras comprobar que se ha quedado solo, Martín se arrodilla con cuidado en mitad del círculo. Siente el calor intenso del suelo en las piernas. Después cierra los ojos e inspira como si se tratara de un monje budista en un monasterio japonés. Solo que, en vez de incienso, en este salón flota un humo rancio y áspero. Se parece al olor que deja una fogata, pero es más acre y penetrante, y tiene matices químicos de la pintura, los plásticos derretidos y los cuatro cuerpos chamuscados.

—¿Qué ha sucedido realmente en este lugar? —susurra.

Se concentra hasta dejar de escuchar las voces de los vecinos, las sirenas de la ambulancia y los coches de la Policía del exterior.

Entra en una especie de trance en el que comienza a imaginar los minutos que antecedieron al desastre que lo rodea.

El padre con insomnio se prepara un vaso de leche en la cocina mientras su familia duerme en sus respectivas habitaciones. De pronto, cree ver una sombra que cruza por el pasillo. Deja lo que está haciendo, agarra un cuchillo del cajón y sale a comprobar si solo ha sido una mala jugada de su imaginación, cuando...

—Déjate de polladas zen y ayúdame a recoger la manguera —le interrumpe Zubi sacándolo de su ensimismamiento.

Martín abre los ojos de golpe y se ve de rodillas rodeado de los cadáveres. Exhala todo el aire que guardaba en los pulmones.

—Ya está el ingeniero. ¿No te aburre ser siempre tan realista y pragmático? —dice Martín mientras apoya el guante en el suelo para levantarse.

Al hacerlo, nota un bulto entre los dedos.

Un objeto pequeño, semienterrado en ceniza, en el centro del círculo que forma la familia. Destaca en medio de ese escenario oscuro porque es de color blanco.

Lo coge con sus guantes y sopla para retirar la capa de hollín que recubre la mayor parte de la superficie externa.

Es un recipiente de cerámica de unos tres centímetros de alto por dos de ancho. Tiene una pequeña tapa que retira sin ningún esfuerzo.

—¡Venga, Martín! Necesito una mano aquí —insiste Zubi mientras se aleja a su espalda.

Él no responde.

La cerámica es uno de los pocos materiales que a altas temperaturas, incluso en contacto directo con las llamas, no se derrite.

Se pregunta si no es demasiada casualidad que aparezca un objeto ignífugo en el centro de ese círculo cadavérico. ¿Y si esa persona que supuestamente ha provocado el incendio lo ha dejado allí adrede?

Observa la tapa; después, el interior del recipiente. Está vacío.

Se acerca el objeto cerámico a los ojos y lo estudia de nuevo; esta vez lo enfoca con la linterna.

La luz revela varias marcas pequeñas.

Trata de examinarlas.

Son tres letras mayúsculas grabadas sobre la superficie del fondo del recipiente.

Forman un nombre:

JON

Martín mira alrededor de nuevo, como si fuera a encontrar respuestas en el infierno silenciado en el que se ha convertido esa habitación de paredes cubiertas de tizne. Mira a la familia

carbonizada, de piel ceniza y volumen reducido, de cuencas oculares y músculos abrasados, sentada en esas sillas a medio fundir.

Está dentro de un crematorio.

No se trata de un incendio fortuito. La escena que tiene delante ha sido premeditada y planificada.

Luego susurra para sí mismo:

—¿Eres tú otra vez, Jon?

*Zizur Menor, afueras de Pamplona.
Presente*

Yo ya había matado antes.

No es eso lo que me ha puesto nervioso, sino que esta es la primera vez que lo hago con mis propias manos.

Cuando ejecutas la orden desde la distancia, con la protección que ofrece un mensaje de texto o una llamada, los que se manchan las manos son los que deben pensar en cómo van a llevarlo a cabo. En cambio, preparar tus movimientos te hace descubrir la cantidad de variables inesperadas que pueden hacer que todo salga mal.

Había estudiado el lugar, la hora adecuada para evitar testigos, las posibles salidas por carreteras y senderos en caso de que las cosas se complicaran.

Había elegido a la familia que iba a morir quemada.

Porque debía ser una familia entera para que mi obra llamara la atención que necesito.

Antes de prenderle fuego al salón, he escondido la moto detrás de unos arbustos en el camino rural que une las localidades de Zizur Menor y Zizur Mayor.

Tras llamar al timbre, la hija mayor ha abierto la puerta principal. He retirado la bufanda que escondía las cicatrices de mi rostro y he sonreído. Ella ha gritado.

La he golpeado en la cara. Cuando se ha girado a causa de la inercia del puñetazo, he aprovechado para agarrarla por la espalda y apoyar mi cuchillo de poda en su yugular, sin llegar a clavárselo.

El primero en acudir al grito de socorro de la chica ha sido su padre, que estaba en la cocina. Después, la madre y el hermano pequeño. Enseguida han entendido que lo mejor era obedecer.

He cerrado la puerta con llave. Los he conducido al salón, he sacado el material de la mochila y les he pedido que dispusieran cuatro sillas en círculo. Se han sentado y la hija los ha atado a ellas.

—Sin rechistar si no queréis ver cómo se vacía la vida de vuestra hija —les he dicho amenazando con cortarle el cuello con el cuchillo.

—Llévate lo que quieras, pero no nos hagas daño —ha repetido la madre.

—Ojalá fuera tan sencillo —he replicado. Los dos progenitores se han mirado entre ellos desconcertados.

He atado a la chica y, sin quitarme los guantes, he dejado el recipiente de cerámica blanca en el centro.

Les he inyectado una dosis de ketamina a cada uno para que no se movieran ni rompieran el círculo.

Después he rociado la estancia con los líquidos que llevaba en la mochila: una botella de etanol y dos de aceite de oliva.

Una cerilla es tan frágil que puede partirse entre las yemas de dos dedos. Pero, al mismo tiempo, tiene la fuerza y la crueldad para arrancar un incendio y llevarse cuatro vidas inocentes por delante.

Debo decir que la experiencia me ha... ¿gustado? «Llenado» es la palabra adecuada. Matar te otorga poder. No hay nada igualable a tener la vida de otra persona entre los dedos.

Mientras caminaba calle abajo hacia la moto, antes de que las llamas de ese salón pudieran verse desde el exterior, he sentido una fuerza irrefrenable dentro de mí.

Necesitaba verlo con mis propios ojos para asegurarme del resultado final.

Así que he saltado la valla de una de las casas de la misma calle que también tenía controlada. Sabía que sus únicos habitantes eran una anciana y su gato.

Y aquí estoy.

Sé que tardarán días en encontrarla.

Paso por encima del cadáver de la anciana y coloco una silla frente a la ventana de la buhardilla que da a la vivienda a la que he prendido fuego.

Me ha llevado un rato forzar la puerta de atrás antes de golpear a la señora, por lo que los bomberos ya han tenido tiempo de apagar

el incendio. Abro la ventana y escucho las voces de los vecinos en la calle. La luz del ático de la anciana está apagada; si alguien mirara hacia aquí, no podría distinguirme entre la oscuridad.

Uno de los bomberos, el que parece el jefe, habla con la Policía Foral mientras dos compañeros, un tipo enorme y otro muy delgado, recogen el material.

Entonces presencio un evento que me cabrea.

El bombero delgado está mirando un objeto que tiene en la mano y que conozco bien.

Se trata de mi recipiente de cerámica blanca.

Mierda. Esto no debería estar pasando.

Le da varias vueltas con los dedos mientras lo examina. Después mira a ambos lados y se lo guarda en el bolsillo. No me parece que tenga ninguna intención de dárselo a un agente de la Foral.

¿Por qué? ¿Por qué se lo queda?

He dedicado meses a prepararlo todo.

Hoy debería haber encontrado el recipiente la policía. En los próximos días, la investigación se haría pública a la prensa con cierta ayuda y el país entero leería el gran titular del año: «Jon vive».

Pero este imbécil acaba de cambiar las cosas.

Me va a obligar a improvisar. A repensar mis pasos siguientes.

Cuando el bombero delgado se pone de frente, le saco una foto con el móvil. Está oscuro y el *zoom* disminuye la calidad de la imagen, pero se aprecian sus rasgos.

Observo su rostro en mi teléfono. Me pregunto cómo se llamará el hombre que acaba de arruinar mi plan.

Quizá deberíamos conocernos.

Pamplona. Presente

—¿Estás segura?

Blanca Monreal reduce la velocidad y aparca su Audi A3 recién estrenado bajo un sauce llorón. Escucha las puntas de las hojas del árbol que rozan el techo del coche. Apaga el motor al tiempo que piensa en lo deprimentes que son los sauces. Esas ramas abatidas, desanimadas, viendo pasar los días mientras esperan su caída; esas hojas largas y estrechas con la forma de miles de lágrimas.

Suspira.

Quizá el problema sea ella misma.

—Blanca, ¿sigues ahí?

—Dime —responde de forma mecánica.

—Te preguntaba si estás segura.

El sol de la mañana atraviesa la luna delantera y calienta sus pómulos afilados. No ha parado de adelgazar desde que sobrevivió a aquella experiencia traumática hace dos años. Desconecta el teléfono del manos libres del coche y se lo lleva al oído para continuar la conversación mientras baja la visera parasol y se mira en el espejo minúsculo. Tiene ojeras y la mirada cansada.

—Sí, estoy segura. Vitoria está a solo una hora. Prefiero dormir aquí en Pamplona las dos noches. Total, si hoy me quedara en Vitoria, mañana me tocaría volver de todas maneras para presentar la novela.

Escucha el suspiro de Míriam, su editora, al otro lado de la línea.

—No me refiero a la logística; sé que Vitoria y Pamplona están cerca.

Y ella también sabe qué quiere decir su editora antes de contestar a su pregunta. Tan solo era un intento baldío de esquivar el tema de siempre.

—Sé a lo que te refieres. Todo irá bien —trata de zanjar Blanca.

—Me preocupa que te afecte como...

De nuevo ese tono paternalista y condescendiente.

—Sí, como la otra vez. Lo sé, Míriam. No empieces.

—Te recuerdo que tu vida podría haber sido muy diferente. Estuviste a punto de tirarlo todo por la borda y de dejar tu primera novela incompleta.

«Y tú estuviste a punto de dejar de vender los quinientos mil ejemplares que llevamos hasta ahora y de obtener el ascenso a directora editorial», piensa Blanca, pero no se lo dice.

Ella nunca tuvo en la cabeza publicar una novela. Fue a raíz de aparecer en algunas entrevistas en los medios de comunicación tras lo sucedido en la casa Otazu cuando la editorial se acercó a ella para ofrecerle un contrato con tantos ceros a la derecha como páginas que firmar. Ellos querían aprovechar el tirón mediático y Blanca Monreal necesitaba el dinero para empezar de nuevo.

—Aquella vez volví a Pamplona para documentarme y cerrar la novela. Pero ya no soy la misma que escribió *El crimen de la casa Otazu*. Dos años de terapia me han servido para tener herramientas con las que enfrentarme a todo lo que pasó en ese sótano.

Mientras Blanca pronuncia esas palabras, resuena en su cabeza la voz de su psicóloga, como si le estuviera dictando la frase.

—Tendría que haberte acompañado; al menos en esta fecha en Pamplona —dice Míriam, casi hablándose a sí misma, como si se acabara de dar cuenta de una obviedad.

—¿Para qué? ¿Para vigilarme como a una niña pequeña? ¿Para asegurarte de que no visito a Ainhoa?

—No es eso.

—Ya, claro.

Silencio.

—Sé cuidarme sola, Míriam. Soy de un pueblo de Navarra, viví en Pamplona cinco años, me apetece estar por aquí un par de días. Después de sufrir el horror en esa casa, y sin contar la última vez que traté de entrevistar a Ainhoa para documentarme, no había vuelto a pisar esta ciudad.

—Si te pido que no vayas a ese manicomio no vas a escucharme, ¿verdad?

Blanca se agacha frente al volante y mira hacia el edificio de ladrillos rojos que tiene enfrente. Suspira.

—No lo llames así, es una residencia para ancianos.

—Ancianos con problemas mentales como Ainhoa.

Se trata de una villa construida en los años treinta del siglo pasado para uso particular de un empresario rico de la ciudad, que fue reformada hace cinco años y reconvertida en residencia privada para personas mayores.

—Hay de todo —apunta Blanca—. Escucha, tengo que dejarte, estoy en el aparcamiento.

—¿En el de la residencia? ¿No irás en serio?

—Mira, Míriam. Ainhoa no tiene a nadie más. Soy la única persona que se interesa por ella. Se ha pasado los dos últimos años metida en esta residencia porque yo no me hice cargo de ella. No puedo recorrer el país vendiendo un libro que cuenta su historia y, al mismo tiempo, limitarme a pagar su estancia en este lugar mientras finjo que no existe. Ella no es un personaje ficticio. Mi novela narra hechos terribles que les sucedieron a personas reales. Me siento en deuda con ella por eso.

«Por eso y por muchas otras cosas más», piensa Blanca.

Hay un silencio. Míriam lo rompe con un suspiro.

—Está bien. Prométeme que no te afectará como la última vez. ¿Puedo decirles a los de la librería de Vitoria que cuenten contigo?

Blanca camina hacia el edificio por un camino de gravilla flanqueado por cipreses estrechos y altos. Al fondo hay un muro de ladrillo rojo y una puerta metálica larga que cierra el recinto y que solo abren para permitir el paso de ambulancias cuando es necesario.

—Suficiente, Míriam. Te repito que dejes de tratarme como si fuera una cría.

Blanca sabe lo que su editora está pensando: «Es lo que eres». Pero no tiene ovarios para decírselo.

—Te llamo cuando esté de camino a Vitoria para que te quedes tranquila, ¿vale?

La última frase suena amigable, como un punto y aparte en el tono anterior de la conversación, y ambas se despiden con más afecto del que han mostrado hasta ese momento.

Blanca guarda el teléfono en su bolso de hombro Michael Kors y se detiene frente a la puerta de la residencia Elcano, en Beloso Alto, el barrio con ingresos medios más altos de la ciudad.

—Vamos allá —susurra mientras presiona el timbre. Después mira al suelo y suelta todo el aire de sus pulmones de golpe.

La puerta se abre.

—¿Blanca Monreal? —dice una mujer de pelo corto morado, flequillo recto, bata beige y zapatillas Crocs—. No la esperábamos tan pronto. Pero pase, por favor. No se quede ahí.

Blanca sigue a la mujer y a su sonrisa indeleble hasta el mostrador de recepción, donde aguarda un chico joven que también ríe al verla llegar. La mujer se coloca en su puesto, junto a su compañero, y ambos observan a Blanca con los ojos muy abiertos.

Blanca se encoge de hombros.

—¿Y bien? ¿Por dónde debo ir?

Ambos recepcionistas cruzan una mirada y sueltan una risa cómplice.

—Perdone, Blanca. Es que somos lectores suyos. Yo me comí las quinientas cinco páginas de su novela en solo dos días, y ayer mismo se la pasé a mi compañero Daniel. Le está encantando.

—Esto es culpa suya —afirma Daniel señalándose las bolsas oscuras que cuelgan de sus ojos.

—Muchas gracias —alcanza a decir Blanca. Es incómodo que los encargados de cuidar a una de las protagonistas del libro por el que tiene sentimientos tan contradictorios la admiren de esta manera.

Daniel se agacha y arrastra una bolsa de tela negra que tenía oculta bajo el mostrador. De su interior extrae una novela cuya cubierta le resulta muy familiar a Blanca. En ella aparece la fachada de la casa Otazu de noche, con aire siniestro y la luz del sótano encendida.

—Me da vergüenza pedírselo —le dice dejando sobre el mostrador el libro y un bolígrafo.

—No hay problema —asegura ella.

—Para Daniel —apunta el chico.

—Y Maider —completa su compañera con una sonrisa nerviosa.

Daniel se queda tras el mostrador leyendo la dedicatoria mientras Blanca sigue a Maider por un pasillo acristalado. A través de las ventanas de la derecha, Blanca observa el jardín interior del recinto: arbustos podados con formas redondas, caminos anchos que discurren entre zonas verdes repletas de abetos y bancos de madera. Algunos pacientes caminan, otros están sentados. Tres trabajadores apoyan la espalda en una de las paredes de ladrillo rojo del edificio. Blanca se da por satisfecha: el dineral que le cuesta al mes este lugar parece justificado.

—No veo a Ainhoa.

Sin perder la marcha, Maider se gira y sonríe.

—Está en su habitación. Descansando.

—¿A las once y media de la mañana?

—Ainhoa lleva unos días alterada por... Bueno, ahora se lo explicará la doctora Aguirre. Seguro que se entienden; por lo que sé, usted fue enfermera antes de publicar *El crimen de la casa Otazu*.

—Mi trabajo era cuidar de Ainhoa, pero no tengo la carrera de Enfermería... —murmura Blanca mientras se detiene para mirar por la ventana: uno de los residentes está parado en mitad del jardín, con los brazos colgando laxos, mirándola fijamente con unos ojos soportados por ojeras profundas.

—No le haga caso. Es Josetxo, se pasa los días esperando la visita de su hijo, que nunca viene a verlo. En cuanto hay visitas, las mira con envidia o las confunde con su hijo.

—¿Cómo dice?

El anciano las sigue con la mirada a través de los cristales. Niega con la cabeza.

Maider reduce el paso para caminar a la par de Blanca. Después se inclina hacia ella y le susurra:

—Acláreme una cosa. ¿Es cierto lo que se dice? ¿Jon fue más cruel todavía de lo que usted narra en la novela?

Blanca cierra los ojos y suspira.

—Está bien, vale, vale, no responda —sigue Maider—. Supongo que son cosas que se dicen para vender más libros, ¿no? Marketing.

Todos vimos las noticias hace años, pero de lo que se dijo sobre ese hombre en las tertulias yo me creo la mitad. Es imposible que existiera una persona en la vida real igual a Jon, capaz de hacer esas barbaridades.

Blanca continúa callada.

—Usted estuvo allí y ha estudiado el caso a fondo. ¿Qué piensa de las teorías que aseguran que logró escapar? Hay testigos que dicen haberlo visto en diferentes lugares del país, incluso una señora de Argentina juró que habló con él en una gasolinera cerca de Rosario.

Blanca Monreal mira por la ventana para evitar los ojos de la mujer.

La recepcionista se encoge de hombros.

—Es por aquí —indica Maider. Se detiene frente a una puerta y extrae una llave del manojito que cuelga de su cinturón.

Otro pasillo se abre frente a ellas. Es sobrio, más oscuro que la zona que acaban de atravesar. Blanca siente un escalofrío.

Ambas caminan con premura hasta la tercera habitación de la izquierda, como si ninguna de las dos quisiera estar allí mucho tiempo.

—Es esta. Yo le abro, pero tengo que cerrar una vez que se encuentre dentro, son las normas de la casa. A Ainhoa le toca visita médica, así que enseguida vendrá la doctora Aguirre. Yo estaré aquí mismo, ¿vale?

Blanca escucha voces en la habitación contigua. Supone que la doctora está haciendo una ronda rutinaria para atender a los pacientes de esa zona de la residencia.

—No recordaba que mantuvieran aislados a los enfermos de alzhéimer —señala Blanca.

—Ainhoa no es peligrosa, pero hoy está muy nerviosa. Por eso la hemos cambiado a esta zona más tranquila. Es temporal. Ella reside en el ala norte del edificio, sin restricciones para moverse. Si tiene cualquier problema, pulse esto. —Le ofrece un dispositivo de plástico con un botón que se asemeja al mando de un garaje.

Maider abre la puerta y Blanca entra a la habitación.

Está oscuro, aunque se cuelan varios hilos de luz diurna por los huecos de la persiana. Es un espacio grande, abaldosado, con una

cama de hospital en el centro de una de las paredes, dos mesillas de noche a los lados, un armario empotrado y un baño privado. Blanca distingue un bulto bajo las sábanas.

Camina hacia Ainhoa y apoya la mano sobre el borde de la cama.

Maider amaga con cerrar la puerta, pero antes asoma la cabeza con una sonrisa nerviosa.

—Disculpe.

Blanca se gira.

—¿Sí?

—¿Habrá segunda parte?

—¿Cómo dice?

—De su libro, me refiero.

—Ah... Ya veremos.

Maider sonríe, satisfecha con la respuesta, y asiente con la cabeza para despedirse. Blanca se gira hacia la cama de nuevo y escucha la cerradura de la puerta a su espalda.

—¿Ainhoa?

Silencio.

—Ainhoa, soy yo, Blanca.

Cree escuchar una especie de gruñido.

—¿Estás despierta? He venido para saludarte.

La anciana se revuelve entre las sábanas. Las pupilas de Blanca ya se han acostumbrado a la oscuridad y distinguen los rasgos desmejorados de Ainhoa. Es increíble lo que ha envejecido en estos dos años. Las cuencas de los ojos se le han hundido como dos cráteres lunares y un velo de arrugas interminables le recorre el rostro.

—Bl... Blanca. ¿Qu-qué haces aquí? —suena cansada, agotada; suena sedada.

—Esta tarde tengo presentación en Vitoria, pero he hecho una parada para verte. Después de las firmas, volveré para pasar la noche aquí en Pamplona, que es la siguiente fecha de la gira. Llevo casi un año de promoción.

—¿Ha-has pre-preparado... la cena? Mi hijo llegará enseguida de... del entrenamiento.

Blanca agacha la cabeza y se queda en silencio. La enfermedad de la anciana ha avanzado sin piedad. Quiere pedirle perdón, pero no sabe por dónde empezar ni si ella será consciente.

—Escucha, Ainhoa. Yo...

La anciana la interrumpe agarrándola del brazo con fuerza.

—Ha estado aquí —dice Ainhoa, que de repente parece despierta, como si en un instante hubiera eliminado de su cuerpo toda la medicación. Su voz suena distinta, más segura, y ahora se puede ver lucidez detrás de una mirada que antes estaba vacía.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunta la escritora.

—Él.

Ainhoa clava las uñas en el brazo de Blanca, que trata de zafarse. Los ojos de la anciana se salen de sus órbitas.

—Tiene la cara quemada y desfigurada. Como si fuera de cera derretida. Pero es él.

El sonido de la cerradura de la puerta llega a los oídos de Blanca desde su espalda.

—Quiere matarme. Quiere matarnos a todos. A ti también. Dice que yo seré la última —susurra Ainhoa sin dejar de agarrar el brazo de Blanca.

La puerta se abre y una mujer con bata blanca entra en la habitación.

Ainhoa suelta el brazo de Blanca. Su mano reposa inerte sobre la almohada.

—Buenos días. Soy la doctora Aguirre.

Blanca se gira y la doctora cambia el semblante al ver su gesto asustado.

—¿Se encuentra bien?

—¿Quién tiene acceso a esta habitación? —pregunta Blanca, nerviosa.

La doctora se demora unos segundos en responder, parece desconcertada.

—Aparte del personal de la residencia, nadie.

—¡Alguien ha entrado! ¿Quién tiene llaves? Hay cámaras por todos lados, ¡revísenlas!

—Cálmese, ¿qué sucede?

Blanca toma aire antes de continuar.

—Me ha dicho que alguien ha entrado a amenazarla. Ainhoa, explícaselo a la doctora.

La doctora Aguirre mira por encima del hombro de Blanca para observar a la residente. Blanca se gira hacia la cama y hace lo propio.

La anciana tiene los ojos cerrados y duerme en silencio.

—Le juro que...

—Le hemos dado un calmante esta mañana. Estaba muy alterada —explica la doctora—. Es posible que la haya escuchado hablar en sueños. Ainhoa sigue obsesionada con que un hombre con la cara quemada quiere matarla. Supongo que lo que vivió en esa casa hace dos años fue tan intenso que esquivó la fragilidad de su memoria y se grabó en ella.

Ambas salen de la habitación. La doctora Aguirre cierra la puerta con llave. Blanca duda si lo que ha sucedido ha sido real o si, por el contrario, como vaticinaba su editora, el hecho de volver a ver a Ainhoa la ha afectado más de lo que preveía.

—Estaba despierta. Hemos hablado un momento —afirma Blanca con voz temblorosa.

La doctora sonríe, condescendiente.

—Teniendo en cuenta la medicación que le hemos administrado, le aseguro que eso no es posible; al menos no hasta dentro de unas horas.

Blanca y la doctora caminan a la par por los pasillos de la residencia hasta alcanzar la recepción.

—Puede dárselo a mis compañeros —dice la doctora señalando el dispositivo con el botón para avisar al personal—. Si se pasa mañana por aquí, espero que Ainhoa esté en mejores condiciones. Cuando está tranquila, es un cielo.

Blanca devuelve el dispositivo a los dos recepcionistas, que le aseguran que mañana no faltarán a la presentación de la novela en Pamplona. Mientras camina entre los cipreses y deja atrás el edificio de ladrillos rojos, se lleva la mano al brazo.

Siente un dolor real cuando se remanga la blusa y palpa las marcas en relieve que las uñas de Ainhoa le han grabado en la piel.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri sale de casa y desciende por las escaleras estrechas de madera que crujen a su paso. Se trata de un sexto piso en lo alto de un edificio antiguo de fachada amarilla, en la plaza del Castillo. Lo heredó de sus padres cuando murieron y, pese a estar en muy mal estado y no tener calefacción, no quiere saber nada de venderlo. Esto le ha costado discusiones interminables con su mujer, Ane, que considera que el piso, pequeño, frío y húmedo, no es el lugar adecuado para criar a la hija que tienen en común, que estarían mejor en el pueblo. Y tiene razón. Pero entre esas paredes desconchadas Martín ha reído, llorado, crecido, jugado, discutido y se ha reconciliado. Para él, deshacerse de esa casa supondría vender sus recuerdos al mejor postor.

Escucha la puerta de la vecina del tercero cuando pasa por delante.

—Hombre, Martín. Qué casualidad. Justo bajaba a echar la basura.

—Justo ahora, ¿verdad? —dice el bombero apoyando la mano sobre la barandilla de la escalera para recuperar el resuello—. «Casualidad» viene de «casual», de «fortuito», Pilar; cuando nos encontramos cada vez que subo o bajo de mi casa, la probabilidad de que sea una casualidad es nula.

—Qué cosas tienes.

—Ya, claro. Ande, deme —dice Martín extendiendo la mano—. Tengo prisa, he quedado con la cuadrilla.

Pilar sonríe y doscientas arrugas nuevas se unen a las incontables que ya poblaban la cara de la anciana. Después se ata la bata rosa con doble nudo y le pide a Martín que espere haciendo un gesto con una mano cubierta de manchas de la vejez. Desaparece por el

pasillo de la casa a base de pasitos rápidos y cortos, con sus sempiternas alpargatas de felpa a cuadros.

—Toma, majico —dice cuando vuelve mientras le da una bolsa de basura—. Es que esto de que no nos pongan un ascensor... Casi todos los que vivimos en este edificio somos ya demasiado viejos para estas escaleras tan empinadas.

Martín asiente al tiempo que se seca el sudor de la frente y de su pelo castaño con el dorso de la mano.

—Y a ti tampoco te vendría mal el ascensor. Has adelgazado, ¿no? —dice Pilar mientras sonríe con maldad—. Ya te digo siempre que tanto deporte no es bueno.

—Un poco —responde él, y piensa que, más que adelgazar, se ha consumido.

Pilar sonríe más fuerte, enseña unos dientes perfectos, recién implantados con los ahorros de toda una vida limpiando casas.

—Hace días que no te oigo bajar a correr con tu perrita.

—Ahora voy muy pronto. Estará usted dormida a esas horas.

Pilar niega con la cabeza porque sabe que miente, que la perra de Martín hace días que no está aquí.

—¿Puedes pasar un momento? El frigorífico hace un ruido raro, me da miedo que provoque un cortacircuitos de esos y se queme la casa. Tú que entiendes de fuegos. Es que yo no me aclaro.

—¿Ahora? —Martín mira el reloj.

—Le sucedió a una señora de Zamora que vivía sola como yo. Se le quemó la casa entera mientras dormía.

Cuando no es el frigo, es la tostadora o la tele. A la anciana siempre se le ocurre alguna excusa para que él entre y le haga compañía un rato.

—Hoy llevo prisa, Pilar. Me están esperando. Se lo miro otro día, ¿vale?

Ella arruga la frente, cuando ya parecía imposible plegarla más.

—Bueno, pero no te olvides.

—Esté usted tranquila, Pilar. Todos los frigoríficos hacen ruido; y el suyo es muy viejo.

—Bueno, bueno..., veremos.

Martín le da una palmada suave y cariñosa en el hombro a la anciana a modo de despedida y comienza a descender las escaleras de madera con celeridad. La bolsa baila de un lado a otro y roza a su paso las paredes desconchadas del edificio.

—¿Cómo puede generar esta cantidad de mierda una señora tan diminuta? —murmura Martín.

—¡Ten cuidado, que todavía se te romperá la bolsa y lo mancharás todo! ¡Y yo no pienso recogerlo! —grita Pilar, como si le hubiera oído.

El bombero sonríe.

—¿Qué tal Laia y Ane? Esta semana no las he visto —escucha Martín a su espalda; la anciana debe de seguir parada frente a la puerta de su casa—. Tengo una chocolatina de las que le gustan a Laia que...

—¡Hablamos otro día, Pilar! —exclama él, ya desde el segundo piso.

Las terrazas de la plaza del Castillo están repletas de gente que desafía a la noche fría que cubre la ciudad. Martín se ata el abrigo y mete las manos en los bolsillos mientras pasa junto al quiosco iluminado que adorna el centro de la emblemática plaza. Bajo su techo azul, una pareja de adolescentes se reparte besos y promesas. Al verlos, Martín recuerda una de esas frases que lleva años anotando en secreto detrás de decenas de fotografías de una vida junto a Ane. Guarda las fotos dentro de una carpeta naranja que esconde en el altillo del armario de su habitación. En este caso, el texto está garabateado a boli tras una instantánea de Ane y él sobre un atardecer de invierno en la playa de la Concha.

Recuerdo 7: los parasiempres no existen.

Solo son verdad cuando se han cumplido y se dicen *a posteriori*; pero, si eso sucede, significa que ya han terminado. Por eso es mejor formular la frase al revés: en lugar de decirte que te querré para siempre, te digo que nunca había querido tanto como en el momento en el que sacamos esta fotografía.

Le cuesta reconocerse en esas palabras desde que surgieron los problemas, se quedó solo en casa y la vida se convirtió en una tarde infinita de domingo.

Sortea a cuatro niños que corren detrás de un balón y baja la calle Javier hasta llegar a la Estafeta.

Los apenas diez metros de ancho de la calle aparentan ser muchos más debido a la cantidad de personas que beben zuritos o tintos, hablan, ríen y comen *pintxos* frente a los bares que la flanquean. El frío antes presente en la plaza se ve desafiado por los edificios, que arropan, y por el calor de la gente que calienta. El olor que emana de cada uno de los bares y restaurantes provoca que el estómago de Martín ruja feroz. Esquiva a las personas que avanzan en dirección contraria y camina deprisa mientras revisa el mensaje que ha escrito hace media hora en el grupo de WhatsApp de la cuadrilla:

Dónde andáis?

Todavía no hay respuesta, y comprueba que tampoco lo ha leído nadie.

En otras circunstancias, su estómago habría temblado al pasar frente al bar Fitero y sus *pintxos* de secreto. Pero lleva semanas sin apetito. Continúa subiendo la calle en dirección a Telefónica. Sus amigos siempre echan la primera ronda en el Txirrintxa, por la cerveza.

Cuando llega al final de la calle, una voz le confirma que estaba en lo cierto:

—¡Martín! —Es Íñigo. Trabaja en la cadena de una de tantas fábricas que suministran piezas de coches a Volkswagen. Camisa de cuadros de leñador, pelirrojo y alto. Está con Zubi, el compañero bombero de Martín, Fermín y June. Entre todos rodean un barril de madera que hace las veces de mesa, frente al bar.

—¿Y el resto? —pregunta Martín a modo de saludo mientras levanta la mano para llamar la atención del camarero del Txirrintxa a través de la ventanilla que da a la calle Estafeta.

—Mayores —dice June. Pelo suelto, moreno, que cae sobre los hombros de la chupa de cuero ajustada que viste hoy. A Martín le recuerda a la época en la que ambos solían tocar juntos en un grupo de punk, hace más de quince años.

—¿Cómo? —replica el bombero.

—Que tenemos treinta y cinco tacos, Martín —afirma Fermín. Tonsura tipo cura pero nada devota, trabaja como director de uno de los tres periódicos más importantes de la ciudad, *La Crónica de Navarra*. Viste camisa lisa y pantalón de pinzas.

—Aitor y María con el crío, Marta ha dicho que madruga mucho mañana —informa June.

—Pues como todos, no te jode —sentencia Íñigo.

—Bueno, todos menos Míster Enero y Míster Julio —dice June mirando a Zubi y a Martín al tiempo que saca bíceps para hacer un posado digno del calendario solidario de bomberos 2026, morritos incluidos.

Ríen.

—Zubi como mucho es Míster Diciembre, el mes de los polvorones y los turrónes —dice Martín.

Todos sueltan una nueva carcajada, incluido Zubi, que le da una colleja a su compañero bombero.

—Mejor eso que lo tuyo, Martín. Te has quedado en los huesos —suelta Fermín, y bebe un trago de cerveza.

—Me he dejado un poco estos meses —responde serio.

Evita decir que el inicio de esa dejadez coincide con la decisión de su mujer de separarse un tiempo.

—¿No os piden un mínimo de forma física? Qué bien vivís los bomberos, todo el día sin currar —suelta Fermín.

—Sácate tú la plaza si te parece tan fácil. Se puede apuntar todo el que quiera, ¿eh? —replica Martín.

Zubi mira a su compañero y hace un gesto levantando las cejas que, en el lenguaje de signos de dos amigos que se han salvado el culo en mil batallas y se entienden sin palabras, significa: «¿Todo bien?».

Martín niega con la cabeza.

—Bueno, ya vale, no empecéis —interviene Íñigo.

—Es este, que no sé qué le pasa hoy. Se ve que está sensible —dice Fermín mientras comprueba su móvil con desdén.

—¿Qué tal Ane? —se interesa June.

—Está en el pueblo, con Laia —responde Martín evitando la mirada de su amiga.

—Últimamente se escapa mucho por allí, ¿no? ¿Tú ya no vas? —inquiére Fermín.

Martín se queda en silencio. Zubi le da un toque con el pie a Fermín, que le mira sin entender.

—Hace tiempo que no coincido con ella —apunta June, que, al igual que Fermín, parece que tampoco sabe nada del tema—. A ver si la semana que viene la llamo para tomar un café.

—¿Os pido algo? —pregunta Martín, tratando de cambiar de tema, mientras se gira hacia la ventanilla del bar, donde ya está el camarero esperando la comanda.

Todos niegan con la cabeza. Íñigo señala su vaso lleno.

—Acabamos de pedir.

Martín paga lo suyo y lo de sus amigos y se incorpora de nuevo al círculo que forman alrededor del barril.

—El apetito lo habrás perdido, pero la sed nunca, amigo. —Íñigo, con una sonrisa, señala el vaso que acaba de dejar Martín sobre la mesa. Le da una palmada amistosa y sonríe, como un abuelo orgulloso de ver cómo se alimenta su nieto.

—Si pierdo eso, preocupaos de verdad —dice el bombero después de limpiarse el bigote de espuma con la lengua—. Necesitaba un trago. Anoche tuvimos un turno jodido.

—Lo del chalet de Zizur, ¿no? Lo hemos sacado en el periódico de hoy —comenta Fermín—. Pobre familia.

—Cuéntales lo que encontraste, Martín —le anima Zubi.

—¿El qué? —pregunta June.

—Nada —contesta Martín, y bebe un trago de cerveza mientras mira hacia otro lado.

—Va, cuenta. No te hagas el interesante —insiste June zarandeando a Martín del hombro.

—No es nada —repite Martín.

June mira a Zubi en busca de respuestas.

—Martín está convencido de que alguien dejó un mensaje en el incendio.

—¿Qué? —replica June.

—¿Cómo que un mensaje? —pregunta Íñigo.

—¿Mensajes para ti? Anda ya, qué chorrada. Tú no cambias, ¿eh? Siempre con la cabeza llena de pajaritos —se burla Fermín, y resopla sin quitar la vista del móvil.

Martín toma aire. Parece que esta noche Fermín se ha propuesto comprobar hasta dónde es capaz de aguantar.

—Martintxo, no te enfades. Todos tenemos asumido que eres un poco peliculero —dice Zubi—. Pero nos gustas así.

—Venga, pues que empiece ya la peli, le voy a dar al Play —bromea Íñigo haciendo como que pulsa repetidamente el botón de un mando a distancia mientras apunta a Salaberri—. No funciona. Le doy y no va.

—¿Queréis callaros y dejar que lo explique? —dice June.

Los tres amigos se quedan en silencio, cerveza en mano, y miran a Martín expectantes.

—Sólo es un recipiente de cerámica —aclara él tratando de sonar lo más aburrido posible para que no sigan preguntando.

Íñigo y June se miran decepcionados. Después miran a Zubi, esperando encontrar más detalles en el otro bombero, que se limita a sonreír.

—Venga ya... No nos dejéis así —se queja June.

Martín niega con la cabeza.

—Yo le digo que tiene que ser una casualidad —explica Zubi—, pero él cree que alguien dejó ese recipiente adrede, para transmitir un mensaje.

—Un bote de cerámica no es ningún mensaje —dice Fermín.

Martín no se aguanta y lo suelta sin pensar:

—Hay un nombre dentro del recipiente.

—¿Un nombre? —pregunta June.

Martín asiente y pide que eso no salga de ahí.

—¿A quién quieres que le contemos semejante secreto? —se burla Fermín.

Martín le fusila con la mirada. Inspira, espira.

—Va, por favor... ¡Dínoslo, Martín! —suplica June.

—Jon.

—¿Jon? —pregunta June.

—Sí, Jon. Solo pone eso: «Jon».

—¿Y quién cojones es Jon? —dice Íñigo.

—¿De verdad no os suena el nombre de nada? —pregunta Martín.

—Debe de haber miles de hombres que se llaman Jon en Pamplona —afirma Fermín.

—¿Es un pirómano que quiere firmar el incendio? —pregunta June —. Igual que hacen los asesinos en serie en las escenas del crimen.

Martín niega con la cabeza. Saca del bolsillo el bote de porcelana y lo enseña. Íñigo y June se inclinan para mirarlo.

—¿Cómo se llamaba la persona que cometió el crimen en la casa Otazu? —pregunta Martín dando una pista.

—¿No me digas que está relacionado con lo que pasó en esa casa? Por favor, cambiemos de tema —pide June—. Cada vez que alguien habla de eso, luego no consigo pegar ojo en toda la noche.

—Se llamaba Jon Egüés —explica Íñigo.

—Menudas películas os montáis. Seguro que es el fabricante de la porcelana. Punto. Anda, dejaos de tonterías y vamos a otro bar —propone Fermín sin quitar los ojos del móvil.

—No es ninguna tontería. Y me estás tocando los cojones esta tarde —dice Martín guardando el bote de cerámica de nuevo en el bolsillo. Bebe de un trago lo que le quedaba de cerveza y deja el vaso sobre el barril de un golpe—. El recipiente estaba en el suelo, en el centro de una sala que había quedado calcinada, igual que la familia que encontramos dentro.

—Vale, vale. Tranquilo, Sherlock Holmes —replica Fermín riéndose.

—Fermín, tío... No te pases —lo reprende June.

Íñigo y Zubi miran hacia el suelo mientras apuran el último trago de sus cervezas, para evitar la tensión de la situación.

—Vamos a cambiar de bar. ¿A cuál os apetece que vayamos? —pregunta June tratando de calmar los ánimos.

—A mí a ninguno —suelta Martín—. Me marchó a casa.

—Si acabas de llegar, no seas así, Martín —dice June, que le hace un gesto de desaprobación a Fermín.

—Estaba de broma, joder —se defiende el periodista extendiendo las palmas de sus manos.

—Estoy cansado. Nos vemos mañana —sentencia Martín dándose la vuelta y enfilando la calle Estafeta.

—Igual que cuando éramos críos, siempre ha sido de mecha corta —escucha decir a Fermín a su espalda. Pero se muerde el labio para no darse la vuelta.

Su amigo se equivoca; no camina cabreado, sino triste. Martín lleva un tiempo vagando entre heridas y caminos rotos, chocando con paredes de desazón que antes no estaban y perdiéndose entre nubes de tormenta. Esquiva a varios grupos de personas que beben cerveza en vasos de sidra y cenan de pie, frente a los bares. Gira a la izquierda en la calle Espoz y Mina y, cuando llega a la altura del bar Gaucho, escribe un mensaje a su mujer:

Ane, cuándo dejamos de ser un equipo? Cuándo nos
alejamos tanto el uno del otro hasta hacer que fuera
tan difícil juntarnos de nuevo?

Pero lo borra antes de enviarlo y, en lugar de eso, escribe:

Ane, qué tal estáis? Laia sigue despierta? Me apetecía
hablar con ella. Estos me han preguntado por ti, ya no
sé qué decirles

Vitoria. Presente

La periodista de *El Correo* posa la mano sobre la rodilla temblorosa de Blanca Monreal e inclina la cabeza sonriendo. Está esperando una respuesta.

—¿Blanca?

Ella levanta la mirada hacia donde se encuentran sentadas las doscientas personas que abarrotan la librería Macondo de Vitoria. Debido al ambiente tenue de las luces, solo alcanza a ver las primeras filas. Sus gestos extraños y los cruces de miradas le inducen a pensar que lleva demasiado tiempo callada. Tiene que responder. Pero no puede porque no ha escuchado la pregunta. Su mente está en otro plano.

Se lleva la yema de los dedos a la herida del brazo, causada por las uñas de Ainhoa. Recuerda las palabras de la anciana, el terror en sus ojos esta mañana al hablar de la visita de un hombre con la cara quemada.

—De acuerdo —dice la periodista, que carraspea intentando mantener la sonrisa—, pasemos a otra pregunta entonces.

Hojea sus folios de anotaciones, los recorre con los dedos a toda velocidad.

—¿No hace demasiado calor aquí? —dice Blanca secándose el sudor de la frente con un pañuelo de papel. Los asistentes se miran los unos a los otros; ninguno parece opinar lo mismo que ella.

—A ver, por dónde iba... Mientras trato de encontrar una pregunta del gusto y nivel de nuestra invitada de esta tarde —bromea, y obtiene las risas del público—, dime, Blanca, ¿qué te parece la decoración de la librería? Nuestros amigos de Macondo lo han colocado todo de esta manera para transportarnos al sótano de esa casa Otazu de Pamplona que tan bien describes en la novela.

Blanca echa de nuevo un vistazo alrededor: las luces tenues generan sombras en dos figuras monstruosas que recrean las que Imanol esculpía en su taller; las paredes de cartón simulan ser las paredes negras del sótano donde sucedió todo y la silueta de Jon a tamaño real, de espaldas con un machete como el que describe la novela, hace las veces de stand en el que han colocado una torre de ejemplares de *El crimen de la casa Otazu*.

—La verdad es que es impresionante —dice la escritora con voz trémula—. Me gustaría dar las gracias a Juan y a Olaia, los dueños de la librería, por el trabajazo. La sala está preciosa.

La periodista se detiene en un folio. Blanca observa que está señalando con el dedo una de las líneas antes de leerla.

—Perdona, sí. Aquí están las preguntas. Dime, Blanca, ¿mantienes el contacto con la madre de Imanol Otazu?

—Bueno, de Ainhoa sé lo mismo que todos vosotros. Lo ha pasado muy mal después de lo sucedido y jamás ha vuelto a ser la misma.

La periodista se pone seria, se inclina hacia Blanca arrugando la frente con gesto compasivo y le apoya de nuevo la mano sobre la rodilla en busca de complicidad.

—Ahora que nadie nos oye —sonríe mientras mira de soslayo a los asistentes—, ¿qué me dices de Jon? ¿Eres de las que creen que sigue con vida?

Blanca escucha murmullos entre el público. La habitación se hace cada vez más pequeña y no contiene suficiente aire para alimentar a sus pulmones sedientos de oxígeno.

En la primera fila hay un chico de unos veinte años que lleva una camiseta negra, probablemente fabricada por él mismo, en la que pone: JON VIVE.

—Todo lo que sé es lo que salió en las noticias hace dos años. No me atrevo a darte una respues...

—Fueron unas circunstancias muy raras, ¿verdad? —interrumpe la periodista—. Si crees que sigue vivo, ¿dónde podría ocultarse? Hoy en día es muy difícil escapar de esa manera después de todo lo que hizo.

—No he dicho que crea que sigue vivo. Yo..., la verdad, preferiría hablar de otra cosa.

La periodista arma una sonrisa, que mantiene a duras penas durante el tiempo que tarda en consultar sus notas de nuevo.

Hace rato que Blanca ha perdido la oportunidad de caerle bien a esa mujer. Y lo peor es que las doscientas personas que asisten a la presentación están de acuerdo con ella.

Doscientos lectores menos para su segunda novela.

—Seguro que Blanca no pretendía contarnos nada hoy acerca de esto; no porque esta tarde esté parca en palabras —otra vez obtiene las risas de los asistentes—, sino porque sé que le da reparo hablar de este tema.

Blanca se revuelve en la silla. No puede parar de sudar. Bebe un trago de agua de su vaso.

—¿Es cierto que parte de los beneficios que estás obteniendo con el libro los dedicas a pagar la residencia privada donde está ingresada Ainhoa, la madre de Imanol Otazu?

Blanca odia que le hagan esta pregunta. De alguna manera, alguien filtró este dato a la prensa y ahora lo sacan a relucir en cada presentación y entrevista. Míriam, su editora, negó tener nada que ver con el tema. Después añadió con media sonrisa que, sin embargo, la noticia había ayudado a incrementar las ventas.

—Esta mañana mismo la he visitado, aprovechando que he pasado por Pamplona.

La periodista sonríe complacida.

—¡Guau! Con lo ocupada que debes de estar. Es impresionante. Bueno, esto se merece un aplauso, ¿no?

Los lectores asistentes rompen a aplaudir.

Blanca agacha la cabeza, toma aire. Siente que le fallan las fuerzas. Se ase con ambas manos a la silla. Mira el vaso de agua, pero está vacío. Le viene a la mente la imagen de Ainhoa clavándole las uñas en el brazo.

La periodista le hace un gesto con la palma de la mano para que observe al público. Quiere decir: «Este aplauso es para ti, Blanca, adelante, disfrútalo. Están esperando a que los correspondas».

Blanca levanta la mirada hacia ellos. En ese instante, la intensidad de las luces de la librería se incrementa hasta el nivel habitual del establecimiento. Blanca supone que los dueños de la librería han decidido que este era un buen momento para terminar la presentación, en alto, con su invitada envuelta en aplausos.

La escritora recorre las caras del público, una a una. Entre sudores, dedica una sonrisa a cada uno de los asistentes. Da las gracias con los labios, pese a que sabe que no pueden escucharla debido a los aplausos.

Una persona llama su atención.

Está en la esquina izquierda del fondo de la sala de presentaciones, al lado de la puerta que conduce hacia la zona de estanterías llenas de libros.

Es como si, por algún motivo que Blanca desconoce, no debiera estar allí. Desentona entre el resto de los asistentes.

Es un hombre con sudadera negra y una capucha que ensombrece su cara. No aplaude, sino que mira a Blanca sin pestañear; o eso intuye ella.

La periodista posa la mano en la espalda de Blanca y la anima a ponerse de pie para despedir a su audiencia. Blanca obedece, pero se tambalea, comienza a ver borroso y le flaquean las piernas.

No puede quitar los ojos del hombre siniestro del fondo.

Los asistentes se levantan y comienzan a salir de la sala. Sus movimientos provocan que el encapuchado se incline un poco, de manera que la luz le alcanza la cara durante medio segundo.

El tiempo suficiente para que Blanca se quede petrificada.

Es como si la piel de su rostro estuviera compuesta de cera derretida. Un montón de cicatrices le recorren las mejillas y el cuello. Su cara es un accidente geográfico. La oreja que no está oculta tras la capucha le cuelga hasta casi rozarle el hombro. Lleva gafas de sol, pero Blanca está segura de que no desea ver qué hay debajo de esos cristales polarizados.

Le parece que sonríe.

Vuelve a recordar las palabras de Ainhoa de esta mañana acerca de su visitante: «Un hombre con la cara quemada y desfigurada».

Un corro de señoras de sesenta años se entromete entre el encapuchado y Blanca para pedirle que firme sus libros. Ella levanta la cabeza, intenta ver a través de sus cuerpos.

Escucha sus peticiones convirtiéndose en quejas primero e indignación después.

Tarda varios segundos en abrirse paso y alcanzar la puerta de la librería. Cuando lo logra, el hombre ya no está.

Pamplona. Presente

—Solo son las diez y media, Ane. Me extraña que Laia lleve mucho tiempo en la cama. Seguro que todavía la pillo despierta —dice Martín consultando su reloj.

Tiene el teléfono en la oreja y camina a la altura del Gaucho. Le rodea la gente que bebe, come y ríe de pie, delante de las mesas altas exteriores del bar y junto a los alféizares de las ventanas del edificio del banco Santander que sirven de barras improvisadas. Saluda con una sonrisa fugaz a dos conocidos que pasan en dirección contraria y señala el móvil para excusarse por no poder detenerse.

—Haber llamado antes, Martín; ya no son horas. Una cría de la edad de Laia debe tener sus rutinas. Lo que no podía ser era el desorden que llevaba la pobre hasta ahora.

—Ni que fuera para tanto, Ane. Lo pintas como si hubieran estado a punto de quitárnosla los de servicios sociales.

—Ya sabes a qué me refiero.

Silencio.

—Escucha, puedes venir a verla cuando quieras. Sabes dónde estamos —sentencia ella con ese tono condescendiente que enerva a Martín—. Nos hemos ido al pueblo, a cuarenta minutos de Pamplona, no nos hemos fugado a otro país. Eso sí...

—Ya viene el pero —interrumpe.

Martín oye cómo su mujer hace el amago de hablar, pero se detiene.

—Anda, fíjate cómo te conozco, Ane. Al final sí que te escuchaba durante estos años después de todo —dice sin poder quitarse la sonrisa de la boca porque sabe que ha dado en el blanco.

Ane suspira al otro lado de la línea.

Martín camina hacia su casa. Tiene miedo de llegar y enfrentarse al ático vacío. Le espera otra noche de insomnio. Una más desde que Ane le pidió estar un tiempo alejados. La palabra que utilizó ella fue «separados», pero al bombero le suena más esperanzadora la idea de que solo están un poco lejos. Desde entonces, pasa la mayor parte de las noches en vela, mirando las fotos que guarda en la carpeta naranja. Imágenes de una vida junto a Ane que ha ido imprimiendo a lo largo de los años sin que ella lo supiera. Las revisa una y otra vez durante madrugadas enteras, como si fuera un adolescente al que le acaban de romper el corazón. Lee las anotaciones que escribió en el dorso de cada una de ellas y que resumen lo que sintió en el momento de sacar cada fotografía, como si se tratara de la sinopsis de un capítulo de la historia de ambos. Martín está seguro de que, si su amigo Zubi se enterara de que pasa las noches torturándose, le diría que espabilara, que no va a sacar nada bueno de ese comportamiento autodestructivo. Él siempre ha sido más pragmático que Martín, y quizá por eso se complementan tan bien.

Deja a la derecha el bar Txoko y, como si se tratara del río Bidasoa desembocando en el mar, la calle se abre a la plaza del Castillo. Oye algunos gritos que vienen del fondo de la plaza, frente al Gran Hotel La Perla. Parece que hay mucha gente reunida en esa esquina.

—No es ningún pero —continúa Ane—, solo iba a decir que para Laia lo *nuestro* está bien. Aquí, en Mendaza, ella es feliz. Cree que estamos de vacaciones, pasando unas semanas en el pueblo, mientras tú trabajas. Me pregunta por ti todos los días. Pero está entretenida: juega con los niños de Mendaza en el frontón, se van por ahí con la bici y por las tardes subimos al monte con Ura. Así que, por favor, nada de discutir ni de hablar del tema delante de ella. Cuando llegue el momento, ya veremos cómo se lo decimos para que lo entienda.

—Todavía no lo entiendo ni yo, como para explicárselo a la niña —dice, y nota que se le quiebra la voz.

—Martín...

Se detiene en mitad de la plaza del Castillo, conocida como «el cuarto de estar de Pamplona» porque todo gira alrededor de ella. Respira. Hace pinza con los dedos en los lacrimales para pensar. Se toma un par de segundos antes de contestar:

—Perdona. Es que llevo una semana de mierda. Y creo que solo podía darle la vuelta hablando un poco con Laia.

Martín deja a su izquierda el quiosco de techo azul que adorna el centro de la plaza y sigue caminando hacia la multitud que se agolpa en la esquina del fondo, frente al hotel La Perla.

—Es normal. Para mí tampoco están siendo días fáciles.

Hace varias semanas que el bombero siente que su vida es esa manguera que nadie logra sujetar, que expulsa agua sin control en todas direcciones y baila sobre sí misma como una serpiente encantada.

—Pero tú estás allí con Laia y Ura, y yo estoy aquí solo, en ese ático húmedo y viejo.

—Del cual no has querido mudarte en todos estos años, por más que yo he insistido —interrumpe ella.

Martín siente la puñalada atravesando su vientre.

—Aparte, en el trabajo están siendo días complicados —dice él obviando el tema del piso una vez más.

—¿Y eso? ¿Cosas feas que no quiero escuchar? —pregunta ella utilizando la frase que Martín le dice a Laia siempre que la niña hace demasiadas preguntas sobre su trabajo.

El bombero sonrío.

—Cosas feas que no quieres escuchar.

—Seguro que todo se arregla.

—Lo veo complicado.

—Pero no imposible. Ya sabes lo que sueles decir sobre eso —replica ella.

A Martín le viene a la mente el reverso de una de las fotografías que guarda en la carpeta naranja.

Recuerdo 43: los imposibles no existen.

Solo son estrellas polares que perseguir, visibles pero inalcanzables, que nos guían iluminando el camino para que lo disfrutemos, porque el trayecto, lleno

de fango que nos atrapa, mierda que nos mancha y piedras que nos hacen tropezar, es lo único real y valioso de verdad. Construir y descubrir antes que conseguir.

—Desde que no estáis, ya no pienso así.

Martín avanza en dirección al bullicio, hasta la altura del Gure Etxea. Le llama la atención comprobar que todas las terrazas de los bares y restaurantes de la plaza se hayan vaciado tan pronto.

—Encontré un objeto en el último incendio —dice.

—¿Un objeto? —pregunta Ane.

—Una especie de recipiente de cerámica que no ardió con el resto de la casa.

«Y de la familia», evita decir.

—¿Y eso es especial?

Martín ya ha tenido suficiente con las burlas de Fermín y del resto de la cuadrilla, no quiere terminar discutiendo de esto también con Ane.

—Es igual, te lo cuento con más tiempo cuando nos veamos en persona.

—Martín..., no sé si es lo mejor.

—¿A qué te refieres?

—A que vengas. A esto que estamos haciendo. A que me cuentes tu día a día, a hablar como si no pasara nada. No está bien; al menos, no por un tiempo.

—Si nos sale así de natural, quizá signifique algo, ¿no? Igual es que la cosa está mejor de lo que creemos.

Dice «creemos», pero los dos saben que sería más acertado decir «crees».

Escucha a Ane tomarse un tiempo para beber algo. La imagina con un café en las manos, de pie frente a la ventana de la casa del pueblo, con la chimenea apurando el último tarugo de leña del día y calentándole la espalda. Nunca ha entendido cómo es capaz de beber café antes de irse a dormir. Debe de ser uno de sus superpoderes.

—Puedes venir a ver a Laia y estar con ella todo el tiempo que quieras. Pero no creo que sea bueno para ninguno de nosotros dos

que cada vez que lo hagas hablemos de esto y lo otro como si siguiéramos juntos.

«Como si siguiéramos juntos». La frase arde en el pecho del bombero y arrasa con todo a su paso.

Martín carraspea. Camina despacio porque ya casi ha llegado hasta donde se agolpa toda esa gente. Se detiene en seco en cuanto levanta la cabeza y entiende qué está ocurriendo.

—¿Quieres pasarte mañana a verla? Sé que te echa de menos — pregunta Ane.

—Creo que...

Silencio.

—¿Martín?

Silencio.

—¿Martín? ¿Sigues ahí?

—Sí...

—Se había cortado.

—No...

—¿Estás bien?

Martín no responde. Tiene los ojos clavados en el quinto piso del Gran Hotel La Perla.

Igual que la multitud que rodea el edificio.

—¿Martín? —insiste Ane.

Pero Martín solo acierta a decir:

—No me jodas...

Río de Janeiro. Hace diez años

Imanol Otazu se sienta delante del micrófono y le da dos golpes con el dedo para comprobar que está encendido. A su lado lo acompaña Aitor García, su representante desde que ganó su primer campeonato nacional alevín. La sala de prensa está abarrotada de medios de comunicación de todo el mundo. Cada pocos segundos, los flashes de las cámaras fotográficas iluminan su gesto, tan serio como inesperado para los periodistas, teniendo en cuenta que acaba de ganar su sexta medalla de oro olímpica. Viste una camiseta de Tsunami Otazu, la marca que creó con su apodo deportivo y que le ha reportado ganancias millonarias.

—Hola a todos y gracias por venir. Os preguntaréis por qué os he convocado esta mañana sin apenas antelación, sobre todo si tenemos en cuenta que ayer ya participé en otra rueda de prensa después de la carrera.

Un nudo se forma en la garganta de Imanol. Detiene el discurso para beber un trago de agua. El silencio de la sala corta el aire. Los periodistas se temen lo peor.

El nadador cierra los ojos y retrocede mentalmente veinticinco años. Se recuerda siendo un niño de once años. Está sentado en el banco de madera de los vestuarios del Club Amaya de Pamplona. Todos sus compañeros han terminado de cambiarse y ya están en la piscina, preparados para empezar la carrera.

Su madre, acostumbrada a que él sea el primero en salir a calentar, decide entrar en el vestuario.

—Imanol, ¿qué sucede? ¿Por qué lloras?

Él se seca las lágrimas en cuanto se ve sorprendido por la mujer.

—Mamá, no puedes estar aquí, esto es el vestuario de chicos.

Ella se sienta a su lado y le pasa el brazo por el hombro.

—Echas de menos a papá, ¿verdad?

—Soy el único que va a nadar solo, mamá... El entrenador es un cabrón.

Es el último día del curso deportivo y el club ha organizado una carrera de relevos de padres e hijos. Las madres participan con las niñas y los padres con los niños.

—Esa boca, Imanol —le riñe ella—. El entrenador no tiene la culpa de nada. De hecho, me ha ofrecido participar contigo.

—¡No! —dice él—. Serías la única madre en la carrera de chicos y, además, no sabes nadar.

Ainhoa se ríe.

—No tengo la culpa de haber nacido en un pueblo del Baztán hace cuarenta y cinco años. Allí no nos enseñaban a nadar a los niños. Pero por ti, hijo, como que me llamo Ainhoa que me lanzo al agua aunque me hunda y tenga que venir el socorrista a sacarme. Cuando me veas dando brazadas con lo bajita que soy, te pareceré un cangrejo bajo el agua —dice mientras pone las manos en forma de pinzas.

Un atisbo de sonrisa se forma detrás de las lágrimas de Imanol. Pero vuelve a cambiar el gesto enseguida.

—Me van a ganar. Soy más rápido que los niños de mi edad, pero, en cuanto les den el relevo a los padres, me adelantarán.

—No te gusta nada perder, ¿eh?

Él niega con la cabeza.

—Te entiendo —dice su madre—. En eso has salido a mí. Pero lo de hoy solo es una actividad para pasarlo bien, hijo. Tendrás tiempo de demostrar de lo que eres capaz el año que viene, en el campeonato nacional.

—Pero no es justo, mamá. No es justo que todos tengan padre menos yo. ¿Por qué?

Ella arropa la cabeza de su hijo en su jersey de lana.

—Papá te anima desde arriba. Lo sabes, ¿no?

Él asiente mientras llora sobre el pecho de su madre.

—Pues no lo olvides.

El entrenador se asoma a la puerta del vestuario y pregunta con un gesto si Imanol va a participar. Su madre asiente.

—Ahora sale —dice.

Cuando el entrenador se marcha de nuevo a la piscina, ella se levanta y se sitúa delante de Imanol. Le pide que deje de llorar y la mire a los ojos un momento.

—Hijo, quiero que sepas una cosa y que te la grabes en la cabeza. Piensa en esto que te voy a decir cada vez que estés en el agua. Siempre. En cada entrenamiento que hagamos, por duro que sea, en cada viaje largo, en cada carrera en la que tus pulsaciones se disparen y los músculos te supliquen parar. ¿Lo harás?

—Sí —responde él con dudas mientras se seca las lágrimas.

Ella apoya la frente en la de su hijo antes de hablar.

—Eso tan triste que has vivido te ha hecho más fuerte que el resto de los niños. La muerte de papá es un océano kilométrico por el que tú ya has nadado, mucho más grande que cualquier piscina en la que esos niños puedan nadar jamás. Vas a ser el mejor nadador de la historia, Imanol Otazu. Nadie podrá frenarte, nadie podrá hundirte jamás. Todos recordarán tu nombre.

Pero Imanol Otazu ya no tiene fuerzas para seguir luchando por su nombre.

—Estoy aquí para comunicaros que me retiro de la natación profesional.

Un murmullo recorre la sala de prensa en Río de Janeiro. Los asistentes se miran los unos a los otros con caras de estupefacción. Los disparos de los flashes de las cámaras se aceleran y suenan como miles de insectos revoloteando por la estancia, algunos periodistas se levantan y lanzan las primeras preguntas atropelladas. El representante de Imanol, Aitor, pide silencio.

—La realidad es que han sido unos meses muy difíciles desde el fallecimiento en invierno de mi mujer, de Nagore —logra decir antes de detenerse para tratar de contener las primeras lágrimas.

Imanol Otazu busca apoyo en la primera fila, donde están sentadas todas las personas que forman su círculo de confianza.

Su madre, Ainhoa, levanta los dos puños para enviarle toda su fuerza. Desde que era niño, se ha mostrado muy firme y exigente con su hijo y se ha encargado de eliminar todas sus debilidades, al

menos de cara al público y a los rivales. Ainhoa es la única familia que le queda a Imanol.

Junto a su progenitora está sentada su doctora, Silvia, que lo ha acompañado y asesorado durante toda su carrera deportiva. Asiente con la cabeza en un gesto de apoyo para que siga adelante con el discurso.

Su fisioterapeuta de confianza, Ignacio, que le ha ayudado a recuperarse después de cada batalla, se seca las lágrimas con un pañuelo de papel que le presta Jesús.

También está Marcos, su nutricionista durante los últimos cuatro años, en los que se sacrificó como nunca con la dieta para llegar en la mejor forma posible a estos Juegos Olímpicos.

Junto a él, el CEO brasileño de la marca de bañadores de competición que le patrocina mira hacia ambos lados tratando de encontrar a alguien que le traduzca lo que Tsunami Otazu acaba de anunciar.

—Vamos, Imanol. Ánimo, campeón —le dice su representante mientras le da una palmada en la espalda.

Otazu asiente.

—Lo primero que quiero hacer es dar las gracias a todo mi equipo, que siempre me acompaña. Sé que la decisión os sorprenderá a muchos puesto que acabo de ganar el oro y, físicamente, todavía tendría cuerda para llegar a unos Juegos Olímpicos más. Pero, como decía antes, los últimos meses han sido un infierno para mí. Ni siquiera sé de dónde he logrado sacar fuerzas para levantarme de la cama y entrenar cada día. Esto va por ti, Nagore —dice mientras levanta la mirada hacia el techo de la sala de prensa—. Ese... —se detiene como si estuviera pensando la palabra que va a decir a continuación— accidente... se llevó tu vida demasiado pronto. Pero no te olvidaré jamás.

Pamplona. Presente

Blanca Monreal se ha marchado de la librería Macondo sin firmar ningún libro entre las malas caras y murmullos de los asistentes. Ha soltado la excusa rápida de que no quería perder el tren y se ha largado en taxi a la estación.

Acaba de darse una ducha, para ver si se calmaba, se ha envuelto el pelo húmedo en una toalla blanca y se ha puesto otra a modo de vestido. Está sentada en el borde de la cama de una suite del Gran Hotel La Perla de Pamplona. Aquí han dormido personajes ilustres como Hemingway y algún que otro rey del que no recuerda el nombre.

Cierra los ojos y trata de viajar al pasado. Visualiza a la Blanca de hace dos años, la que todavía no había vivido el infierno de aquella noche en la casa Otazu. La mujer que jamás había soñado con publicar un libro. La que no estaba llena de inseguridades, culpabilidad y, desde hace unas horas, miedo.

Mucho miedo.

Se sirve una nueva copa de ginebra de una de las dos botellas que ha encargado al hotel y que se suman a las que ha bebido en el vagón restaurante del tren Vitoria-Pamplona. Necesita su ritual anestésico de cada noche para contrarrestar ese cerebro inundado de recuerdos culpables.

Nada más dar el primer trago, suena el móvil.

Es un mensaje de Míriam, su editora.

Se puede saber qué te pasa?

—¿Me puedes dejar tranquila un puto minuto? —murmura Blanca para sí misma. Se le traba la lengua mientras lo dice.

Da otro trago a su copa, esta vez más largo, al tiempo que escucha el sonido de un nuevo mensaje.

Eres trending topic

Eso es malo?

Sí

Es malo, si no se debe a tu libro!

No te entiendo

Me refiero al numerito que has montado en Vitoria
Hay un vídeo circulando donde se te ve siendo MUY
borde con los clientes de la librería
Los despachas casi sin mirarlos, con malas caras y..., en
fin, pareces desubicada, en los comentarios del vídeo
dicen que ibas colocada, que estabas sudando y que
parecía que estuvieras buscando fantasmas en la
librería

Qué???

Lo que lees

Sabes que no me drogo

Y por eso también sé por qué estabas en ese estado

La conversación se detiene durante diez segundos mientras Míriam espera una respuesta que Blanca no le da.

Te dije que no te iba a hacer ningún bien visitar a

Ainhoa

Te ha pasado lo mismo que la otra vez

Estoy bien, Míriam

No te preocupes

Quizá tenga unas décimas de fiebre, nada más

Me habré agarrado un resfriado

Solo te engañas a ti misma, Blanca

Ella no contesta. Se lleva las manos a la cara y suspira. Trata de frenar el tembleque de su pierna. Agarra la copa de ginebra y bebe todo el contenido de un trago. Se sirve otra más llena.

En fin..., tengo una buena noticia
He recibido las últimas cifras de ventas y no pueden ser mejores

OK

Qué te pasa? No te alegras?



Blanca resopla, bloquea el móvil y lo deja sobre la mesilla de noche con la pantalla bocabajo.

Hunde la cara sobre la almohada y rompe a llorar.

Su novela es un best seller, su editorial costea esta gira interminable y estos cinco estrellas en el centro de las ciudades de todo el país, conoce a gente muy interesante, la invitan a fiestas y presentaciones, incluso ha tenido tiempo de acostarse con un par de actores a los que admiraba de adolescente. Debería haber encontrado esa felicidad que anhelaba durante los días grises, cuando trabajaba en la casa Otazu y soñaba con escapar.

Se incorpora, bebe de un trago la segunda copa y se sirve una tercera. La levanta al aire para brindar y mira al techo de la suite.

—Por los que habéis muerto en las páginas de mi novela.

Engulle todo el alcohol y nota cómo abrasa su garganta mientras continúa llorando.

—Por los que lo habéis hecho en la realidad.

Llena la copa de nuevo y traga el líquido.

—Por todas las mentiras, empezando por mi vida.

Se sirve una nueva ronda; la ginebra se derrama por el borde de cristal hasta dejar una marca circular en la mesilla de noche.

Se está empezando a convertir en una costumbre tras cada presentación de *El crimen de la casa Otazu*: beber en el hotel hasta quedar inconsciente y lograr apagar la mente.

Pero esta noche parece que necesita más alcohol del habitual porque una idea la atormenta.

Blanca vuelve a beber su copa de un solo trago y sujeta con los dedos la nota que, junto a una rosa, el personal del hotel ha dejado sobre su mesilla. Dice:

Desde Ernest Hemingway hasta Blanca Monreal, el tiempo pasa por este hotel, pero sus genios nunca mueren.

—Nunca mueren —repite Blanca con la lengua torpe. Y se sirve una nueva copa.

Extrae de su maleta una primera edición de *El crimen de la casa Otazu*. Es el primer ejemplar de la novela que recibió de la editorial, antes de que se publicara. Ha viajado con él por todo el país. Está firmado y dedicado a Ainhoa desde que la novela se publicara hace ocho meses, pero jamás se ha atrevido a dárselo.

Avanza hasta las últimas páginas y lee en diagonal el final de la historia. Piensa en el hombre encapuchado que ha visto hace un rato en esa librería de Vitoria, en esa cara de cera derretida y cubierta por unas gafas de sol oscuras. Esa sonrisa torcida. Piensa en las palabras de Ainhoa.

—¿Es posible que sobrevivieras? —pregunta en voz alta, como si ese libro tuviera la respuesta.

Un par de lágrimas caen sobre la página y, cuando Blanca las retira con el dedo, nota que se extienden y ablandan el papel. Igual que la sensación que recorre su tripa: cuanto más trata de deshacerse de ella, más se agranda y se funde en su ser.

Bebe de un trago toda la copa de ginebra y sacude la cabeza cuando siente el alcohol descendiendo por su esófago. Se pone de pie con el libro en la mano y camina dando tumbos hacia la ventana de la habitación.

La abre y sale al balcón.

La suite está en el quinto piso del hotel y tiene unas vistas privilegiadas de la plaza del Castillo, el lugar más céntrico y concurrido de Pamplona. Hoy es jueves y desde aquí arriba se puede escuchar el bullicio de las terrazas llenas de gente y de las calles

adyacentes como Estafeta, a estas horas rebosantes de *pintxos* y *potes*.

La toalla mojada que cubre su cuerpo se convierte en un vestido helado al entrar en contacto con el aire invernal. Blanca sujeta en la mano la primera edición de *El crimen de la casa Otazu*.

Abre el libro por el comienzo y lee la dedicatoria que escribió hace dos años, corta y sincera:

Perdóname por todo, Ainhoa.

BLANCA MONREAL

Da un paso adelante, agarra con fuerza las barras metálicas del balcón y se echa a llorar de nuevo.

Varias personas se detienen bajo la fachada del hotel a observar la escena.

Blanca pasa una pierna por encima de la barandilla del balcón, después la otra.

Introduce sus talones descalzos entre las barras de metal. Las siente heladas. Le tiemblan las rodillas y está mareada por el alcohol.

El grupo de personas crece. Algunos han empezado a grabar con sus teléfonos.

Se cruza por su mente la historia de Hemingway, sus problemas con el alcohol, cómo terminó con su vida.

No le importa que nadie la recuerde después de morir como hacen con el escritor estadounidense.

Ahora mismo, solo espera que el golpe contra el suelo de la plaza no duela.

El sonido de una persiana del piso inferior la saca de su ensimismamiento. El susto provoca que su pie izquierdo resbale sobre el borde del balcón. Blanca queda colgando de la barandilla por la axila.

Mientras saca fuerzas para incorporarse, siente los latidos del corazón en la garganta y escucha los gritos del ya numeroso gentío que se agolpa bajo sus pies, a quince metros.

Está decidida a hacerlo, hoy sí. Pero no puede ser un accidente. Esa no es la manera. Por una vez, tendrá valor para tomar sus propias decisiones.

Blanca se asoma hacia la plaza. El vértigo la hace tambalearse sobre sí misma y casi pierde el equilibrio. Se ase con fuerza a la barandilla de metal.

La gente grita, pero desde allí arriba no les entiende. Son voces lejanas que solo pretenden impedir que su sufrimiento acabe esta noche.

Los servicios de emergencias llegarán en cualquier momento. Tiene que hacerlo ahora.

Sus manos dejan de apretar el metal helado. Siente el aire que recorre el hueco que se ha abierto ahora entre sus dedos y la barandilla.

Se pone de puntillas y, antes de saltar al vacío, mira al cielo de Pamplona y toma un último aliento para despedirse de este mundo.

Pamplona. Presente

Después de volver de Vitoria, he dejado el coche en el garaje, he subido a casa, en el paseo Sarasate, me he dado una ducha y me he puesto a dar vueltas por el dúplex. Estaba nervioso. No podía dejar de recordar la cara de Blanca Monreal cuando han encendido las luces de esa librería y me ha visto. La verdad es que no entraba en mis planes hacerlo de esta manera, mi idea era seguirla hasta un lugar discreto en el que encontrarla sola. Pero así ha sido más divertido.

Extraigo el cuchillo de poda de su estuche y sonrío. Tiene una hoja de acero de catorce centímetros de largo acabada en punta, con un lado dentado y otro afilado. Mi padre lo utilizaba en el pueblo para las labores de deshierbe. Lo he tenido que limpiar y afilar a conciencia porque llevaba años olvidado en el desván donde él guardaba todas sus herramientas del campo.

Durante mi visita a Blanca, he echado un vistazo al cartel promocional de su gira que había colgado en el escaparate de la librería. Mañana tiene presentación aquí, en Pamplona.

Consulto la prensa en el móvil para confirmarlo. De paso, compruebo otra vez las noticias sobre el incendio de anoche en Zizur. Le dedican varias páginas con fotografías, mencionan que toda la familia murió en un incendio fortuito, pero no dicen nada del recipiente de cerámica.

Observo la foto que le saqué a ese bombero y le digo a la pantalla:

—No ha salido de tu bolsillo, ¿verdad, bombero?

Me siento frente al escritorio del despacho y abro el cajón donde guardo los demás recipientes. Apoyo uno sobre la mesa y grabo tres letras en su interior con ayuda de un punzón: JON.

Lo coloco en el centro de la mesa para cuando llegue el momento. Ahora solo quiero airearme, cenar cualquier cosa y quitarme tensiones.

Salgo del portal, el paseo Sarasate me recibe con un viento helado que me obliga a taparme la cara con la bufanda y se cuele por sus pliegues. Hay gente que viene y va, andando y en bicicleta; otros, de pie bajo el Monumento a los Fueros, esperan a sus parejas o amigos para irse a cenar o a tomar algo. Me llega el olor acogedor de las castañas asadas que comparte una pareja que se cruza conmigo de camino a la plaza del Castillo. Atravieso los porches arqueados laterales del Palacio de Navarra y me interno en la Estafeta. Me paro en una mesa alta exterior del bar Fitero. Pido un *pintxo* de secreto y un zurito, y, cuando estoy a punto de dar el primer bocado, se me cae un trozo de carne al plato.

He visto a alguien.

No me lo puedo creer.

Desbloqueo el móvil para asegurarme. Amplío la foto que le saqué anoche desde la casa de la anciana. Está oscura, tiene mucho grano, pero estoy seguro de que es él.

No lleva el traje de trabajo, y por eso me ha costado reconocerle.

Pero no hay duda.

Sonrío.

Es mi bombero.

Se gira un momento y mira hacia el interior del bar. Parece que está buscando a alguien o dudando si entrar. Me cubro la cara con la bufanda. En cuanto se pone en marcha de nuevo, engullo el *pintxo*, dejo el zurito sobre la mesa y le sigo. Permito que se separe unos metros de mí mientras esquivamos a los grupos de personas que abarrotan la calle. Cuando llega al final de la Estafeta, levanta las manos para saludar a una cuadrilla que está bebiendo alrededor de un barril del Txirrintxa. Yo paso de largo. Me pongo a hacer cola frente al carro del castañero que hay en la acera de enfrente, sin dejar de mirar al bombero y a sus amigos. Los fotografío a todos con el móvil. Amplío una de las imágenes porque creo reconocer a uno de ellos. Fermín Iribar, el director de *La Crónica de Navarra*. Es increíble; Pamplona es como un pueblo grande.

Sonrío de nuevo, a veces la vida te ofrece casualidades que bien podrían llamarse oportunidades.

Quién me lo iba a decir cuando planeé todo esto desde la tranquilidad de mi casa; o anoche, en Zizur, cuando creí que todo mi plan se desmoronaba. Empiezo a pensar que ha sido mejor que la policía no encontrara mi recipiente. Este bombero es una caja de sorpresas y se me acaban de ocurrir algunas ideas para él.

—Dime, majo —me saluda el castaño cuando llega mi turno.

—Una docena, por favor —le digo tras mi bufanda, con los ojos fijos en el Txirrintxa.

—Si estuvieras el rato que me pego yo junto a estas brasas, no pasarías tanto frío —comenta sonriendo, y me sirve doce castañas dentro de un papel con forma cónica que huele a hogar y a tiempos mejores.

Cruzo la calle hasta la salida trasera del teatro Gaiarre para alejarme un poco del bombero y su cuadrilla. Me como las castañas apoyado en la pared mientras los veo discutir. No alcanzo a oír de qué están hablando, pero mi querido bombero parece el más cabreado. Después de varios intercambios dialécticos, da media vuelta y se marcha.

Lo sigo.

Es más o menos de mi altura, debe rondar el 1,80, pero no tiene una complexión fuerte para ser bombero. Está muy delgado. Parece más un atleta de fondo que un tío de gimnasio. Mientras camino detrás de él, imagino cuánto me costaría ganarle en un cuerpo a cuerpo. Compruebo que llevo el estuche con el cuchillo de poda en la parte trasera de los pantalones, por si se diera la situación.

Giramos por Espoz y Mina. El bombero está hablando por teléfono mientras camina hacia el fondo de la plaza del Castillo. Me sorprende que no haya gente cuando hace un rato todas las sillas de las terrazas estaban ocupadas.

Entonces me doy cuenta de dónde se ha metido todo el mundo. En la esquina que cierra el hotel La Perla.

Están mirando hacia el balcón del quinto piso, donde hay una mujer desnuda agarrada a la barandilla, a punto de saltar.

Me mezclo entre la multitud mientras el bombero grita para pedir que alguien llame a emergencias. Zarandea a un chaval que parece no entender nada. Después se mete corriendo dentro del hotel.

Decido no seguirle, en el interior sería muy fácil que reparara en mí o que se quedara con mi cara.

Cuando levanto la cabeza de nuevo hacia esa mujer que pretende suicidarse, la reconozco enseguida. No me lo puedo creer. Tercer golpe de suerte de la noche.

Blanca Monreal.

Está en Pamplona y mi bombero me ha traído hasta ella.

Un soplido de viento me retira la bufanda de la cara. Me cubro con ella de nuevo y, mientras sonrío bajo su manto cálido, murmuro:

—Parece que estás empeñado en que nos conozcamos, bombero.

—¿Alguien ha llamado a emergencias?!

La multitud que se agolpa frente al Gran Hotel La Perla está ocupada registrando la escena en sus móviles y ni siquiera ha escuchado a Martín Salaberri. El bombero mira sus caras, gira sobre sí mismo en busca de alguien que no tenga los ojos clavados en una pantalla.

La mujer asomada al balcón del quinto piso del hotel tiene el torso cubierto por una toalla y un libro en la mano.

Martín agarra de los hombros a un adolescente, que suelta un quejido porque el bombero está apretando con demasiada fuerza.

—Llama al 112. ¡Vamos!

El chaval asiente, asustado.

Pero la experiencia de Martín le dice que esa mujer no va a esperar a que lleguen los de emergencias.

El bombero atraviesa la multitud entre quejas y aspavientos y accede a la recepción del hotel. La decoración interior sobria contrasta con la actitud de los empleados, que corren en todas las direcciones, hacen llamadas y gritan órdenes. Huele a prisa, nervios e improvisación. Martín percibe la preocupación en el gesto del responsable, un hombre trajeado que se acerca y se interpone entre él y la puerta del ascensor.

—Lo siento, no puede subir en este momento —le dice, muy serio—. Estamos en mitad de una emergencia. Si es usted cliente, puede esperar en el restaurante.

—He venido a ayudar. Soy bombero.

El hombre analiza su atuendo de arriba abajo.

—Estoy fuera de servicio —explica Martín.

—Ya hemos llamado a emergencias, tienen que estar al caer.

—Como no me permita subir, la que está al caer es la mujer del quinto piso.

—Lo siento, pero tengo que pedirle que espere en la calle.

Martín aprieta el puño, toma aire y se contiene.

—De acuerdo —dice. Da media vuelta y camina despacio hacia la salida.

De repente, un alarido colectivo llega desde la calle. Es un grito unánime de horror que lanzan las personas que se amontonan frente al hotel mientras se apartan de la fachada. Salaberri y el responsable ven un cuerpo blanco caer desde arriba y estrellarse contra el suelo.

El empleado corre hacia la calle. Pero Martín ha entendido que se trata de la toalla que vestía la mujer.

Se le ha debido de desprender y ha caído como un guiñapo mojado sobre la plaza.

Aprovecha la distracción para subir a pie las escaleras de dos en dos hasta llegar sudado y sin aliento a la quinta planta. Se arrepiente del tiempo que lleva sin salir a correr por el monte con su perra y de todas las semanas a las que ha sobrevivido sin apenas probar bocado.

El pasillo del quinto piso tiene varias habitaciones.

Martín trata de orientarse para inferir en cuál de ellas se encuentra esa mujer y se detiene delante de una puerta.

Piensa en el curso de intervención ante tentativa de suicidio que les impartieron el año pasado y evalúa los riesgos para definir la estrategia.

Podría optar por un enfoque ofensivo; tirar la puerta abajo y agarrar a la víctima para evitar que salte. Pero haría demasiado ruido y ella podría asustarse y caer.

No.

Tiene que utilizar una estrategia defensiva. Buscar una habitación contigua desde la que poder persuadirla de que no se precipite.

Golpea la siguiente puerta con el hombro.

Nada.

Toma carrerilla. La embiste de nuevo.

Ni siquiera se tambalea.

Ojalá estuviera aquí Zubi. El práctico de los dos. El de los cien kilos.

Le da una patada. Dos. Tres.

La puerta permanece inmóvil.

Hasta que alguien, desde el otro lado, la abre.

—*What the fuck is going on here?*

Es un chico de unos veinticinco años, rubio, con la cara llena de pecas, uno de esos estadounidenses que terminan en esta ciudad porque han leído la novela de Hemingway. Está medio dormido, o borracho, o las dos cosas al mismo tiempo.

Martín lo aparta con el brazo y cruza la habitación.

—*Hey!* —grita el estadounidense.

El bombero abre el ventanal y se asoma al exterior.

A un par de balcones a la derecha, encuentra a la mujer desnuda y encaramada a la barandilla. Martín se alegra de que aún no haya saltado. Tiene la piel de los brazos erizada por el frío. Puede ver su pecho hincharse y desinflarse a toda velocidad, y todavía sostiene el libro en la mano.

—¿Tan malo es? —grita para que pueda oírle.

La mujer le observa desconcertada. Tiene la cara pálida y los ojos rojos.

—Me refiero al libro. ¿O es el final? A veces un final malo destroza una gran historia.

Ella no responde. Mira de nuevo hacia el suelo. Cada vez hay más personas bajo sus pies descalzos.

—Oye —dice Martín—, a ver si vas a romper alguna baldosa.

Ella no ríe la broma.

—Perdona. No se me dan bien estas cosas, por eso siempre habla Goñi. Soy bombero, he venido a ayudar.

La mujer no responde.

—Aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo... —reconoce Martín, más para sí mismo. Pero ella lo oye.

—Pero ¿no os imparten cursos sobre cómo actuar en estos casos? —replica casi indignada por lo mal que está actuando el bombero.

Martín se alegra de que por fin haya abierto la boca.

—Nunca he sido buen estudiante. En el colegio, me pasaba las horas soñando con otros mundos en lugar de atender a las lecciones, y lo mismo me pasó cuando nos dieron el curso de... ¡Cuidado!

Una ráfaga de viento recorre la fachada del hotel. La melena de la mujer le cubre la cara y ella se tambalea sobre un pie descalzo. Agarra con fuerza la barandilla para evitar caerse.

Desde su posición, Martín puede apreciar el pánico en los ojos, una reacción visible que cree que comparten las víctimas de suicidio con las que se ha encontrado a lo largo de su carrera. No es un miedo surgido de la situación presente que la mujer está viviendo en ese balcón, sino un sentimiento que ha crecido a lo largo de meses, a veces años, de sufrimiento.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el bombero.

Ella tiembla, tiene la mirada perdida, lágrimas en los ojos y la piel erizada.

—Yo soy Martín, Martín Salaberri. Pero puedes llamarme Martintxo, Salaberri o como te dé la gana con tal de que no saltes.

—Me llamo Blanca.

—Encantado, Blanca. ¿Cómo has llegado a esta situación?

—Yo..., no. No hagas eso. No intentes detenerme, por favor. Voy a saltar.

—Es normal que te cueste encontrar palabras para describir tu sufrimiento. Tómate el tiempo que necesites, ¿vale? ¿Te ha ocurrido algo malo recientemente?

Su respiración se acelera con cada segundo que pasa sujeta a la barandilla.

—Mi vida se fue a la mierda hace dos años. Yo... no quería que pasara eso —dice entre lágrimas.

—¿Has dejado alguna nota?

Ella asiente.

—¿A quién va dirigida?

—A la persona a la que le destrocé la vida para siempre. —Rompe a llorar desconsolada.

—Estamos a tiempo, Blanca. Quizá todavía podamos ayudar a esa persona.

Ella niega con la cabeza. Se tambalea y llora mientras mira al cielo cubierto de nubes negras de Pamplona.

Según el protocolo, Martín debería tratar de alargar la conversación, ofrecerle soluciones y una salida a su problema, para ganar tiempo. Pero, aparte de estar muy nerviosa, ella da muestras de haber bebido unas cuantas copas y podría resbalarse o perder el equilibrio en cualquier momento.

—Gracias por contármelo. Ahora no te asustes, pero voy a intentar acercarme un poco, ¿vale?

Los pulmones de Blanca expulsan el aire que sale a trompicones de su boca. Le tiemblan los brazos y tiene los nudillos blancos de agarrarse con fuerza al balcón. Traga saliva, niega con la cabeza y murmura frases ininteligibles. Está a punto de perder los nervios y saltar.

—Solo es para que podamos hablar. No te oigo bien desde aquí.

El bombero mira hacia la entrada más lejana de la plaza, en busca de los operativos de bomberos o ambulancias que no llegan.

—¿Dónde hostias estáis? —murmura al viento.

No le queda otra opción que actuar ya.

Se gira hacia el interior de la habitación. El estadounidense está sentado al borde de la cama y tiene el teléfono de la mesilla de noche en la oreja. Martín no entiende inglés, pero deduce que está llamando a recepción para quejarse de que un tipo ha entrado en su habitación sin su permiso.

—¡Tú! ¡Necesito una cuerda o algo parecido! Es para asegurarme antes de saltar al balcón contigo. *Jelou?*

El estadounidense se levanta de la cama, se acerca al balcón sin soltar el teléfono y cierra las puertas por dentro.

El bombero no se lo puede creer.

Grita al turista y golpea con los puños la ventana.

Se gira, mira de nuevo al fondo de la plaza: nada. Ni siquiera se intuyen las ambulancias a lo lejos.

«Piensa, Martín».

Hay un balcón vacío entre él y Blanca, y un metro de separación entre cada balcón. Sería capaz de llegar hasta ella enseguida. Pero

está muy nerviosa y podría dejarse caer. Martín debe improvisar, y hacerlo desde un quinto piso es probable que acabe en desastre.

El bombero sobrepasa la barandilla, se agarra con una mano a esta y estira la pierna sobre el vacío hasta alcanzar el siguiente balcón.

Escucha los gritos nerviosos y murmullos bajo sus pies mientras abre las piernas sobre el vacío.

Se aferra a la siguiente barandilla y, cuando se siente a salvo, suelta todo el aire que llevaba dentro. Está a solo un balcón de Blanca.

Echa un vistazo rápido y evalúa las opciones: todavía no han llegado sus compañeros bomberos para colocar el colchón de precipitados bajo el balcón, no tiene cuerda ni arnés ni ningún elemento de seguridad, y hablar con Blanca no le está haciendo cambiar de opinión, más bien lo contrario.

—¡Podemos seguir hablando de esto en otro lugar más seguro! — exclama para llamar su atención.

—¡Me persigue a todos lados! ¡No puedo seguir viviendo así!

—¿Quién?

Ella retira una mano de la barandilla para secarse las lágrimas.

—¡No te sueltes, por favor! —grita Martín—. ¿Quién te persigue, Blanca? ¿Quieres contármelo?

Por fin, el sonido de automóviles atraviesa la plaza del Castillo. Es una ambulancia de la DYA y otra de los bomberos. Avanzan sin sirenas para no asustar a la víctima, como manda el protocolo en estos casos. Detrás llega un camión escala y un coche sin distintivos. Martín supone que en el último vehículo viene el médico de zona que está de guardia, si es que no ha llegado ya, o quizá sea la psicóloga de SOS Navarra.

Blanca se inclina hacia la plaza. Su cuerpo desnudo pende de las pocas fuerzas que deben de quedarle en sus brazos delgados. El bombero levanta la palma de la mano para pedirle calma. No sabe qué decir ni cómo ganar más tiempo antes de que se precipite.

Tiene que actuar ya. Pero no puede ser demasiado brusco para no asustarla.

—Ahora, Blanca, voy a cruzar muy despacio hasta donde te encuentras, ¿de acuerdo? Así podremos hablar sin gritarnos.

—¡No! ¡Déjame! —dice ella entre lágrimas—. Voy a saltar. Es lo que debería haber hecho hace dos años.

Martín estira la pierna sobre el precipicio hasta posar el pie en el balcón de la habitación de Blanca.

Las voces de asombro y nerviosismo de la gente ascienden de nuevo por la fachada del hotel medidas por el aire frío de la noche.

Si se estirara en un movimiento rápido, podría agarrar el brazo de Blanca. Pero ambos correrían el riesgo de caer al vacío.

—¡No lo entiendes! —grita ella. Los sollozos atropellan sus palabras—. Necesito desaparecer. Es la única forma de acabar con este dolor. No lo soporto más.

Martín observa los brazos de Blanca: tiemblan como si la barandilla estuviera electrificada. Lo va a hacer. No piensa esperar a que lleguen los de emergencias.

Una de dos: o salta, o se le acaban las fuerzas. Pero su vida está a punto de terminar.

Martín tiene que actuar ya.

Intenta evitar pensar en la altura y no mirar las cabezas diminutas de las personas que se agolpan bajo el hotel.

Toma aire.

Siempre que está a punto de correr un riesgo durante una emergencia, piensa en Laia y en Ane, quizá por última vez. Trata de recordar sus voces. El sonido de la risa de su hija y el olor del pelo de su mujer. De este modo, si las cosas salieran mal, moriría con una sonrisa por su recuerdo.

—No mires abajo, Martín. No mires —se repite a sí mismo.

De pronto, escucha el silencio de la plaza en el momento en el que las manos de Blanca sueltan la barandilla. Su melena se estira a causa del viento y le latiguea la espalda cuando su cuerpo comienza a inclinarse hacia abajo. Se despega de la fachada, apenas le quedan dos dedos descalzos en contacto con la piedra del balcón.

El bombero encoge las rodillas para tomar impulso.

Blanca se precipita al vacío.

Martín se abalanza hacia ella sin soltarse del balcón para tratar de alcanzarle la pierna.

Casa Otazu, Pamplona. Hace dos años

Blanca Monreal atraviesa el salón de la casa Otazu cargada con un cesto de sábanas sucias. En ese momento, Imanol se levanta del sofá que hay enfrente a la chimenea, deja una novela en la librería de madera noble que ocupa la pared más grande de la estancia y se gira al escuchar los pasos.

—Ah, Blanca, no te había visto. ¿Qué haces con eso? No tienes por qué encargarte de la colada. Tú solo eres responsable de cuidar de mi madre. Déjalo ahí, ya lo haré yo después —dice mientras pone el primer pie sobre las escaleras que conducen al sótano.

—No te preocupes, Imanol. No es molestia. ¿Vuelves a la cueva otra vez? ¿A estas horas?

—Quiero terminar una obra. Estaba intentando despejar la cabeza leyendo una de esas novelas negras, pero ya sabes cómo soy; cuando veo en mi cabeza el resultado final de una escultura, tengo que trabajar en ella hasta terminarla.

Blanca niega con la cabeza. Lo que sea con tal de evitar tomar las riendas de su vida.

—Ainhoa hoy se ha quedado muy tranquila después del baño —informa sin que él le pregunte—. Pero como te pongas a dar golpes ahí abajo la vas a despertar.

—Cerraré la puerta del taller. Para eso lo insonoricé, para poder trabajar por las noches.

Imanol sonríe. Es una sonrisa de agradecimiento, pero también de cansancio. Al juntarse, sus labios se asemejan a una cuerda tensada que lleva soportando un peso enorme durante demasiado tiempo.

—No sé qué haríamos sin ti, Blanca.

Ella echa un vistazo al salón: una manta arrugada encima de una silla, varias tazas de café sobre la mesita de roble que flanquea el

sofá de lectura, el MacBook en el suelo. Imanol adivina lo que ella está pensando.

—Perdona por el desastre. No he tenido tiempo últimamente.

Blanca sabe que con «últimamente» Imanol se refiere a ocho años; los que lleva encerrado en sí mismo, y los mismos que han pasado desde el accidente de coche en el que murió su mujer, Nagore.

—Hasta mañana —se despide Imanol, que desaparece escaleras abajo.

Ella deja las sábanas en la cocina, frente a la lavadora, y, justo cuando está recogiendo el abrigo del perchero que hay junto a la entrada de la casa, decide que todavía no puede marcharse.

Ha visto a Alain, su pareja, a través de la ventana del recibidor. Está esperándola fuera, dentro del coche, con el motor encendido y seguro que con la misma retahíla de cada noche preparada en la lengua: que si ha hablado ya con la madre de Imanol, que a qué espera, que ya lleva seis meses evitando hacerlo. Que la enfermedad de la anciana está avanzando tan rápido que pronto no será capaz de recordar nada para ayudarlos.

No puede alargar esto más.

Ayer Alain se enfadó mucho cuando ella le dijo que no había encontrado el momento para sacarle el tema. Golpeó el salpicadero varias veces con el puño y le gritó cosas horribles.

Blanca suspira frente al perchero, se lleva dos dedos al puente de la nariz durante unos segundos. Después, da media vuelta y, sin quitarse el abrigo, camina despacio para no hacer ruido hasta la habitación de la madre de Imanol. Entreabre la puerta.

—¿Duermes, Ainhoa? —susurra.

No hay respuesta; sí alivio.

Intento fallido. Alain tendrá que entenderlo.

Siente una vibración en el bolsillo: es él. Le envía un mensaje en el que dice por tercera vez que está esperándola fuera. Ella aprieta los labios y piensa en las palabras que va a utilizar para explicarle sin que se altere que hoy tampoco ha logrado obtener la información.

Blanca se sobresalta al escuchar los primeros golpes de cincel y martillo que llegan desde el sótano donde trabaja Imanol.

—Blanca, ¿eres tú? —dice la anciana en un susurro temeroso propio de aquellos que creen tener las mismas posibilidades de encontrar tanto a la persona que cuida de ella cada día como a un monstruo verde, feo y baboso que habita los fondos de armario y los bajos de las camas. El alzhéimer de Ainhoa ha avanzado muy rápido durante estos meses y, a veces, surgen fantasías irreales que son manifestaciones de su daño cerebral. Las percepciones se mezclan con recuerdos antiguos o imaginaciones.

Tenemos asimilado que la vida es una línea recta donde el punto de partida es tu nacimiento y el final tu muerte. Pero, en el caso de Ainhoa, quizá sea más apropiado otra figura geométrica, como el círculo. Hacerse mayor a veces supone volver a tener la inocencia del niño que fuiste un día.

—Soy yo, Ainhoa. Tranquila. —Blanca entra en la habitación, enciende la luz de la mesita de noche y se sienta en el borde de la cama.

—Pensaba que era...

—Los monstruos no existen, ya lo sabes —sentencia Blanca, y se arrepiente enseguida porque recuerda que lo mejor es no contradecirle, sino responder con empatía.

—¡Sí existen! Viven todos en el sótano, en el taller de mi hijo. Los despierta golpeándolos por las noches.

Blanca sonrío al percibir esta vez en la anciana la lucidez necesaria para bromear.

—¡No te rías! Dan mucho miedo —dice Ainhoa entre risas.

—Te voy a contar un secreto, pero no se lo digas a tu hijo, ¿vale? A mí también me parecen horribles sus esculturas. Sobre todo esa gárgola que tiene unas garras como estas de aquí —levanta los dedos— y una cara así de fea. —Enseña los dientes y tuerce el gesto. Ainhoa se ríe a carcajadas y Blanca piensa en la pena que le da que cada vez sea menos habitual verla tan consciente de su entorno. Por otro lado, la anciana ha perdido toda la firmeza que usó para preparar a Imanol desde niño para la alta competición, y ahora es un trozo de pan.

—¿Te vas ya? —pregunta Ainhoa, de pronto apenada.

—Sí. Es tarde.

—¿Te está esperando fuera tu novio? —dice con malicia.

—Eres muy preguntona, ¿no te parece? —Blanca sonríe.

Ainhoa niega con la cabeza.

—Mañana en el desayuno hablamos de novios y de lo que quieras, pero ahora te toca dormir —señala Blanca mientras la arropa.

—Gracias por todo lo que haces por mí. Supongo que no es fácil pasar todo el día con una vieja chocha —le suelta la anciana.

—Me lo paso muy bien contigo, Ainhoa.

Blanca se levanta y, justo antes de apagar la lámpara, se atreve a decir:

—Ainhoa, escucha...

Los párpados de la anciana están a punto de cerrarse por completo.

—Pronto es el cumpleaños de Imanol y me gustaría darle una sorpresa.

—¿Un regalo? —Ainhoa abre los ojos.

—Sí... Eso es. Quiero darle un regalo. Pero ¿sabes cuál es la mejor forma de dar regalos?

—¿Cuál?

—Encontrarlos donde menos te lo esperas.

La anciana sonríe y asiente varias veces con la cabeza.

—Por eso necesito tu ayuda. Una vez te oí decir que tu hijo tiene una caja fuerte en algún lugar de esta casa. ¿Lo decías de verdad?

—Verdad, verdad, verdad —dice Ainhoa, que desde el mes pasado a veces repite las últimas palabras de algunas frases a causa de su enfermedad. Se llama «ecolalia».

—Ainhoa —pregunta Blanca, con miedo de que el momento de lucidez de la anciana se haya pasado—, ¿sabes qué pasa? Que yo nunca le he visto abrirla y esta casa es tan grande que no puedo buscarla yo sola. ¿Me ayudas?

Ainhoa se pone de medio lado dándole la espalda y asegura:

—A mi hijo no le gusta que nadie toque sus cosas.

—Lo sé. Pero es para darle una sorpresa que le encantará. ¿En qué otro sitio mejor podríamos esconder el regalo? Piénsalo. No se lo va a esperar porque cree que nadie sabe que tiene esa caja

secreta. El día de su cumpleaños, cuando la abra, se encontrará un regalo envuelto con su lazo y todo...

—No sé, Blanca...

Ella insiste.

—Será como la sorpresa que hemos visto que le daban a ese señor de Sevilla por la tarde en la tele. ¿La recuerdas? Te ha gustado lo feliz que se ha puesto al ver a su hermano después de cuarenta años. Lo mismo le pasará a Imanol; no sabrá cómo ha podido llegar nuestro regalo allí.

Ainhoa vuelve a girarse hacia Blanca y sonríe. Empieza a gustarle la idea.

—Le va a encantar, hazme caso. Dime, ¿dónde está la caja fuerte?

—La tiene en su despacho, detrás de los premios.

—¿Premios? ¡Ah! ¿Te refieres a las medallas olímpicas? ¿Tiene la caja fuerte dentro de la vitrina donde guarda todos sus trofeos?

La anciana asiente. De pronto, pone un gesto triste.

—Pero no me sé la contraseña.

—No te preocupes, Ainhoa. Yo puedo abrirla con... iestas garras de gárgola! —dice Blanca mientras vuelve a deformar los dedos para hacer reír a la anciana.

Pamplona. Presente

El bombero encoge las rodillas para tomar impulso.

Blanca se precipita al vacío.

Martín se abalanza hacia ella sin soltarse del balcón para tratar de alcanzar su pierna.

La gente que está en la plaza mantiene la respiración durante el vuelo de Blanca.

La mano del bombero se encuentra en el aire con el pie desnudo de la víctima bajo el balcón de la habitación de la escritora. Trata de agarrarlo, pero la fuerza de la gravedad y el peso de Blanca provocan que se le escurra entre los dedos.

Ella chilla mientras cae al vacío.

Las personas que hay en la plaza se llevan las manos a la cabeza.

Martín no tiene tiempo de lamentar no haber podido ayudarla, porque su mano resbala y se despegas de la barandilla a causa de la inercia del movimiento de rescate fallido.

Cierra los ojos al tiempo que cae de espaldas a la calle y siente un golpe en la espalda.

Martín siempre ha tenido un miedo atávico a la muerte que lo paraliza y le hace entrar en pánico, por eso procura no pensar en ella. Pero suponía que encontraría una luz al final de un túnel o que se vería a sí mismo desligándose de su cuerpo.

En lugar de eso, se desconcierta al escuchar aplausos.

La gente que forma un círculo en la plaza rodea la zona donde los compañeros del bombero habían instalado a tiempo el colchón de precipitados.

Están ayudando a Blanca a incorporarse. Ha salido ilesa, pero tiene la mirada perdida. La gente se agolpa a su alrededor y la enfoca con los teléfonos móviles.

Él intenta zafarse del colchón. Pero se ve obligado a aceptar la ayuda de dos compañeros para ponerse de pie.

Le tapan con una manta térmica y le conducen al interior de la recepción del hotel para evitar las miradas de la gente. Diez minutos después, acceden a una sala donde está sentada Blanca Monreal, rodeada de sanitarios, también con una manta que la arropa y con el mismo libro que tenía en la mano cuando estaba asomada al balcón del quinto piso, del cual parece no haberse separado.

—Supongo que a eso se refieren las editoriales cuando publicitan las novedades con la frase «No podrás soltarlo» —bromea Martín, que se sienta sobre una mesa, frente a ella.

Blanca forma una media sonrisa. Pero los dientes le castañean al compás del frío y los nervios. Alguien del hotel le trae una taza caliente que huele a café. Ella se lo agradece con un gesto y trata en vano de que el calor de la bebida se transmita a sus dedos ateridos. Se gira hacia Martín. Tiene los ojos rojos y la cara pálida.

—¿Cómo dices?

Martín señala el libro.

—Ah... —acierta a decir. Parece desorientada o sobrepasada por la situación—. Es la novela que me ha llevado a subirme a ese balcón hoy. Me persigue desde que la escribí... —Tiene la mirada perdida en el suelo—. Se ve que es imposible deshacerme de ella. En cuanto he bajado del colchón, me la ha dado una chica que la ha recogido del suelo.

—*El crimen de la casa Otazu* —lee Martín inclinando la cabeza para lograr ver el título de la cubierta. Siente otra vez un mareo como el que vivió en el chalet de Zizur.

—Soy la autora —aclara ella sin mirarle. Es como si estuviera en otro lugar.

—¿Qué...? —acierta a pronunciar él.

—¿Ta-tan malo te pareció?

—N-no es eso... Es que justo hoy encontré un recipiente que... Es igual. —Guarda silencio mientras palpa el bote de cerámica dentro de su bolsillo.

—No, dime —insiste ella. Tiene los labios blancos y está tiritando bajo la manta térmica.

—Olvídalo. Ya se han reído suficiente de mí hoy los de la cuadrilla por este tema.

Blanca no responde, sigue ida. Parece que le va a costar recuperarse. Martín supone que, cuando ya habías decidido dejar este mundo, cuesta un tiempo volver a él.

—¿Estarás bien esta noche? —pregunta el bombero—. Es decir, no me refiero a si vas a intentar... saltar otra vez, sino a si te encuentras bien después de... Mejor me callo. Perdona.

Blanca mira a Martín a los ojos por primera vez.

—Gracias —dice.

El bombero arruga el ceño.

—¿Por callarme?

Ella sonríe con los labios, pero no con la mirada, que sigue asustada. Rodea con las manos la taza humeante de café y le da un pequeño sorbo.

—Al contrario, por no hacerlo allí arriba. Me has salvado la vida. De no estar tú, habría saltado mucho antes de que los de emergencias pusieran ese colchón y ahora mismo estaría... muerta —le cuesta pronunciar la última palabra.

Martín asiente, acepta el agradecimiento. Se queda con ganas de pedirle una declaración escrita y firmada para enseñársela al cabo Goñi mañana, cuando le pida explicaciones por haber puesto en peligro su vida al saltar sin sujeción de seguridad.

—Debería descansar —dice uno de los sanitarios—. Y usted también, Spiderman.

Martín baja la mirada mientras recuerda avergonzado la escena que acaba de protagonizar ahí arriba.

—Mañana tenía una presentación aquí, en Pamplona —le explica Blanca—. Pero voy a decirle a mi editora que la cancele junto con el resto de la gira. Necesito recuperarme, volver a tomar las riendas de mi vida. Creo que me quedaré en la ciudad unos días. No lo comentes, por favor, necesito tranquilidad para recuperarme. Pero pásate esta semana por el hotel y así puedo invitarte a un café para darte las gracias.

Martín asiente. Se baja de la mesa y se despide de Blanca dándole la mano.

—Nos vemos, escritora.

Atraviesa la puerta principal del hotel, donde ya no queda nadie, y después la plaza del Castillo para dirigirse a su casa. La luz de las farolas se refleja sobre las baldosas grises. Tiene frío. Cruza los brazos para abrazarse a sí mismo. Una vez que la tensión y la adrenalina han abandonado su cuerpo, Martín se queda hecho polvo. Como en una de las historias de astronautas en otros planetas que inventa para su hija Laia, es como si la gravedad se hubiera multiplicado por mil. Arrastra el peso de su piel y sus huesos por la plaza a paso lento, mientras se alegra de vivir a tan solo unos metros del hotel.

Sueña con llegar a la cama y dejar caer su cuerpo desvencijado sobre el colchón. Le espera otra noche en vela mirando fotografías de lo que parece otra vida junto a su mujer. Suele preguntarse por qué es tan autodestructivo. ¿Por qué se dedica a mirar esas imágenes una y otra vez durante las noches de insomnio que han surgido sintomáticamente desde que empezaron los problemas con ella?

Hoy, después de sobrevivir a ese salto, encuentra la respuesta enseguida.

Cuando el sol se ha ido y todo el mundo duerme, cuando la ciudad está a oscuras, los únicos pensamientos que todavía brillan en la mente de una persona son los que de verdad importan.

Mendaza. Presente

Martín Salaberri ha dejado atrás la autovía del Camino de Santiago y atraviesa la carretera nacional que discurre paralela a la sierra de Lokiz. Por los altavoces del coche suena a todo volumen «El hombre pájaro». El bombero se desgarrá las cuerdas vocales para destrozar a pleno pulmón los versos de la canción que, como sucede con cada letra de Robe, apuntan a la herida y parecen escritos solo para él:

*Noto que algo me falta hoy para ser,
que me falta para estar.
Y como si me faltara peso,
consciente de mi volatilidad,
me he empezado a disipar
y ya solo espero tu regreso.*

Cuando llega al valle de La Berrueza, saca unas gafas de sol de la guantera obligado por el microclima privilegiado de esta zona, que contrasta con la lluvia con la que ha amanecido la capital navarra. Conduce su Land Rover 4x4 junto a los campos de cereales, que se mecen con el viento como un mar verde oliva que rompe sus olas contra montañas de tierra rojiza salpicadas de encinas y robles. Ha recorrido tantas veces estas carreteras que, si ahora mismo Zubi estuviera sentado con él en este coche, Martín le apostaría un chuletón del Zaldiko a que es capaz de cerrar los ojos y llegar sano y salvo hasta Mendaza.

Como si se tratara de telepatía, la pantalla del móvil que lleva anclado al salpicadero se ilumina con un nombre: Zubi.

—En ti estaba pensando. Me pillas de camino a Mendaza —dice Martín.

Zubi tarda medio segundo de más en contestar.

—¿A Mendaza? Pensaba que Ane y tú no...

—Los de la cuadrilla no hacéis más que pensar últimamente.

—Entonces ¿Ane y tú ya estáis bien?

—Es... complicado. Te lo cuento mejor en el curro. Pero bueno, dime, ¿qué querías?

—Nada, era solo para ver qué tal estabas. Después de lo de ayer, me refiero.

Se ha enterado. No sabe cómo, pero se ha enterado.

—Bien, un día más en la oficina.

—No has visto la portada del periódico, ¿no?

—¿Del *Noticias*, del *Diario de Navarra* o de *La Crónica*?

—Del que quieras. Los tres abren con una foto a media página de tu culo cayendo desde la fachada del hotel La Perla.

A Martín se le escapa la risa.

—El tema es serio, Martín. Entre esto y lo de entrar a lo Rambo el otro día en ese chalet de Zizur, tienes a Goñi contento. Vas a tener que dar unas cuantas explicaciones. ¿No te ha llamado?

—El jefe que diga lo que quiera; la realidad es que esa escritora está viva por mí. ¿Sabes que a Ane le encanta su libro? Ella es más de ensayos, no suele leer ficción como yo; mira, igual por eso congeniáis tan bien los dos, sois igual de pragmáticos. El caso es que se lo regalé para que entendiera por qué me obsesioné con ese crimen después de que nos tocara apagar el incendio de la casa Otazu, y le encantó. Sigue a la autora en redes y está deseando que publique una nueva novela. Seguro que se alegra de saber que, si hay segunda parte, será gracias a mí.

—Espera, que te veo venir... No estarás pensando en que contarle eso va a ayudar a salvar tu matrimonio, ¿no?

Silencio.

—Martín..., ¿de verdad? A veces tu cabeza es más simple que la de tu hija Laia, que tiene..., ¿cuántos?, ¿cinco años?

Martín ríe.

—Cuatro. Zubi, entiéndeme..., estoy jugando a la desesperada. Cualquier noticia que sirva para retirar ese escudo impenetrable que lleva puesto y que dé pie a una conversación me viene bien.

Zubi resopla.

—En fin... También te llamaba por lo que sucedió ayer con la cuadrilla antes de tu heroica actuación. Me supo mal que te fueras así. Estábamos de broma. Y ya sabes cómo es Fermín, no se lo tengas en cuenta. Siempre es el más listo, el que más tiene y el que más sabe.

—Si ya lo sé, Zubi. El problema no es Fermín, que también; el problema soy yo, que llevo unas semanas jodidas.

—Bueno, sabes que puedes llamarme siempre que lo necesites, no hace falta que te lo diga. Incluso si es para buscar a ese Jon.

Silencio.

—Sé que lo de Ane no es lo único a lo que andas dándole vueltas. Martín ni confirma ni desmiente.

—Te tengo que dejar, estoy llegando a Mendaza.

—Vale, vale. Nos vemos en el trabajo. Sabes dónde encontrarme si lo necesitas.

—Zubi —se apresura a decir Martín antes de que su amigo cuelgue la llamada.

—Dime.

Pero, en vez de «gracias», Martín dice:

—Me conoces demasiado bien.

Zubi ríe al otro lado de la línea.

—Son muchos años, Martintxo.

El bombero atraviesa la carretera que serpentea por el vértice del valle de La Berrueza y reduce la velocidad cuando llega a la antigua venta de Mendaza. Gira a la izquierda y sube la cuesta empinada que conduce al centro del pueblo. Las primeras casas de piedra clara empiezan a aparecer a ambos lados del camino, que se va estrechando conforme asciende. El olor a leña que emana de las chimeneas se cuela dentro del coche. La casa de los abuelos de Martín está a apenas cincuenta metros de la iglesia y del frontón. Se trata de dos casas centenarias que algún tatarabuelo unió en forma de ele, formando un ángulo de noventa grados que encierra un jardín interior que antes se usaba de huerto. Cuando nació Laia, Ane y Martín comenzaron a alojarse en esta casa en lugar de quedarse con los padres de Ane, que viven en la parte alta del pueblo, para

evitar que los llantos de la niña molestaran a sus abuelos cada vez que iban a Mendaza de visita. La costumbre se ha mantenido y todavía prefieren utilizar la casa de los abuelos de Martín para tener más intimidad.

Él ha vivido toda su vida en Pamplona, pero Ane creció aquí. Se conocen desde niños porque los abuelos de Martín son de Mendaza y él pasaba los veranos enteros pedaleando con su bici por las calles empedradas del pueblo, construyendo cabañas en el monte y jugando a pala en el frontón durante jornadas interminables bajo el sol. Después llegó la adolescencia y cambiaron los juegos de niños por las fiestas de los pueblos del valle, en los que llegó su primer beso.

Mientras Martín da marcha atrás para acercar el coche a la fachada de la casa, la puerta principal se abre y Laia sale a recibirle corriendo con los brazos abiertos.

—Hola, astronauta. —Martín se agacha para fundirse con su hija en un abrazo. Hunde la nariz en su jersey y aspira el aroma de su pelo, que tanto está echando de menos desde que se mudaron. La levanta por los aires mientras la niña ríe y extiende los brazos para formar dos alas. Martín mira sus mejillas enrojecidas a causa de no parar quieta ni un segundo y sonríe ante la inocencia de su hija, que por suerte no intuye lo que está pasando entre sus padres.

Ane se asoma por la puerta con una taza de café entre las manos y un jersey de lana azul cuyas mangas deshilachadas alcanzan a cubrirle los nudillos. Su melena rubia está despeinada y cubre a medias los ojos color miel, húmedos de haber bostezado hace poco. Martín cree que hasta recién levantada está preciosa y se pregunta cómo han llegado a esto, por qué ya no puede verla así cada mañana.

—Qué madrugador —dice Ane. El tono es distante, tampoco hay sonrisa.

Martín es de levantarse tarde y soñar despierto por la noche. En la soledad nocturna encuentra un mundo mágico y acogedor, difícil de entender para los seres diurnos.

Baja a la niña al suelo, que entra de nuevo corriendo en la casa con la promesa de volver enseguida para enseñarle algo increíble a

su padre.

—Tenía ganas de verla, de veros.

Martín se percata de que Ane está mirando el coche. Es un Land Rover Defender de 1998, que ella insiste en que venda porque pasa más tiempo en el taller que en la carretera, les ha dejado tirados muchas veces, su consumo de combustible está por encima de lo que un sueldo de bombero permite gastar, la pintura azul lleva por lo menos quince años descascarillada y en el interior las cosas no mejoran: tapicería desgastada y agujereada en algunas zonas, volante comido por el sol y luna delantera rajada. Sabe que su mujer tiene razón, pero heredó el coche de su padre cuando falleció y, como el ático en el que vive, para él venderlo supondría borrar una parte de su recuerdo para siempre.

—Entra. ¿Quieres un café? Iré enseguida a casa de mis padres —avisa Ane para que Martín no se haga muchas ilusiones de tener una charla larga y tendida.

Pese a que Laia y Ane llevan varios días instaladas en Mendaza, la entrada de la casa todavía guarda ese olor a cerrado, a llevar deshabitada durante casi un año. En el *txoko* es diferente: huele a leña, a café caliente y a bollos recién hechos. La atmósfera cálida abraza a Martín sin permiso y borra enseguida la piel de gallina aterida por el frío del invierno que traía en el cuerpo.

—Acaba de pasar la camioneta del panadero —aclara Ane mientras Martín se queda hipnotizado por un garrote de chocolate—. Puedes coger uno, que lo estás deseando.

Él obedece sin oponer resistencia alguna.

—Está bueno —dice con la boca llena. No recuerda cuántas horas llevaba sin probar bocado—. A ver, no son como los de la pastelería Beatriz, pero se deja comer.

Laia atraviesa la puerta que separa el *txoko* del jardín y entra corriendo con Ura. La perra de cuatro años, de raza pastor vasco y pelaje canela, camina despistada hasta que repara en el bombero. El nombre, «agua» en euskera, se lo puso él. Ura da cuatro saltos hasta alcanzar a Martín y, sin dejar de mover el rabo de un lado a otro, se pone a dos patas para subirse sobre su pecho y dejarse acariciar.

—¿Esto era lo que me querías enseñar, Laia?

—¡Sí! Ura te ha echado mucho de menos. Los primeros días se quedaba tumbada en la puerta de la entrada esperando a que volvieras.

—¿De verdad? —dice Martín rascando la barriga de la perra, que jadea contenta.

Laia asiente.

Martín baja a Ura de su pecho y se acerca de cuclillas con los dedos índices apuntando a Laia.

—Y dime una cosa, ¿Ura es la única que me ha echado de menos aquí?

Laia se aguanta la risa mientras asiente.

—¿Seguro? —dice Martín levantando los dos dedos amenazadores.

—¡Sí! —grita Laia.

—Eso se merece un... iataque de cosquillas!

Martín tumba a la niña sobre el sofá, frente a la chimenea, y comienza a hacerle cosquillas. Laia se revuelve entre carcajadas e intenta zafarse, le golpea con los cojines. La pelea continúa hasta que las fuerzas de la niña se desvanecen y reconoce que ya no puede más.

—Y ahora ve a jugar al jardín, que tengo que hablar con tu madre.

—Me quiero quedar.

—Son cosas de adultos.

—Tú siempre dices que los adultos son mentira.

Martín recuerda el reverso de una de las fotografías que guarda en la carpeta naranja. En ella aparecen Ane y él en ropa interior dentro de un supermercado, el día en el que se calaron hasta los huesos en un concierto de Extremoduro. La cajera se ríe mientras pasa las bolsas de basura que esa noche utilizaron como vestimenta.

Recuerdo 21: los adultos no existen.

Solo son niños que perdieron la capacidad de sorprenderse del mundo.

Martín evita decirle a su hija que hace tiempo que no logra verlo de esa manera, que desde que ellas no están en Pamplona lleva puestas las gafas que lo muestran todo de color gris anodino.

—¿Después podemos subir juntos hasta la laguna con Ura? —pregunta la niña.

—Después vamos a ir a ver a tus abuelos, y tu padre tiene prisa, ¿verdad? —corta Ane—. Subiremos por la tarde con el tío Pedro.

A Martín no le queda más remedio que asentir.

—¿Puedo coger otro garrote? El último, porfi —suplica.

Su madre le acerca uno.

—Solo hoy, ¿eh? No lo tomes por costumbre o dejaré de comprarlos.

—Ha salido a la madre —bromea Martín mientras se lleva a la boca otro bollo y comprueba de reojo si Ane sonríe por la broma.

Va a ser que no.

—Para no ser como los de Beatriz, es el segundo que te comes.

Ambos se sientan frente a la mesa de madera que recorre un cuarto del *txoko*. Martín hace un barrido por la estancia para confirmar que no han pasado los años por ese lugar que tantas cenas, reuniones y buenas sobremesas les ha dado. El *txoko* es un antiguo granero que, cuando se reconvirtió en lo que es ahora, pasó a ser el centro de la vida del hogar y a robar el protagonismo al salón y a la cocina de la primera planta. Una columna de carga gruesa en el centro ayuda a dividir la zona de los comensales y la cocina de otro rincón con sofás, la chimenea y un pequeño baño. Las paredes están decoradas con fotos de los padres y abuelos de Martín y con antiguo material de labranza.

El bombero recuerda con nostalgia los tiempos en los que Ane y él, de niños, solían colarse a escondidas para bañarse y nadar en las montañas de cereales que llenaban la estancia, cuando todavía era el granero de la casa. Sonríe con las broncas que les caían cada vez que su madre los pillaba allí, cómo los agarraba de la oreja mientras ellos se rascaban todo el cuerpo para aliviar el picor infernal que dejaba el grano.

Eran tiempos en los que todo era fácil.

Ane retira la mirada cuando sus ojos se cruzan con los de su marido.

—Me lo pusiste más fácil en la primera cita —dice él mientras sonríe levemente. Pero la broma no logra enterrar la tristeza

profunda que subyace en su tono.

—Todavía es pronto.

—¿Pronto para qué? Llevamos diecisiete años juntos, me conoces mejor que nadie, no sé para qué necesitas más tiempo.

Martín, de mecha corta, suspira. Trata de calmarse.

—Tiempo para aclarar las ideas, para ponerlo todo en perspectiva, para entender qué nos pasa.

Silencio.

—Te lo voy a preguntar una vez, solo una, Ane, porque me siento como una mierda diciéndote esto: ¿hay alguien más?

Ane abre los ojos.

Martín duda. Ese gesto puede querer decir que se siente descubierta o que es un imbécil. Enseguida confirma que se trata de lo segundo.

—De verdad, el mundo no es tan simple como tú lo ves. La vida no se reduce a blancos y negros, también hay grises. Ojalá todo fuera tan sencillo.

Ambos se quedan en silencio mirando sus tazas de café. Martín agarra otro bollo y se lo lleva a la boca. Desde el banco de madera echa un vistazo a la mesa del *txoko* y a las encimeras de la cocina, en busca de la prensa del día.

—No has comprado el periódico —dice.

Ane, absorta en sus pensamientos, sacude la cabeza.

—Hace años que no lo compro. ¿Por qué? —pregunta.

—Anoche le salvé la vida a una mujer. Han sacado la noticia en portada, me lo ha dicho Zubi.

—Pensaba que ayer no trabajabas, que estuviste de *pintxos* con estos.

Martín asiente con la cabeza mientras mastica el hojaldre con chocolate.

—Fue justo cuando me iba a casa, mientras hablaba contigo. ¿Recuerdas que te colgué? Era esa escritora que te gusta tanto, la que ambientó su novela en Navarra.

—¿Dolores Redondo?

—No, la otra.

—¿Blanca? ¿Blanca Monreal?

—Sí —dice él, un poco decepcionado porque esperaba más emoción por parte de su mujer—. Estaba colgada del balcón del quinto piso del hotel La Perla, desnuda, con su libro en la mano.

—¿Pensaba... saltar? ¿Estaba drogada? Justo ayer la criticaron mucho en redes. Alguien subió un vídeo en el que se la veía en muy mal estado durante la presentación de su novela en Vitoria.

—Creo que había bebido. Pero la gente no se tira de un quinto piso solo por beber unas copas.

—¿Qué le habrá podido pasar? Le va genial, su primera novela está siendo un éxito.

Martín se encoge de hombros.

—Apenas pude hablar con ella. Estaba en shock —dice, y, tras apurar el último trago de café, se levanta para servirse otra taza.

—Hace poco leí que pensaban llevar el libro al cine. Tengo curiosidad por ver a qué actores eligen para los personajes de Imanol, Blanca, Ainhoa, Jon...

Martín se queda petrificado mientras moja otro garrote en el café. El bollo se parte por la mitad y el hojaldre se zambulle en el líquido, que salpica la mesa.

—Espabila, que me manchas todo... ¿Y esa cara? —pregunta Ane.

Él ha perdido la mirada en el medio bollo que le queda entre los dedos.

—Martín, ¿aterrizas?

—Hay algo más que quería contarte.

—Me das miedo. Parece que has visto un fantasma.

—Es sobre Jon Egüés. ¿Recuerdas que en teoría murió mientras escapaba de la policía?

—En teoría y en realidad, Martín. No empieces como hace dos años.

—Nunca encontraron el cuerpo. Los operativos lo buscaron, pero nunca apareció. Al menos en eso estamos de acuerdo, ¿no?

—En eso sí. Es un dato. A partir de aquí, todo son teorías sin fundamento. Incluso la mismísima Blanca Monreal, que estuvo en esa casa y conoció a Jon, las ha desmentido miles de veces, tanto en su novela como en entrevistas.

—Hay muchas teorías al respecto en internet. Existe una página web donde la gente que cree haberlo visto sube fotos y pruebas. Hay imágenes del supuesto Jon por todo el mundo. Algunos dicen que la Policía no ha dejado de buscarlo nunca por lo que hizo.

—La versión oficial es que falleció.

—También siguió el caso Félix Crimen durante varios episodios. El del pódcast de *true crime* que me suelo poner para dormir.

—Lo sé. Me ha dado tiempo a escucharlo alguna noche durante esos diez segundos que tardas en caer en coma. Después te silencio el móvil. El presentador de ese pódcast es un charlatán o un crédulo de teorías conspirativas, como todos los que escriben en foros o investigan por su cuenta este caso. No me digas que has vuelto a obsesionarte con la idea de que Jon vive, Martín, por favor. Pude llegar a entenderlo hace dos años, cuando te tocó apagar el incendio de esa casa y la policía todavía estaba buscando a Jon. Pero ahora que no... ¿Te aburro?

El bombero vuelve a quedarse ensimismado, mirando a un punto infinito en el café.

—¡Martín! ¿Estás aquí o en otro planeta?

—¿No tendrás ese libro por aquí? Me gustaría releerlo.

Pamplona. Presente

La mañana es gris y deprimente, como si yo la hubiera elegido a mi gusto. Me cubro de la lluvia con la capucha del chubasquero negro y me acerco hasta la cristalera del Café Iruña para observar el reflejo: mi cara solo es una sombra detrás de la bufanda que oculta las cicatrices. Camino entre los porches de la plaza del Castillo mientras percibo el olor a tierra mojada que viene de los parterres y me detengo en el último arco, desde donde puedo vigilar la puerta del hotel La Perla.

Envuelvo con los dedos el mango del cuchillo de poda que guardo en el bolsillo del chubasquero y trato de calmarme.

Esto no sería necesario si mi bombero no se hubiera guardado el recipiente en lugar de dejar que lo encontrara la policía, si lo que le hice a esa familia de Zizur estuviera abriendo los informativos como el asesinato que es y no como un simple incendio.

Pero ahora otra persona va a morir.

Y me encanta.

Así son las cosas.

Acabar con la vida de esa familia de Zizur ha despertado algo nuevo en mí. No es sed ni hambre. Es algo más potente. Nunca he probado la heroína, pero el mono no puede ser más intenso que la sensación que recorre mis venas desde la otra noche.

Espiro el aire contenido.

Me asomo y levanto la mirada hacia el quinto piso. El sirimiri me empapa las mejillas. Sé que Blanca se hospeda en este hotel. Ahora solo tengo que esperar a que salga a la calle.

Esto puede ser largo.

Pasan los minutos mientras pienso en la escritora. ¿Quién lo iba a decir cuando trabajaba cuidando de Ainhoa en esa casa? Parecía una

mosquita muerta que adoraba a la anciana, y ahora mírala, viviendo como una reina por contar mentiras sobre lo que sucedió en el sótano aquella noche.

Cuando la noticia del crimen de la casa Otazu perdió el interés de los grandes medios, pensé que Blanca dejaría de dar entrevistas.

Todo el mundo se había tragado la historia.

No me hizo ninguna gracia enterarme de que pensaba publicar un libro ficcionando los hechos. En cuanto anunciaron la fecha de lanzamiento, traté de dar con ella para impedírselo. Pero ya no vivía en Pamplona y me resultó imposible encontrarla. Se había preocupado de protegerse y no revelar públicamente su lugar de residencia.

Me enciendo un cigarro bajo la capucha y, nada más apoyarme en la columna del arco, aparece él.

De nuevo mi bombero.

Sube la calle Chapitela hacia donde estoy yo.

Tiene el don de la intromisión.

Tiro el cigarro al suelo, me meto en el porche y me cubro detrás de una columna.

Él camina tranquilo, con la cabeza alta, como si no le importara mojarse o estuviera acostumbrado a hacerlo. Lleva una caja de cartón en la mano. Atraviesa la puerta del hotel La Perla y sale sin ella.

Viene hacia aquí.

Me escondo por completo detrás de la columna y espero unos segundos a que pase de largo.

Como no lo hace, me asomo con cuidado. Pero ya no está.

Miro a ambos lados, no comprendo dónde se ha metido.

Salgo de mi escondite para comprobar la calle Chapitela, por si ha bajado por donde ha venido, cuando recibo un golpe.

—Perdone —me dice. Hemos chocado de frente al girarme. Está muy delgado. Quizá no sea tan difícil como pensaba vencerle en un cuerpo a cuerpo cuando llegue el momento.

Él no me ha podido ver porque llevaba la cara cubierta por la bufanda y todo ha sido muy rápido. En cuanto he sentido el golpe, he seguido caminando.

Me giro y compruebo que se mete en el Café Iruña.

Yo camino hasta el Windsor para tenerle controlado sin perder de vista la entrada del Gran Hotel La Perla.

Parece que estás empeñado en que nos conozcamos, bombero.

Casa Otazu, Pamplona. Hace dos años

Blanca cierra la puerta de la habitación de Ainhoa muy despacio para no despertarla. Los dos años que lleva encargándose de los cuidados de la madre de Imanol Otazu le han servido para ganarse el cariño de la anciana. La quiere como si fuera su propia madre.

Su pareja, Alain, la espera como cada noche en el Corsa que hay aparcado en la entrada. Está jarreando, pero alcanza a ver sus nervios a través del cristal del recibidor de la casa. Ha llegado el momento. Esta vez no irán al cine ni a cenar a uno de los restaurantes de comida rápida del centro comercial. Esta vez Alain tiene un machete en las manos.

Blanca abre la puerta, pero justo antes de hacerle la señal acordada a Alain que le dé vía libre para entrar en la casa, una mano gigante de nadador se posa en su espalda, seguida de una voz grave que dice:

—¿Es que no va a parar nunca? Lleva lloviendo a cántaros una semana. Me mojaba menos cuando me pasaba ocho horas al día en la piscina —Imanol trata de bromear, pero la tristeza que arrastra desde que su mujer falleció hace ocho años es incompatible con el sentido del humor. Sujeta un vaso de whisky en el que solo quedan dos hielos y una pátina marrón que se acumula en el fondo plano y pesado del cristal.

—Ah... Hola, Imanol.

—Perdona, ¿te estabas marchando? Te quería comentar un tema importante. Pero lo hablamos mañana.

—No, no, dime.

—¿Seguro? Si tienes prisa... —sigue él.

Tiene la cara demacrada. Blanca se percata de que tiene los ojos rojos de haber estado llorando o bebiendo, y las habituales bolsas de

los ojos hoy parecen llenas hasta arriba de dolor.

—No, de verdad, dime. ¿Ha pasado algo?

—Bueno, sí... Será solo un momento —asegura Imanol.

Ella le pide disimuladamente con la palma de la mano a Alain que espere, y vuelve a cerrar la puerta.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.

—De eso quería hablarte —empieza Imanol—. Acompáñame al salón, por favor.

Ambos se sientan en los sofás. Él posa el vaso vacío sobre la mesa baja de cerezo. En ese momento Blanca le mira a los ojos vidriosos y se percata de que Imanol no solo ha estado llorando, sino que de nuevo ha vuelto a pasarse con el whisky. Desde que su mujer, Nagore, falleciera, pasa las noches encerrado en su taller del sótano, emborrachándose y creando esculturas horribles. Las hay de varios tamaños, pero todas representan pesadillas. Algunas parecen gárgolas con crestas puntiagudas; otras son aves negras con navajas afiladas en lugar de plumas. Es como si esas esculturas le sirvieran a Imanol Otazu para exorcizar a todos los demonios que viven en su interior desde que enviudó. Cuando ya ha acumulado demasiados pensamientos negros durante el día, se purga por dentro en el sótano de esa manera autodestructiva. Cada mañana, despierta desubicado y con dolor de cabeza sobre el suelo helado del taller de escultura.

Nunca ha intentado vender su arte, ni falta que le hace. Los años como nadador profesional le reportaron grandes ingresos publicitarios, sobre todo a raíz de la segunda medalla de oro olímpica. Después llegaron la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta. Ser el deportista navarro más aclamado internacionalmente de todos los tiempos, con permiso del gran Miguel Induráin, le ha servido para ganarse el respeto de toda la ciudad y el sustento para varias vidas.

—Me muero, Blanca —suelta a bocajarro.

Ella le examina, como si con un simple vistazo a sus gestos pudiera determinar si solo se trata de un borracho trasladando sus penas a metáforas o si está hablando de manera literal. Tras

procesar durante unos segundos lo que acaba de escuchar, la única pregunta que es capaz de articular es:

—¿Qué?

Imanol se mira los zapatos y toma aire antes de soltarlo.

—Cáncer.

Blanca hace un amago de hablar, pero él levanta la palma de la mano para frenarla.

—No, no hay nada que hacer. Es terminal.

Ninguno de los dos abre la boca durante varios segundos. Imanol observa la chimenea. El crepitar del fuego que devora el tronco de leña en su interior es una metáfora de la enfermedad que ya ha empezado a consumirle. La mirada de Blanca se pierde en algún lugar de la alfombra.

—Es un carcinoma hepatocelular, cáncer de hígado. Está muy avanzado y parece que se ha propagado a otras partes del cuerpo.

—¿Cuánto..., cuánto tiempo te...? —trata de preguntar Blanca.

—Los médicos no lo saben con exactitud. Pero la previsión es de unos pocos meses y, en el mejor de los casos, tres años con terapia dirigida. He pedido cita para recibir una segunda opinión.

A Blanca se le saltan las lágrimas. Se lleva las manos a la cara. Imanol se sienta más cerca y le pasa un brazo por el hombro para consolarla.

—¿Qué va a pasar con Ainhoa? —pregunta ella.

—De eso quería hablarte. Sabes que no me queda más familia aparte de ella. Nagore y yo no tuvimos hijos, y no tengo hermanos. No se me ocurre nadie que pueda cuidar a Ainhoa mejor que tú, Blanca.

Blanca se retira las manos de los ojos y los levanta hacia Imanol.

—Llevas dos años haciéndolo. Y ambos sabemos que yo no he estado a la altura. Me lo has dejado caer alguna vez y noto cómo me apuñalas con la mirada siempre que desaparezco de la vista de mi madre para bajar a ese sótano.

—Lo... siento.

Imanol niega con la cabeza mientras sonrío. Ella tiene razón.

—Pero tú siempre has estado junto a mi madre.

—Yo...

—Su enfermedad avanza muy rápido. Pronto ni siquiera nos reconocerá a ti o a mí. Pero yo me marcharé de este mundo más tranquilo si sé que ella está contigo, Blanca. Piénsatelo. En cuanto me des una respuesta, lo dejaré todo atado en mi testamento, no tendrás problemas económicos. Mi madre te adora. Eres como su segunda hija.

En ese momento exacto, Blanca piensa en Alain, que está sentado en su Opel Corsa con un machete en la mano, esperando a que ella le haga la señal acordada para entrar en la casa.

Pamplona. Presente

—¿Estás más de desayuno o de vermut? —pregunta Martín—. A mí a esta hora ya me cuesta decidir.

Blanca mira el reloj con la mano que tiene libre: las doce de la mañana. En la otra sujeta una caja de cartón que el bombero le ha hecho llegar a su habitación del hotel La Perla.

—Por eso les he dicho a los de recepción que te subieran unos garroticos de Beatriz, para que desayunaras antes.

Blanca relee la nota que hay adherida a la caja:

Aquí tienes otra razón irrefutable para no querer dejar este mundo. Te espero a las doce en la puerta del hotel.

SPIDERMAN

Blanca abre la caja y, como si de lingotes de oro se trataran, una ristra de napolitanas caseras rellenas de chocolate ilumina su mirada. No resiste la tentación de probar uno.

—Mmm..., *efta* buenísimo. Cómo los he echado de menos.

Sin terminar de masticarlo, Blanca se lleva el segundo dulce a la boca.

—Es uno de los tesoros de la ciudad —dice Martín—. Anda, vamos a pasear estos morros manchados de chocolate, te invito a almorzar.

El sol les calienta la cabeza y comienza a secar los charcos formados por la lluvia de la mañana. Las baldosas húmedas todavía reflejan las fachadas coloridas de los edificios que rodean la plaza del Castillo, que, tras abrirse el cielo, empieza a llenarse de gente.

El bombero se pregunta cómo es posible que esta plaza llena de colores vivos y personas sonriendo pueda coexistir en la misma

ciudad que un asesino como Jon Egüés, capaz de carbonizar a una familia entera.

Blanca y Martín caminan durante el tiempo que ella tarda en zamparse la caja de garroticos. La escritora le confiesa que le ha costado dormir a causa de lo sucedido anoche. Tiene bolsas en los ojos y los labios blanquecinos.

De pronto, Martín se detiene frente a la puerta de un bar y se gira hacia ella. Mirándole a los ojos sin pestañear, le apunta con el dedo índice y le advierte:

—Ni se te ocurra mencionar este sitio en una de tus novelas. No quiero que empiecen a llegar turistas a joderme el mejor *pintxo* de tortilla de Pamplona.

Blanca levanta la mirada para leer el nombre del bar.

—Ni se te ocurra.

—Vale, vale —dice ella alzando las palmas de las manos.

—Y si alguna vez hablas con mi amigo Zubi, no le digas que te he traído aquí o los dos tendremos problemas.

Ambos entran en el bar. Es uno de los de toda la vida: barra de metal con una vitrina de cristal alargada exponiendo los *pintxos* del día, máquina tragaperras, posos de café rodeando el molinillo, bolas de servilletas en el suelo, dos hombres apostados frente a la barra con sendos *patxaranes*.

Martín se da cuenta de la cara que está poniendo Blanca.

—No dictes sentencia antes de probar la tortilla —dice.

—¿Qué te pongo, Martín? ¿Lo de siempre? —pregunta el camarero.

—Lo de siempre, pero por dos —pide señalando a la escritora.

—¿Qué es lo de siempre? —pregunta ella.

El camarero vuelve con dos hermosas porciones de tortilla y dos zuritos de cerveza. Ambos se sientan en una de las mesas.

—Aunque no hayas dormido bien, te veo más calmada que anoche —comienza Martín, que se come medio *pintxo* de un bocado.

—No es difícil, acababa de saltar de un balcón —comenta ella, y prueba el primer trozo de tortilla. Asiente con la cabeza de forma repetida mientras mastica.

—Te he avisado —señala Martín riendo—, esta tortilla es increíble.

—¿Cómo pude no descubrir este bar durante los dos años que estuve viviendo en Pamplona? —dice Blanca mientras da un sorbo a su zurito. Después unta una esquina de pan en el huevo que se ha derramado sobre el plato y se lo lleva a la boca.

El bombero deja de reír. Vuelve a levantar el dedo índice, amenazador.

—Este sitio no existe en tus libros.

Blanca sonríe por primera vez.

—Escucha, escritora. Además de saludarte y comprobar que estuvieras mejor, quería comentarte un tema.

—Dime —indica ella mientras cierra los ojos para concentrarse en saborear el último trozo de tortilla.

—A ver, por dónde empiezo... —duda él—. ¿Sabes que yo trabajé extinguiendo el incendio de la casa Otazu?

Ella cambia el gesto, de golpe vuelve a ser la Blanca asustada con la que habló ayer en el hotel.

—Prefiero no hablar de lo que pasó en esa casa —afirma dejando el tenedor sobre lo que le queda de tortilla.

—En la novela describes con detalle las torturas que Jon infligió sobre Imanol Otazu mientras su madre y tú lo presenciabais todo.

—Por favor, Martín —pide Blanca, incómoda—. No me hagas revivirlo otra vez. Si anoche salté desde el balcón del hotel fue porque no puedo más. Lo que sucedió en ese sótano continúa persiguiéndome dos años después. No he cancelado las presentaciones de la novela para ahora tener que hablar de ella contigo.

Él suspira. Se replantea cómo abordar el tema.

—Creo que lo mejor es que veas esto.

Martín saca de su bolsillo el recipiente de porcelana que encontró en el incendio del chalet de Zizur. Lo deja sobre la mesa para que Blanca lo examine.

La escritora sujeta el recipiente entre los dedos. Las yemas enseguida se le empiezan a ennegrecer a causa del hollín. Le da vueltas y se lo acerca a los ojos sin entender nada.

—Ábrelo —pide Martín.

Blanca extrae la tapa y lo inclina para examinar su interior.

—Está vacío —dice encogiéndose de hombros y volcando el recipiente sobre la mesa para demostrar que no contiene nada.

—Mira bien —insiste Martín ofreciéndole la linterna de su móvil.

Blanca agarra el teléfono y apunta con el flash al interior del recipiente. Primero comprueba el fondo vacío. Sin estar demasiado convencida, comienza a darle vueltas sobre los dedos mientras ilumina las paredes interiores curvas.

Hasta que lee ese nombre que le cambia el semblante.

—Jon —susurra con voz quebrada.

El recipiente se le resbala de la mano y rebota sobre la mesa. El camarero y los dos parroquianos de la barra se giran para identificar el origen del ruido.

Martín les hace un gesto sacudiendo el aire con la mano, como si espantara moscas, que quiere decir que todo está bien, que a lo suyo.

La escritora tiene la espalda erguida y pegada al respaldo de su silla, como si una descarga eléctrica la hubiera clavado a ese lugar. Hace todo lo posible por separarse del nombre grabado en la cerámica.

—Lo encontré la otra noche, después de apagar un incendio en un chalet. Estaba en el centro del comedor, junto a los dueños de la casa y sus dos hijos. —Hace una pausa—. Murieron carbonizados. La cerámica aguanta temperaturas muy altas y... Blanca, ¿estás bien?

Ella respira a trompicones y tiene la mirada perdida.

—¿Blanca?

—E... es... real.

Martín no entiende.

—Ese hombre..., ese hombre con la cara quemada es real.

—¿Qué hombre? ¿De qué estás hablando?

Blanca se bebe de un trago lo que le quedaba del zurito, después agarra el de Martín y también se lo termina.

—Tranquilízate. ¿Te refieres a Jon, el de tu libro? ¿Crees que sobrevivió al incendio?

Blanca está tan pálida como el interior del recipiente, mira en todas direcciones antes de hablar para asegurarse de que no les está escuchando nadie.

—El otro día, en la presentación de Vitoria, había un hombre muy extraño. Estaba de pie, al fondo de la sala. Pero entre que había poca luz y que él llevaba una capucha que le cubría la cara apenas pude verle. —Toma aire—. Tenía un aspecto extraño. Como si su cara estuviera a medio... derretir. Hubo un momento en el que sentí que me miraba a través de sus gafas de sol, me sonreía y...

Blanca se queda callada mientras observa la ventana que da a la calle. Martín se gira para seguir los ojos de Blanca, pero no ve a nadie.

—¿Todo bien? —pregunta él.

—Sí..., me ha parecido... Da igual.

—Continúa, por favor.

—En un primer momento, pensé que ese hombre era una alucinación causada por el estrés. Yo... ayer por la mañana visité a Ainhoa, la madre de Imanol Otazu, en la residencia donde vive, y eso me alteró mucho. Me sucedió lo mismo la última vez que fui a verla.

—¿Lo mismo? ¿Quieres decir que en esa ocasión también viste a ese hombre?

—No. Me refiero a que lo pasé muy mal. Tardé meses en recuperarme, si es que alguna vez lo he hecho.

—¿Por qué crees que esta vez fue diferente hasta el punto de tener esa alucinación en la librería?

Blanca agarra el recipiente de cerámica y lo levanta a la altura de los ojos de Martín.

—¿Esto te parece una alucinación?

Martín no responde. Los parroquianos del bar vuelven a girarse hacia ellos.

—Es real. Ainhoa dice que la ha visitado en la residencia. Que amenaza con matarla, con matarnos a todos los que sobrevivimos a esa casa. Los médicos que la atienden aseguran que es parte de su enfermedad.

—Supongamos que lo que dices es cierto, que quiere acabar con todos los que sobrevivisteis a ese incendio. ¿Por qué no os ha matado ya a Ainhoa y a ti?

Hace días que Blanca tiene la respuesta a esa pregunta, pero no es lo mismo pensarla que decirla en voz alta. Liberarla de la jaula que conforma su mente y compartirla con Martín la convierte en real, en un peligro tangible. Se toma unos segundos de duda antes de lanzarse a pronunciar la frase muy despacio.

—Porque quiere vengarse de mí.

—¿De ti?, ¿por qué? —pregunta Martín.

De pronto, suena la puerta del bar. Blanca da un salto sobre su asiento y se gira. Martín le pide que se calme; se trata solo de un hombre que saluda con la cabeza al camarero, se quita la *txapela* y la deja sobre la máquina tragaperras.

El bombero cubre la mano de Blanca con las suyas.

—Tranquila. Nadie sabe qué fue de Jon —dice, y procede a reproducir las palabras que diría en esta situación su mujer, Ane, pero con más intención que convicción—. Lo más probable es que muriera mientras trataba de escapar de la policía.

Blanca mira hacia los lados, respira cada vez más rápido. Se levanta de la silla.

—Necesito aire.

Martín también se pone de pie.

—Solo dime una cosa, Blanca. Tú escribiste ese libro, eres uno de sus personajes, estuviste en esa casa, te documentaste sobre Jon, hablaste con sus familiares e, incluso, le llegaste a conocer en persona. Sabes más que la Policía y, por supuesto, que todos esos podcasters de *true crime* y programas de misterio que llevan años hablando del caso. Probablemente eres la mayor experta en Jon del país.

Ella no para de mirar en todas las direcciones, se muerde una uña.

—¿De verdad crees que Jon está vivo?

Pamplona. Hace dos años

Jon acaba de ayudar a incrementar en una unidad el contador led de *pintxos* de huevo que preside la barra del bar Río. Es su bocado favorito de Pamplona. Se trata de medio huevo cocido envuelto en besamel y sellado por tempura, que es el culpable de gran parte de los ingresos del establecimiento situado en la calle San Nicolás.

Da un trago a su cerveza mientras cae en la cuenta de que hacía mucho que no pedía un *pintxo*. Ha pasado de ir de bares por la comida a hacerlo por la bebida. Señal de que las cosas llevan demasiado tiempo yendo mal.

Suena su móvil. Es un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Jon?

—Depende, ¿quién es?

—¿Jon Egüés? ¿El periodista y escritor?

Jon suelta una carcajada.

—¿Escritor? Yo no me consideraría eso. Solo he escrito un libro y no me lo compró ni mi exmujer. Pero gracias. —Bebe un trago de cerveza—. En cuanto a lo de periodista, no me queda más que el título. Hace un año que no ejerzo. La cosa está muy mal en el sector, por si no te has dado cuenta.

—No tiene nada que ver con la crisis de la prensa escrita. Estoy al tanto de los motivos que lo obligaron a dejar su trabajo. Por eso le he llamado. Confío en su honestidad.

Jon hace un amago de decir algo acerca de pasarse la honestidad por los cojones, pero al final se lo piensa y cambia la afirmación por una pregunta.

—¿Quién eres?

—Soy Imanol Otazu.

—¿El nadador?

—Sí. Bueno, yo tampoco ejerzo. —Hace un amago de risa que no es correspondido.

—Solo faltaba, te retiraste hace ocho años por lo menos. Y tutéame, por favor. Tenemos la misma edad.

—Lo sé.

—Mucho sabes tú de mí, ¿no?

—Tenía que asegurarme de a qué clase de persona estaba pensando en contratar.

Jon se acoda en la barra y se acomoda el teléfono a la oreja para oír mejor.

—¿Cómo dices?

—Como le decía, sé que era un buen periodista —vuelve a tratarle de usted sin darse cuenta—, de los que ya no quedan. De los que buscan la verdad y no el *clickbait*. Me encantaban sus reportajes. También sé que lo último que investigó estaba relacionado con una trama urbanística en la localidad de Sarriguren. Un pelotazo que al final ha salido adelante, pese a que usted lo trató de destapar. Tengo entendido que no le dejaron, ¿verdad?

Jon no responde.

—Le silenciaron y se aseguraron de que perdiera su empleo, por eso no va a poder volver a escribir en Navarra.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Ya se lo he dicho...

—Tutéame, hostia —interrumpe.

Imanol carraspea al otro lado de la línea.

—Te he investigado.

—¿Con qué propósito?

—Vengo a cambiar las cosas para ti. Quiero ofrecerte un trabajo. Uno muy bien pagado que, además, podría servirte para relanzar tu carrera o, si lo prefieres, arrancar un negocio de lo que sea y empezar de cero. Sé que no estás pasando por tu mejor momento económico.

Jon da un nuevo trago a su cerveza.

—También estoy al tanto de tus problemas con el alcohol. Te pasas los días en los bares, ahogando las penas. Te entiendo, llevo

años igual. Para mí ya es tarde, pero para ti no. El trabajo que te propongo quizá te ayude a alejarte de eso antes de llegar al punto de no retorno.

Jon deja lo que le queda de cerveza en el vaso y sale del bar Río con el teléfono apoyado sobre la oreja. La calle San Nicolás le recibe con un soplo de aire fresco que sabe a despertar, a comienzo.

A oportunidad.

—¿En qué consiste ese trabajo?

—Me estoy muriendo.

Jon se demora unos segundos en procesar la información.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Imanol suelta un suspiro con el que arrastra sus pensamientos al fondo de los pulmones para no decirlos en voz alta: «Menudo imbécil sin tacto».

—Tengo cáncer de hígado. Es terminal. No sé cuánto me queda; con mucha suerte, dos o tres años. Pero pueden ser meses. Soy viudo y mi única familia es mi madre, que se llama...

—Ainhoa —interrumpe sin querer Jon. Todo el mundo conoce la vida de Tsunami Otazu, el nadador más importante de la historia del país. Su mujer murió hace ocho años. Su madre era casi tan conocida como él porque siempre la enfocaban las cámaras mientras animaba desde las gradas cada victoria de su hijo en la piscina.

—Sí... Mi madre tiene alzhéimer, su cerebro cada vez está peor. Avanza más rápido de lo que esperaban los médicos.

—Pues lo siento mucho. Pero sigo sin entender para qué me necesitas.

De nuevo, el periodista hace gala del mismo tacto.

—Solo te explicaba mi situación. Muy pronto, ella no será capaz de recordar la vida de su hijo. Quiero contar mi historia. Y quiero hacerlo antes de que alguien escriba una biografía *post mortem* no autorizada y ensucie mi nombre para siempre sin dejarme explicar mi versión. La verdad.

Jon se detiene en mitad de la calle.

—Imanol, ¿puedes ir al grano?

El exnadador suspira de nuevo antes de continuar.

—Quiero que escribas mis memorias.

—Tus memorias... Ya. Dime la verdad, no soy tu primera opción.
Silencio.

Lo rompe enseguida Jon con una carcajada seca. Después dice:

—Lo sabía.

—Se lo propuse antes a otro periodista, pero se ha negado.

—Mi respuesta entonces es no. Buena suerte, Tsunami Otazu —se despide Jon.

Pero, justo cuando está a punto de colgar el teléfono, escucha:

—Quinientos mil euros. Más lo que saques por la publicación del libro. Será la única biografía autorizada que exista y, teniendo en cuenta lo que te voy a contar, estoy seguro de que hará mucho ruido y venderás unas cuantas ediciones.

Jon no contesta, se debate entre su orgullo por ser el segundo plato y el dinero. Pero la oportunidad de empezar una vida nueva gana el pulso enseguida.

—De acuerdo —dice.

—¿Aceptas?

—¿Cuándo quieres que empecemos?

Imanol suelta por la boca una mezcla de risa y suspiro de alivio por haber encontrado al autor de su biografía.

—Como te he dicho, mi tiempo es muy limitado. Pásate mañana por mi casa, ¿sabes dónde vivo?

—Todo el mundo lo sabe.

Pamplona. Presente

Mi bombero ha aparecido de la nada y se ha entrometido en el plan que había preparado para Blanca. El cielo se ha despejado y ahora los rayos de sol calientan mis pómulos mientras atravieso la plaza del Castillo. El día ha cambiado tanto como el destino que había preparado para la escritora.

De momento.

No me quito la capucha. Camino a veinte metros de distancia de mi bombero y ella. Avanzamos durante diez minutos por la avenida Carlos III mientras Blanca se pone hasta arriba de garrotes de chocolate. Tira la caja en una papelería de Merindades, cruzan la avenida Baja Navarra y se meten en un bar del Ensanche. Es demasiado pequeño para permitirme entrar sin que me descubran. Paso por delante de la puerta y escucho al camarero llamarle Martín al bombero y preguntarle si quiere que le sirva lo de siempre.

—Ya tengo tu nombre —murmuro sonriendo.

—¿Perdona? —me pregunta un hombre que está fumando frente al bar.

—Nada, disculpe —le digo.

La puerta del bar se cierra y evita que pueda escuchar la conversación desde la calle. Pero estoy seguro de que están hablando de mí, del recipiente que encontró en el chalet de Zizur.

Mi bombero parece estar empeñado en que nos conozcamos.

Me alejo de allí en dirección al paseo Sarasate mientras medito mis próximos pasos. Cuando llego a casa, paso la siguiente hora preparando las cosas necesarias para el inminente incendio. Solo necesito decidir cuándo será.

Para ello busco en internet el teléfono del bar donde he dejado a mis dos amigos y hago una llamada.

—¿Dígame? —dice el camarero.

—Hola, he quedado ahora con Martín, el bombero, en su bar. ¿Me puede confirmar si ha llegado, por favor?

—¿Martín Salaberri? Ha estado aquí con una mujer, pero ya se han marchado. Me extraña que vuelva, antes de irse me ha dicho que mañana le tocaba turno en el parque y quería hacer unos recados. ¿Seguro que había quedado con él hoy? ¿No se habrá equivocado de día?

Sonrío y cuelgo sin despedirme.

Dejo la mochila lista con el material en la puerta de entrada y me siento a cenar un bocadillo frente a la televisión. Saldré de casa mañana a las once de la noche. Para ese momento Martín ya debería llevar todo el día trabajando.

Pamplona arderá de nuevo.

Y yo solo espero que a mi nuevo amigo le guste la sorpresa que le he preparado.

Pamplona. Presente

Cargo en mi mochila tres botellas de dos litros de Coca-Cola. En la mano, el tubo de silicona que acabo de utilizar para aspirar el contenido del depósito de una Renault Kangoo y vaciarlo dentro de ellas. Llenas hasta el tapón. Seis litros de gasolina sin plomo 95. No he podido evitar tragar un poco de combustible durante la primera aspiración y ahora me sabe la boca a carburador.

El tubo de silicona lo quemaré junto al resto de lo que, y de quien, haya dentro del coche.

La noche es fría.

Recorro una calle estrecha del barrio de La Milagrosa. Los edificios de fachadas de ladrillo visto rojo me recuerdan a llamas gigantes que engullen los coches que duermen aparcados a ambos lados de la calle, como un presagio de lo que está a punto de suceder.

Todavía no sé quién será el afortunado de esta noche, pero sí dónde voy a hacerlo. Conozco un punto ciego, seguro. Esto significa que me he cerciorado muy bien durante esta mañana de que no voy a encontrarme cámaras ni posibles testigos, tampoco durante el trayecto que estoy haciendo desde donde he aparcado la moto hasta ese lugar.

Me quito el casco y observo mi reflejo en el escaparate de una carnicería. Mis cicatrices me dan un aspecto más cadavérico que el de los fiambres que veo expuestos en la vitrina.

Soy un monstruo desfigurado.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo.

Aunque he tratado de minimizar los riesgos, lo cierto es que me estoy exponiendo mucho esta noche. Demasiado. Pero necesito dar un mensaje al mundo: Jon está vivo.

Esto es parte de mi plan para terminar lo que no pude acabar en la casa Otazu.

Llego al sitio. Miro a mi alrededor: no hay nadie.

Me siento sobre el bordillo de la acera a esperar.

Enseguida suena un motor. Es un coche que se aproxima, parece un Seat Ibiza. Me da pena, habría preferido quemar algo más grande.

Cuando está lo bastante cerca, puedo ver que solo lo ocupa el conductor. Parece sudamericano, quizá colombiano.

El hombre aparca en fila en uno de los dos huecos que había disponibles.

Me incorporo de cuclillas y me aproximo por detrás, poco a poco, hasta alcanzar el Ibiza. Apoyo la espalda sobre el faro trasero y extraigo de la mochila el cuchillo de poda.

El conductor abre la puerta y apoya el pie izquierdo sobre la acera. Justo cuando está a punto de levantarse para salir del coche me acerco y le digo que no negando con el dedo índice.

Se sorprende.

—Pero ¿qué hace? —se queja.

Lleva puesto el mono de trabajo de Repsol. Me parece irónico que trabaje en una gasolinera y que pueda haber sido la misma persona que surtió de combustible a esa vieja Kangoo que yo he vaciado para ahora quemarle vivo.

Sonrío.

Le corto la cara con el cuchillo.

Está tan afilado que apenas siento la herida que abre la hoja en su mejilla al penetrar en la piel.

Siento el redoble de latidos de corazón en mi pecho.

Grita.

—Por favor. Tengo dos hijos —ruega muy asustado.

Hace amago de salir del coche con las manos por delante, pero le cazo la pierna que tiene apoyada sobre la acera con la puerta del coche. Una, dos, tres veces.

Grita todavía más fuerte.

—Shhh —digo—. Nos van a escuchar antes de tiempo.

Miro alrededor y hacia arriba, compruebo las ventanas de los pisos que nos rodean. No nos ve nadie.

—Métete dentro del coche o te corto el cuello.

—¿Quién es usted? Se está equivocando de persona. Yo no he hecho nada.

—Que te metas —ordeno, y le doy una patada en el vientre.

Resignado, obedece mientras se lleva las manos a la tripa. Aprovecho ese momento de distracción para quitarle las llaves del Ibiza sin que oponga resistencia.

Coloco el dispositivo de bloqueo del cinturón de seguridad y se lo abrocho. Resulta imposible de quitar sin las llaves que guardo en mi bolsillo. Es de plástico y lo más probable es que se derrita al mismo tiempo que este hombre queda carbonizado.

Cierro la puerta del vehículo.

Me mira sin entender nada. En cierta manera, creo que se siente más seguro en esta situación: las puertas cerradas, yo fuera.

Abro la mochila. Extraigo las dos botellas de Coca-Cola, les quito el tapón y comienzo a verter su contenido por encima del coche. Aprieto fuerte para doblar el plástico y la gasolina sale a borbotones.

Escucho los gritos del hombre atenuados por el cierre casi hermético del coche. El Ibiza se tambalea sobre su amortiguación mientras el hombre trata de escapar bajando la ventanilla.

Ya sabe qué va a suceder.

Dejo las dos botellas de Coca-Cola vacías sobre el techo del coche y me aproximo a la puerta del conductor. La abro.

Le enseño de nuevo el cuchillo de poda para que deje de gritar.

Se pone a darle a la bocina hasta que trato de agarrarle el brazo para que se detenga.

—Para ya —le pido.

No me escucha con tanto ruido, pero obedece cuando le corto las palmas de las manos mientras intenta agarrarme.

—Está bien —digo, y le agarro la cabeza a la altura del occipital para golpeársela contra el canto del volante. Lo repito varias veces hasta que consigo que se quede aturdido pero consciente.

Mi víctima parpadea. Comienza a balbucear y después a gritar de nuevo conforme recobra la consciencia.

Retiro el tapón de la tercera botella de Coca-Cola y la lanzo al asiento del copiloto.

Él trata de quitarse el cinturón de seguridad sin éxito.

—¡No! —grita mientras se revuelve sobre el asiento—. ¡Por favor!

—Lo vas a ver todo —le digo.

Cierro el coche con llave.

Extraigo de mi mochila un recipiente de cerámica y lo dejo a unos cinco metros del coche. No estoy seguro de que ni siquiera la cerámica pueda soportar la temperatura que se va a formar dentro de ese vehículo.

Cuando enciendo la cerilla, una llama se activa dentro de mí. Es una emoción que solo aparece cuando estoy a punto de prender la mecha que provocará el desastre, que generará el infierno. Una excitación que conecta con un sentimiento atávico oculto en mi interior.

Con la respiración acelerada, dejo caer la cerilla sobre el techo empapado en gasolina del coche.

Corro calle abajo mientras escucho los bocinazos que llegan desde el incendio y que son los últimos gritos agónicos de dolor de ese hombre.

Mientras lo hago, siento una atracción que tira de mi espalda, un impulso casi irrefrenable de pararme, de quedarme a ver desde lejos cómo arde todo, cómo el fuego es capaz de doblar las toneladas de metal de ese coche. Cómo las llamas violentas y anaranjadas estiran la carne de ese hombre hasta consumirla, igual que a esa familia de Zizur que quemé viva.

Pamplona. Presente

Es de noche en Pamplona. Martín Salaberri lleva dos horas tumbado en la cama de la habitación que tiene asignada en el parque de bomberos. El día ha sido ajetreado, han tenido que atender una inundación en una casa y un accidente de tráfico múltiple que les ha ocupado toda la tarde. Tiene los ojos cansados y sostiene entre las manos el libro que Ane le prestó ayer.

Suena la manilla de la puerta. Martín esconde *El crimen de la casa Otazu* debajo de la almohada.

—¿Te encuentras mal, Martintxo? —dice Zubi, que estira el cuello para asomar la cabeza desde fuera.

La corriente de aire que se cuela en la habitación transporta el aroma de los hongos que Goñi está cocinando para todos los bomberos por su cumpleaños. Martín imagina la sartén llena de esos ejemplares que solo el cabo sabe dónde crecen, los ajicos en aceite, los huevos de las gallinas de sus suegros. Su estómago se retuerce suplicando un parón en la lectura.

—No tengo hambre —miente.

Zubi le lanza una mirada suspicaz. Da un paso y entra en la habitación. Se acerca a Martín, que protege con disimulo el libro que esconde bajo la almohada.

Su amigo le pone la mano en la frente para comprobar si tiene fiebre.

—¿Qué quieres? —se queja Martín, que le da un manotazo en la muñeca para apartarla.

Zubi sonríe; siempre disfruta haciéndole rabiar.

—¿Hace cuánto que nos conocemos, Martintxo? Desde los tres años. Te he visto pasar por mil situaciones. Pero no te había

escuchado decir esa frase en mi vida. «No tengo hambre» —dice imitando la voz grave de su amigo.

—Siempre hay una primera vez, ¿no?

Zubi inclina la cabeza, achina los ojos, examina el rostro de Martín en busca de una pista que le ayude a entender qué está pasando.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto? —pide Salaberri.

De pronto, su amigo se pone serio.

—¿Es por lo de Ane?

Martín chasquea la lengua.

Recuerdo 103: conocerte es tener el poder de escuchar lo que piensas en voz alta.

—¿Puedes dejarme en paz y marcharte a almorzar? Estoy cansado, eso es todo.

—Vale, vale, simpático. Ya me lo contarás cuando te apetezca. Le digo a Goñi que te guarde un poco del revuelto de hongos y te lo recaliento cuando al señor le entre hambre para cenar —concluye mientras apunta con el dedo corazón a su amigo para dejarle claro que no va a probar ni las migas si no mueve el culo.

—Seguro que sobra la mitad. Goñi siempre cocina como si tuviera a todo el cuerpo de Bomberos de Nueva York a su cargo.

—Antes de echarme, al menos déjame enseñarte mi nuevo proyecto —dice Zubi, que saca de detrás de la puerta una mochila grande. Es negra y tiene una zeta enorme trazada en la espalda con tres tiras led de color rojo que brillan con fuerza.

—¿En serio le has puesto tu inicial con luces al invento este? Qué cutre eres —se sorprende Martín.

Zubi no puede evitar soltar una carcajada.

—Es para que nos vean entre el humo. Llevo varios días mejorando la mochila en mi taller. Yo creo que ya la tengo lista para poder usarla en un incendio.

—Eso dijiste la semana pasada y casi inundas el parque —se burla él—. O cuando trucaste tu bicicleta eléctrica para que alcanzara mayor velocidad y olvidaste mejorar los frenos.

Zubi levanta la lanza que hay acoplada a la mochila y apunta a una caja de cartón. Dispara y el agua perfora la superficie.

—Ahí lo tienes. Funciona.

—Solo es cartón —dice Martín—. Si me das un poco de tiempo, lo puedo agujerear de una meada.

—Me faltan unos ajustes para aumentar la presión, pero, en cuanto lo tenga, podremos atravesar objetos más grandes. Puede servirnos para abrirnos paso durante un incendio al tiempo que apagamos las llamas. Y además es portátil, por lo que podremos acceder con ella a cualquier lugar.

—Y la poca agua que cabe en esa mochila se gastará en dos tiros. No es práctico, Zubi. Luego me decís a mí que soy el peliculero, pero tú te crees Thomas Edison. Anda, déjame tranquilo y vete a almorzar.

En cuanto Zubi sale de la habitación y cierra la puerta, Martín respira aliviado, extrae el libro de debajo de la almohada y busca la página en la que se había quedado.

La puerta se abre de golpe y se estrella contra la pared. Los cien kilos de Zubi, que había esperado tres segundos al otro lado, entran dando zancadas en la habitación. Señala a Martín con el índice.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que escondías algo!

Se acerca a la cama. Martín ya no puede hacer nada por ocultar de nuevo *El crimen de la casa Otazu*.

—¿Qué es eso?

—Se llama libro, Zubi.

—Muy gracioso.

—Deberías probar a leer uno de vez en cuando —dice Martín tratando de desviar el tema—. Que eres más bruto que una infusión de *txistorra*. No has cogido una novela desde que estábamos en cuarto y quisiste impresionar a Arantxa, la profe de lengua de la que estabas convencido de estar enamorado.

Zubi trata de contener una sonrisa provocada por el recuerdo y por lo mucho que su amigo lo conoce.

—Mira que eres imbécil, Martín. Yo leo otras cosas.

—Sí, manuales apasionantes para construir tus cachivaches que nunca funcionan.

—Bueno, y ¿se puede saber qué estás leyendo?

—Déjalo ya. Un libro y punto. Vete a almorzar.

Zubi agarra la novela con un gesto fugaz que pilla desprevenido a su amigo. Le da la vuelta para ver la cubierta.

—*El crimen de la casa Otazu* —lee.

—Venga, muy bien, inútil, ya me has perdido la página —dice Martín, y estira el brazo para que le devuelva lo que es suyo.

Zubi cede y le da el libro. Martín pasa las páginas a toda velocidad hasta ubicar el punto exacto donde se encontraba.

—¿En serio ya te has leído media novela? Está claro que te estás obsesionando con el tema otra vez.

Martín se encoge de hombros. Se sienta en el borde de la cama y, levantando el libro, explica su contenido:

—Lo escribió Blanca Monreal, la mujer a la que salvé ayer en el hotel La Perla. ¿No te parece demasiada casualidad? La misma semana que encuentro ese recipiente con el nombre de Jon grabado en la cerámica salvo la vida a la escritora y superviviente del crimen que cometió ese hombre. Es como si el destino estuviera jugando conmigo.

—El destino no existe, Martintxo.

—¿No te aburre ver siempre la vida tan plana y carente de magia?

—Bueno, ¿ese libro cuenta algo que no supieras ya?

—La verdad es que ya lo había leído en su día, cuando se publicó. Pero quería volver a él por si hallaba una pista acerca de lo que busca Jon matando de nuevo. —Martín observa cómo Zubi niega con la cabeza sin creerse que está escuchando a su amigo obsesionarse con el tema otra vez—. Aunque está basado en hechos reales, Blanca ha novelado la historia. Ayer, cuando le conté a Ane que había salvado a Blanca Monreal, recordé que ella guardaba su libro en casa de mis abuelos, en Mendaza, y se lo pedí.

—Martín... —interrumpe Zubi riéndose—. ¿No estarás investigando esto otra vez para tener una excusa para hablar con tu mujer? Es que es lo que te dice siempre Fermín: vives en Martinlandia. A veces pienso que tienes once años, de verdad.

—Joder, qué listos sois todos. Que no es eso, ¿vale? ¿Me dejas acabar?

Zubi asiente conteniendo la risa.

—Hay un hecho relacionado con esta historia que es lo que me ha impactado de verdad.

—No vuelvas otra vez con tu teoría de que en el crimen de la casa Otazu hubo más gente. Recuerdo que hace dos años, cuando te obsesionaste con el caso, no parabas de repetirlo.

—Fue un presentimiento que sentí tras apagar el incendio.

—Que sentiste... —repite Zubi incrédulo.

—En esa casa sucedieron más cosas que las que han trascendido, estoy seguro. Pero no es eso a lo que me refiero.

—A ver, entonces ¿qué es? Sorpréndeme.

—¿Encontraron el cuerpo de Jon Egüés?

—No me digas que eres de esos conspiranoicos que creen que sigue con vida.

Martín toma aire; cada vez le queda menos paciencia.

—Yo no creo nada —dice bajando el tono y comprobando que no hay nadie en la puerta que pueda escucharlos—. Te pregunto a ti: ¿hallaron el cadáver?

Zubi se queda pensando. Mira al techo, cierra los ojos. Pasan cuatro segundos.

—No me viene a la mente ahora. Y mira que sobaron su nombre en las noticias. Supongo que apareció meses después, cuando el asunto ya no interesaba a nadie.

—No lo encontraron nunca.

Zubi se encoge de hombros.

—Pues muy bien, ¿y? Es imposible que sobreviviera.

—Ayer, después de volver de Mendaza, quedé con Blanca. Me dijo que en su presentación de la novela en Vitoria vio a un hombre extraño —dice Martín, muy serio.

Zubi, durante unos instantes, no lo entiende; hasta que lo hace.

—No me jodas, Martintxo. Que sé por dónde vas.

—Tenía la cara quemada, llena de cicatrices. El tipo de rostro que se le queda a alguien que ha sobrevivido a un incendio tan grande como el que apagamos tú y yo en la casa Otazu.

Martín permanece callado, sin pestañear, los codos sobre las rodillas, en la mano el libro.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—Que hay miles de personas que se llaman Jon. Como dijo Fermín, quizá solo sea el nombre del fabricante o artesano de ese recipiente de cerámica. Y la persona que vio Blanca también pudo ser cualquiera. Jon está muerto.

—¿Y si no es así, Zubi? ¿Y si está vivo?

Zubi se lleva los dedos al puente de la nariz, da media vuelta y le da la espalda a Martín.

—Piénsalo, Zubi. Ese hombre mató a toda una familia, la quemó viva. Yo encontré su nombre en el chalet de Zizur, justo en un escenario similar al que se narra en estas páginas. —Martín golpea la cubierta dura del libro—. ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? No me crees, ¿no?

Zubi toma aire para ganar tiempo, sabe que su amigo es de mecha corta y que una palabra en falso puede prenderla.

—¡Dilo! Dilo y punto. No me crees.

—Creo que... —Zubi suspira, suaviza el tono—. Martintxo, amigo mío, te lo digo con todo el cariño que sabes que te tengo, ¿vale? Llevas una temporada muy afectado por lo que te está pasando con Ane y no piensas con claridad; ojo, es lógico, nos pasaría a todos. Si de verdad quieres mi opinión, me parece que te estás obsesionando con el asunto del recipiente porque te sirve para no pensar en el problema enorme que tienes con tu mujer. Tú eres así, tienes la capacidad de abstraerte de la realidad para no sufrirla, de vivir en tu mundo paralelo ajeno a los problemas.

Martín se pone de pie, apunta con el dedo índice a su amigo y, justo cuando va a mandarle a tomar por el culo, suena la alarma del parque de bomberos y un fulgor inunda la habitación. Así funciona: si la luz es roja, se trata de un incendio; si es verde, se necesita una ambulancia; en caso de ser naranja, se trataría de otra cosa.

—Vamos —dice Zubi con media cara iluminada de color rojo—. Tenemos un incendio.

Pamplona. Presente

El vehículo es un esqueleto de huesos metálicos abrasados. La pintura, antes gris, ahora está ennegrecida por una pátina de hollín.

Los neumáticos habían explotado antes de que los bomberos llegaran al lugar. El asfalto está cubierto de lo que queda de los litros de agua y espuma blanca que los bomberos han utilizado para sofocar el incendio. Zubi, Raúl y el cabo Goñi contemplan la escena cuatro metros más atrás de donde se encuentra el coche.

—Está controlado —afirma Goñi.

Zubi asiente.

—Lo hemos hecho rápido. ¿Sacamos el cadáver?

Goñi pone cara de asco.

—Lo que queda aquí ya es cosa de la policía —dice—. Les aviso y recogemos. ¿Dónde hostias está este?

Zubi gira sobre sí mismo en busca de Martín. Lo ve cerca del coche, cubriéndose la nariz con la sangradura de su brazo izquierdo. Cuando lo alcanza, Zubi achina los ojos y tuerce el morro en señal de repulsión, igual que hizo la última vez que tomaron chupitos de tequila en la calle Calderería, en la cena de Navidad.

Todos los coches quemados comparten un olor característico, pero con matices, según lo que guardaran en su interior antes de arder.

Este huele parecido a ese salón de Zizur.

Martín mete la cabeza por la ventanilla del conductor, donde está lo que queda del cadáver: huesos dentro de carne carbonizada, adherida a un asiento deshecho. La piel, estirada y ennegrecida, se ha pegado al cuero tuneado del asiento formando un único cuerpo.

Salaberri hace un gesto de asco y jadea intentando contener la náusea que le provoca el olor a carne quemada. Todavía puede intuir el gesto del hombre entre la deformidad de su cara calcinada. Su

boca abierta de forma antinatural es una fotografía congelada en el tiempo del miedo que tuvo que pasar.

—Martintxo, nos vamos —dice Zubi a su espalda.

—No ha sido un suicidio —asegura él sin girarse hacia su compañero.

Zubi tarda un par de segundos en asimilar lo que ha escuchado.

—Martín, no empecemos. Hay un hombre sentado dentro de su coche; junto al vehículo, trozos de lo que parece un tubo de silicona que, seguramente, unía el escape con la ventanilla y...

—¿Cómo explicas el fuego? —interrumpe él.

Zubi se queda en silencio.

—Además, había gasolina dentro del coche. Estoy seguro.

Zubi posa la mano sobre el hombro de su amigo.

—Martín, suficiente. Las suposiciones y deducciones se las dejamos a la poli. Si nos piden ayuda, ya les explicará Goñi todo esto.

—Una mierda les va a decir.

—Martín... —pide Zubi. Y le agarra del brazo para llevárselo de vuelta al camión de bomberos.

—Un momento. Estoy buscando algo.

—¿El qué?

Salaberri no responde. Pero no hace falta.

—No me jodas, Martín.

El bombero revisa los asientos de atrás con la linterna, los suelos del vehículo, lo que queda de las manos del fallecido.

Nada.

—Vamos, nos está esperando el jefe —insiste Zubi.

Pero Martín no recoge la manguera, no va hacia el camión de bomberos ni se dirige hacia donde está Goñi, sino que se acerca con paso rápido a la acera que hay frente a los restos del vehículo calcinado.

Se agacha junto a la fila de coches aparcados, hace un barrido con la linterna recorriendo los bajos en busca de vestigios de la historia que lo obsesiona.

Nada.

Se levanta con un crujido de huesos. Rodea uno de los vehículos. Se acucilla en el lado opuesto al de antes.

Fogonazo de linterna.

Nada.

—¡Martintxo! —grita Zubi, seguramente por órdenes de Goñi.

—¡Ya voy! Hostia, qué pesado es —dice el bombero. La primera frase la grita, la segunda es un murmullo para sí mismo.

Justo cuando se incorpora, al dar el primer paso para caminar hacia sus compañeros, golpea un objeto duro con la bota. No lo siente, porque su calzado está preparado para no hacerlo. Pero lo escucha. Es un clinc-clanc repetido. Un objeto que rebota por la acera hasta detenerse junto al neumático de un Ford Fiesta.

Martín se agacha y lo recoge.

Este recipiente no está sucio. La cerámica es blanca como el molar de un niño.

Retira la tapa, se lo acerca a los ojos.

Lo enfoca con la linterna para ver el interior.

El mismo nombre de nuevo: JON.

Pero esta vez, además, contiene un papel.

Lo desenrolla. Es un número de teléfono y una instrucción clara:

Nada de policía, bombero.

Un sudor frío le recorre la espalda. ¿Se está dirigiendo a él?

No tiene tiempo de pensar porque escucha varios pasos detrás de él. Envuelve el papel junto al recipiente en su mano.

—Buenas noches.

Martín se gira para conocer a la dueña de esa voz.

—Soy Maite —dice ella mientras le ofrece la mano con una sonrisa que forma tras ver el sobresalto del bombero—. Inspectora Maite Elizalde, de la Policía Foral.

Pelo castaño, cincuenta y tantos, ojos oscuros. Amable. Él le estrecha la mano y se presenta:

—Martín Salaberri.

La inspectora echa un vistazo alrededor, como si tratara de entender qué hace tan apartado del foco del incendio y del camión

de bomberos.

—Creo que sus compañeros se marchan ya —dice, suspicaz.

—Sí, estaba echando un último vistazo.

Ella asiente.

—¿Le puedo preguntar qué opina? —inquieta clavando los ojos en los del bombero, que se ve sin escapatoria.

A Martín no le apetece nada que una poli le diga que está exagerando las cosas, ya tiene bastante con Zubi y con los de la cuadrilla.

Se encoge de hombros.

—Un suicidio, ¿no?

—Ya —responde ella. Después mira hacia un lado y da un paso para acercarse a él.

Martín aprieta el puño que contiene el recipiente contra su cuerpo.

—Bueno —dice—, hemos encontrado restos de un tubo de silicona. Suponemos que lo utilizó para dirigir la salida del tubo de escape hacia una de las ventanillas. Lo habitual en estos casos es que lo unan utilizando cinta aislante para que el monóxido de carbono no se filtre al exterior. Pero, como el tubo se deshizo en trozos, no hemos podido confirmar que ese fuera el sistema —se atreve a comentar Martín.

Maite Elizalde levanta una ceja y pregunta:

—Olvídese ahora de las pruebas, para eso ya estamos nosotros. Le pregunto por su conclusión basada en su experiencia e intuición, ¿usted qué cree que pudo provocar el incendio?

Martín duda si continuar hablando, si contarle lo del recipiente que esconde entre los dedos y su teoría sobre lo que sucedió en el chalet de Zizur.

—Creemos que transportaba gasolina en el interior. —Goñi se une a la conversación—. Varios litros. Aunque no hemos encontrado restos de garrafas homologadas. Han debido de arder con todo lo demás. Pero el fuego se extendió muy rápido. Es posible que el monóxido de carbono no le pareciera suficiente como para conducirlo a una muerte segura y que provocara un incendio, probablemente quemando las alfombrillas o algún tipo de material que prendiera con facilidad y con la suficiente lentitud como para

que le diera tiempo a estar..., ya sabe, dormido antes de que el coche ardiera.

Martín suelta un bufido.

Goñi le apuñala con la mirada.

—Vete a ayudar a Zubi y a Raúl, yo sigo aquí.

—Gracias —dice la inspectora Elizalde.

Por algún motivo, esa inspectora le ha parecido que barajaba, aunque fuera en un lugar remoto de su mente, la teoría de que ese pobre hombre no se ha suicidado.

Mientras camina hacia donde se encuentran sus compañeros, Martín pone en orden sus ideas. Dos recipientes de cerámica similares encontrados en sendos incendios con víctimas mortales. El mismo nombre en ambos recipientes: JON. Una nota dirigida a él.

Es imposible que sea una casualidad.

Raúl lleva en la mano la unidad portátil de producción de espuma, o, como le llaman ellos, la lechera. Zubi está recogiendo la manguera. Hace un gesto a Martín tocándose la muñeca que significa: «Ya era hora».

Salaberri no le pide perdón. Pasa de largo y se refugia en la cabina del camión de bomberos. Ya con la puerta cerrada, vuelve a desenvolver el papel que ha encontrado dentro del recipiente de cerámica.

Llama al número de teléfono que hay anotado.

Mientras suenan los tonos, lee ese nombre grabado en la cerámica. Piensa en esa historia sangrienta, truculenta, que se narra en *El crimen de la casa Otazu*. En ese asesino que describe la novela, Jon.

Observa a Zubi acercándose al camión a través de la ventanilla. Las luces azules de la sirena se reflejan en su cara y en el asfalto.

—Buenas noches, bombero —responde la voz al otro lado. Es una voz rasgada y calmada.

—¿Quién eres?

—Veo que sigues empeñado en conocerme. —Se ríe.

—¡Que quién hostias eres!

—Eso no puedo decírtelo. Sería demasiado fácil, ¿no te parece, Martín?

—¿Cómo sabes mi...?!

—Tenemos poco tiempo —le interrumpe—, tu compañero ya ha terminado de recoger y se está acercando al camión.

Martín da un salto sobre el asiento al comprender que ese asesino le está observando. Se agacha para mirar a través de la luna delantera las ventanas de los edificios de viviendas que le rodean. Pero está demasiado oscuro.

—¿Dónde estás, hijo de puta?

—Vale ya. Vamos al grano. Escúchame bien. Te lo repito de nuevo por si no sabes leer: no quiero nada de policía, ¿estamos?

Martín permanece en silencio. Su mente está ocupada en tratar de procesar lo que está viviendo.

—Acude a la prensa, cuéntales lo que has encontrado, diles que no son simples incendios con víctimas mortales, que se trata de asesinatos premeditados. Háblales de los recipientes de cerámica. Consigue que lo publiquen mañana. Que el nombre de Jon vuelva a sonar en todo el país.

—¿Mañana? Necesito más tiempo.

—No me mientas, bombero. He visto entre tus amistades a cierto director de periódico.

—¿Has estado siguiéndome?!

—Tenía que comprobar quién es mi adversario fortuito. Lo dicho, habla con tu amigo Fermín Iribar. Quiero que mañana se conozca mi obra desde Pamplona hasta Sevilla.

—Fermín solo es director de un periódico regional. No conseguiré que salga en la prensa nacional.

—Es un primer paso. Otros medios se harán eco si tu amigo lo saca en portada.

—¿Eso es todo lo que quieres? ¿Fama?

—Obedece.

—¿O qué?

Pero su interlocutor no responde a la pregunta. Se limita a reír por el atrevimiento del bombero. Después lo último que oye Martín antes de colgar la llamada es:

—O seguirás utilizando la manguera para apagar mis cadáveres.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri sale del trabajo y, tras aparcar el coche, arrastra su cuerpo a través del parque de la Media Luna, en el extremo nordeste de Pamplona. La jornada ha sido de las que no se olvidan. Ha soltado la excusa de que se encontraba mal para poder marcharse. Por suerte, cosa rara porque siempre están bajo mínimos, había bomberos suficientes para poder permitírselo. Camina despacio entre los charcos que ha dejado un chaparrón inesperado de madrugada mientras acaricia con la mano la barandilla de metal verde que cada dos metros envuelve el león coronado, símbolo de la ciudad. El paseo delimita el parque y bordea la *ripa*, o talud, que baja hasta la ribera del río Arga, desde donde llega la humedad de sus aguas. El aire helado entumece las mejillas de Martín. Desde el mirador, el bombero lanza sus pensamientos a la noche, que cubre las huertas de la Magdalena más próximas y, al fondo, las luces del barrio de la Txantrea y la villa de Villava.

—¿Por qué? —susurra Martín a la noche. Y la pregunta encierra muchas otras en sí misma. ¿Por qué busca esa fama Jon? ¿Por qué mato a Imanol Otazu en esa casa antes de darse a la fuga? ¿Por qué ha vuelto ahora?

¿Por qué cojones él decidió guardarse ese recipiente de porcelana en lugar de dárselo a la policía?

El bombero llama de nuevo al número de Jon, pero da apagado o fuera de cobertura. Lo más probable es que ya se haya deshecho de ese teléfono por seguridad.

Se da la vuelta, apoya la espalda sobre la barandilla del mirador y echa un vistazo a las casas que delimitan la Media Luna con el resto de la ciudad. Se trata de una hilera de unifamiliares con jardín, algunos de ellos contruidos antes que el propio parque. Martín se

pregunta el dineral que valdrán ahora mismo. Recorre con la mirada la fila de casas. Todas están cuidadas en proporción al nivel de vida de sus dueños, pero sus ojos se detienen en una diferente a las demás. Su fachada es negra, está carbonizada, y la luz de la luna y las farolas se cuela por los huecos de las ventanas sin cristales, dejando ver un interior de formas afiladas debido a los muebles de madera destrozados. Es como si las ventanas tuvieran dientes.

Martín camina hacia la valla que rodea la casa Otazu con las manos en los bolsillos y la barbilla bajo la cazadora para protegerse del viento frío. La noche es tan desagradable que es la única persona que pasea por el parque de la Media Luna a esta hora.

Escucha un ruido a su espalda que lo sobresalta.

Se gira para comprobar que solo se trata del viento meciendo los arbustos del parque.

Separa dos trozos del hierro desvencijado de la valla de metal y se cuela entre ellos para acceder al terreno. Camina entre hierbas altas y restos de cristales rotos procedentes de las ventanas. Un columpio oxidado gime a un lado del jardín y la caseta del perro de la familia es lo único que parece que no se quemó, porque está entera y mantiene su pintura de color amarillo. Hay botes de espray de los grafiteros que se han dedicado a colarse para firmar las paredes de la casa durante los dos años que lleva abandonada.

Martín trepa por una ventana de la planta baja y accede a lo que queda de la cocina. Las paredes negras contrastan con los grafitis de colores chillones. Esquiva cacerolas y vestigios de muebles hasta llegar al salón. Es un espacio grande. Los restos de una estantería que en su día debió de ocupar toda la pared descansan sobre el suelo en forma de astillas negras. En su lugar hay una ola dibujada con espray azul, en honor a Tsunami Otazu, como llamaban a Imanol cuando todavía competía.

Martín hace el mismo ritual que llevó a cabo en el chalet de Zizur. Se sienta de rodillas en el centro del salón, cierra los ojos y apoya las palmas de las manos sobre el suelo ennegrecido que él mismo apagó aquella noche.

Respira y palpa la madera, trata de concentrarse, de escuchar a la casa para intuir qué sucedió realmente en ese lugar. Por qué Jon

quemó vivo a la leyenda de la natación Imanol Otazu después de torturarlo durante horas.

Inspira.

Espira.

El silencio es tan abrumador y exagerado que parece forzado. Es como si fuera un velo que quisiera callar los gritos de la persona que una vez pidió socorro mientras Jon Egüés lo asesinaba entre esas paredes.

Un hilo de aire se cuela por el hueco del ventanal y alcanza la espalda de Martín erizándole la piel.

Él recoge algunos restos de ceniza con los dedos y se los lleva a la nariz para olerlos.

—¿Por qué lo hiciste, Jon? ¿Qué sucedió en esta casa? —pregunta en voz alta.

Entonces siente presencias tan palpables como si esa casa no hubiera ardido nunca y todavía estuviera llena de vida. Abre los ojos y trata de recrear la escena que terminó con la vida de Imanol hace dos años. Ve a Jon entrando por la puerta, atando a algún lugar al nadador, a Blanca y a Ainhoa, rociando los muebles con combustible.

Sin embargo, algo no encaja en su cabeza.

Un vacío visceral le dice que la escena que ha imaginado no funciona.

Vuelve a detenerse a examinar el estado de la estancia: está claro que las llamas la alcanzaron, pero no se originaron aquí.

—No empezaste el fuego en el salón, ¿verdad, Jon? —susurra Martín—. Fue en el sótano, donde también lo torturaste, tal y como Blanca Monreal relata en su novela.

Un golpe lo sobresalta.

Se levanta de un brinco y se gira hacia la puerta que tiene a la espalda.

El sonido proviene del piso inferior.

El sótano.

Martín se acerca al hueco que ha dejado una puerta que ahora está volcada sobre la pared y se asoma a las escaleras: descienden hasta desaparecer en la oscuridad.

El bombero presiona el interruptor de la luz varias veces, pero la casa debe de llevar sin electricidad dos años.

—¿Quién anda ahí?! —grita, pero sus palabras solo encuentran por respuesta el silencio.

Saca el móvil y lo usa como linterna. Ilumina los primeros escalones. Sin embargo, no alcanza a ver el final.

—He escuchado un golpe —insiste Martín. Su voz quebrada denota más temor conforme desciende las escaleras.

Una vez en el sótano, encuentra lo que fue el taller de escultura del exnador. Recuerda las páginas de la novela de Blanca Monreal donde relata que, tras la muerte de su mujer, Nagore, Imanol Otazu se dedicó a esculpir figuras horribles: monstruos, gárgolas y seres humanoides tan oscuros y tenebrosos como el mundo interior que habitaba en él.

Su mente viaja un microsegundo hasta la imagen compuesta del fotomatón de la boda de su amigo Íñigo que guarda en la carpeta naranja. En las tres primeras viñetas, Ane y él posan para tratar de salir lo mejor posible; en la cuarta, aparecen despeinados y descompuestos, mirándose a los ojos después de besarse, sin prestar atención al objetivo.

Recuerdo 87: la perfección es vacío. Solo lo imperfecto es honesto.

Salaberri recorre con la linterna el lugar: es un espacio diáfano y grande que tiene una mesa metálica en el medio y una puerta que da a un aseo pequeño. Cuando la luz alcanza algunas esculturas de hierro que no llegaron a fundirse en el incendio, estas devuelven sombras encrestadas de mayor tamaño que las figuras originales y las paredes se llenan de un ejército de monstruos oscuros que parecen bailar en silencio alrededor de una hoguera.

—Fue aquí. En este taller lo mataste, Jon —dice Martín.

Suena un golpe suave, metálico.

Esta vez no hay duda.

Viene de la esquina del fondo de la estancia, donde hay dos tuberías que descienden desde el techo hasta desaparecer en el suelo.

—¿Quién anda ahí?! —grita Martín. Después pregunta con voz temblorosa—: ¿Jon? ¿Eres tú?

Se agacha para recoger un cincel del suelo. Lo levanta a modo de arma y avanza a pasos cortos hacia el origen del ruido.

—Estoy armado y no voy a dudar en clavarte esto en el cuello —avisa mientras barre el taller con la linterna del móvil.

El haz de luz recorre despacio una serie de esculturas a escala humana. Son figuras bípedas con rasgos reptilianos y garras de ave de rapiña.

Jon podría estar oculto entre ellas.

Martín levanta el cincel al tiempo que las examina. Todas están cubiertas de hollín a causa del incendio y adoptan poses amenazantes: la primera tiene la boca abierta y enseña los colmillos, otra sujeta un garrote con pinchos y hay una tercera que está mordiendo una presa pequeña.

Salaberri alumbra el hueco entre dos esculturas. Un paso por detrás, hay una figura que viste un chubasquero negro que está mojado.

Eso significa que, a diferencia del resto de los monstruos que habitan el sótano, este no lleva encerrado dos años.

—No te muevas —dice Martín muy despacio—. Estoy armado.

El chubasquero permanece tan quieto como las figuras que lo flanquean. Las gotas de lluvia se deslizan sobre su superficie repelente al agua. Tiene la cabeza agachada y el rostro cubierto por la prenda.

—Quiero verte la cara. Quítate la capucha, Jon.

Martín Salaberri insiste:

—¡Que te quites la puta capucha!

Silencio.

El bombero levanta el cincel y se prepara para golpear.

—No te lo diré otra vez, Jon.

—No soy Jon —dice una voz femenina.

Martín da un paso atrás mientras ella se retira la capucha con ambas manos y mucho cuidado.

Ilumina la cara de la intrusa con la linterna: es una mujer tan alta como él, de figura esbelta. Debe de rondar los treinta años, por arriba o por abajo, y tiene el pelo castaño mojado, pintalabios negro y unos ojos verdes tan asustados como los de Martín.

—¿Me estabas siguiendo? —pregunta él.

—¿Qué? No... ¿Puedes bajar ese cincel, por favor?

Salaberri no le hace caso. Al contrario, estira el brazo hasta que su arma improvisada toca el cuello de la mujer.

—No me mientas, porque hoy me están pasando cosas muy raras y estoy aprendiendo que no suceden por casualidad. ¿Trabajas para él?

—¿Para quién? ¡No trabajo para nadie!

—¿Qué hacías aquí escondida?

—Lo mismo que tú.

—¿Lo mismo que yo...? —dice Martín.

—Tratar de averiguar la verdad.

Sus ojos húmedos ahora han adquirido un brillo de valentía.

—Te he visto en el salón. No eres como los otros. No pareces un colgado como ellos.

El bombero baja el cincel despacio.

—¿Qué otros?

Un rayo de luz se cuelan por el ventanuco que da al jardín. Segundos después un trueno resquebraja la quietud del lugar. Ambos se sobresaltan a causa del estruendo.

Los labios negros de la chica forman una sonrisa nerviosa tras la reacción compartida. Pero Martín no se termina de fiar.

—Me refiero a otras personas que se cuelan en esta casa. Vienen con grabadoras y cámaras térmicas alentados por esos programas de misterio y las leyendas locales que aseguran que el fantasma de Imanol Otazu aparece algunas noches para dar golpes de cincel a sus esculturas. Hay un vecino que asegura oírlo, pero estoy convencida de que a quien oye es a los propios cazadores de fantasmas o a los grafiteros y adolescentes que entran aquí.

La mujer se acerca y extiende la mano.

—Soy Sara, Sara Jaso.

Martín duda un par de segundos, pero finalmente le estrecha la mano.

—Martín Salaberri. Pero todavía no me has explicado qué hacías espiándome.

Ella da un pequeño salto y se sienta sobre la mesa metálica de trabajo del taller de Imanol.

—No estaba espiándote.

—Acabas de decir que me estabas observando en el salón.

—Estaba aquí abajo cuando he escuchado un ruido. He subido las escaleras y te he visto de rodillas sobre el suelo del salón. Estabas como en trance y hablabas solo. Me he quedado un momento mirándote porque me ha sorprendido tu comportamiento, eso es todo.

Martín baja la mirada, nota cómo se ruboriza.

—Cuando he comprobado que no llevabas encima cámaras, grabadoras ni ningún otro tipo de material friki, he llegado a la conclusión de que no ibas a quedarte demasiado rato por aquí y he bajado al sótano a esperar a que te marcharas. Una noche, uno de esos cazafantasmas me sorprendió en la cocina y se meó en los pantalones del susto —ríe mientras lo recuerda—. Después me he tropezado con ese taburete metálico —señala los cuatro hierros

doblados de lo que queda de él— y, cuando me he dado cuenta de que lo habías oído, me he escondido donde he podido.

—Pero ¿qué hacías en la casa a estas horas? Por lo que dices, no es la primera vez que te cueles de noche por aquí.

—Ya te lo he dicho, vengo a lo mismo que tú. A tratar de averiguar qué sucedió con Jon. Te he escuchado hablarle en el salón, y después me has llamado Jon a mí misma cuando estaba oculta bajo la capucha del chubasquero. Crees que está vivo.

—¿Y tú? ¿Eres de esas personas que creen que logró escapar de la policía?

—Soy más que eso. —Sonríe mientras le acerca un auricular que lleva colgado del cuello. Ella se pone el otro—. Escucha.

Suenan los acordes de una guitarra distorsionada. Luego entra el bajo, sus notas son pasos que acechan la noche. Le sigue un punteo afilado antes de la aparición de la batería. Después la voz, tan triste y oscura como melódica. La banda canta en inglés, pero Martín logra entender algunas frases:

*A scream, that's curdling the blood they found on you.
And your knives and clothing too.*

—Se titula «Sadie», el grupo es Alkaline Trio. La canción habla de Susan Atkins, una de las integrantes de la secta de Charles Manson. La apodaban Sadie Mae Glutz y fue una de las que le quitaron la vida a la actriz Sharon Tate y a otras cuatro personas en 1969 en California. Sharon Tate estaba embarazada cuando la mataron.

A Martín le recorre un escalofrío por la nuca.

—Conozco la historia. Pero me parece un poco siniestro venir de noche sola a esta casa donde asesinaron a Imanol Otazu a escuchar esta canción, ¿no te parece?

El tema sigue sonando y las palabras que salen de las tripas del cantante ponen en alerta todos los sentidos de Martín, que hace un amago de devolverle el auricular, pero Sara lo evita poniendo la mano sobre la del bombero. Él observa su esmalte de uñas negro a juego con los labios y siente su piel fina y helada.

—La letra no justifica los actos de Sadie ni del resto de los asesinos que pertenecieron a la Familia Manson —dice ella—, simplemente adopta una perspectiva de alguien lo bastante enajenado o trastornado como para realizar esos crímenes. ¿Y si le pasó lo mismo a Jon? Por eso vengo aquí a veces. Me obsesiona su historia y trato de entender por qué lo hizo. Sé que existe la teoría de que logró escapar de la policía, y he escuchado los testimonios de toda esa gente que asegura haberlo visto con la cara llena de cicatrices causadas por las quemaduras del incendio. Pero, después de investigarlo durante dos años, cada vez me inclino más por pensar que murió mientras lo perseguía la policía. Entiendo que tú eres partidario de la teoría que afirma que está vivo. Siento decepcionarte. —Sonríe y su dentadura se ilumina con la luz débil de las farolas que se cuele por el ventanuco. Es una sonrisa a mitad de camino entre la complicidad y la burla, la mezcla perfecta para hacerle hablar de más a Martín.

—Tengo razones para pensar que no murió —dice mientras saca del bolsillo el recipiente que ha encontrado hace unas horas a pocos metros de ese coche calcinado.

Sara lo toma y lo mira sin entender.

—Ábrelo —pide Martín— y mira en el interior.

Ella obedece. El bombero acerca su móvil para alumbrar el nombre.

—Jon —lee Sara, y se le resquebraja la voz mientras pronuncia esas tres letras.

Martín le explica dónde lo ha encontrado y que no es una casualidad, porque tiene otro igual que apareció en el incendio del chalet de Zizur. Le enseña la nota con el número de teléfono.

—He hablado con él esta misma noche.

Sara le mira sin poder creerlo.

—Jon está... —trata de decir ella mientras el recipiente baila entre sus dedos temblorosos.

Martín le ilumina la cara con la linterna. La luz recorre los ojos enormes de la mujer y sus pómulos marcados le producen sombras en el rostro que rodean unos ojos tan abiertos como el haz de luz de

la linterna. De su boca sale un susurro para pronunciar la palabra que ambos están pensando:

—... vivo.

Pamplona. Presente

Martín y Sara son las únicas personas que caminan a estas horas por la avenida peatonal Carlos III. Los escaparates de las tiendas de las firmas de ropa encierran a los maniquís, que observan estáticos a la pareja. Un silencio impropio de esa parte de la ciudad los fuerza a hablar en voz baja, como si estuvieran en un lugar cerrado en el que se requiere respeto. Martín le ha hablado de la llamada que Jon le ha hecho esta noche y de su amenaza de seguir quemando inocentes a no ser que el bombero consiga que la prensa se haga eco de la noticia de que Jon Egüés, el asesino de Imanol Otazu, está vivo.

—Todavía no me has explicado dónde vamos —dice ella, y forma una sonrisa de pintalabios negro.

—¿Vamos? Tú puedes irte a tu casa.

—Por favor —insiste—, quiero saber hacia dónde nos lleva esta pista. Llevo años investigando el caso Otazu, no todos los días se conoce a alguien que ha recibido una llamada de Jon.

—Ya te he contado demasiado en esa casa. Me recuerdas a mi hija con tu insistencia.

Solo que Laia nunca se colaría de noche en casas abandonadas en las que han matado a gente.

—Olvida que nos hemos visto, ¿de acuerdo? Es lo mejor que te puede pasar. Créeme.

—Soy mayorcita para decidir qué me conviene.

—Escúchame. —Martín detiene el paso—. Esto no es un juego. Yo mismo he apagado los cadáveres que ese cabrón ha quemado vivos. Lárgate de aquí y reza por que ese psicópata no te haya visto conmigo.

—O me dejas ir contigo, o acudo a la policía y le cuento todo lo que me has dicho. Sé tu nombre y que eres bombero, no tardarán en encontrarte.

Martín suspira.

Ella sonríe.

—Está bien. Voy a hablar con la única persona que conozco que puede ayudarme a publicar la noticia que busca Jon: el director de *La Crónica de Navarra*.

—¿Fermín Iribar? —pregunta Sara, sorprendida.

—¿Lo conoces?

Ella asiente mientras se lleva las manos a la cara.

—Es el director del periódico en el que he empezado a trabajar este año. No me lo puedo creer.

—¿Cómo? ¿Eres periodista de *La Crónica*? Está claro que Pamplona es un pueblo. Todos estamos a un conocido de distancia.

—Más bien soy la que hace las fotocopias y lleva los cafés, porque tu amigo ni siquiera me saluda en la redacción. Me ha dirigido la palabra una sola vez, y fue cuando nos presentaron. No se rebaja a relacionarse con los periodistas rasos.

—No me sorprende ese comportamiento viniendo de Fermín.

Los labios negros de Sara dibujan una nueva sonrisa, pero cambia el gesto cuando Martín dice:

—Es mejor que no subas.

—¿Por qué? —pregunta ella—. Quizá te vaya bien que seamos dos para convencerlo.

—Fermín Iribar es un especialista en caminar por la vida como si todos le debiéramos la nuestra. Va a ser difícil que consiga convencerle de que publique esa noticia. Pero, si sube una becaria suya, va a ser imposible.

—Yo no he dicho que sea becaria. Solo soy la nueva.

—Bueno, ya me entiendes. Es un clasista.

—Pensaba que erais amigos.

—Nos conocemos desde críos. Pero... es un poco especial.

—¿En qué sentido?

—No me malinterpretes, no es una mala persona.

—No he dicho lo contrario —dice ella a la vez que levanta las palmas de las manos.

—Es solo que siempre tiene que quedar por encima de los demás. Le gusta fanfarronear, ya sabes: su coche es el mejor, su trabajo es muy importante, él es el más listo... Ahora mismo no tengo ni idea de cómo plantearle lo que tengo que pedirle.

Un vecino sale del portal vestido para hacer deporte. Martín lo observa mientras desaparece trotando avenida arriba.

—Vaya horas... Sara, estás a tiempo de irte a tu casa —repite el bombero mientras sujeta la puerta con el pie para evitar que se cierre.

—Te espero en ese banco, junto al jardín. Ahora me cuentas. Suerte.

Salaberri sube por las escaleras hasta el primer piso y llama a la puerta con los nudillos.

A los veinte segundos, un punto de luz aparece en el centro de la mirilla. Martín saluda con la cabeza.

Fermín sale al rellano y deja a su espalda la puerta entornada. Se cierra el batín y consulta el reloj con cara de preocupación.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Perdona, pero esto es importante —responde el bombero—. No podía esperar a mañana.

El director de *La Crónica de Navarra* inclina la cabeza. A Martín le recuerda al gesto que hace Ura cuando trata de descifrar una orden nueva.

—Es por lo del recipiente que os conté el otro día.

—¿Tú eres imbécil? —pregunta Fermín, porque su cerebro autoproclamado como persona más inteligente del planeta no se puede creer que haya seres tan diminutos y cortos de mente como Martín—. ¿Te parece normal venir a estas horas? Vas a despertar a las gemelas. Mañana es día laborable para todos, coño. Claro, como vosotros los bomberos trabajáis cada año bisiesto...

—Escúchame al menos.

—No me puedo creer que todavía sigas con eso en la cabeza.

Fermín hace un amago de darse la vuelta para volver a la cama. Sin embargo, el bombero lo agarra del hombro y le suplica con la

mirada. Para su amigo eso no es suficiente. Abre la puerta para marcharse, pero Martín lo evita dándole lo que quiere:

—Por favor... —ruega, aunque con la boca pequeña. Y, ahora sí, el periodista se gira hacia él.

—Tienes un minuto —advierde mientras cruza los brazos.

Martín expulsa el aire de los pulmones antes de hablar para ordenar sus ideas.

—Esta noche he encontrado otro recipiente. Estaba en la acera, junto a un coche que ha ardido en La Milagrosa con un hombre dentro.

Extrae del bolsillo el objeto de cerámica y se lo pasa a Fermín para que lo examine.

—Míralo, es igual al del chalet de Zizur y tiene el mismo nombre grabado en el interior.

—Jon —lee el periodista, y lo hace tan rápido como lo que tarda en devolverle el recipiente al bombero.

Martín lo recoge.

—¿Has googleadado el nombre del fabricante?

—Me ha llamado.

—¿Qué? ¿Quién?

—Jon.

—¿Te ha llamado la empresa fabricante?

—Jon no es el nombre del puto fabricante —le corta Martín, que se arrepiente al instante porque sabe que a las malas no va a sacar nada del periodista. Levanta la palma de la mano en señal de perdón y suspira para calmarse antes de continuar—. Jon es el tío que incendió la casa Otazu. Ayer hablé con la escritora Blanca Monreal, asegura que un tipo con la cara llena de quemaduras cicatrizadas acudió a la presentación de su libro en Vitoria.

Fermín sacude la cabeza.

—Vamos a ver si nos entendemos, Martín. Porque cuando el otro día en el Txirrintxa nos contaste lo de los mensajitos en los incendios ya me parecía una idea estúpida, incluso para venir de ti. Me estás diciendo que el tipo que quemó vivo a Imanol Otazu en esa casa de la Media Luna no murió mientras huía de la policía como todo el mundo cree, excepto cuatro frikis cazaovnis.

El bombero asiente en silencio.

—Y que ahora se dedica a quemar viviendas y vehículos para dejarte mensajes a ti, a Martín Salaberri, bombero de Pamplona — dice con sorna.

Él se muerde el carrillo para evitar soltarle una bordería.

—Pero es que encima, no te lo pierdas —continúa Fermín—, a ese asesino le ha dado de repente por la literatura y acude a presentaciones de libros. ¿Es eso?

Martín no abre la boca.

—¿Te das cuenta de lo absurdo que suena todo?

Fermín resopla hastiado.

—Me voy a dormir, Salaberri.

—Te estoy diciendo que he hablado con él hace un rato —insiste.

—Martín...

—No —le interrumpe—, no se te ocurra decirme que se trata de un imitador gastándome una broma ni del puto fabricante otra vez. Es él. Jon. Está. Vivo.

Fermín se lleva entonces el índice y el pulgar de la mano derecha a los ojos y aprieta como si tratara de despertar de un mal sueño.

—Quiere que mañana se publique en prensa todo lo que ha hecho.

—¿Qué? No pretenderás que yo...

—Por favor, Fermín. Si no lo haces, no parará. Tiene que salir en portada.

—En portada encima... —repite con una risa burlona. Suspira—. Vale, voy a hacer un ejercicio de imaginación aquí contigo. Supongamos que es real, que Jon no murió en la persecución con la policía y que ha vuelto para cometer nuevos crímenes. Supongamos que esos dos incendios que has apagado no han sido accidentes y que los ha provocado él. ¿De acuerdo?

Martín se encoge de hombros poco convencido porque conoce a Fermín y sabe que ahora viene el golpe de gracia.

—Entonces acude a la policía y déjame en paz —grita en voz baja, para no despertar a su familia. Después entra en casa y trata de cerrar la puerta, pero Martín se lo impide con la mano.

—Me ha dejado claro que, si lo hago, continuaré apagando sus cadáveres.

—No son horas, Salaberri.

—Por favor...

—Pero ¿de verdad crees que puedo llamar ahora a la redacción para decirles que vamos a cambiar la portada de mañana para hablar de un colgado que te ha gastado una broma por teléfono? ¿Tú en qué mundo vives?

—Esto no es una puta broma, Fermín.

—¡Aunque no lo sea! No pienso salir en portada con la historia de que un bomberucho cualquiera ha encontrado un bote de cerámica en un incendio, ni mucho menos alinear mi periódico con esos cuatro frikis conspiranoicos que creen que Jon sigue vivo. Mi periódico publica no-ti-cias.

—No me hagas hablar de la prensa de hoy en día —dice Martín, que no se aguanta.

Fermín sonríe y niega con la cabeza. Le ha dolido.

—Suerte con tus fantasmas, Salaberri.

El periodista da un portazo y Martín se queda solo en el rellano pensando en una de las fotografías que guarda en la carpeta naranja, en la que aparecen Ane y él junto a un vecino del pueblo y antiguo amigo que trató de hundir su relación por celos.

Recuerdo 111: todos podemos errar y ser unos hijos de puta una vez, pero huye del que sea un hijo de puta todo el tiempo.

Pamplona. Presente

Las losas de granito gris que forman el suelo de Carlos III están mojadas y reflejan la luz de la hilera de farolas que recorre la avenida. Ha debido de caer algo de sirimiri mientras Martín hablaba con Fermín en el rellano. El viento frío se alía con la humedad de la noche para helar los cuerpos poco abrigados del bombero y Sara Jaso, que caminan a paso lento en dirección a la plaza del Castillo. Su conversación es todo lo que se puede oír a estas horas de la noche en el centro de Pamplona.

—Tienes que volver e insistirle más —dice ella.

—No va a ayudarme.

—Vamos a ver, ¿le has dado todos los detalles para que entienda la gravedad del asunto?

—¿Tú qué crees?

—¿Le has dicho que ha matado a una familia y, esta misma noche, a otro hombre dentro de su coche? ¿Y que es capaz de cualquier cosa?

—No cree que Jon siga vivo. Ha dicho que son teorías conspirativas de cuatro frikis buscadores de ovnis... ¿Qué? No me mires así. Estoy reproduciendo sus palabras. Él nos ve de esa manera.

—En fin...

—No va a mover un dedo. Fermín es así.

—¿Así cómo? ¿Así de gilipollas?

Martín mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros.

—Iba a decir que es como si encontrara placer en las situaciones en las que tiene la posibilidad de ayudar a alguien y no lo hace. Pero tú lo has resumido mejor.

Ambos se quedan en silencio unos segundos mientras continúan caminando.

—¿Y ahora qué? —inquire Sara.

Él se detiene, mira hacia la entrada de la plaza del Castillo y suspira mientras mira el reloj.

—Ahora me voy a ir a mi casa a descansar unas horas. Es muy tarde. Quizá mañana se me ocurra algo. Tú deberías hacer lo mismo. Es más, lo mejor sería que olvidaras que hoy me has visto y todo lo que te he contado y siguieras con tu vida.

—¿Vives por aquí? —pregunta ella obviando la sugerencia.

—Sí, en la plaza. Con mi mujer y mi hija. Bueno, ellas no... —se detiene.

Sara arquea las cejas y le deja espacio para continuar.

—Es... complicado —trata de zanjar él.

Pero ella insiste.

—¿No viven contigo?

—Se fueron al pueblo hace unos días.

—¿Muy lejos? ¿O puedes verlas a menudo?

—¿Por qué crees que lo hace? —Martín cambia de tema sin quitar la vista de los reflejos que se mueven sobre los charcos de lluvia como luciérnagas amarillas.

—¿Jon?

—Sí. ¿Por qué crees que ha vuelto a matar?

—Quién sabe. Quizá nunca dejó de hacerlo. Puede que haya asesinado a más gente, pero no haya decidido firmar los crímenes hasta ahora. O puede que se haya encontrado con más bomberos incapaces de lograr que sus dudosas hazañas se publiquen en la prensa —bromea Sara, pero él no sonríe.

Hay un silencio largo. Ambos caminan juntos hacia la plaza, sin compartir sus pensamientos, hasta que ella cambia de idea.

—Tuvo problemas con el alcohol.

Martín sale de su ensimismamiento para mirar a Sara. Una pátina de lágrimas nacidas del aire frío recubre sus ojos verdes, provocando que la luz de los escaparates se refleje en ellos y que el rímel negro que los rodea se difumine.

—¿Jon era alcohólico? —pregunta él retirando la mirada—. No recuerdo que se dijera eso cuando me interesé por el caso hace años.

—Eso dicen algunas teorías. Se ve que había perdido su trabajo como periodista y llevaba mucho tiempo en el paro. Pero Blanca Monreal lo describe de otra manera en su novela. Asegura que Jon Egüés era muy consciente de lo que hacía y que estaba en plenas facultades.

—¿Y tú qué crees?

—Quizá solo sea una víctima más de sus circunstancias, alguien enajenado como Sadie.

—¿Sadie? Ah, la de la canción... —dice Martín poco convencido.

—La de la canción basada en hechos reales —aclara ella.

—Entonces también defiendes que era un alcohólico.

—Es una posibilidad más.

—De todas formas, eso no explica lo que hizo. Tener problemas con el alcohol no te convierte en un asesino. ¿Qué le pudo motivar a entrar en esa casa y acabar con la vida de Imanol Otazu de esa manera? —pregunta Martín.

—Eso es lo que le encantaría saber a todo el país.

—Se lo quise preguntar a Blanca Monreal. Pero entró en pánico en cuanto le saqué el tema y le enseñé el recipiente de cerámica.

—En su novela no da demasiados detalles al respecto. Pinta a Jon como un psicópata que un día decidió entrar en esa casa en la que ella trabajaba y cargarse a todo el mundo. Y ha secundado en muchas entrevistas que Jon murió mientras huía de la policía.

—Lo sé, pero llevo dándole vueltas a eso desde ayer. No me cuadra... —dice Martín.

—¿El qué?

—Blanca Monreal me dijo haberlo visto entre el público durante la presentación de su novela en Vitoria. ¿Por qué se contradice? ¿Por qué de cara al público apoya la teoría oficial de su muerte y, en cambio, a mí me asegura haber estado en la misma sala que Jon?

—Por lo que cuentas, se pone muy nerviosa al hablar del tema y no tiene superado lo que sucedió en ese sótano. Quizá no sea la persona más fiable ahora mismo.

—O quizá esconda algo.

—¿Tú crees? —pregunta Sara.

—Sigo sin entender a Jon. Pongámonos en su lugar. Eres el asesino más buscado del país, logras que todos, incluso la Policía, piense que has muerto, ¿y reapareces ahora, años después, cuando nadie te buscaba ya, pidiendo salir en la prensa para que todo el mundo, incluida la Policía, sepa que lograste escapar y vayan a por ti otra vez? No tiene sentido.

—Quizá le ha quedado algo pendiente y por eso ha vuelto. O puede que solo busque atención, como digo.

—¿Quiere casito? ¿De verdad? —pregunta Martín, escéptico.

—Podría ser. Muchos psicópatas asesinos en serie tienen un egocentrismo patológico. Se ven a sí mismos como seres superiores o únicos y buscan que los demás reconozcan esa grandeza. Quieren ser recordados y dejar huella. El hecho de que haya tantas dudas y suposiciones sobre lo que hizo tal vez haya generado en él unas ganas de confirmarse como el creador de esa obra frente a todo el mundo.

—¿Por qué sabes esas cosas? Eres la tía más rara que he conocido.

Sara sonríe.

—Necesito volver a hablar con Blanca —dice Martín—. Ella es la única persona que conoció a Jon y que estuvo en esa casa.

—Tuviste tu oportunidad, bombero. Ahora no vas a encontrarla. Nadie sabe en qué ciudad vive. Algunos dicen que se mudó a Italia después de lo que sucedió en la casa Otazu. Yo he tratado de entrevistarla muchas veces y nunca acepta. Ni siquiera responde a mis e-mails.

Martín sonríe.

—¿Y si te digo que Blanca no se ha marchado de Pamplona y está al final de esa plaza? —apunta al tiempo que señala el hotel La Perla.

—¿Todavía sigue aquí?

Martín saca el teléfono con celeridad y llama a la escritora.

Suena un tono, dos tonos, tres tonos.

—No me coge. Estará dormida, y a estas horas los del hotel no la van a despertar aunque se lo pidamos —dice mientras mira el reloj del móvil: las 5:05 AM—. Le voy a escribir para avisarla de que mañana a primera hora me pasará a hablar con ella.

—Déjame —indica Sara extendiendo la mano para pedirle el móvil. Él se lo da y ella anota su teléfono—. Llámame mañana en cuanto sepas más, por favor. Quiero ayudarte.

Martín tiene la intención inicial de volver a insistir en que se olvide del tema, que es peligroso acompañarlo, que no es un juego y blablablá. Pero dice:

—Gracias. Hasta ahora eres la única que me ha dicho eso. — Recuerda las burlas de los de la cuadrilla, de Fermín y, en especial, la insistencia de Ane en que no volviera a obsesionarse con el tema.

Los dos siguen caminando, pero, antes de llegar al Palacio de Navarra, Sara se detiene junto a un parterre frente al Teatro Gayarre y suelta:

—Me gusta tu voz, bombero.

Martín no sabe qué decir. El comentario le ha descolocado, como casi todo lo que dice Sara. Se sorprende a sí mismo sonriendo.

—Me recuerda a una canción triste. Sí, eso es, tu voz es una canción de The Cure. Una mezcla extraña entre una melodía preciosa y una letra triste. Me encanta. Grave, un poquito rasgada, como el sonido de una guitarra Telecaster con una poca, la justa, distorsión. Ese tono limpio y melódico pero a la vez roto. Melancólico y alegre, todo al mismo tiempo. ¿Te han partido el corazón últimamente?

Sara Jaso da un paso hasta rozarle con el pecho. Se pone de puntillas. Su cara escala hasta igualar la altura de la de él.

Cuando se junta hasta rozarle, Martín puede sentir el calor que sale de su boca.

Ella le observa sin pestañear, y el bombero tiene la sensación de que su mirada traspasa con facilidad una puerta cerrada dentro de él durante diecisiete años, los mismos que lleva saliendo con Ane.

Se quedan dos segundos parados, sin decir nada, tan solo mirándose a los ojos mientras sus latidos se aceleran.

Hasta que Sara se aparta con una sonrisa de color negro.

—Nos vemos mañana, bombero.

Martín la observa alejarse. Su figura estilizada avanza por la avenida bajo la luz cálida de las farolas, que convierte sus movimientos en una danza íntima entre los dos. Ella mira hacia atrás de soslayo; mantiene la misma sonrisa, como si supiera que la estaba observando.

Y él, por primera vez desde que Ane se marchó al pueblo, no tiene ganas de volver a casa para pasar lo que resta de noche mirando fotografías antiguas y leyendo las chorradas pueriles e ingenuas que escribe en los reversos.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri observa la foto enmarcada que decora la estantería desvencijada del salón del ático. Ane y él posan sentados en el banco de piedra que hay pegado a la fachada de la casa de Mendaza. Sonríen porque tienen diecisiete años menos que ahora y el proyecto de una vida juntos. Es la única foto que le queda de ambos.

El resto, las que imprimió durante años y fue guardando en esa carpeta naranja que abre cada noche de insomnio, lo acaba de tirar a la basura.

Su abuelo solía decir que la nostalgia es como la resaca del mar. Te arrastra hacia atrás y lo fácil, lo menos trabajoso, sería dejarte llevar, transportarte mecido por la corriente sin tener que esforzarte en mover los brazos y las piernas para nadar. Pero, si lo haces, corres el riesgo de no saber volver a la orilla y morir ahogado.

Martín ha decidido que ya es hora de nadar para no ahogarse, de dejar de autodestruirse cada noche. De avanzar.

Deja la fotografía en su sitio, pero bocabajo, porque, si no tiene valor de vender ese piso húmedo por miedo a borrar tantos recuerdos, menos todavía para tirar la última foto junto a su mujer.

Se prepara el cuarto café de la noche antes de volver a salir al balcón. Espera a que amanezca acodado sobre la barandilla metálica con la taza entre las manos. El olor del trozo de pizza que lleva tres minutos recalentándose en el microondas se cuela por sus fosas nasales. Le da vueltas a la cabeza sin quitar los ojos de la habitación de Blanca en el quinto piso del hotel La Perla, donde no ha visto luz desde que se ha puesto a vigilar tras despedirse de Sara.

Él nunca fue el más listo de la clase ni de la oposición a bombero, pero sí el más perseverante. Es cierto que su cerebro no es un

Lamborghini ni un Ferrari, no acelera de cero a cien en menos de tres segundos; más bien se parecería a un tractor, lento pero constante. Impasible ante piedras y obstáculos. Martín es, en otras palabras, las de su amigo Zubi en concreto, un cabezón.

Y no va a parar hasta aclarar la idea que ronda su mente.

Necesita entender por qué un asesino como Jon, que supuestamente había logrado huir de la justicia para siempre haciendo creer a todos que había muerto, se muestra ahora desesperado por cambiar su situación y hacer que todo el país descubra que está vivo y fugado. ¿Por qué? ¿Por qué en este momento, después de dos años? ¿De verdad solo busca fama, como dice Sara?

Siente como si las piezas de un puzle estuvieran flotando y vagando sin rumbo en su cabeza, esperando a que él las una.

De pronto, la luz de la habitación de Blanca se enciende, lo que saca al bombero de su ensimismamiento.

Martín alcanza a ver una sombra tras las cortinas.

Sin pensárselo demasiado, apaga el microondas y el trozo de pizza se queda a oscuras en el interior. No es un adiós, es un hasta luego. Cierra su casa de un portazo, sin pasar la llave. Desciende las escaleras de tres en tres, tan rápido que a su vecina Pilar no le da tiempo de salir a su paso. Tropieza y está a punto de abrirse la cabeza contra el rellano del segundo piso.

Sale del portal, atraviesa la plaza del Castillo en diagonal. Esquiva a duras penas una bicicleta y, justo después, a una pareja de *runners* que se giran airados.

Llama a Blanca, que, igual que en todos los intentos que ha hecho durante la noche, no responde.

Vuelve a intentarlo.

Nada. No contesta.

Al entrar en el vestíbulo del hotel, choca en la puerta contra un hombre con abrigo largo, capucha y la cara cubierta por una bufanda que le pide que tenga más cuidado. El recepcionista le saluda sorprendido por la prisa que trae en el cuerpo.

—Soy Martín Salaberri, amigo de Blanca Monreal. ¿Podría llamar de mi parte a su habitación, por favor? Necesito hablar con ella.

El recepcionista se cruza de brazos.

—Usted no es Martín Salaberri.

—¿Cómo dice? —pregunta el bombero, extrañado.

—Acaba de irse...

—Eso es imposible.

—Debe de ser un error. Hace diez minutos, un hombre se ha presentado en la recepción y me ha dicho que era Martín Salaberri y que quería ver a Blanca Monreal. Yo he llamado a su habitación y ella nos ha dado permiso para dejarle subir. Acaba de marcharse ahora mismo. De hecho, se ha cruzado con usted. Llevaba un abrigo y una bufanda que... ¡Oiga!

Martín no espera a que termine la frase. Sube los cinco pisos de escaleras de dos en dos y se detiene frente a la habitación de Blanca. Golpea con el puño la puerta, grita su nombre.

—Pero bueno, ¿a qué viene este jaleo? —dice una voz a su izquierda.

Es una mujer joven que avanza por el pasillo empujando un carro lleno de toallas y ropa de cama.

—¿Trabaja aquí? ¡Necesito entrar a esta habitación! —grita Martín.

Ella da un paso atrás para refugiarse tras el carro.

—Si ha perdido la llave, baje a recepción para que le ayuden.

—Soy bombero —trata de calmarse y bajar el tono—, creo que la mujer que está al otro lado de esa puerta corre peligro. Necesito que la abra.

—No puedo hacer eso, lo siento mucho. Está prohibido y..., pero ¿qué hace?!

Martín trata de saltar por encima del carro para alcanzar a la empleada, pero tropieza a medio camino y cae sobre los cubos, que vuelcan con el bombero, llenando el pasillo del hotel de sábanas, toallas y fundas de almohadas blancas. Se revuelve y hace aspavientos para apartar la ropa. Entre todo el caos, encuentra lo que buscaba en el suelo: la tarjeta que sirve de llave maestra del hotel.

Se pone en pie mientras escucha los gritos y quejas de la empleada, que asegura que va a llamar a seguridad ahora mismo.

Pero a Martín le importa más bien poco.

Pasa la tarjeta por el lector y accede a la habitación, cerrando la puerta a su espalda y dejando a la señora con la palabra en la boca.

—No quieres ver esto —le dice sin que pueda ya oírle.

Martín avanza haciendo crujir con cada pisada los trozos de cristales y jarrones rotos que hay esparcidos por el suelo. Esquiva una silla volcada junto a la pared y se detiene frente a la cama, donde está tumbada Blanca. Inmóvil.

Sobre la mesilla de noche, varios frascos de medicamentos vacíos, algunas pastillas tiradas por la almohada. Martín no sabe cuánto tiempo ha pasado desde la ingesta.

—¡No! ¡Blanca, no!

Le toma el pulso mientras marca el 112. Cuando la operadora responde, dice:

—¡Necesito una ambulancia en el quinto piso del hotel La Perla, en la plaza del Castillo! ¡Mujer con sobredosis por pastillas para dormir y ansiolíticos! ¡No sé cuántas ha tomado, pero todos los frascos están vacíos! ¡Dense prisa! ¡Todavía tiene pulso!

Martín comprueba que a Blanca no le quedan medicamentos en la boca, gira su cuerpo y lo recuesta en posición lateral de seguridad, con una pierna flexionada y la cabeza girada hacia fuera, para evitar que se ahogue con la lengua o con su propio vómito.

—Blanca, ¿me oyes? Aguanta. Ya vienen. No te marches todavía, por favor.

En ese momento de angustia, Martín se percata de que en el espacio que ha quedado libre en la cama después de mover a Blanca está su teléfono. Es como si hubiera intentado pedir ayuda antes de quedarse dormida.

Martín apoya el dedo inerte de la escritora en la pantalla del móvil y lo desbloquea. Aparece un mensaje de WhatsApp que no ha llegado a enviar en el chat que Blanca y él compartían. Dice:

No es Jon

Segunda parte

*¿Estás encerrado en un mundo
que ha sido planeado para ti?*

BILLIE JOE ARMSTRONG
(Green Day), «She»

Pamplona. Presente

Me siento frente al espejo del tocador, en el dúplex del paseo Sarasate. Las cosas todavía están esparcidas sobre la mesa. Coloretes, bases de maquillaje, rímel, lápices de ojos, pintalabios, brochas de varios tamaños y potingues de todo tipo. Agarro un algodón y lo empapo de líquido desmaquillante. Tengo que frotar fuerte, pero poco a poco consigo eliminar las cicatrices falsas de mi cara. Son grietas y surcos de diferentes tamaños que me recorren las mejillas y la frente hasta desaparecer por el cuello de mi camisa. Mi apariencia es tan desagradable que todos los infelices que me han visto antes de morir retiran los ojos de mi cara.

Me quito la oreja protésica que se asemeja a cera derretida, mi parte favorita del disfraz.

No solo me maquillo para matar, también lo hice cuando visité a Blanca en esa librería de Vitoria, y cuando acudí a la residencia donde vive la madre de Imanol Otazu. Pero siempre que mato me maquillo.

En caso de que una de mis víctimas sobreviviera o que me viera la cara un testigo, quiero que describa a Jon Egüés. Por eso trato de transformarme en él, o en el aspecto que tiene Jon en el imaginario colectivo: el de un asesino que sobrevivió al incendio que él mismo provocó.

Hoy el juego ha estado muy cerca de terminar.

Cuando me he asomado a la ventana del balcón del hotel La Perla y he visto a ese bombero atravesar la plaza del Castillo, no me ha quedado otra opción que salir corriendo de la habitación de Blanca Monreal. Todo ha sido tan rápido que me he olvidado de dejar el bote de porcelana sobre la mesilla de noche, como tenía previsto.

Tampoco he podido quedarme a ver cómo se apagaba la mirada de la escritora impostora.

Suspiro.

Pese al maquillaje, ella me ha reconocido. No lo hizo en la librería Macondo de Vitoria, pero hoy sí. En cuanto he hablado, me ha dicho temblando que en estos dos años no había conseguido olvidar mi voz.

La he obligado a tragar las pastillas mientras soltaba las primeras lágrimas.

Me levanto y me lavo la cara en el fregadero de la cocina. Lleno un vaso de agua.

He de reconocer que no ha sido fácil matarla. Blanca siempre ha hecho todo lo que le he dicho. Pero ella sabía la verdad y era un riesgo demasiado grande dejarla vivir.

Además, Martín Salaberri no está logrando que mis acciones sean noticia. Necesita ayuda, un golpe de efecto que sirva de altavoz, y la muerte de una persona tan conocida como Blanca cumple ese cometido.

Voy a llegar a Jon.

Va a salir de su escondite y voy a matarle.

Extraigo el móvil de prepago del bolsillo y marco un número. Después de esperar cuatro tonos, oigo una voz que ya me resulta familiar.

—La has matado, hijo de puta —me dice.

—No me has dejado otra opción, Martín. Por cierto, ¿por qué no te tumbas un rato? Me ha parecido que estabas agotado cuando nos hemos cruzado en el vestíbulo del hotel.

Oigo al bombero maldecir al otro lado de la línea. Grita. Me amenaza, dice que, si vuelve a verme, piensa matarme.

—Shhh —le interrumpo—. Para un poco, Martín. Parece que todavía no lo entiendes. Todo esto solo es culpa tuya. —Le dejo unos segundos para que lo piense—. Si hubieras logrado que tu amigo publicara en su periódico lo que te pedí, el año que viene tendríamos segunda parte de la novela de Blanca.

—La policía no es tonta. Ya han hablado con la recepción del hotel. Obtendrán las imágenes de las cámaras y sabrán que no ha

sido un suicidio. Irán a por ti.

—Cabrón de mierda —dice otra voz que suena más alejada.

—¿Quién es esa, Martín? ¿Le has contado nuestro secreto a alguien más?

—No es nadie.

Escucho un susurro que no logro entender. Justo después él me pregunta:

—¿Quién eres?

—¿Cómo dices?

—Te estoy preguntando cómo te llamas. ¿De qué va todo esto? Sé que no eres Jon. ¿Por qué firmas tus crímenes con su nombre?

Sonrío. No sé cómo lo sabe, pero estaba dentro de lo previsible que tarde o temprano se enterara de esto.

—Mi nombre no importa. Escúchame. Consigue que se publique un artículo en el periódico donde se relacionen los recipientes que encontraste en los asesinatos de los incendios con la muerte de Blanca Monreal. Si mañana no veo la noticia, pasarán cosas todavía peores. Está en tu mano, bombero.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri se queda mirando el teléfono que tiene en la mano. Le enseña la pantalla a Sara.

—Ha colgado —dice.

Están en el Café Iruña, en la plaza del Castillo. Él la ha citado allí en cuanto la policía ha dejado de hacerle preguntas en el vestíbulo del hotel La Perla. Necesitaba compartir lo sucedido con alguien y la única persona que podía seguirle en sus teorías acerca de Jon era ella. La humedad de la mañana se cuela entre las mesas del establecimiento, los envuelve y les transmite su frío hasta ponerles los pelos de punta y convertir el aire en irrespirable.

—Joder, ¿qué vamos a hacer? —Sara se sienta frente a él y se lleva las manos a la cara—. Ya le has oído, itodo es culpa nuestra! Ha matado a Blanca Monreal porque nosotros no hemos conseguido que se publicara la noticia.

Martín le agradece que se incluya porque se siente responsable desde hace horas. Ha tratado de mantener a la escritora con vida, pero cuando los sanitarios han llegado al hotel no han podido hacer nada por salvarla.

—Tenemos que tranquilizarnos. Aquí el único culpable es ese psicópata, ¿estamos?

Sara asiente y, antes de separar las manos de la cara, se retira las lágrimas de las mejillas con dos movimientos rápidos.

Él hace un viaje a la barra y vuelve con dos cafés. Deja uno sobre la mesa, frente a Sara, y rodea con las manos el otro. Suspira mientras se sienta y dice:

—Esto nos queda grande.

—Quizá ahora decida investigarlo la Policía. Es..., perdón, era una escritora muy conocida.

El bombero niega con la cabeza.

—Están convencidos de que ha sido un suicidio. Sobredosis de pastillas para dormir y antidepresivos, sumada a que esta semana ha intentado saltar desde el balcón de esa misma habitación.

—Pero le acabas de decir que los agentes han hablado con la recepción del hotel para obtener las imágenes de las cámaras de seguridad y... ¿Qué pasa?

—Ese hombre llevaba la cara cubierta. No creo que consigan identificarle con las imágenes de las cámaras.

—Pero tú le has visto de cerca... ¿Por qué...? Martín, dime que le has dicho a la policía que has visto a ese asesino.

Silencio.

—¿Martín? Se lo has dicho, ¿no?

—No...

—¿Qué? ¿Cómo que no?

—He dudado si hacerlo por un momento, pero ya has visto de lo que es capaz este pirado cuando no sigues sus instrucciones.

—Nada de policía... —repite Sara mientras asiente y comprende a Martín.

Él bebe un sorbo de café. Sara insiste sin perder la esperanza:

—Ha realizado ya tres acciones diferentes en poco tiempo: el incendio de Zizur con esa familia, el del hombre dentro de su coche en La Milagrosa y ahora Blanca. Tienen que deducir que no se trata de casos aislados.

—Para ellos los incendios han sido dos simples, desafortunados y aislados accidentes; y lo de Blanca, un intento de suicidio. Estamos solos en esto, Sara.

Ella suspira mientras observa a los transeúntes a través de la ventana de la cafetería.

—Está ahí fuera, Martín. Ese asesino está en cualquier calle de esta ciudad y nadie, aparte de nosotros, lo sabe ni lo está buscando. Y ahora que sabemos que no se trata de Jon Egüés, no tenemos ni idea de su aspecto real para encontrarlo.

Martín inclina la taza para beber de nuevo. Después dice:

—Todo ha sucedido muy rápido. Llevaba un abrigo con capucha y una bufanda. Ha agachado la cabeza cuando hemos chocado

nuestros hombros. No he podido verle bien. Pero después, tratando de recordar, puede que tuviera cicatrices o manchas alrededor de los ojos, como el hombre con la cara quemada que Blanca vio en Vitoria.

Se queda pensando durante tres segundos hasta que, de repente, se lleva la mano a la boca como si le hubieran dado un susto.

—¡Claro! —exclama él.

—¿Qué pasa?

—¡Que se disfraza!

—¿Cómo?

—Blanca Monreal ha dejado un mensaje en el que decía que no había sido Jon, ¿no?

Sara asiente tratando de seguirle.

—Entonces, si damos por cierto eso, estoy seguro de que las cicatrices que vi no son reales. Se disfraza para transformarse en Jon Egüés. En la idea que todos tenemos de él. Quizá se trate de un imitador o de un admirador de la obra de Jon.

—¿Obra? —pregunta Sara con incredulidad al comprobar que el bombero empieza a hablar como lo haría ella.

—Trato de ponerme en su piel, de imaginar qué puede pensar alguien capaz de quemar viva a una familia entera. Si estoy en lo cierto, para nuestro asesino, el crimen que cometió Jon en la casa Otazu hace años fue un acto admirable y parecido a una obra de arte. Quizá quiera continuar lo que él empezó o hacer creer a la población que Jon Egüés sigue vivo para engrandecer su nombre.

—¿Engrandecer su nombre?

—A ver, Sara. No digo que lo vea así ni que sea un genio al que admirar, solo trato de introducirme dentro de su mente retorcida.

—Vale, vale —dice ella mientras levanta la palma de la mano.

—Ayer envié correos electrónicos a todos los periódicos y canales de televisión que he podido pidiendo que publicaran la noticia. ¿Sabes cuántos de ellos me han contestado? —El bombero espera un segundo antes de responderse a sí mismo—: Cero.

Sara apoya la taza vacía sobre la mesa, se pone de pie y se acerca a él.

Posa la mano sobre el hombro del bombero.

—Martín... No va a parar. Lo sabes, ¿no? Si no sale esa noticia en un medio importante, ese asesino va a continuar matando.

Él suspira sin quitar la vista de la plaza.

—Mañana tendremos que cargar en nuestra conciencia con la muerte de otra persona inocente, Sara.

De repente, ella consulta su reloj, deja un billete sobre la mesa y dice:

—Tengo que irme.

Martín la acompaña hasta la puerta sin entender la urgencia.

—Llego tarde al trabajo. He tenido una idea para desencallar esto —aclarar ella.

—¿Una idea?

Sara se acerca y toma la mano del bombero. Él siente un impulso eléctrico al contacto con su piel.

—Confía en mí —pide ella sonriendo. Después, mientras se aleja con prisa por la plaza del Castillo, se gira y grita—: Voy a hablar con Fermín para que publique la noticia; si se niega, sé cómo desencallar la situación. Martín, voy a detener esto, y voy a hacerlo ahora mismo, me cueste lo que me cueste. Dame solo una hora.

Casa Otazu, Pamplona. Hace dos años

Blanca abre la puerta del Corsa y se sienta en el lado del copiloto.

—¿Qué cojones haces aquí? —pregunta Alain con el machete sobre el muslo derecho.

A pesar de que el coche está aparcado solo a unos pocos metros de la casa, la fuerte lluvia ha tenido tiempo de empaparle a Blanca la ropa y el pelo. Se lleva las manos a la cara y rompe a llorar.

—No podemos hacerlo, Alain.

—¿Cómo que no? Vamos —dice, y se dispone a abrir la puerta para bajarse del coche cuando ella lo detiene sujetándole del brazo.

—Se va a morir —informa Blanca.

—Ya lo hemos hablado mil veces. No le vamos a tocar ni un pelo. Esto —levanta el machete— es para asustar. Entramos, nos dice dónde guarda lo que queremos llevarnos y nos largamos.

—No es eso.

—Entonces ¿qué?

—Está enfermo.

—¿Imanol Otazu?

Ella no puede parar de llorar.

—No sabía que le tenías tanto aprecio, chica.

Alain toquetea nervioso el machete durante el minuto largo que Blanca tarda en calmarse lo suficiente para hablar. Las gotas de lluvia repiquetean incesantes sobre el techo del Corsa.

—Es terminal —dice ella.

Alain apoya la cabeza sobre el volante, contrariado.

—Esto cambia mucho las cosas.

—¿A qué te refieres? —pregunta Blanca.

Pero Alain no contesta.

Ambos se mantienen en silencio, observando cómo brillan las luces de la casa Otazu creando un efecto calidoscópico sobre la ventanilla mojada del coche.

—Quiere que cuide de Ainhoa —suelta Blanca.

—¿De la vieja?

—De su madre —corrige ella—, sí.

—¿Cuándo?

—Para siempre.

—¿Cuando él ya la haya palmado?

—No tiene a nadie, Alain.

—Vamos, no me jodas —replica, y suelta un bufido al cristal de la ventanilla lateral.

—Creo que voy a decirle que sí.

Él se gira de nuevo para mirar a su pareja a los ojos. Le agarra del cuello de la camisa.

—¿Se te ha ido la olla? ¿Es eso?

—Alain...

—¿Te has vuelto loca trabajando dos años con ese exnador deprimido?

—Yo quiero mucho a Ainhoa. No tiene otra familia. El padre de Imanol murió cuando él era un niño, es hijo único y con la familia de su mujer no se habla desde que Nagore falleció en un accidente de coche.

Alain levanta el machete y señala con él la puerta de la casa.

—Me la suda que se esté muriendo, vamos a entrar ahí y vamos a irnos con lo que hemos venido a buscar. ¿Estamos?

—Alain, por favor, hoy no podemos... Dame tiempo.

Él abre la puerta del coche y se guarda el machete en la parte trasera de sus vaqueros.

—Vamos —ordena. Da la vuelta al vehículo bajo la lluvia y abre la puerta del copiloto—. Vamos, hostia, me estoy calando entero.

Ambos caminan hasta la casa. Blanca se dispone a llamar al timbre, pero él la agarra de la muñeca.

—¿No tienes llaves?

Ella asiente y las busca en el bolso.

—Es mejor así. Le pillaremos por sorpresa.

El interior de la casa apenas está iluminado por la luz de las farolas de la calle que se cuela por las rendijas de las persianas. Pese a que ambos caminan despacio, el calzado hace crujir el suelo de madera de roble con cada paso. Atraviesan el recibidor y llegan hasta el salón principal.

Encuentran una botella de whisky Macallan vacía sobre la mesa.

—Cómo se cuida el deportista —suelta Alain—. ¿Se habrá ido a dormir la mona?

—No creo. Estará abajo, en el taller —dice Blanca.

—Pues vamos.

Pero antes de bajar por las escaleras que conducen al sótano, escuchan un ruido. Alain se lleva el dedo índice a los labios para pedir silencio a su pareja.

Vuelve a sonar. Parece una botella o un vaso de cristal.

—Despacio —indica él mientras avanzan hacia la cocina.

Desde la penumbra del pasillo pueden ver a Imanol abriendo un armario alto para coger una nueva botella de whisky. La deja en la encimera y le quita el precinto. Se tambalea, apoya las manos sobre el mármol y se echa a llorar.

—Alain, por favor. No podemos hacerlo —susurra Blanca.

—Recuerda —dice él como si no hubiera escuchado sus ruegos—, no te salgas del guion ni dudes, o lo joderás todo.

—Por favor... —suplica Blanca con la voz entrecortada y ninguna esperanza de convencer al portador del machete.

Imanol Otazu sigue con la cabeza gacha y los hombros encogidos, volcando sus tormentos sobre la encimera, de espaldas a los dos intrusos que han entrado en su casa.

—Pensaba que los nadadores seríais más de agua que de whisky —apunta Alain en voz alta.

Imanol se gira sobresaltado y recibe un machetazo en el muslo. Grita.

—¡No! Acordamos que... —dice Blanca saliéndose de su papel de víctima por un momento. Imanol está tan asustado y borracho que parece no haberse dado cuenta del comentario.

—Shhh —murmura Alain—. Vais a despertar a la vieja, y no queremos eso, ¿verdad?

Blanca vuelve a su rol dentro del plan:

—Lo siento, Imanol. Me estaba esperando en la puerta con ese machete y me ha obligado a entrar.

—Los dos al sótano —ordena Alain amenazándolos con el arma.

Bajan las escaleras a trompicones. Imanol choca con las paredes mientras trata de esquivar la hoja del machete que siente fría en la nuca.

—No te vuelvas un valiente ahora por haberte bebido cuatro whiskies —dice Alain.

El taller está muy oscuro, pero por el ventanuco que da al suelo del jardín se cuela la suficiente luz de las farolas como para no tropezar con los monstruos que el exnadador ha esculpido durante cada noche de los últimos ocho años. El sótano está lleno de ellos. Avanzan hasta el final de la estancia. Desde el techo descienden dos tuberías que desaparecen por el suelo. Alain saca unas esposas y se las da a Blanca.

—Átale a ese tubo.

Ella obedece, y después Alain extrae del bolsillo otras esposas para atarla a ella también.

—Muy bien, vamos a hacer esto rápido. Ahora me vas a decir la combinación de la caja fuerte —dice Alain.

—No tengo caja fuerte. No guardo dinero en casa. Blanca te lo puede decir. Te has equivocado, chaval.

—¿Chaval? Menos chulerías, Otazu. ¿O te corto la otra pierna para que recuerdes quién tiene el machete? No estoy buscando dinero, gilipollas.

Suena el timbre. Alain gira el cuello hacia las escaleras.

—¿Esperas a alguien?

Imanol tarda unos segundos en contestar, parece desubicado.

—Que si esperas alguna visita, hostia —insiste Alain amenazándole con el machete.

Imanol tuerce la cara para alejar sus mejillas del arma.

Blanca no dice nada para no salirse del papel, pero le suplica con los ojos llorosos que no le haga otro corte.

—Lo había olvidado —dice Otazu—. Es Jon Egüés, un periodista.

—¿Y qué cojones pinta un periodista a estas horas en tu casa? Me cago en mi puta vida.

—Habíamos quedado. Va a escribir una biografía sobre mí.

—¿Y le pensabas recibir borracho?

Imanol agacha la cabeza.

—Ya te he dicho que lo había olvidado.

Vuelve a sonar el timbre.

—Tengo que abrir la puerta. Me inventaré cualquier excusa para echarlo.

—¿Te crees que soy imbécil?

—No se va a ir —insiste Imanol—, y va a despertar a mi madre. No me gustaría que ella presenciara esta escena. Está mayor y enferma.

Alain se tensa al darse cuenta de que lo que pretendía que fuera un golpe rápido se le está complicando.

El periodista llama al timbre de nuevo. Después, una voz fina y quebrada, apenas audible, desciende por las escaleras desde la primera planta.

—¿Hijo? Sube, están llamando.

Alain deja el machete encima de la mesa metálica de trabajo que hay en el centro del taller, entre dos estatuas que parecen dos gárgolas negras enfrentadas en una lucha.

—¡No le hagas daño! —grita Imanol.

Alain se da la vuelta y le da una patada con la bota en la cabeza que lo deja inconsciente.

—Como le oiga ese periodista, nos jode el plan —le explica a Blanca, que lo mira horrorizada.

—¿A qué ha venido cortarle la pierna con el machete? Quedamos en no tocar ni a Imanol ni a su madre.

Alain sonríe condescendiente.

—Eso era antes de saber que Tsunami Otazu sufría un cáncer terminal. ¿No lo entiendes, Blanca? Alguien que va a morir no tiene nada que temer. Las amenazas no le afectarían. Solo conseguiremos sacarle la información por las malas.

Ella asiente sin poder disimular el miedo a lo que su cómplice puede estar pensando hacer. Alain la mira con los mismos ojos de

siempre, pero Blanca percibe detrás de ellos a una persona distinta.

—Nos viene bien que la vieja esté en casa —dice él.

—¿Cómo?

Alain recoge un trapo manchado de arcilla que hay sobre una gárgola a medio hacer y, cuando se dispone a atárselo a Otazu a modo de mordaza, Blanca le ruega que no lo haga.

—Por si se despierta gritón —se justifica él.

—No es necesario. Imanol insonorizó el sótano para poder trabajar durante las noches sin despertar a Ainhoa ni molestar a los vecinos —explica ella—. Basta con que cierres la puerta.

—¿Seguro?

Blanca asiente.

—De acuerdo. Ahora vuelvo. Voy a inventarme una excusa para deshacerme del periodista.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer con Ainhoa? Se ha despertado... —pregunta ella con voz trémula.

Alain no contesta. Comienza a ascender las escaleras que salen del sótano y se encuentra a mitad de camino con la madre de Imanol.

Blanca escucha el grito de la anciana. Después, el inequívoco sonido que se produce al arrastrar un mueble pesado y, finalmente, el golpe de la puerta que hay al comienzo de las escaleras que descienden al sótano.

Mira en silencio a Imanol Otazu, que sigue inconsciente junto a la tubería, rodeado de los monstruos con formas amenazantes que habitan su taller. Blanca teme que puedan ser un presagio de lo que está a punto de suceder.

Pamplona. Presente

—Ahora mismo están todos los residentes en el jardín. Acompañeme, seguro que la encontramos enseguida, Ainhoa se sienta siempre en el mismo banco —dice Daniel, el recepcionista de la residencia Elcano, en Beloso Alto.

Caminan entre los parterres. Algunos ancianos juegan al dominó y a las cartas sobre las mesas, otros pasean por un césped digno de estadio de primera división. Los demás residentes están sentados en los bancos mirando al infinito. Martín supone que estos últimos son los que tienen problemas cognitivos o han perdido la capacidad de socializar y relacionarse con su entorno.

—Allí la tiene, junto a la doctora Aguirre —señala Daniel, que se despide y vuelve a la recepción.

Conforme se acerca a Ainhoa, Salaberri se da cuenta de que la anciana tiene la mirada ausente y su atención está en otro plano, pese a que la doctora está hablándole.

—Buenos días. Soy Martín, un amigo de Blanca Monreal.

—Doctora Aguirre —dice ella mientras se pone de pie y le da la mano—. Siento mucho su pérdida.

—Pérdida, pérdida, pérdida —repite Ainhoa.

Martín mira a la anciana.

—Se llama ecolalia. Repite lo último que escucha, es un síntoma asociado a la demencia, pero en ocasiones también se da en casos de alzhéimer como el suyo.

—Suyo, suyo, suyo —dice Ainhoa.

—Mejor alejémonos un poco —pide la doctora.

El bombero asiente. Se quedan a la distancia suficiente para que la madre de Imanol Otazu no pueda escucharlos.

—¿Es cierto que Blanca costeaba la estancia de Ainhoa en esta residencia?

La doctora duda de si debería contestar a eso.

—Me lo acaba de decir el recepcionista —comenta Martín señalando con el pulgar hacia atrás.

Ella niega con la cabeza en un gesto que Martín entiende que quiere decir que su empleado siempre habla más de la cuenta.

—Sí —confirma finalmente—. Imanol Otazu le dejó en testamento toda su fortuna con la condición de que cubriera los gastos de su madre. Pero además, por lo que tengo entendido, a ella no le ha ido nada mal con el libro.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta Martín con la mirada puesta en la anciana.

—De momento, Blanca pagó por adelantado todo este año. Después veremos. Ha sido tan reciente y repentino que no sé si tuvo tiempo de pensar en esto.

—Claro...

Un anciano con chaqueta de lana de botones y *txapela* se acerca a Martín con paso rápido y le dice:

—Nacho, por fin. Vaya horas, hijo. Tienes a tu madre contenta... Pero bueno, que no se queje, porque en lo de la puntualidad has salido a ella.

Salaberri mira a la doctora sin entender nada. Ella sonríe y asiente en un gesto que el bombero interpreta como: «Síguele la corriente».

—Perdón... —responde Martín con poca convicción.

—Nacho, ¿no ves que el arroz hay que comerlo en el momento o si no se pasa?

—Tienes razón, papá —contesta el bombero mientras mira cómo la doctora Aguirre se aguanta la risa.

—Hijo mío, a ver si espabilas, que tienes ya veinte años.

—Josetxo, no te preocupes. Ahora mismo termino de hablar con tu hijo y le digo que vaya a comer con Marisa y contigo —dice la doctora mientras le pone la mano en la espalda para animarlo a continuar caminando.

El anciano se marcha negando con la cabeza.

—Su hijo Nacho no viene a verlo nunca —explica la doctora Aguirre—. Josetxo se pasa los días esperándolo. Confunde a algunas visitas con su propio hijo. Les echa la bronca por no venir a verlo o por llegar tarde, como te ha dicho a ti ahora.

—Pobre hombre.

—Les dice que su mujer, Marisa, está esperando con la comida preparada. Pero ella murió años antes de que Josetxo empezara a vivir aquí con nosotros.

Martín mira a Ainhoa.

—¿Cómo se encuentra? ¿Es posible hablar con ella?

—Es complicado. Su alzhéimer ha avanzado mucho, apenas tiene uno o dos periodos de lucidez al mes.

—Vaya..., había venido con la esperanza de charlar un momento con ella.

—Lo siento, lo más seguro es que haya venido en balde. Si quiere, acompáñeme a su habitación. Ainhoa siempre está más tranquila allí, quizá tenga más suerte.

—De acuerdo.

Los tres entran en el edificio de la residencia y suben a la primera planta. La doctora se detiene frente a la habitación número 112.

—Es esta, pasa.

—Pasa, pasa, pasa —dice la anciana mientras se sienta en el borde de la cama.

Martín echa un vistazo. Es una estancia sencilla, pero tiene todo lo necesario: aseo, cama, armario, mesita de noche, escritorio con silla, una televisión y una radio.

—No los usa —dice la doctora refiriéndose a ambos aparatos.

—Usa, usa, usa.

—¿Y estas fotos?

—Fotos, fotos, fotos.

—Son de Ainhoa, ella era muy aficionada a la fotografía. Son de las últimas Olimpiadas en las que participó su hijo. Por lo que me comentó Blanca una vez, Ainhoa lo documentaba todo, pero el resto de las fotografías y negativos se quemaron en el incendio de la casa Otazu.

«Qué lástima», piensa Martín mientras pasa las fotos. En la mayoría de ellas aparece Tsunami Otazu: en una sonríe sobre el podio mientras mira la medalla; en otra, levanta el puño desde el borde de la piscina para celebrar su victoria; la tercera parece sacada después de un entrenamiento, porque Imanol lleva un bolso de deporte.

—Buenos días... Uy, qué de gente —saluda una enfermera.

—Gente, gente, gente —dice Ainhoa con la mirada perdida en algún punto de la pared que tiene frente a la cama.

—Hola, Olaia. ¿Le toca hoy? —pregunta la doctora Aguirre.

—Hoy, hoy, hoy.

—Sí, pero no os molestaré nada. Si os parece, me pongo por aquí y voy preparando las cosas —responde ella mientras deja material médico encima de la mesa.

—Cosas, cosas, cosas.

Martín se coloca frente a Ainhoa, que sigue sentada en el borde de la cama, y comienza a enseñarle las fotografías.

—Este era tu hijo, ¿verdad? —dice mostrándole una instantánea en la que aparece Imanol posando junto a un trofeo.

—Verdad, verdad, verdad.

La enfermera se acerca a la anciana con una jeringuilla.

—¿Sabrías decirme quiénes son las personas que salen en esta foto? —pregunta Martín acercándole una imagen de Imanol y los que parecen ser los miembros de su equipo. Están sentados alrededor de una mesa, sonríen y levantan las copas de vino para la foto.

—Foto, foto, foto.

El bombero le muestra la siguiente imagen, en la que aparece Nagore.

—Y esta era tu nuera.

—Pincha, pincha, pincha —dice Ainhoa. Un destello se ha activado dentro de su mirada tras ver las intenciones de la enfermera Olaia. Está muy nerviosa.

—Por favor. Será solo un momento —pide Olaia.

El bombero y la doctora se apartan al fondo de la habitación para no molestarla mientras realiza su trabajo.

—Es la primera vez que no ha repetido la última palabra de la frase. ¿Es normal? —pregunta Martín a la doctora.

—Estos son los momentos de lucidez a los que me refería antes, en el jardín. A veces, basta con un estímulo potente para que los enfermos los tengan. Un recuerdo, una melodía, la visita de un familiar querido. En el caso de Ainhoa, en cuanto ve una aguja se pone de los nervios. Les tiene auténtico pánico.

—Pincha, pincha, pincha —repite ella mientras la enfermera le inyecta la medicación.

—Venga, Ainhoa, campeona, que no te ha dolido —trata de calmarla Olaia.

—Dolido, dolido, dolido.

Martín hojea el resto de las fotografías con poco interés. Esperaba que la anciana pudiera darle una pista sobre quién es la persona detrás de la muerte de Blanca Monreal. Pero es imposible comunicarse con ella.

En una de las imágenes, Imanol lanza cava a todo su equipo, que se apartan de él entre risas. En otra, Ainhoa se hace un selfie junto a su hijo, en la puerta de la casa Otazu.

De pronto, la última imagen llama su atención.

Hay dos personas que están discutiendo en un vestuario. Un hombre y una mujer. La foto parece sacada a escondidas.

Ella es Nagore, la esposa de Imanol Otazu.

Pero no se puede creer quién es él.

Sujeta la foto con fuerza y se la acerca a los ojos. Está deteriorada, pero no hay duda. Se puede distinguir la cara sin problema.

Martín tiene que avisar a Sara Jaso.

Sale corriendo de la habitación sin despedirse. Escucha a la doctora Aguirre decirle unas palabras a su espalda. Pero el bombero está en modo emergencia y no la escucha.

Trata de llamar a Sara varias veces antes de llegar al aparcamiento de la residencia, pero no coge el teléfono.

Envía un audio de WhatsApp a Sara mientras conduce a toda velocidad su Land Rover azul en dirección a las oficinas de *La Crónica de Navarra*:

 Sara, escucha, creo que Fermín está relacionado con la muerte de Imanol y con los asesinatos de esta semana. Piénsalo. Eso explicaría por qué se negaba a publicar la noticia. ¡No se te ocurra hablar del tema con él ni insistir en que la publique!

Pamplona. Presente

Sara Jaso atraviesa las hileras paralelas de mesas que forman la redacción de *La Crónica de Navarra*. Pese a que el periódico ha vivido mejores tiempos, sigue siendo el más leído de la ciudad, y eso se nota en la cantidad de periodistas que están aporreando el teclado a esta hora de la mañana. Es un espacio diáfano con despachos a los lados que necesita un lavado de cara desde hace una década, pero las ventas de periódicos en papel dan para lo que dan, y las suscripciones digitales todavía no han terminado de reflotar una industria herida y en decadencia, que encuentra en el *clickbait* el remedio cortoplacista que envenena su credibilidad futura. La pintura de las paredes está desconchada y faltan algunos bloques cuadrados de pladur de la malla que antes cubría el techo por completo. Huele a café de máquina y a polvo de tóner de las impresoras. Sara escucha el saludo de alguien a su espalda, pero no se detiene a hablar. Continúa hacia el objetivo que la espera al final de la oficina: el despacho del director.

Justo cuando está delante de la puerta, suena su móvil. Es la tercera llamada perdida de Martín.

Hablará con él después, cuando consiga que Fermín Iribar publique la noticia.

Silencia el teléfono y entra sin llamar.

—Buenos días, Fermín.

Él no responde. Está hablando por teléfono y le hace aspavientos para que se marche. Señala la puerta con su pluma estilográfica Conway Stewart con la que va a todos lados.

Ella cierra por dentro y espera de pie.

—No me toques los cojones, ¿estamos? Ahora no puedo hablar —le dice el director a su móvil. Cuelga—. ¿Y tú qué hostias quieres? —

le pregunta a Sara.

—Vaya humos tenemos por la mañana, ¿no? —dice ella mientras se acerca a su mesa con una sonrisa.

Fermín levanta las cejas sorprendido por su comportamiento. De repente, Sara ha dejado de ser la mosquita muerta que acaba de llegar al periódico.

—Llegas tarde a la redacción. Otra vez —dice. Se mantiene serio. Se lleva los dedos al puente de la nariz para tratar de calmarse y dejar atrás el tono de la conversación telefónica.

—Pensaba que no sabías de mi existencia —comenta ella con voz firme.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Estoy trabajando en una historia que es la bomba —informa Sara.

Fermín suspira y comprueba la hora en el reloj.

—Mira... Jaso, ¿no? He leído tus correos electrónicos con las propuestas de reportajes que me has ido enviando. Si no te he respondido es porque, primero, no debes dirigirte a mí directamente para esto y, segundo, creo que son demasiado fantasiosas. No te ofendas, pero encajarían mejor en *Año Cero* o en una revista de misterio de ese tipo. *La Crónica de Navarra* es un medio serio. Aquí publicamos noticias. Así que, si no te importa... —Señala la puerta con los ojos.

Sara decide ir al grano.

—Blanca Monreal ha muerto.

—¿Cómo? ¿La escritora?

—Tu amigo Martín la ha encontrado en su habitación del hotel.

—¿Martín Salaberri? ¿Cómo sabes que somos amigos? ¿Os conocéis? —pregunta Fermín sin entender nada.

Ella asiente, pero da a entender con un gesto que eso no importa ahora.

—El caso es que Blanca Monreal había ingerido suficientes pastillas para dormir a una ballena.

—¿Un suicidio? Bueno, no me extraña. Ya lo intentó el otro día, y casi lo habría conseguido de no ser por Salaberri...

—Eso es lo que cree la Policía. Pero Martín se ha cruzado con una persona en el vestíbulo del hotel, justo antes de encontrar a Blanca. Llevaba la cara cubierta por una bufanda, pero...

—No me lo digas: Jon —interrumpe Fermín con una risa sarcástica. Empieza a intuir por dónde van los tiros—. ¿Esto es por Martín? ¿Te ha pedido que vengas a convencerme?

Ella no responde, quiere mantener la tensión de la historia y soltar el giro final en el momento adecuado con la esperanza de que después acepte lo que va a pedirle.

—¿Qué pasa, Jaso? Vamos, no tengo tiempo para estas chorradas. Me vas a decir que Salaberri encontró otro recipiente de cerámica en la habitación, ¿es eso? —pregunta el director.

—No le dio tiempo. Suponemos que vio llegar a Martín y se vio obligado a marcharse con prisa del hotel.

Fermín niega con la cabeza. Se levanta y comienza a aplaudir lentamente.

—Bravo, Sara Jaso, bravísimo. Acabas de descubrirme que eres una periodista de raza que estaba oculta en mi redacción. —Deja de aplaudir y se queda callado durante unos segundos mirándole a los ojos con condescendencia—. ¿Qué? Esperabas que esa fuera mi reacción, ¿no? No le dio tiempo... —repite la última frase de Sara casi para sí mismo, con una risa incrédula—. ¿Te das cuenta de lo absurdo que es toda esta historia?

Ella sonríe. Esperaba una respuesta así de este gilipollas.

—Hay más. Antes de quedarse dormida para siempre, Blanca Monreal trató de enviar un mensaje a Martín. Decía: «No es Jon».

Fermín se recuesta en la silla, como si el peso de la revelación le hubiera impactado en el pecho. Juguetea con su pluma estilográfica dándole vueltas entre los dedos.

Ella incluso se sorprende de su reacción. Parece afectado.

—No lo entiendo —dice—. Supongamos que todo lo que cuentas es cierto. Un asesino que se dedica a quemar a gente y a dejar su nombre en cada escena, que mata a una de las supervivientes del crimen que cometió Jon hace dos años en la casa Otazu antes de huir, supuestamente, de la policía..., ¿y me dices que no se trata de Jon?

—Es un imitador. Alguien que pretende hacerse pasar por Jon Egüés o de continuar con su legado.

—¿Un imitador? —Fermín niega con la cabeza—. Jaso, esto no va a ningún lado.

—Tenemos que publicarla, por favor, Fermín. Martín ha recibido...

—¡Ni lo sueñes! —interrumpe él. Sara da un paso atrás por el grito. Él baja el tono y trata de calmarse antes de continuar—. Jaso, no tienes ninguna prueba real más allá de esos recipientes. La Policía estaría encargándose de ello en caso contrario.

—¿Me dejas terminar, por favor? Decía que Martín ha recibido llamadas del asesino. Insiste en que seguirá matando si no se publica la noticia. También le ha ordenado que no acuda a la policía o lo pagará con más muertes.

Fermín se levanta de la silla.

—Suficiente, Jaso. No quiero volver a oír hablar de este tema, ¿estamos? Sal de mi despacho ahora mismo.

—¿Qué? ¿No me has escuchado? ¡Ese loco está ahí fuera y va a seguir matando si no lo publicamos! Tenemos historia suficiente para que se haga viral y llegue a todo el mundo, como él pretende. Eso es lo que quiere: fama, hinchar su ego.

—A mí no me grites, Jaso. ¿Te recuerdo que soy el director de este periódico?

—Perdona, pero...

—Lo que dices no tiene sentido. ¿Qué ego va a hinchar si está haciéndose pasar por otra persona?

—Quizá tenga una enfermedad mental, quizá crea de verdad que es el mismísimo Jon.

El director del periódico guía a Sara hasta la puerta.

—Por favor, Fermín —insiste ella—. Tengo el artículo ya preparado y puedo conseguir fotos de los recipientes y de los lugares que ha incendiado. También podría incluir una entrevista con Martín para...

—¡Basta! ¡Olvídate del tema de una puta vez!

—Vamos, te lo pido por favor.

Fermín se pone el teléfono en la oreja y le da la espalda a Sara para hacerle entender que la conversación ha terminado.

Ella se marcha dando un portazo, y todos los ojos de los periodistas de la redacción se giran hacia el origen del ruido.

—A lo vuestro —dice Sara.

Después camina hasta el grupo de mesas donde se sientan las personas que forman el equipo de Contenidos Digitales.

Se sienta frente al portátil de Saúl Pascual, que nunca bloquea su sesión cuando va a tomar el café con sus compañeros. Desde su posición, Sara los escucha hablar y reír en el cubículo que hace las veces de zona de desayunos.

En cinco minutos estará despedida.

Sara se conecta a su correo y descarga una copia del archivo que contiene el artículo que ha escrito sobre el caso. Lo sube a la web y a las redes oficiales del periódico. No ha tenido tiempo de obtener fotos de los recipientes de cerámica, pero adjunta dos imágenes de ambos incendios, publicadas en este mismo medio, y otra de estudio de Blanca Monreal para acompañar la noticia.

Casa Otazu, Pamplona. Hace dos años

Blanca Monreal no puede mirar su reloj porque está de rodillas sobre el suelo y esposada por la espalda a la tubería que baja del techo. Pero calcula que han pasado diez minutos desde que ha escuchado el portazo que ha ahogado el grito de Ainhoa. Alain no ha vuelto a bajar al sótano, por lo que todavía debe de estar hablando con ese periodista, Jon Egüés.

—¿D-dónde ha ido...? —balbucea Imanol, que acaba de recobrar la consciencia.

Ella lo observa: arrodillado, encorvado y esposado a la otra tubería, tiene la pierna ensangrentada y la ceja partida. Su imagen es la opuesta a la que ha ofrecido durante toda su carrera como nadador a través de la televisión. Blanca recuerda las últimas Olimpiadas en las que participó Tsunami Otazu. Su cuerpo, ahora más delgado, entonces parecía estar diseñado para deslizarse por el agua. Solo le faltaba tener branquias. Brazos largos y musculosos, espalda ancha en forma de uve y un abdomen fuerte y marcado que, junto con sus medallas olímpicas, le ayudaron a firmar jugosos contratos publicitarios. La ciudad entera lloró cuando se retiró tras ganar la sexta medalla de oro. Su rendimiento no había bajado y el mundo del deporte daba por hecho que le quedaban, al menos, unos Juegos Olímpicos más en los que competir por los metales. Pero la muerte de su mujer, Nagore, en ese accidente de coche lo hizo caer en una profunda depresión de ocho años de la que todavía no se ha recuperado.

—No lo sé. Nos ha encerrado aquí y no ha vuelto —informa Blanca.

Imanol Otazu sacude la cabeza. Un pinchazo agudo le hace arrugar el ceño y cerrar los ojos.

—No re..., no recuerdo nada —dice mientras duda si sus lagunas mentales se deben al exceso de alcohol de cada noche.

—Te ha dado una patada en la cabeza y has perdido la consciencia —le explica Blanca.

Él abre los ojos y parece recuperar la memoria con la misma velocidad con la que perdió la consciencia:

—¡Mi madre! ¿Dónde está? Recuerdo escuchar su voz bajando por las escaleras. —Se yergue, aunque todavía de rodillas, y alinea la espalda con la tubería a la que permanece encadenado. Trata de liberarse. Suenan los golpes de las esposas al chocar con el metal del tubo—. ¡Mamá!

—Ha cerrado la puerta de arriba. No te va a oír nadie.

Imanol vuelve a dejar que la fuerza de gravedad, el dolor de sus heridas y su angustia interna arrastren su cuerpo desvencijado y su mirada hasta el suelo. Rompe a llorar.

—Tranquilo. Antes de que nos aislara en este sótano insonorizado he oído a Ainhoa gritar y, después, el sonido de un mueble pesado al ser arrastrado. Ha debido de meterla en una habitación y ha bloqueado la puerta mientras se ocupa de ese periodista.

—Jon Egüés... —hace memoria él.

—¿Qué hace aquí? ¿Es cierto que le habías citado? No me habías avisado... —dice Blanca.

—No sabía que tuviera que hacerlo —corta Imanol con una lucidez imprevista.

Ella baja la mirada, duda, ¿ha comprometido su papel de víctima con ese comentario a destiempo? Pero él está demasiado alterado para atar cabos.

—Perdona, tienes razón. —Suspira—. Prácticamente vives aquí y te ocupas de mi madre todo el día. Tienes derecho a saber quién visita la casa. Jon Egüés ha venido a entrevistarme, va a escribir mis memorias. Quiero dejar cerrado este tema antes de..., ya sabes..., marcharme.

—¿No crees que la gente ya conoce suficiente sobre ti? Has pasado tus años de carrera ocupando titulares en la prensa mundial, apareciendo en entrevistas y programas de televisión.

Imanol mira a Blanca a los ojos. Su mirada ahora denota determinación y seguridad.

—Ese es el problema. La gente conoce al nadador olímpico de Pamplona, a Tsunami Otazu. Pero yo quiero que sepan la verdad que hay detrás del personaje público; me gustaría que entendieran quién fue Imanol —Blanca se estremece al darse cuenta de que está usando el pretérito—, un hombre que tuvo sus claros y sus sombras, como cualquier persona. Porque yo me he equivocado también, como tú y como cualquiera. Necesito adelantarme y publicar mi biografía ahora antes de que lo haga cualquier listo cuando yo ya no esté aquí. Voy a explicarle al mundo quién fui de verdad y por qué hice las cosas que hice —se le resquebraja la voz mientras pronuncia la última frase. Sus ojos brillan a la luz de las farolas que se cuelan por el ventanuco que da al jardín.

Ambos se quedan en silencio durante los segundos necesarios para que él se calme.

—Imanol...

Él se seca las mejillas con el hombro de mala manera.

—Dime.

—¿Tú sabes qué busca ese hombre? —pregunta Blanca.

—Dinero, supongo. Pero aquí no lo va a encontrar. No guardo nada en casa.

—No sé si lo recuerdas, pero antes de dejarte inconsciente ha dicho que no quería dinero.

Él suspira y niega con la cabeza.

—Está tardando demasiado en volver. Esto es muy raro —dice obviando su comentario—. ¿Y si ha pasado algo grave? ¿Y si le ha hecho daño a mi madre? Desde aquí no se oye nada...

—Imanol —le interrumpe ella—. Lo que busca está en la caja fuerte, ¿verdad? La ha mencionado. Sé que guardas una en tu despacho, detrás de la vitrina que contiene tus trofeos y medallas.

Imanol afila la mirada mientras la observa contrariado. Está examinando los gestos de la persona en la que ha confiado el cuidado de su madre, en busca de un detalle que le ayude a afirmar que la sospecha que acaba de nacer en su mente es cierta.

—Nunca te he dicho que guardo una caja fuerte detrás de la vitrina.

Blanca se queda pálida.

—La encontré sin querer un día en el que entré en tu despacho a curiosear tus oros olímpicos. Perdón, yo acababa de empezar a trabajar aquí..., te admiraba por la leyenda que eres y... —improvisa tratando de evitar decirle que manipuló a su madre enferma para sacarle la ubicación de la caja.

Pero Imanol no es tonto.

—Blanca... —interrumpe—. ¿Cómo has podido? ¿De verdad eres cómplice de ese hombre?

Ella agacha la cabeza.

—Para nosotros eras una más de la familia. Joder... ¡Hace un rato te he pedido que te encargues de mi madre cuando yo ya no esté en este mundo!

Blanca comienza a llorar. La sombra de su figura se balancea arriba y abajo sobre el suelo del sótano al compás de sus sollozos.

—Lo... siento, Imanol. Alain es mi pareja... Yo... Me prometió que no te haría daño —balbucea.

Él grita y golpea las esposas contra la tubería de nuevo. La rabia y la impotencia le recorren el cuerpo como si estuviera poseído. Trata de romperlas, pero es imposible. Con la cara roja por el esfuerzo, suelta todo el aire de su cuerpo resignado y pregunta:

—¿Qué me va a hacer? ¡¿Qué nos va a hacer a mi madre y a mí?!

Blanca Monreal había imaginado que esta conversación podría llegar a darse en el peor de los escenarios y tenía la respuesta: «No te hará nada, siempre y cuando le des la combinación de la caja».

Pero el machetazo de Alain a Imanol en el muslo, el grito de la anciana y esa mirada nueva que ha visto en los ojos de su pareja le provocan dudas.

Y miedo.

Mucho miedo.

—No lo sé, Imanol... —acierta a decir entre lágrimas.

Pamplona. Presente

Sara Jaso camina a paso rápido entre los vehículos de sus compañeros, en el aparcamiento de *La Crónica de Navarra*. Se detiene y mira hacia el edificio de la redacción. Piensa en lo que acaba de hacer. Ha tomado prestado el ordenador de un compañero y ha publicado una noticia pese a la orden explícita del director de no hacerlo. Como poco está despedida. Ya verá si hay consecuencias legales. Saca el móvil del bolso para ver si ya hay reacciones en las redes sociales, pero se encuentra con un mensaje de voz de Martín de hace solo unos minutos:



Sara, escucha, creo que Fermín está relacionado con la muerte de Imanol y con los asesinatos de esta semana. Piénsalo. Eso explicaría por qué se negaba a publicar la noticia. ¡No se te ocurra hablar del tema con él ni insistir en que la publique!

Termina de escucharlo. La mano que sujeta el teléfono tiembla y Sara se queda de pie sin poder reaccionar. Siente como si su corazón reptara por la tráquea y tratara de huir de su cuerpo.

Un golpe de aire la despeina y, cuando se retira el cabello de la cara, mira hacia el edificio de nuevo: está saliendo un hombre por la puerta. Desde aquí no distingue de quién se trata. ¿Es él?

Tiene que ser él.

Sara echa a correr hacia su Peugeot 206 entre los huecos que dejan las hileras de coches aparcados. Mira hacia atrás: el hombre avanza rápido hacia ella y le ha recortado terreno.

Ahora sí puede verle la cara.

Es Fermín Iribar.

Ya se ha enterado.

Sin detenerse, Sara busca las llaves del coche dentro de su bolso, pero está muy nerviosa y no logra dar con ellas. Se le cae un paquete de pañuelos al suelo por las prisas y, justo cuando las encuentra, siente una mano que la agarra con violencia del brazo.

—¿Dónde te crees que vas, Jaso?

Fermín tiene la frente perlada de sudor, la cara roja por la carrera y los nudillos blancos a causa de apretar con fuerza su pluma estilográfica. La lleva destapada y apunta a Sara con ella como si se tratará de una navaja afilada.

—Fermín, yo... Tenía que hacerlo, lo siento... Suéltame, por favor, me estás haciendo mucho daño en el brazo.

—¿Te das cuenta de que acabas de joderme la vida?

Suena el móvil de Sara, que la sobresalta más.

—Es Martín...

—El que faltaba. No se lo cojas.

—Un momento, por favor —dice ella tratando de ganar tiempo y un testigo telefónico que impida que el director del periódico le haga daño.

Pero, cuando se dispone a aceptar la llamada, Fermín tira de su brazo bruscamente y le da un manotazo al teléfono, que rebota contra el suelo del aparcamiento.

Sara, muy asustada, intenta zafarse de su agresor. Pero él no la suelta.

—¿Por qué?! —grita Fermín.

Ella no responde, está demasiado nerviosa. Pero el director del periódico insiste:

—¿Por qué lo has hecho, Jaso?!

—Yo... S-sé que... que no crees en esta historia..., pero hay vidas en juego... No podía quedarme de brazos cruzados...

Fermín levanta la pluma y se la clava en el brazo. Sara grita de dolor. Mira alrededor, pero no ve a nadie que pueda socorrerla.

—¿Te has vuelto loco?! —chilla Sara llevándose la mano a la herida. Se le humedecen los ojos a causa del pánico.

—¡Me acabas de hundir! —exclama él sin soltarla.

—Es so-solo una noticia más, pu-puedes borrarla igual que has hecho cuando se han publicado otras noticias erróneas —dice ella.

Fermín alza la pluma en el aire, dispuesto a atacar de nuevo.

—¡Suéltala! —grita Martín desde la entrada del aparcamiento.

El director observa al bombero, que se acerca corriendo hacia ellos. Pero, antes de obedecerle, se gira de nuevo hacia Sara y le dice:

—No tienes ni idea de hasta qué punto acabas de sentenciarme, Jaso. De sentenciarnos a los dos.

Después la libera y Sara se separa de él para situarse junto al bombero.

—¿Estás bien? —le pregunta. Ella asiente, pero su gesto dice lo contrario.

—No tendríais que haberos metido. Esto os viene demasiado grande a los dos —anuncia el director del periódico.

—Ya está, Fermín, se ha terminado todo —dice Martín—. Sé por qué no querías publicar la noticia.

—No tienes ni puta idea de nada.

Martín extrae del bolsillo la fotografía que ha encontrado en la habitación de Ainhoa y se la muestra.

—Sé que conociste a Imanol y a Nagore. En esta foto se te ve discutiendo con ella.

Recuerdo 151: aunque duela, aunque no la espere, aunque me traicione y me corte en mil pedazos, dame siempre la verdad.

—¿De dónde has sacado eso?

Martín no responde para no comprometer a Ainhoa. Pero el director ata cabos muy rápido.

—La vieja.

—Solo era una madre orgullosa que se dedicó a documentar durante años los logros de su hijo.

—Una metomentodo es lo que era. Y esa foto la obtuvo a escondidas, sin mi permiso.

—Fermín, te lo voy a preguntar una sola vez antes de llamar a la policía. ¿Tuviste algo que ver con los asesinatos de Imanol Otazu y

Nagore Astráin? ¿Y con los incendios de esta semana y la muerte de Blanca Monreal?

Fermín agacha la cabeza y suspira deshinchando el pecho. No responde, su mirada se pierde en algún lugar del suelo del aparcamiento.

—¿Fermín...? —insiste el bombero mientras enseña el móvil para que vea la pantalla donde ya ha marcado el 112 y que solo necesita pulsar un botón para realizar la llamada—. Dame una razón para que no lo haga.

Sara Jaso se aprieta la herida que la pluma le ha dejado en el brazo y grita:

—¡Habla de una vez!

El periodista se acucilla sobre el asfalto, deja caer al suelo la pluma estilográfica y se lleva las palmas de las manos a la cara, como si fuera un avestruz metiendo la cabeza en un agujero para huir de la realidad que se cierne sobre él.

Martín da un paso hacia él y se agacha para ponerse a su altura. Extrae de su bolsillo el recipiente de cerámica que encontró junto a los cuatro cadáveres de la familia que formaba un siniestro círculo de ceniza en el chalet de Zizur. Se lo muestra para que lo vea bien bajo el sol de invierno que ilumina el aparcamiento.

El director respira de manera acelerada y a trompicones. La ansiedad se ha apoderado de su cuerpo.

—¿Por qué, Fermín? ¿Por qué has matado a esas personas? ¿Por qué te estás haciendo pasar por Jon Egüés?

Casa Otazu, Pamplona. Hace dos años

Jon está a punto de tocar el timbre por tercera vez cuando se abre la puerta de la casa. Pero el que aparece al otro lado no es Tsunami Otazu, sino un desconocido con el aliento acelerado y el gesto de tener las mismas ganas de recibirle a él que a un testigo de Jehová.

—Buenas noches —dice el periodista.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta Alain mientras oculta el machete detrás de la puerta. El marco de madera se mancha de la sangre de Imanol.

—Soy Jon Egüés, Otazu me había citado aquí esta noche a las...

—No está —le corta Alain.

—¿Cómo que no está? Habíamos quedado aquí, en su casa. —Jon suspira y mira al cielo en busca de paciencia. Solo encuentra las gotas de lluvia que caen rodeando la luz del farol que ilumina la entrada.

—Ha salido. No sé cuándo volverá.

—¿Puedo pasar? Está jarreando y ya me he calado hasta los huesos.

Alain no responde.

Se limita a mirarle sin pestañear.

—Un segundo, voy a llamarle para ver si tiene previsto tardar mucho —resuelve Jon.

Alain tiene la tentación de cerrar de un portazo ante ese individuo que representa una variable inesperada dentro del plan. Pero no sabe cómo acabarán las cosas esta noche en el sótano con Imanol y su madre. Además, Jon le ha visto la cara el suficiente tiempo como para recordarle e identificarle en una posible investigación policial.

Ambos se mantienen parados en silencio bajo el quicio de la puerta, continúan mirándose a los ojos en silencio mientras Jon, con

el teléfono en la oreja, espera los primeros tonos.

Alain agarra con fuerza el machete que mantiene oculto. Presiente que va a necesitar volver a usarlo pronto.

El sonido ahogado del móvil de Imanol llega desde el interior de la casa. Alain forma una sonrisa robótica con los labios, pero sus ojos permanecen vacíos e inexpresivos.

—Es broma —dice—. Está en el baño. Pasa.

Jon no acaba de entender el humor de Alain. Camina confiado delante de él por la entrada de la casa hasta el salón. El asaltante mantiene el machete oculto tras la espalda.

—Siéntate en el sofá. —Su tono suena más a orden que a sugerencia amable—. No creo que tarde en salir del baño.

Jon obedece y consulta el reloj. Después echa un vistazo a la estancia: una estantería kilométrica llena de libros ocupa la pared más grande; sobre la mesa del salón hay periódicos deportivos descoloridos donde aparece Imanol en portada; una cristalera de doble hoja da paso a lo que debe de ser el jardín, que a estas horas de la noche se convierte en una suerte de espejo a causa de la diferencia lumínica entre el exterior y el interior de la casa. Jon observa a Alain, que está a su espalda, a través de ella.

—¿Y tú eres...? —pregunta el periodista.

—Su cocinero —miente Alain—. Estaba a punto de irme. Ya le he preparado el desayuno de mañana.

—Interesante —dice Jon, que cree haber encontrado el momento perfecto para empezar con la documentación de la biografía de Imanol—. ¿Llevas mucho trabajando para él?

—Poco —responde Alain, lacónico.

—Por curiosidad, ¿qué desayuna un exnadador olímpico? —pregunta mientras extrae un cuaderno y un bolígrafo para tomar notas.

—Lo mismo que cualquier mortal —dice desde la puerta del salón al tiempo que mira el cuello del periodista y juega con el mango del machete tras su espalda.

—He estado leyendo algunas entrevistas de su época gloriosa. En una de ellas afirmó ingerir más de 8000 kilocalorías diarias, que quemaba durante los entrenamientos. Debe de haber sido difícil para

él transitar desde una dieta tan abundante a una común y corriente. ¿No pasó hambre al principio?

—Yo no trabajaba aquí durante esos años —responde Alain, que se aproxima con pasos lentos hacia la espalda de Jon Egüés.

—Entiendo... ¿Puedo saber qué le has preparado para mañana? —pregunta el periodista con los ojos puestos en las anotaciones de su cuaderno, ajeno al peligro que se cierne sobre él.

—Un plato de fruta, otro de galletas, un cuenco con frutos secos, unas rebanadas de pan. Por la mañana él se suele preparar un café —dice mientras saca el machete de detrás de su espalda. Todavía tiene restos de sangre de la pierna de Imanol en el filo.

Jon escribe en su cuaderno el menú de desayuno del nadador hasta que un dato llama su atención. Subraya dos palabras.

—Espera un momento. ¿Has dicho frutos secos?

—Sí: almendras, nueces. Ya sabes —responde Alain, que ya está frente al respaldo del sofá con los ojos fijos en el pescuezo de Jon. Alza el machete.

—En la entrevista dijo que era alérgico a las nueces —comenta Egüés, y en ese momento deja de tomar notas y levanta la mirada para ver en el reflejo de la cristalera a su interlocutor. Alain se percata a tiempo y oculta con rapidez el machete de nuevo detrás de él.

—¿Cómo? No... Es... Imanol es alérgico a los cacahuetes —improvisa—. Lo más probable es que fuera una errata del periodista o que recuerdes mal lo que leíste.

Jon se lleva el bolígrafo a la boca mientras trata de recordar la entrevista.

—Lo cierto es que no la leí, se trataba de un vídeo donde el mismo Imanol Otazu explicaba su alergia a las nueces.

—¿Estás seguro? —dice Alain mientras apoya la mano libre en el respaldo del sofá y agarra con fuerza el mango del machete tras su espalda.

—¡Imanol! ¡Socorro!

En ese momento, el grito desesperado de la anciana llamando a su hijo alcanza la estancia. Ainhoa ha debido de quitarse la mordaza

que Alain le había puesto, grita y golpea la puerta de la habitación en la que está encerrada.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Jon, y mientras se dispone a levantarse del sofá observa de nuevo el reflejo de Alain en la cristalera. Ha alzado un machete detrás de su cabeza y se dispone a arremeter contra él.

La hoja afilada desciende hacia el cuello de Jon, que se echa a un lado y cae sobre la alfombra. El machete atraviesa la espuma del sofá, dejando una cicatriz de color rojo oxidado en la tela.

—¡Joder! —grita a la vez que trata de levantarse—. ¡¿Estás loco?!

Alain rodea el sofá sin dejar de apuntar con el arma a Jon.

Ambos hombres se sitúan en los extremos de la mesa baja de centro. Cuando Alain rodea un lado, Jon hace lo propio por el otro.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

Alain sonríe.

—No es nada personal. Solo has llamado al timbre de esta casa en el día y la hora equivocados. Lo cual me obliga a no dejarte ir.

—¿Dónde está Imanol? ¿Qué le has hecho?

—¡Imanol! ¡Aquí! —insiste la anciana, que desgarrá sus cuerdas vocales desde la habitación.

—¿Quién es? ¿Su madre? ¡¿La has encerrado?!

Alain aprovecha el desconcierto para apoyar un pie sobre la mesa de centro y saltar sobre Jon, que trata de detener el ataque. Pero el machete le corta la palma de la mano. La sangre reluciente del periodista cubre la del exnadador, ya más oxidada, sobre la hoja de metal.

Jon cae de espaldas encima de la alfombra y Alain se tumba sobre él a horcajadas, dispuesto a cortarle el cuello. Ambos forcejean durante varios segundos. Cuando el machete roza la nuez del periodista, Alain siente los incisivos de Jon clavándose en su muñeca, lo que le obliga a soltar el arma.

Egüés agarra del cuello a su atacante con ambas manos para estrangularlo. Pero Alain, de rodillas sobre el vientre, le propina tres puñetazos en la mejilla que provocan que las manos del periodista no consigan presionarle la garganta con la suficiente fuerza como

para obstruir el paso del oxígeno. Jon sacude la cabeza para asimilar el último golpe, que ha sido el más duro.

Alain golpea el antebrazo de su oponente con la base de la palma de la mano. Una. Dos. Tres veces. Hasta que consigue que le suelte.

Jon le empuja con la fuerza del que se está jugando la vida y logra que caiga de espaldas sobre la alfombra. El periodista se revuelve sobre sí mismo para intentar levantarse. Pero Alain le agarra con una mano del tobillo para evitarlo.

Con la otra le corta la parte anterolateral de la espinilla. El filo metálico del machete impacta con la tibia de Jon y se clava como un hacha en una rama.

El grito del periodista llena el espacio de la estancia.

Cuando Alain retira el machete de la pierna de Jon, se detiene el tiempo durante unos segundos en los que ambos tienen los ojos clavados en el tajo limpio y profundo que expone el color rosa pálido, casi amarillento, del periostio del hueso. El reloj comienza a andar en cuanto la sangre, caliente y espesa, desciende por la espinilla para empapar la alfombra.

Jon jadea y se retuerce de dolor mientras se lleva ambas manos a la herida.

Alain se pone de pie y apoya el machete ensangrentado sobre la nuez del periodista, que ahora está muy seguro de que ese hombre no tendrá reparos en atravesarle la tráquea si vuelve a plantarle cara.

—Y ahora, ¿qué? —balbucea Jon.

Alain, que todavía tiene la respiración acelerada debido al esfuerzo de la pelea, esboza una media sonrisa siniestra.

—Ahora estás jodido.

Pamplona. Presente

—Conocí a Nagore Astráin muchos años antes de que se hiciera famosa por ser la mujer del medallista olímpico Imanol Otazu —explica Fermín—. Sus padres siempre han sido amigos de los míos, y ella me dio clases particulares de matemáticas durante un verano. Yo todavía iba al instituto; Nagore era varios años mayor que yo. Todavía no había cursado su doctorado ni se había convertido en la científica de la que se enamoró después Imanol Otazu, pero ya era un cerebritito y, por supuesto, un pibón. Yo era un adolescente y, a esa edad, ya se sabe... Creo que no he ido nunca a clase con tantas ganas como durante aquel verano.

—Al grano, Fermín —exige Martín.

Él asiente. Traga saliva y trata de calmarse.

—Perdimos el contacto durante unos años. Yo supe de su relación con Imanol por la prensa, como todo el mundo; pero también me enteraba de sus logros profesionales por lo que sus padres les iban contando a los míos. Doctora en Biomedicina y la responsable más joven de un grupo de investigación en el Centro de Investigación Médica Aplicada.

—Continúa —le pide Martín al ver que se detiene.

Fermín asiente y traga saliva.

—El caso es que se puso en contacto conmigo unos meses antes de que Imanol participara en sus últimos Juegos Olímpicos. Esa foto que tienes en la mano nos la sacó Ainhoa en los vestuarios del Club Amaya, donde Otazu preparaba las competiciones. Yo acababa de empezar en el periódico y el director de entonces me había pedido escribir un reportaje sobre Tsunami Otazu. Estaba previsto dedicarle varias páginas y era una gran oportunidad para un periodista joven como yo. De hecho, a mis compañeros más veteranos les sorprendió

e incluso les provocó celos que yo recibiera el encargo, pero el director sabía que conocía a Nagore y creyó que podríamos aprovecharlo para darle una mirada más íntima al reportaje. Llevaba varias semanas acudiendo a las piscinas para ver su día a día y hablar con él. Hicimos buenas migas en poco tiempo. «Ya tenemos aquí al plumilla», solía decirme desde el borde de la piscina cuando me veía llegar a las instalaciones por las mañanas. Por allí siempre estaban su mujer, sus fisios, su equipo médico, su entrenador y, cómo no, su madre, que no paraba de presumir de hijo con todo el mundo y de sacarle fotos. Cada vez que entrevistaba a Ainhoa, me iba con la sensación de haber perdido el tiempo. Era como recibir a una empleada comercial especializada en su hijo. Solo hablaba de lo maravilloso que era, de todo el dinero que había ganado, de que estaba destinado a hacer historia porque su familia siempre había sido especial... Además, trataba de inmiscuirse mientras entrevistaba al resto de las personas que rodeaban a Imanol. Les corregía cuando escuchaba algo que no le gustaba y entorpecía mi reportaje. Lo cierto es que no soportaba a esa mujer.

»El último día, mientras esperaba en las gradas a que Imanol terminara sus largos para despedirme de él y ultimar los detalles del reportaje, Nagore se sentó a mi lado. Me dijo que tenía una información importante que compartir conmigo y me pidió que nos metiéramos en el vestuario para tener más privacidad, ya que allí estaba todo el séquito de Imanol y algunos nadadores semiprofesionales que a veces le acompañaban en sus entrenamientos. Cuando estuvimos a solas, me dijo que debía hablar conmigo antes de que publicara mi reportaje. Estaba muy acelerada y, bajo la luz del vestuario, me di cuenta de que se había maquillado mal un ojo morado. No tuvo tiempo de explicarme nada porque Ainhoa nos sorprendió a mitad de conversación y me dijo de muy malas maneras que me marchara de allí, que ya tenía lo que había ido a buscar y que no necesitaba hablar con Nagore de nada más. Yo me fui y ellas dos se quedaron discutiendo a gritos. Supongo que antes nos debió de sacar la foto que tienes en la mano.

—¿Y Nagore no te dijo nada más? ¿No hablaste con ella después de eso? —pregunta Sara.

—No pude. Trató de hablar conmigo, me llamó durante el día, pero... yo no le cogí el teléfono. Y esa misma noche tuvo el accidente de tráfico en el que perdió la vida.

—No entiendo nada —dice Martín—. ¿Por qué no quisiste hablar con ella?

—Creo que Nagore trataba de decirme que Imanol la maltrataba, y supongo que se disponía a pedirme que lo incluyera en el reportaje. De todas maneras, no lo habría hecho; yo todavía no tenía un nombre en el periódico, era mi primer reportaje importante, y él ya era Tsunami Otazu, la leyenda del deporte querida y admirada en todo el planeta.

—Siempre has sido un cobarde —reprocha el bombero.

—No me jodas, Salaberri. Yo era un crío y él era un dios aquí. Sus patrocinadores nos habrían presionado. Estoy seguro de que el director del periódico lo habría rechazado y yo habría sentenciado mi carrera para siempre. Aunque hubiera contado mi versión por ahí, nadie me habría creído. Además, no pude pensarlo durante mucho tiempo porque ya os he dicho que Nagore murió esa misma noche.

—¿Crees que la mató Imanol? —pregunta Martín a bocajarro.

—El accidente de tráfico de Nagore siempre me ha parecido extraño —dice Sara—. Se salió de la carretera en una recta sin tráfico.

Fermín les pide con la palma de la mano que dejen de hacer suposiciones para dejarle continuar.

—En ese momento no lo pensé, pero todavía no os lo he contado todo —confiesa con el aliento acelerado, como si recordar lo fatigara—. Hace dos años, Imanol Otazu se puso en contacto conmigo. Me contó que estaba enfermo, muy grave, que le quedaban unos meses de vida. Me dijo que todavía guardaba muy buen recuerdo del reportaje que le hice en el Club Amaya y quería encargarme que escribiera su biografía. Me aseguró que pensaba contarme la verdad detrás del personaje. Dijo que sería la biografía de Imanol Otazu en lugar de la de Tsunami Otazu, que había cosas que nadie sabía sobre él y que harían que la biografía se vendiera como la Coca-Cola. Supuse que se refería a los maltratos a Nagore. Prometió pagarme una buena suma económica por el trabajo y me cedía

todos los derechos editoriales de la futura publicación. Era una oferta irrechazable.

—Que por otro lado rechazaste, entiendo —dice Martín.

Fermín asiente. Se le percibe inquieto, incluso asustado.

—Acudí a su casa un día. Por allí estaba Blanca Monreal, que trabajaba cuidando a Ainhoa y que de escritora no tenía nada. En la industria literaria se comenta que le pagaron por poner el nombre a un libro escrito por editores.

—Al grano, Fermín.

—La madre de Imanol estaba muy mayor y desmejorada, pero me reconoció y me insultó nada más verme.

—Una mujer con buen criterio —señala Sara. Martín posa su mano en la de ella para pedirle que no meta cizaña.

—Empecé a entrevistar a Otazu. Comenzamos en orden, por su infancia. Nada raro, la verdad. Pero no me dio tiempo a más. Esa noche, al llegar a casa, recibí un correo electrónico de un remitente desconocido con el asunto: «¿Quieres ser el siguiente?».

—¿El siguiente? —pregunta Martín.

—El cuerpo del mensaje estaba en blanco, pero había una foto adjunta. En ella se veía a Nagore dentro del amasijo de hierros en que quedó convertido su coche el día del accidente. Tenía los ojos abiertos, asustados, y sangre por todos lados.

—Joder —dice Sara.

—¿No lo denunciaste? —pregunta Martín.

Fermín niega con la cabeza mientras baja la mirada, avergonzado por revelar esa suerte de confesión que parecía quemarle por dentro.

—De haberlo hecho, podrías haberla salvado —reprocha Sara.

—Desaparecí. Le dije a Imanol que no podría encargarme de su biografía porque me resultaría imposible compaginarla con la carga de trabajo que tenía como director del periódico.

—De nuevo te comportaste como el cobarde que siempre has sido —dice el bombero.

El periodista se derrumba de rodillas sobre el aparcamiento con las manos en la cara.

—Yo no tengo nada que ver con esos incendios, Salaberri, te lo prometo —asegura entre lágrimas—. Solo quería estar lejos de todo esto cuando la historia se repita. Cuando vayan a mataros a vosotros.

Pamplona. Presente

Martín y Sara han vuelto al centro de Pamplona después de hablar con Fermín, que, pese a su confesión llena de cobardía, ha asegurado que denunciará a Sara por la publicación no consentida que dice haber destrozado el prestigio del periódico.

Dejan atrás el estanque con peces de la Media Luna y caminan en paralelo a la hilera de chalets que delimita el parque. Se detienen frente a la casa Otazu. No ha sido premeditado. No tenían intención de volver allí. Simplemente estaban nerviosos después de lo sucedido en el aparcamiento de *La Crónica de Navarra* y sus pies han dado pasos sin rumbo fijo movidos por la inercia de la conversación.

El sol del mediodía provoca un microverano que quiebra la jornada fría de invierno. Martín se remanga el jersey y deja que el calor le abrace la piel, conocedor de su efimeridad en Pamplona durante esta época del año.

Se apoya en la valla exterior y observa la casa Otazu a la luz del día. Los bordes de las ventanas que dan a la fachada están manchados de hollín, no tienen cristales y un grafiti en la puerta reza: JON VIVE.

—No, no vive —afirma el bombero, y exhala todo el aire que pesa en sus pulmones mientras piensa en ese asesino capaz de imitar, incluso superar en atrocidad, al verdadero Jon Egüés.

Sara rodea su cintura con el brazo.

—Averiguaremos quién es —dice tratando de transmitirle una calma que ni ella misma se cree.

A Martín le reconforta el abrazo, tanto que se separa de ella para evitar cruzar una línea peligrosa.

—Podría ser cualquiera, Sara. Ahora mismo estamos más perdidos que nunca.

—¿Y si volvemos a hablar con la madre de Imanol Otazu?

Él niega con la cabeza.

—Ya casi no se relaciona con el mundo. Por lo que me ha dicho la doctora que la trata, tiene uno o dos momentos de lucidez al mes, y en ocasiones duran solo unos segundos. Es imposible que nos cuente nada. Además, aunque su enfermedad le permitiera recordar, es muy probable que no tenga más información que nosotros.

Justo en ese momento, suena el móvil del bombero. Es un número desconocido.

—¿Sí?

—Hola, Martín —dice una voz ajada.

—¿Quién es? No tengo su número.

—Soy tu vecina Pilar. Perdona que te llame por teléfono, pero subir esas escaleras hasta tu casa supone demasiado esfuerzo a mi edad.

—¡Qué susto me ha dado, Pilar!

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Es solo que he pensado que se trataba de otra persona.

—He llamado a Ane y ha cogido el teléfono la niña. Me ha dicho que están las dos en vuestro pueblo, en Mendaza, y me ha dado tu número, espero que no te importe.

Martín maldice; lo que le faltaba, que la vecina tenga también su móvil. Recuerda que le hizo aprenderse a Laia su número de teléfono de memoria, por si algún día lo necesitaba.

—Viene bien que los vecinos estemos en contacto, ¿no crees? —dice la anciana.

—Viene muy bien, sobre todo para que le bajen la basura, ¿verdad, Pilar?

—Qué cosas tienes siempre. —La anciana ríe—. Es porque estoy preocupada por ese loco. ¿Puedes bajar a mirar si mi puerta es segura?

Martín suspira. No tiene tiempo para esto.

—Su cerradura es muy segura, es normal que su frigorífico haga ruidos y su tostadora no va a provocar un incendio. Pilar, tengo que dejarle, estoy esperando una llamada importante.

—¿Seguro? Me quedaría más tranquila si bajaras a comprobarlo.

—No estoy en casa ahora mismo.

—Ah, ¿ya estás con Ane en Mendaza? ¿Qué tal la sorpresa?

—¿Qué sorpre...? —Martín no quiere ocupar la línea durante más tiempo por si le llama de nuevo ese asesino—. Lo siento, Pilar, hablamos en otro momento, ¿vale? Quédese tranquila, de verdad, su puerta es muy segura.

Salaberri está a punto de colgar el teléfono cuando un chispazo se enciende dentro de su cabeza.

—Un momento.

Silencio.

—Pilar, ¿sigue ahí?

—Dime, majico. Pensaba que habías colgado y...

—Ha dicho que está preocupada por un loco. ¿A qué loco se refiere?

—Esta mañana me he encontrado en el súper a Maritxu, la que vive donde San Gregorio, que tiene una hija ingeniera que se fue a Alemania, María se llama. Le salió un puesto muy bueno, y su marido, que ya murió, pobre, trabajaba en una carnicería que hacía chaflán donde la plaza de...

—Pilar, céntrese, por favor.

—Ay, sí. Perdona, que tienes prisa. El caso es que me ha metido miedo. Me ha dicho que hay un loco quemando casas y coches por Pamplona. Y que hoy ha matado a una escritora. Quería preguntarte, tú que te enteras mejor de estas cosas de incendios, si es verdad, si tengo que estar preocupada.

Martín no se lo puede creer.

—Esa amiga suya...

—Maritxu.

—¿Dónde ha escuchado Maritxu que hay un loco haciendo esas cosas?

—Dice que su nieto lo ha leído en internet. A él le gustan mucho esos documentales feos... de crímenes y esas cosas, yo es que no

puedo con ellos porque me dan mucho miedo y, bueno, que a Maritxu tampoco le gustan nada, ¿eh? El nieto debe de ser un poco friski.

—¿Friki?

—Como se diga...

Martín pone el altavoz del móvil para no colgar la llamada mientras mira en las redes sociales. «Jon» está en el top diez de tendencias del momento. Muchas de las publicaciones y comentarios hablan de un artículo de *La Crónica de Navarra* firmado por Sara Jaso. Si trata de ir a la fuente original, el periódico ha borrado el reportaje. Pero la información ha tenido tiempo de propagarse como un virus y miles de cuentas la han replicado.

—Ha funcionado —le susurra a Sara con una sonrisa mientras tapa el micrófono del teléfono.

—Es que no sé qué ganas tenéis los jóvenes de ver esos programas tan horrorosos, de verdad —continúa Pilar—. Menos mal que luego tenéis otras cosicas buenas, como la sorpresa que habéis planeado para Ane. Ay, qué ilusión... ¿Se la habéis dado ya?

Martín cae en la cuenta de que es la segunda vez que la anciana menciona una sorpresa.

—Pero ¿de qué sorpresa está hablando?

—Ah —Pilar baja la voz hasta convertirla en un susurro, como si estuviera contando un secreto—, que tienes a Ane a tu lado, ¿no?

—No... A ver, Pilar, por favor, dígame de qué está hablando, porque no tengo ni idea y debería haber colgado hace rato.

—Ay, no te hagas el tonto, Martín. ¿Pues de qué va a ser? De la sorpresa que tenéis preparada hoy para el cumpleaños de Ane.

—Faltan cuatro meses para su cumpleaños, Pilar.

—Pero isi acaba de estar en mi casa vuestro amigo y me lo ha contado todo!

Martín empieza a sudar como si llevara puesto el traje de bombero y estuviera rodeado de las llamas de un incendio forestal.

El bombero pregunta:

—¿Qué amigo?

—Era majísimo, la verdad. No me extraña que sea amigo vuestro. Muy educado.

—¿Qué amigo, Pilar? ¿Le ha dicho su nombre?

—Uy, pues ahora que lo dices, creo que no. Era mayor que tú, también muy guapete. Pero se conservaba mal. No tenía esos brazos que tienes...

—Pilar —le corta Martín—, ¿qué le ha dicho exactamente?

El cerebro de Salaberri hace un microviaje de ida y vuelta hasta una fotografía que le sacó Ane en la que aparece llorando de alegría durante un viaje a Copenhague. Es un mediodía soleado y tiene el móvil en la oreja porque le acaban de decir que ha aprobado las oposiciones de bombero.

Recuerdo 144: hay llamadas que te cambian la vida y llamadas que te la destrozan. Pero, si no coges el teléfono por miedo, te pierdes la vida.

—Pues eso —sigue la anciana—. Me ha contado vuestro plan de sorprender a Ane en casa cuando llegara del trabajo. Al principio me ha parecido una americanada de película de esas que hacéis ahora los jóvenes. Pero como Ane es tan simpática, me ha encantado la idea. Me ha dicho que había quedado contigo en el portal, pero que, al ver la puerta abierta, ha preferido entrar. ¿Te puedes creer que el pobre no recordaba en qué piso vivís? Me lo he encontrado agobiado mirando los buzones. Ya le he dicho que no salen los nombres de los vecinos, solo los números y las letras de las viviendas. Después me ha ayudado a subir el carro de la compra y... Espera, que me llaman al timbre. Perdóname, majico.

—¡Pilar, no! ¡No abra!

Pero Pilar ha colgado el teléfono.

Martín echa a correr en dirección a su casa mientras Sara trata de seguirlo.

Pamplona. Presente

Llamo al timbre de la anciana. Miro por el hueco de la escalera hacia arriba y, después, hacia los pisos inferiores: nadie. La señora abre con una sonrisa. Yo le correspondo estirando los labios y escondiendo el cuchillo de poda en la espalda.

—¿Te has dejado algo, majico? —me pregunta.

Asiento. Ni siquiera he tenido tiempo de elaborar una excusa que justifique volver a su casa.

—¿Puedo pasar, Pilar?

Va a ser la primera vez que mate sin maquillarme las cicatrices para parecerme a Jon.

Sara trata de seguir a Martín, pero, pese a que desde que Ane se marchó el bombero apenas ha entrenado, tantos años corriendo por el monte se reflejan en la distancia que los separa y que se agranda a cada zancada. Martín atraviesa la calle de la Media Luna, que delimita la hilera de chalets del parque del mismo nombre con los primeros edificios del Ensanche de Pamplona. Sin detenerse, trata de llamar a Pilar una y otra vez para evitar que abra la puerta a ese asesino, pero la anciana no responde al teléfono.

Cuando levanta la vista de la pantalla, se encuentra en la trayectoria de un patinete eléctrico que circula en dirección contraria a él. Consigue esquivarlo, pero durante el quiebro el teléfono se desliza entre sus dedos y sale volando hasta rebotar sobre la acera.

El bombero se tira a recogerlo y comprueba con alivio que funciona, pese a que la pantalla muestra una zona muerta que no existía antes del golpe. Mientras el tipo del patinete le grita algo que

no escucha, Martín trata de moverse a través de la interfaz gráfica y los menús con torpeza. Ahora es imposible llamar a su vecina.

Echa a correr de nuevo.

Sigo a la anciana a través del pasillo que conduce a la cocina. El piso huele a polvo, a cerrado y a ese olor característico de las personas mayores. La mezcla olfativa se ha adherido a los tejidos que decoran este hogar.

La cocina es una estancia pequeña, con una mesa cuadrada con tres sillas colocadas en los tres lados que no tocan la pared de baldosas amarillentas. La luz del sol se cuela a duras penas a través del visillo que cubre la única ventana de la habitación creando un ambiente cálido. El lugar es un escenario de película de los años ochenta.

—Pero siéntate, hombre. ¿Quieres una taza? —ofrece Pilar mientras señala una cafetera humeante.

—Con un poco de leche, por favor —digo sonriendo, y elijo la silla que está situada en medio de las otras dos, para tener a Pilar cerca se siente en la que se siente. Me giro para comprobar que está ocupada llenando las dos tazas de café y extraigo el cuchillo de poda de la parte trasera de mis pantalones para esconderlo debajo de la mesa.

Martín ya no ve a Sara a su espalda cuando llega al cruce con la calle Leyre. Está jadeando y con las pulsaciones tan altas como cuando le toca subir a la autoescala de treinta y dos metros que utilizan en el trabajo. No siente el cansancio. Solo puede pensar en que cada aliento suyo podría suceder en el mismo instante que el último aliento en vida de Pilar.

Está a setecientos metros del portal.

—¿Qué tienes ahí? —me pregunta, y yo envuelvo con fuerza el mango del cuchillo de poda dentro de mi puño, bajo el mantel. Sin

quitar la sonrisa de mi cara para que no note nada extraño, pienso en cortarle la pierna.

—¿Cómo dice? —pregunto para ganar tiempo.

—Eso —indica, y señala hacia mi otra mano, en la que sujeto el cuadro que he cogido de casa de Martín.

—Ah... Es para la sorpresa que vamos a darle a Ane. Martín no es muy atento para estas cosas y no había preparado ningún regalo. ¿Se lo puede creer?

—Ais... Este hombre es un desastre. Ya se lo tengo dicho yo, que va acelerado a todos lados. Cuando no se va a correr por el monte con su perra, me lo encuentro bajando las escaleras de dos en dos porque llega tarde al trabajo. Así no se puede vivir, con tanto estrés.

—Pero así es nuestro Martín, no va a cambiar —digo, y suelto una carcajada que la anciana corresponde asintiendo con la cabeza.

Pilar deja las dos tazas de café sobre la mesa, junto a una caja de pastas de té. Luego se sienta y se pone las gafas.

—¿Me dejas? —pregunta mientras toma el marco y examina la foto—. Oisss, pero qué jóvenes están aquí. Qué guapísima Ane, qué cara de cría.

Bebo un trago de café y observo de nuevo la fotografía: un Martín de menos de veinte años aparece sentado en el banco de piedra que hay unido a una casa de pueblo de fachada granate y blanca que parece enorme. Lleva el pelo más largo que ahora, pantalón corto y una camiseta desgastada de algún club de fútbol que debe de ser del pueblo, porque no lo conozco. Junto a él, de pie sobre el banco, una joven de melena rubia que hace el símbolo de la paz mientras sonríe a la cámara.

—Aquí todavía no había nacido Laia, seguro.

—¿Quién? —pregunto, y me arrepiento enseguida, porque era sencillo adivinar la respuesta.

Pilar me mira extrañada.

—¿Laia? ¿Pues quién va a ser? Su hija. Pero ¿no la conoces?

—Sí, sí. Perdona. No la había entendido. Es que yo siempre la llamo «renacuaja» de forma cariñosa. ¿Sabe dónde se encuentra esta casa tan bonita?

—Hombre, imagino que esto debe de ser Mendaza, el pueblo en el que creció Ane, y del que son naturales los abuelos de Martín. Si no lo conoces todavía, supongo que lo conocerás hoy para darle la sorpresa, porque Ane lleva varios días allí con su hija.

—Es posible —digo mientras asiento con la cabeza y sonrío—. Es muy posible.

Martín gira por la calle Amaya y avanza en dirección al casco antiguo de la ciudad. Cuando está a la altura de Labrit, encuentra demasiada gente agolpada frente al Txirrintxa y los primeros bares de la calle Estafeta, por lo que decide evitar sus adoquines y girar hacia Cortes de Navarra. Mientras recorre los primeros metros de acera, recibe una llamada y consigue apañárselas para aceptarla, pese a tener la pantalla rajada.

—¡Sara!

—¡Martín! ¡¿Dónde estás?! ¡No te veo! Has echado a correr después de recibir esa llamada y te he perdido la pista. ¿De quién se trataba? Me has asustado...

—¡Está allí, Sara! ¡El asesino está en el edificio donde vivo!

Martín tuerce la esquina por Carlos III, esquivo a varios grupos de personas y llega a la plaza del Castillo con el teléfono en la oreja.

—¡¿Qué?! ¿En tu casa? ¡¿Qué hace allí?! ¡

—No subas, ¿de acuerdo? ¡Pase lo que pase, no subas!

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Salaberri está a noventa metros del portal.

—¿Martín? —insiste Sara.

—Voy a entrar.

Busco en mi móvil el nombre del pueblo. Google Maps me permite sobrevolarlo con la vista satélite. Está compuesto por apenas un puñado de casas. No tardo en encontrar la de fachada granate y blanca. La luz ultravioleta ha degradado los pigmentos de la pintura a lo largo de los años provocando su decoloración. Pero es la misma vivienda que aparece en la fotografía.

—No has comido nada —me dice Pilar—. Prueba una pasta por lo menos, anda. Las compro en la pastelería que hay aquí abajo. Están riquísimas.

Le doy las gracias y muerdo un bastón bañado en chocolate que casi me parte el diente. Deben de llevar un año caducados.

Sonrío mientras la anciana comprueba expectante cómo mastico, a la espera de mi reacción.

—Muy bueno —digo.

Suena el timbre.

Martín llama al telefonillo del portal con la esperanza de interrumpir cualquier intención que pudiera tener ese hombre de hacer daño a Pilar. Cada segundo cuenta.

No espera a que su vecina conteste. Abre la puerta con sus propias llaves. Sube corriendo las escaleras hasta el tercer piso y se planta frente a la puerta de la anciana.

En ese momento se da cuenta de que no lleva ningún arma encima con la que defenderse de ese asesino.

—Uy, a ver si va a ser nuestro amigo Martín.

—¿Martín?

—Justo me ha llamado antes de que llegaras por segunda vez. Perdona un momento, majico, voy a abrirle.

Antes de que Pilar se levante de la silla, le lanzo tres estocadas con la punta del cuchillo por debajo del mantel. La hoja atraviesa primero sus medias hasta que, en el tercer corte, se clava justo al lado del pliegue inguinal, en la parte superior del muslo por donde pasa la arteria femoral.

Ella me mira sin entender qué ha sucedido. Se agarra la pierna.

Suena el timbre otra vez.

Me levanto con prisa y la examino: podría tardar varios minutos en morir. Si me marchara dejándola así, me arriesgaría a que sobreviviera una testigo que ha visto mi cara sin maquillaje y que podría identificarme sin problema.

Me acerco por su espalda y le hago una incisión limpia y profunda en el cuello. Siento cómo la hoja atraviesa la piel arrugada de la anciana y corta la hipodermis hasta seccionar los músculos prelaríngeos, provocando un sangrado arterial pulsátil que enseguida extiende una mancha en forma de abanico sobre el mantel de la mesa donde he dejado reposar la cabeza inerte de Pilar.

Suena el timbre otra vez.

Tomo aire durante diez segundos para calmarme y recorro a paso lento el pasillo hasta la entrada. El cuchillo de poda sigue en mi mano, lleno de sangre, que gotea sobre el parqué laminado.

Abro la puerta.

Casa Otazu, Pamplona. Hace dos años

Jon se deja caer contra la pared del sótano. Extiende la pierna casi inutilizada frente a él. La sangre no cesa en su empeño por salir de una herida que palpita tan fuerte como si tuviera un segundo corazón latiendo en el tajo de la tibia.

—Ahí quieto, imbécil —le dice Alain enseñándole el machete ensangrentado. Después rodea a Blanca y extrae las llaves de las esposas que la atan a la tubería.

—Toma —dice dándole las esposas a Blanca—. Átale a él donde estabas.

—Dame las llaves —pide ella mientras estira las muñecas y hace una mueca de dolor después de tanto rato atada.

—No son necesarias para cerrar las esposas —apunta Alain al tiempo que guarda las llaves en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿No te fías de mí?

—No tendrías que haberle dicho que estamos juntos en esto —susurra Alain a Blanca para que sus rehenes no le oigan.

—Lo siento. Ha sido sin querer —se lamenta ella.

—Tu cagada tendrá más consecuencias para Imanol. Tenías que sonsacarle la información aprovechándote de su confianza. Esto no estaba dentro del plan.

—Cortarle el muslo tampoco estaba dentro del plan —dice Blanca—. Ni dejarle a la vista el hueso a ese otro —señala a Jon.

—Shhh —pide Alain.

Imanol suelta un bufido de burla.

—¿Te hago gracia, nadador?

Tsunami Otazu, de rodillas y con la cabeza agachada, esboza una sonrisa y afirma:

—Sois unos chapuzas.

Alain le golpea en la cabeza con la empuñadura del machete. Un hilo de sangre comienza a brotar de su ceja.

—¿Qué has dicho? ¡Repítelo! —le reta agarrándole del cuello de la camisa y enseñándole el machete.

—Si no le ayudamos, se va a desangrar —advierde Blanca refiriéndose a Jon.

Alain suelta el cuello de Imanol y echa un vistazo a la pierna del periodista.

—Tiene mala pinta. Haz que no grite —le ordena a Blanca—. Si no, le corto el cuello aquí mismo. Pero espósale a la tubería primero.

Ella obedece. Después se quita la blusa y la rasga con los dientes para improvisar una tira que enreda alrededor de la pierna de Jon, que grita con cada vuelta de la tela alrededor de su tibia abierta. Al apretar el nudo, el periodista siente un dolor punzante en la herida y su visión se torna negra por un instante hasta casi perder la consciencia.

—¿Dónde está mi madre, hijo de puta? —pregunta Imanol, pero no obtiene respuesta—. ¡Que dónde está! ¡Ya no la oigo!

Alain vuelve a encarar al exnadador. Sus frentes están a punto de rozarse.

—Que sea la última vez que me gritas, ¿estamos? —Se separa—. La vieja está bien, y así seguirá siempre que colabores y no te hagas el valiente.

—¿Dónde la tienes?! —insiste Imanol.

—¡Que no me grites, hostia! —Alain le raja el otro muslo con el machete.

—¡Alain, por favor! —grita Blanca.

Él se aparta de su víctima, resopla y se lleva los dedos al puente de la nariz mientras piensa.

—Vamos a calmarnos y a terminar con esto de una puta vez. ¿Quieres que nos marchemos de tu casa, nadador? Dinos la combinación de la caja fuerte o el próximo tajo te lo haré en el cuello.

—Ya os he dicho que no guardo dinero en casa.

—Y dale... —dice Alain justo antes de soltarle una patada en el estómago. Tsunami Otazu se retuerce sobre sus rodillas empapadas

de sangre. El golpe le deja sin respiración—. ¿Tengo que bajar a la vieja a este sótano para que hables?

—¡No! Lle-llevaos... todo lo que queráis —balbucea mientras trata de respirar—. Pero n-no..., no toquéis a mi madre. Tengo relojes caros en el salón...

—Escúchame, imbécil —interrumpe—. Es la última vez que te lo digo: no buscamos dinero ni joyas.

—Entonces ¿qué queréis?!

—Lo sabes muy bien, y, como sigas haciéndote el tonto, me cargo a tu puta madre delante de ti, para que lo veas bien.

—Díselo, Imanol, por favor. Dile cómo abrir la caja fuerte. Es lo mejor para todos. Piensa en Ainhoa.

—En esa caja no vais a encontrar nada —replica admitiéndole a su captor por primera vez que la caja existe.

—Tú dame la combinación y ya me encargaré yo de comprobarlo —insiste Alain.

Imanol no responde.

—Ya me has hartado. Ahora vuelvo —dice Alain, que sale a paso rápido del sótano.

—¡No toques a mi madre! —grita Otazu mientras su secuestrador desaparece, machete en mano, por las escaleras que suben a la planta baja de la casa, donde sigue encerrada Ainhoa.

Pamplona. Presente

Abro la puerta sin retirar la cadena de seguridad.

No hay nadie.

La cierro de nuevo, pongo el ojo en la mirilla: nada.

Retiro la cadena.

Vuelvo a abrir la puerta, pero esta vez lo hago muy despacio y con el lado afilado de la hoja del cuchillo de poda preparado para responder si es necesario.

De pronto, Martín, que debía de estar escondido en las escaleras, avanza hacia mí dispuesto a embestirme.

Se detiene a mitad de camino en cuanto le enseño el cuchillo de poda.

—Encantado de hablar contigo en persona, Martín —le saludo.

Me observa de arriba abajo, como si no entendiera nada.

—Tú... Te he visto en las fotografías de Ainhoa —dice.

—También me viste en el hotel La Perla, justo después de que empastillara hasta la muerte a nuestra amiga Blanca Monreal —confirmo mientras sonrío—. Pero ese día me cuidé de taparme bien la cara con la bufanda al salir de la recepción.

—Más te vale que no le hayas hecho nada a Pilar.

Levanto el cuchillo para que pueda apreciar que está lleno de sangre y me encojo de hombros.

—Ups —digo.

Le cambia la cara, de pronto está rojo como el cuello de esa anciana.

Se gira sobre sí mismo, mira hacia los lados.

No sé qué está buscando, hasta que veo que agarra el extintor rojo de la pared. Se trata de uno de esos que hay en las zonas comunes de los edificios. No es grande y parece antiguo.

Me apunta con él, retira la anilla de seguridad.

—Hijo de puta —me suelta. Tiene una mirada iracunda, se muerde el labio con fuerza mientras da un paso corto hacia mí.

—Espera un momento —le pido levantando en son de paz la palma de la mano en la que no sostengo ningún arma.

Él obvia mi petición. Presiona la válvula de disparo del extintor.

Levanto el cuchillo de poda. Cierro los ojos mientras espero a que lo llene todo de nieve carbónica y utilice la distracción para atacarme.

Pero no pasa nada.

Los dos nos miramos durante dos segundos sin saber qué sucede.

—Me cago en mi puta vida.

—En casa del herrero cuchillo de palo —digo, y me río mientras avanzo despacio hacia él apuntándole con mi cuchillo.

Él mira el extintor, lo sujeta como si fuera un balón de rugby y corre hacia mí. Cuando está a mi altura, lo levanta y lo lanza contra mi cabeza.

Logro esquivar el golpe descendente que podría haber conllevado una conmoción cerebral de haberme acertado en el cráneo. Aun así, los siete kilos de cilindro metálico terminan su trayectoria en mi pecho.

Cuando caigo de espaldas hacia el interior de la vivienda de Pilar, trato de lanzar una estocada rápida con el cuchillo de poda, que solo alcanza a cortar el aire que nos separa.

Toso y trato de recuperar la respiración. Me doy la vuelta y gateo por el pasillo para alejarme de Martín. Oigo sus pasos y sus gritos a mi espalda. Me cuesta avanzar, es como si estuviera escalando una pared vertical. Cuando estoy a punto de conseguir levantarme, recibo otro impacto con la base del extintor en el hígado que me tumba bocabajo. Después, un puñetazo en la nuca que hace que mi cráneo vibre como un diapasón.

El dolor es intenso, pero la adrenalina que me recorre el cuerpo me salva de quedar fuera de juego. No va a ganar mientras siga consciente.

Pese a ser un hombre delgado, casi diría que consumido, me sorprende su fuerza.

Se sube a horcadas sobre mi espalda, pero logro revolverme y darme la vuelta.

Mientras me agarra para tratar de inmovilizarme, alzo la mano izquierda y trazo un corte diagonal en su antebrazo.

La hoja perfora la carne y Martín comienza a sangrar de inmediato. Es una herida superficial.

Aprovecho la confusión para asestarle un puñetazo lateral con la derecha en la cara. Se cae hacia un lado, aturdido, en posición fetal.

Me levanto lo más rápido que puedo, pese a que los dolores de espalda y pecho me hacen sentir que me acaba de atropellar el camión de bomberos, y le pateo el estómago tres veces.

Él se queja, levanta la palma de la mano para pedirme que pare.

Bajo el cuchillo de poda, y esa relajación enseguida se convierte en un error cuando Martín me da una patada desde el suelo en la tibia izquierda.

Se me escapa un quejido de dolor.

El cuchillo de poda cae al suelo, pero el bombero no se percata porque está arrastrándose por el pasillo angosto. Le sigo hasta la cocina.

Grita al ver a su vecina desangrada frente a dos tazas de café.

Se sitúa detrás de ella, como si fuera un escudo; yo, al otro lado de la mesa.

Por un momento solo se escuchan nuestras respiraciones aceleradas.

—¿Por qué? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—No puedo dejar cabos sueltos. Era un testigo.

—Se había creído la mentira que le habías soltado de la sorpresa. No era necesario matarla.

—No podía arriesgarme.

Martín abre un cajón del mueble que tiene a su espalda y extrae un cuchillo de cortar carne. Se nota que conoce la casa, porque lo ha hecho sin dejar de mirarme.

Me apunta con el arma.

—Si tengo que matarte, lo haré —asegura.

—Tú eres más de salvar —le digo, y sonrío antes de lanzarle mi taza de café.

La esquivada y la cerámica se hacen añicos contra el suelo después de rebotar en el mueble.

Pero eso me sirve de distracción suficiente para empujarlo contra la encimera de granito.

Con la mano izquierda, sujeto la muñeca derecha de Martín para neutralizar el cuchillo. Lo estampo contra el mueble que tiene a su espalda cuatro veces, pero no consigo que suelte el arma.

Con un movimiento circular, trato de cortarle el muslo izquierdo, pero me da un cabezazo en la cara que consigue apartarme y, conmigo, la trayectoria del cuchillo de poda.

Estoy a dos metros de él. Agarro una cacerola vacía y se la lanzo. Le golpea en las costillas.

En este momento me doy cuenta de que, entre la anciana y nuestras heridas, hemos llenado las baldosas del suelo de la cocina de salpicaduras de sangre.

Cojo una sartén de hierro que cuelga de la pared y le golpeo en tres ocasiones en las que alcanzo cabeza, hombro y antebrazo. Se cubre muy bien, pero consigo hacerle daño y abrirle una brecha en la ceja.

Atrapo su antebrazo y le doy un mordisco para que suelte el cuchillo. Cuando lo hace, le golpeo con el codo en la boca del estómago. Esto provoca que se encoja sobre sí mismo.

Es mi oportunidad. Aprieto el mango del cuchillo entre los dedos y miro el cuello de Martín.

Tomo aire.

Pero caigo en la cuenta de que no me interesa matarlo todavía.

Le necesito.

En lugar de eso, le envuelvo el cuello con los brazos para hacerle una llave de triángulo. Aplico la fuerza necesaria para comprimirle las arterias carótidas y la tráquea. Esto reduce su flujo sanguíneo y el aporte de oxígeno al cerebro.

Trata de revolverse. Pero sus movimientos son cada vez más lentos.

Solo tengo que aguantar un poco más y enseguida estará inconsciente.

Mendaza. Presente

Zubi da marcha atrás y aparca el coche frente a la casa. Ane ha debido de escuchar el motor, porque está esperándole en la calle y tan solo se abriga con un jersey de lana, escaso para estar lejos de la lumbre del hogar mucho tiempo.

—¿Zubi? —dice agachándose para mirar extrañada a través de la ventanilla.

El bombero sale del vehículo y le da dos besos a Ane. Ambos sonríen y se alegran de verse.

—Perdona que me plante aquí sin avisar.

—¿Buscas a Martín? No está en Mendaza.

—Lo sé. Por eso he venido. Quería hablar contigo de él.

—¿Conmigo?

—¡Tío Zubi! —grita Laia, que interrumpe la conversación. La niña sale corriendo por la puerta de casa con los brazos abiertos.

El bombero se agacha para recibirla con un abrazo.

—¿Vas a quedarte a comer? —pregunta la pequeña, que enseguida mira a su madre—. ¿Puede, mamá?

—Lo siento, Laia. Hoy me esperan en casa —dice fingiendo una mueca triste.

—¡Hay macarrones con queso al horno! —insiste ella, como si se tratase de una oferta irrechazable.

—Es su plato favorito —explica Ane.

—¿De verdad? —dice Zubi aupando a la niña—. Entonces me lo pienso, ¿vale? —Guiña un ojo a Ane para que entienda que no va a poder quedarse.

Laia vuelve a casa dando saltos de alegría y cantando una canción inventada.

—No para —señala Ane—. Va corriendo a todos lados. Aquí, en Mendaza, se pasa el día jugando en la calle.

—Es una suerte.

Ambos se quedan en silencio. Ane mira a Zubi esperando a que él tome la iniciativa. El bombero abre el maletero y extrae una carpeta naranja.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Sí, claro. Perdona.

Entran en la casa. El *txoko* huele a leña y al tomate de la huerta de su hermano Pedro, que Ane está friendo para los macarrones.

—¿Quieres tomar algo? Café, cerveza, agua... Pedro está al caer. Va a venir a comer con nosotras.

Él niega con la cabeza mientras observa la estancia.

—Gracias. Pero me iré enseguida. Esto sigue igual que la última vez que estuve aquí... ¿Cuándo fue?

—Mmm... Sería Nochevieja de hace tres años, porque Laia todavía era un bebé.

—Es increíble cómo pasa el tiempo...

Se sientan a la mesa de madera que ocupa un cuarto de la estancia.

—Pues tú dirás, Zubi.

—Bueno —evita los ojos de Ane—, primero de todo, perdóname, porque sé que no tengo ningún derecho a meterme en este asunto. Es cosa vuestra. Pero sabes que, aunque Martintxo sea mi mejor amigo, a ti también te quiero mucho, ¿verdad?

Ella se recuesta en el respaldo de la silla y cruza los brazos.

—Si has venido a decirme que vuelva con tu amigo...

—Espera —interrumpe—, por favor. Solo escúchame un momento, por la confianza que nos tenemos.

—De acuerdo...

—¿Tú qué tal estás, Ane?

Ella suspira y descruza los brazos, retira sus defensas.

—Bien. Supongo. Es decir..., dentro de la situación que es.

—Ya... ¿Y la niña? ¿Cómo lleva el tema?

Ane se tapa los párpados con dos dedos, como si pudiera cerrar la puerta así a unas lágrimas que comienzan a humedecer una mirada

llena de pensamientos, dudas y consecuencias por las decisiones tomadas. Zubi se percata de las bolsas que cuelgan de sus ojos, que significan noches de insomnio.

—Para ella todo esto es un juego, unas minivacaciones con sus abuelos, su tío y sus amigos del pueblo. Pero echa de menos a Martín. Nota su ausencia y me pregunta por él a todas horas. Ya no sé qué decirle. —Ane rompe a llorar.

Zubi arropa con las manos las de ella.

—Son situaciones muy complicadas, sobre todo cuando hay niños. Sé que ambos queréis lo mejor para ella.

—Por encima de todo.

—Ane, ¿puedo preguntarte qué es lo que os ha pasado? Martín no me ha contado la causa de este tiempo que os estáis dando.

—Es que no ha sucedido un hecho concreto, Zubi —dice mientras se seca las lágrimas con la manga del jersey de lana—. Llevamos saliendo juntos desde que éramos críos. Son muchos años en los que hemos vivido de todo, bueno y malo. A veces no es necesario que uno de los dos cometa un error grave para llegar al punto en el que nos encontramos ahora. Supongo que son pequeñas heridas que en el momento no duelen pero que, si no se curan, con el tiempo provocan que un día te desangres.

—Me sorprende. Os tenía por una pareja con mucha confianza y comunicación entre vosotros —comenta él.

—Sí, y así es. Igual me he explicado mal... Quizá lo que sucede es que ambos damos por cerradas esas heridas porque desde fuera nos dan la impresión de estar cicatrizadas. Pero no es así. Las cicatrices son como las raíces de un árbol. Vemos la parte que sobresale en la superficie, pero por debajo hay ramificaciones que se extienden y alcanzan lugares invisibles.

—Joder, qué intensidad. Tú antes no eras tan peliculera. Y me temo que ya sabemos quién te lo ha pegado.

Ane sonríe todavía entre lágrimas y le golpea en el brazo con el puño que tiene envuelto en el jersey de lana.

—Imbécil.

—Al menos te he sacado una sonrisa.

—¿Cómo está Martín? —pregunta ella de repente.

Zubi suelta un bufido.

—¿Quieres la verdad?

—Por favor.

—Mal. Raro. Más de lo habitual, quiero decir. Me tiene preocupado. No se centra en el trabajo, toma riesgos innecesarios. El otro día se enfadó con los de la cuadrilla por una chorrada. Ayer no quiso salir a almorzar en el cumpleaños de Goñi... No sé, es como si, desde que os separasteis, tuviera delante de mí a la sombra del Martintxo que conozco.

—Vaya...

—Además, está muy distante. No me cuenta nada. Se ha obsesionado otra vez con el crimen de Imanol Otazu.

—Algo me dijo el otro día. Pensaba que era una excusa para hablar conmigo porque sabe que me encantó la novela.

Zubi sonríe al ver que ambos saben que su amigo sería capaz de utilizar esa táctica infantil.

—¡Yo también! Pero no, se está obsesionando de verdad con el tema. Anoche se fue del trabajo antes de terminar el turno, dijo que estaba enfermo. El cabo Goñi se lo tragó, pero yo no. Es la primera vez desde que se sacó la plaza de bombero que Martín se marcha antes de tiempo.

—Es capaz de estar muriéndose antes que reconocer que se encuentra mal.

Zubi asiente.

—En un primer momento, cuando se fue, dudé por un segundo que lo hiciera por el tema Otazu.

—¿Y no?

Él niega con la cabeza mientras sonríe con cierta ternura. Después pone encima de la mesa la carpeta que ha sacado del maletero de su coche hace unos minutos.

—Ábrela —dice Zubi.

Ane obedece.

—¿Y esto? —pregunta.

En el interior encuentra cientos de fotografías en las que aparecen Martín y ella. Son imágenes de toda una vida juntos. De niños, montando en bicicleta en el frontón de Mendaza. De adolescentes,

posando con dos *katxis* de cerveza en fiestas del pueblo. Sus primeras vacaciones juntos en Menorca. Una foto de la boda en la que posan junto a los padres de Ane y a los de Martín, ya fallecidos. Otra en el hospital, con Ane en la cama sujetando a Laia en brazos y Martín agachado haciendo un selfie.

—Sé que se pasa las noches mirando esas fotos. El otro día se le escapó; no me lo dijo directamente, pero lo inferí de sus palabras.

—¿De verdad? —dice, emocionada.

—Anoche, cuando se fue así del trabajo, me quedé muy preocupado. Al acabar mi turno traté de llamarlo, pero no me cogía el teléfono. Por eso esta mañana a primera hora he decidido pasarme por vuestra casa para ver cómo se encontraba y hablar un rato con él. No estaba en el ático y se había dejado la puerta abierta, lo cual no me sorprendió, porque ambos sabemos que Martintxo es un desastre. Pero al entrar he encontrado esta carpeta en el cubo de la basura.

—¿Las ha tirado?

Zubi asiente.

—Mira el reverso de las fotos.

Ane le da la vuelta a una.

—Las partes de atrás de las imágenes están escritas a bolígrafo. Todas tienen párrafos en letra pequeña que describen los sentimientos que Martín tuvo en el momento de sacar las fotografías. Son una especie de diario acompañado de imágenes de su vida junto a ti.

—Madre mía... ¿Desde cuándo lleva haciendo esto? No tenía ni idea —dice asombrada.

—Lo hace desde que empezasteis a salir con dieciocho años. No debería contarte esto, me va a matar cuando se entere, pero Martín tenía la intención de darte una sorpresa algún día en el futuro. Decía que, cuando os hubierais convertido en dos ancianos llenos de arrugas, decoraría el piso con todas estas fotos, y las nuevas que aseguraba estaban por sacar, y te daría una sorpresa que jamás olvidarías.

Ella niega con la cabeza sin poder creérselo.

—Siempre tiene esta clase de detalles, pero esto es increíble — afirma Ane acompañando la frase de una sonrisa cargada de nostalgia—. ¿Por qué las habrá tirado?

—Creo que se ha rendido, que ve imposible recuperarte. Esta creo que es la última foto que escribió —dice él mientras le acerca un selfie de Martín solo en el salón del ático húmedo y desvencijado de Pamplona.

Recuerdo 251: Ane, creo que por fin entiendo qué quieres decirme. Nos necesitamos como los hombres necesitan a los elementos. Dependen del fuego para calentarse en invierno y del agua para sobrevivir cada día. Pero demasiado fuego quema, y demasiada agua ahoga.

Ella es un mar de lágrimas que hunde la fotografía en su jersey de lana.

—Mira, Ane... Yo no quiero meterme más en esto, es decisión vuestra, por supuesto. Solo quería que lo supieras.

Sigue pasando las imágenes y llorando más con cada una de ellas.

—Joder, pues para no querer meterte... Menudos huevazos tienes, Zubi —replica con una sonrisa salada por las lágrimas.

Él suelta una carcajada, también emocionado por el estado de Ane.

Después de unos segundos en los que ambos lloran en silencio, el bombero mira el reloj.

—Tengo que volver a Pamplona, me esperan en casa para comer —dice.

Se dan un abrazo en la calle.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿vale?

—Gracias. Eres el mejor. —Le da un beso en la mejilla—. Entre mis padres y Pedro nos apañamos bien.

Ane vuelve a secarse las lágrimas mientras observa cómo el coche se aleja por la calle empedrada.

—¡Mira qué trucha más grande acabo de pescar en el río!

Es su hermano, que llega puntual para comer. Lleva a la pequeña Laia colgada del hombro. La niña ríe y patalea.

—Ay, hola, Pedro.

—¿Todo bien? —se preocupa él al ver las mejillas de su hermana húmedas por las lágrimas.

Ella asiente y pasan al *txoko* de la casa.

—¿Y todo esto? —se sorprende Pedro al ver las fotos esparcidas sobre la mesa.

—Laia, cariño, vete a buscar a Ura. La he oído ladrando en el jardín.

La niña sale corriendo en busca de la perra.

—Todo esto es trabajo para ti —dice Ane con una sonrisa—. Me vas a ayudar a colgarlas por las paredes del *txoko*. Voy a llamar a Martín con alguna excusa para que venga a Mendaza y le voy a dar una sorpresa.

Pedro no puede evitar sonreír como un idiota. Ella se da cuenta en ese momento de que él también debía de estar echando de menos a su cuñado.

—Ya es hora de curar heridas —declara Ane.

Pamplona. Presente

Suena el timbre en casa de Pilar.

Pero para Martín Salaberri solo es un ruido distorsionado, un eco a un millón de años luz del mundo onírico en el que habita en este momento.

Llaman de nuevo. Esta vez lo percibe más cercano.

El cerebro del bombero comienza a recuperar el conocimiento poco a poco y envía las primeras señales de dolor. Su espalda está helada por el contacto con las baldosas del suelo. Es consciente de sus extremidades cuando un pinchazo agudo le recorre el antebrazo derecho.

Tumbado bocarriba, abre los ojos. La luz se cuela por el visillo de la ventana y abrasa sus pupilas, que hasta ahora permanecían dilatadas. La visión es borrosa, pero al cabo de unos segundos logra enfocar la mirada: ve un techo y un fluorescente que le resultan familiares. Se limpia con los dedos un hilo de sangre que desciende desde la ceja.

Desorientado, trata de incorporarse y logra sentarse en el suelo y apoyar la espalda en el mueble de la cocina de Pilar.

Pilar.

Ahora se acuerda de todo.

Levanta la cabeza.

Primero ve las zapatillas de felpa a cuadros mostaza. Luego las medias cubiertas de sangre.

Martín cierra los ojos durante un segundo de aturdimiento y continúa con el recorrido visual.

Ve la chaquetilla de lana remangada. Los antebrazos inertes y llenos de manchas de vejez.

Observa la cabeza sobre el mantel que antes era blanco. Ahora tiene un charco rojo oscuro que recuerda a la bandera de Japón.

Suena el timbre otra vez.

Martín se sujeta con una mano en la mesa para ponerse de pie. Avanza por el pasillo dando tumbos, apoyando las manos en las paredes. Tira sin querer dos cuadros al suelo.

Cuando llega a la puerta, se asoma a la mirilla: Sara está en el rellano con un cuchillo en la mano.

—Baja eso, ya se ha ido —dice el bombero.

—¿Eres tú, Martín? —pregunta con un hilo de voz.

Él abre la puerta.

—Más bien soy lo que queda de mí.

Sara deja caer el cuchillo al suelo, extiende ambas manos hasta agarrar su nuca y le besa en los labios.

El cerebro de Martín envía el impulso de apartarse y adjunta miles de razones lógicas para apoyar la decisión. Pero su estómago las diluye hasta destruirlas.

—Qué ganas te tenía —susurra ella al tiempo que lo empuja contra la puerta de entrada a la casa y le quita el jersey y la camiseta—. Estás herido en el brazo.

—No es nada.

Martín hace lo mismo con la blazer y la camiseta negra de Sara, y se lanza a su cuello delgado mientras ella clava las uñas en la espalda ancha del bombero. Sus torsos se adhieren con fuerza y Sara le muerde el labio inferior. De repente, Salaberri se transporta dentro de una nube de endorfinas donde las heridas no duelen, los problemas se han esfumado y el resto del mundo se ha quedado en *stand-by*.

Separan sus bocas un centímetro sin dejar de abrazarse. Ella examina los daños que la pelea le ha causado en el cuerpo al bombero. Recorre con las yemas de los dedos su vientre.

—Pensaba que habías..., que ese loco te había mat... Joder, estás hecho un cuadro. ¿Te lo ha hecho él? ¿Os habéis encontrado cara a cara entonces?

—Nos hemos conocido a fondo —dice él.

Sara se acerca para besarle de nuevo. Pero de pronto, como si despertara de un sueño profundo o el hechizo perdiera su magia, Martín se pregunta qué cojones está haciendo y se aparta.

—Perdona..., es mejor que no. Estoy... casado. Creo. —Se gira de espaldas sintiéndose horrible y avergonzado.

Ambos recogen la ropa del suelo y se visten en silencio, sin mirarse.

Recuerdo 86: las peores puñaladas se dan a distancia y sin sangre.

Martín rompe la tensión incómoda con una pregunta:

—¿Cómo me has encontrado?

—Primero he subido a tu ático, pero no estabas; aunque me ha servido para tomarte prestado un cuchillo con el que armarme para venir a buscarte. Te he encontrado gracias a esto. —Sara señala unas salpicaduras de sangre que hay sobre la alfombrilla del rellano.

Martín asiente.

—Pasa, tienes que ver de lo que es capaz.

Ambos caminan por el pasillo.

—¿Qué hacía aquí en casa de tu vecina? No lo entiendo.

Llegan a la cocina.

—Esto —dice Martín, y se aparta para que Sara vea el cadáver de Pilar.

Ella abre los ojos, siente una arcada y retira la mirada cubriéndose con el marco de la puerta.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha asesinado a tu vecina?

Martín se encoje de hombros sin entender nada.

—No tengo ni idea.

Ambos permanecen callados durante unos segundos. Observan la escena sangrienta que silencia la cocina.

—Ha podido matarme y no lo ha hecho. Tampoco sé por qué —dice Salaberri.

—Porque te necesita.

Se acerca a él.

—Ya se ha publicado la noticia que buscaba. Todavía no sé para qué le eres útil, pero está claro que todavía no ha terminado

contigo.

Martín se lleva las manos a las sienes, donde siente un nuevo pinchazo de dolor. Suspira.

—¿Tú crees?

—No ha tenido reparos en matar a sangre fría a esta pobre anciana. ¿Por qué si no iba a dejarte con vida?

Él se apoya en la encimera. Todavía se siente mareado.

—Eso, o es un psicópata que disfruta torturándote —continúa elucubrando Sara—. Quizá para él esto solo es un juego. Quizá tú seas el protagonista de la película macabra que se ha montado en la cabeza y quiera mantenerte con vida hasta el final mientras crea un mundo de caos y sangre a tu alrededor.

—Sara, no es un imitador de Jon ni un supuesto admirador de su obra. Ese hombre aparece en las fotografías de Ainhoa.

Ella abre los ojos, asombrada.

—¿Qué?

El bombero asiente.

—Está más mayor, pero es él. Ese asesino formaba parte del séquito que acompañaba a Imanol a cada competición. Podría ser un fisioterapeuta, un médico, su entrenador o uno de sus patrocinadores, incluso un amigo. Pero, sea quien sea ese hombre, no está replicando en el presente el asesinato de Imanol Otazu, sino que se trata de alguien que estuvo directamente relacionado con su muerte. Y puede que con la de su mujer, Nagore, además de los asesinatos de los últimos días, que...

—¿Qué pasa, Martín?

Salaberri pierde el habla cuando se percata de un objeto que hay sobre la mesa, junto a la cabeza inerte de Pilar, quien se había llevado toda la atención de la escena hasta ahora.

No debería estar en esa casa.

Sino en la de Martín.

Lo recoge.

—No me jodas —acierta a decir él. Mientras mira la foto enmarcada en la que aparecen Ane y él diecisiete años más jóvenes, sentados en el banco de piedra de la casa de Mendaza.

—¿Qué es?

—Ha estado en mi casa... ¡El cabrón ha matado a Pilar solo para averiguar cuál era mi casa!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ha entrado en mi piso y se ha llevado esto —indica Martín enseñándole la fotografía—. No debería estar aquí, sino en mi salón.

Sara la sujeta y la observa sin comprender.

—¿Ha estado en tu casa para llevarse esta foto? Quizá solo sea parte de su juego. Una manera más de atormentarte.

El corazón del bombero deja de latir durante el microsegundo en el que su cerebro se da cuenta de lo que acaba de suceder en esta cocina.

Abre los ojos como si el fantasma de Pilar acabara de salir flotando de su cuerpo.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

Si la foto estaba sobre la mesa significa que ese hombre le ha preguntado por ella a su vecina.

—Pilar... le ha hablado de Mendaza y... ¡le ha dicho dónde está Ane!

—¿Qué? ¿Dónde está quién?

—¡Mi mujer! ¡Ha ido a por ella! —grita mientras echa a correr por el pasillo.

Sara Jaso deja la foto enmarcada sobre el mantel y sale detrás de Martín.

*Casa Otazu, Pamplona.
Hace dos años*

Alain trota bajo la lluvia torrencial y se detiene delante de su coche, que sigue estacionado sobre la acera de la calle de la Media Luna, frente a la casa Otazu. Mira a su alrededor para comprobar que está solo. Tampoco encuentra ninguna luz encendida en las ventanas de los edificios que delimitan el otro lado de la calle.

Abre el maletero y extrae un bidón de cinco litros lleno de gasolina.

Al volver a la casa, le llama la atención la tranquilidad que gobierna la planta baja; el sótano está aislado acústicamente y la anciana se ha debido de cansar de gritar y de aporrear la puerta de la habitación en donde la ha encerrado.

Solo escucha el golpear incesante de las gotas de lluvia contra los cristales de las ventanas.

Cuando baja las escaleras, encuentra a Blanca arrodillada sobre el suelo del sótano. Está terminando de anudar la tela que cubre la pierna de Jon.

Después le acerca a la boca un vaso de agua, que el periodista bebe a trompicones.

—Él no tiene la culpa de nada —se justifica ella al ver la mirada inquisitiva de Alain.

—No te molestes en curarle, no va a salir de este agujero —dice su pareja señalando con la mirada el bidón de gasolina que acaba de dejar a su lado.

Sin más mediación, Alain retira el tapón y comienza a rociar con combustible a Imanol Otazu, que, pese a seguir atado a la tubería, se revuelve, sacude la cabeza y escupe el líquido amargo que se cuela en su boca. La gasolina le provoca un dolor intenso y una

sensación de quemazón cuando entra en contacto con los cortes que le hieren ambos muslos.

—Pero ¿qué piensas hacer? —pregunta Blanca mientras se separa de los dos presos.

—¿Tú qué crees? —contesta sin mirarla, concentrado en su cometido.

Empapa las estanterías repletas de herramientas, trapos y material de trabajo.

—Y no me olvido de toda esta mierda que te dedicas a hacer ahora —dice mientras baña en combustible las esculturas de Imanol. Los monstruos, gárgolas y seres humanoides creados por el exnador para dar vida a los tormentos causados por la muerte de su mujer brillan a causa del líquido que ahora los cubre.

Después forma un río de gasolina que nace en el centro del sótano y desemboca en la entrada, donde deja el bidón.

Mete la mano en el bolsillo trasero de los pantalones y extrae un objeto pequeño que enseña a sus rehenes.

Jon grita.

Imanol entorna los ojos, anegados en gasolina, para tratar de averiguar de qué se trata.

Es una caja de cerillas.

—Blanca, ven aquí. Aléjate de ellos y ponte cerca de la puerta.

Ella obedece entre súplicas para que no cometa la locura que está a punto de llevar a cabo.

Él se acerca hasta el dueño de la casa y se pone de cuclillas para igualar su altura. Enciende una cerilla. Ilumina el hueco entre su cara y la de Imanol, que tiembla de miedo. El baile de la llama se refleja sobre la cara mojada del nadador.

—Te lo pido por favor... —suplica Imanol con el aliento acelerado.

—Va a ser la hostia quemarte vivo —dice Alain mientras sonríe y mira a los ojos del exnador.

Después apaga la cerilla de un soplo.

Otazu respira el hilo de humo que baila sobre el fósforo quemado y que huele a esperanza. Quizá este hombre no está tan loco como pensaba.

—Tienes diez segundos para decirme la combinación de la caja fuerte.

O sí.

—Díselo de una vez, joder —grita Jon, desesperado.

—Hazlo por Ainhoa —pide Blanca entre lágrimas.

Pero el exnadador no responde.

—No me dejas otra opción —dice Alain a la vez que se levanta—. Sé qué te sucede, Blanca me lo ha dicho. Estás enfermo. Te mueres y tu vida ahora mismo te importa menos que lo que contiene esa caja fuerte. Pero te voy a decir una cosa: ¿estás seguro de que, si prendo fuego a este sótano, no arderá el resto de la casa con él?

Imanol no responde.

—Te recuerdo que tu madre está encerrada en una de las habitaciones de arriba. No tendría escapatoria. Moriría por tu culpa.

Alain camina despacio hasta las escaleras, donde Blanca está tan quieta como una de las estatuas atormentadas de Imanol. Cuando llega a su lado, enciende otra cerilla.

—Por última vez, Otazu: dime la combinación.

Imanol no responde.

Jon continúa insistiendo a gritos, le pide que ceda y le dé a ese hombre lo que quiere.

—Muy bien. Tú mismo —dice Alain.

La cerilla encendida sale volando de sus dedos.

*Autovía del Camino de Santiago,
Tierra Estella. Presente*

Sara conduce a 150 km/h por la autovía del Camino de Santiago. Han elegido su coche porque Martín había aparcado el Land Rover lejos de casa.

—¡Acelera! —grita el bombero, nervioso, mientras trata de llamar por teléfono a Ane por duodécima vez.

—Este trasto no corre más.

—No me jodas, Sara. Tú písale.

El Peugeot 206 alcanza los 155 km/h. A cambio, la carrocería entera tiembla como si el vehículo fuera una nave de la NASA atravesando la atmósfera terrestre. Sara sujeta el volante con fuerza y trata de domar el coche.

—Ane sigue sin contestarme, y sus padres igual —comenta Martín mientras se revuelve sobre su asiento.

—No te pongas en lo peor. Igual estamos equivocados. Quizá ese psicópata no haya ido a Mendaza —dice Sara con más ganas de animar a su copiloto que convencimiento propio.

Martín no responde. Aguanta la tortura de sus pensamientos al tiempo que observa por la ventanilla cómo se suceden a toda velocidad los campos de cereales.

—¿La noticia que he publicado en *La Crónica de Navarra* ha aumentado su alcance? —pregunta ella—. Revisa el móvil.

Martín comprueba las redes sociales con escepticismo.

—Por lo que veo, todavía no ha compartido tu artículo ningún medio medianamente serio, pero es cierto que ahora mismo es *trending topic* y no se habla de otro tema. Veo muchas cuentas dedicadas a Jon y otras de misterio y conspiraciones haciéndose eco de la noticia.

Ella forma una sonrisa, pero sus ojos denotan preocupación.

Martín está tan nervioso por lo que pueda haberles pasado a Laia y a Ane que ni siquiera le ha dado las gracias por haber sacrificado su trabajo para ayudarle.

—Quizá eso sea suficiente para que pare —continúa él.

Sara no contesta, sabe que no va a dejar de matar.

El 206 sale de la autovía y comienza a recorrer la nacional que discurre por las faldas de la sierra de Lokiz. Adelantan a tractores y a ciclistas. Sara levanta el pie del acelerador al ver una señal.

—¿Hay jabalíes?

—Unos cuantos. Pero no desaceleres. Ya casi estamos.

Ella obedece y pisa el pedal a fondo de nuevo.

Al cabo de veinte minutos, llegan a lo que en su día fue la venta de Mendaza. Cuatro casas a ambos lados de la carretera separadas del pueblo por una cuesta ascendente de doscientos metros.

—Gira aquí.

El vehículo comienza a subir la pendiente. Atraviesa una calle angosta flanqueada por viviendas centenarias y llega a una especie de plazoleta de tierra con una casa grande en un extremo.

Hay un vehículo aparcado frente a la puerta.

—Ese es el coche de Ane —dice Martín.

Sara para el motor. Abre la guantera y extrae un espray de pimienta.

—Es lo único que tengo.

Salaberri cae en la cuenta de que con las prisas no se les ha ocurrido coger un cuchillo de la cocina de Pilar para poder defenderse de ese psicópata.

Él se baja del coche en marcha y corre hasta la casa.

Cuando Sara apaga el motor, el graznido de un cuervo que descansa sobre un cable telefónico es el único sonido que se escucha en el pueblo.

La puerta principal de la casa está entreabierta; mala señal.

Martín traga saliva antes de atravesar el umbral.

La entrada se siente helada, a pesar de que desde el *txoko* llega el olor a leña de la chimenea. Un silencio ominoso envuelve la estancia.

El bombero camina despacio hasta la puerta del *txoko*, también abierta. Cuando se asoma al interior, encuentra una escena del futuro. Una idea que hasta ahora solo residía en su cabeza y con la que pensaba sorprender a su mujer dentro de muchos años.

La había imaginado miles de veces, pero ahora le resulta familiar y extraña al mismo tiempo. Como cuando estamos durmiendo y soñamos con un lugar que conocemos bien: logramos identificarlo y, sin embargo, de pronto encontramos una luz, un color o una forma que lo delatan como onírico y diferente a la realidad.

Martín baja los tres escalones flanqueados por un camino de velas sin encender. Las paredes están forradas con fotografías de Ane y él que conoce de memoria porque ha pasado noches enteras viéndolas desde que su mujer se mudó a Mendaza. Encuentra su carpeta naranja tirada en el suelo. Avanza entre las velas y el silencio de la estancia con la sensación incómoda de haber llegado antes de tiempo a una fiesta sorpresa.

Un puñal se le clava en los pulmones cuando ve dos piernas en el suelo, asomadas a la columna central de la estancia, envueltas en un charco de sangre.

Salaberri ha visto muchos cadáveres a lo largo de su carrera como bombero. Pero no está preparado para encontrarse con el que le espera a la vuelta de esa columna.

Le tiemblan las rodillas.

—¡Hola!

Martín se gira sobresaltado.

Es un grito que viene desde la puerta de la calle.

Ha reconocido enseguida la voz de su hija, Laia, que está en la entrada de la casa.

Salaberri sale corriendo del *txoko* para abrazarla y así evitar que sus ojos pequeños, que solo ven las cosas buenas y se iluminan cuando sueñan con ser astronauta, vean la escena de terror que se esconde detrás de la columna.

—Laia, cariño.

—¡Has venido!

—Te echaba de menos y aquí estoy, astronauta —responde él tratando de contener las lágrimas.

—Vamos a avisar a Ura y a mamá —dice ella sonriendo. Intenta correr en dirección al *txoko*. Pero Martín la agarra del brazo para evitarlo.

—Espera un poco, Terremoto. Mejor cuéntame qué estabas haciendo.

—He dormido dos días en casa de los abuelos y me han dejado ir con la bici por todo el pueblo —confiesa orgullosa, sabiendo que en Pamplona no tiene permitido alejarse de la plaza del Castillo—. ¡Yo sola!

—Hala... ¡Qué pasada! Voy a tener que hablar con tus abuelos —bromea Martín.

—¿Todo bien? —pregunta Sara, que acaba de entrar en la casa.

Martín evita hablar, pero niega con la cabeza aprovechando que la niña no le está mirando.

—¿Quién eres? —pregunta Laia con sequedad.

—Yo... —balbucea Sara.

—Es una compañera de trabajo —miente Martín—. Tiene superpoderes como yo para apagar los incendios.

La niña abre los ojos y convierte su tono hostil en admiración.

—¿De verdad?

Sara asiente.

—Y también sabe empujar a los niños por las cuestas con la bicicleta —asegura Martín mientras le hace un gesto a Sara señalando la calle.

—¡Yo tengo una bici! —dice la niña, emocionada.

—¿Quieres que te lance por la cuesta? —pregunta Sara a la vez que le ofrece la mano.

—¡Sí! —exclama Laia.

—Dame unos minutos —susurra Martín.

Sara asiente, seria.

Ambas salen de casa. Salaberri cierra la puerta principal con pestillo antes de entrar de nuevo en el *txoko*.

Una silla volcada, algunos trozos de cristal esparcidos por el suelo, huellas rojizas de zapatilla. El asesino debió de pisar el charco de sangre antes de abandonar la vivienda.

Martín camina hasta la columna desde la que asoman las dos piernas, la rodea despacio, con temor de descubrir lo que le espera al otro lado.

No es Ane.

Es una persona muerta, bocabajo, pero no es su mujer, sino un hombre.

Martín se pone de cuclillas frente al cadáver y le sujeta con delicadeza la muñeca helada para tomarle el pulso. No percibe latidos.

Con respeto pero utilizando la fuerza necesaria, le da la vuelta al cuerpo y observa su cara: tiene los ojos abiertos, la mirada perdida y varias puñaladas en el vientre.

Se trata de Pedro, el hermano de Ane y vecino del pueblo.

—Joder... —dice Martín, y se le entrecorta la voz por culpa de un nudo en la garganta. Pese a que trata de impedir que se desate, no lo logra y rompe a llorar. Le vienen a la memoria las tardes interminables bajo el sol del frontón del pueblo jugando al fútbol con su cuñado. La primera vez que subieron el monte Joar juntos. O cuando Pedro descubrió, antes incluso que el propio bombero, que estaba enamorado de su hermana.

Joder, cuánto le va a extrañar.

A su mente llega una foto de Ane de erasmus en Bolonia. En el reverso pone:

Recuerdo 55: te echo de menos en cosas tan pequeñas que nadie podría verlas.

El sonido de un mensaje de texto le rescata de la abducción de sus recuerdos. Observa el número de teléfono: desconocido.

Es una foto de Ane, amordazada, atada y tumbada de medio lado en lo que parece ser la parte trasera de carga de una furgoneta blanca. Tiene los ojos abiertos y su mirada forma una M enorme de miedo.

Acompañando a la foto, hay cuatro palabras:

Recuerda, nada de policía.

*Casa Otazu, Pamplona.
Hace dos años*

Imanol Otazu sigue con la mirada la trayectoria de la cerilla que acaba de salir disparada desde las yemas de los dedos de Alain. El palito ardiente gira sobre sí mismo en el aire durante un segundo que él siente como una vida, la que se le escapa por momentos. La llama refleja a su paso luces titilantes sobre los charcos de gasolina que se han formado en el suelo.

Blanca Monreal y Jon Egüés contienen el aliento como si eso pudiera impedir el infierno inminente que va a convertir en cenizas el sótano.

La cerilla cae debajo de la mesa de trabajo del exnadador, que soporta una escultura pequeña a medio hacer. Es una gárgola negra con las alas rotas que grita y pide auxilio alzando las garras.

Todos cierran los ojos mientras esperan la deflagración.

Pero no llega.

Cuando los abren de nuevo comprueban que, por suerte, la mesa ha hecho de paraguas y ha impedido que el combustible alcanzara esa zona del suelo cuando Alain ha rociado la escultura.

—¡Estás loco! —grita Jon.

Alain le responde encendiendo la tercera cerilla de la noche.

—¡Díselo, joder! ¡¿No ves que va a quemarnos vivos?! —insiste Jon, ahora girándose hacia Imanol. Pero él no responde. Está hundido entre sus rodillas, sollozando.

—Te prometo que es tu última oportunidad —le advierte Alain—. Sé que crees que no tienes nada que perder porque tienes una enfermedad terminal. Pero no es lo mismo una muerte en cama con cuidados paliativos que lo que te espera si dejas caer esta cerilla. Te voy a explicar bien qué sucederá. El sótano arderá en cuestión de

segundos. La piel es el órgano más grande del cuerpo; mala suerte, porque es el primero que entrará en contacto con el calor más extremo que jamás hayas experimentado. Imagina un traje ceñido a tu cuerpo formado por brasas al rojo vivo. El dolor es tan intenso que lo más probable es que no puedas aguantarlo y colapses. ¡Guau! ¡Mientras te lo explico, me doy cuenta de que va a ser la hostia! Ojalá pudiera quedarme a verte arder hasta la carbonización —dice mientras suelta una risa que denota añoranza anticipada. Se pone serio de golpe de manera antinatural para aclarar—: Ah, por cierto, lo mismo le sucederá a él —señala a Jon— y, después, cuando el fuego se extienda por la casa, a tu madre.

—Imanol, por favor... —suplica Blanca, asustada por lo que está diciendo ese psicópata que hasta ahora era su pareja—. Si no es por ti, hazlo por Ainhoa. ¡La va a matar!

El exnadador levanta la cabeza y evalúa sus opciones. Está esposado a una tubería, herido por sendos cortes de machete y cubierto de gasolina, como el resto del sótano. El olor a combustible es insoportable. Frente a él, ese hombre que le apremia con la mirada mientras sujeta entre los dedos una cerilla encendida. No puede liberarse para pelear. Su único salvoconducto potencial para evitar morir esta noche es el uso de la palabra. Pero convencer a este lunático de que desista en su empeño de obtener lo que ha venido a buscar parece imposible, así que solo le queda darle lo que quiere.

Se sorbe los mocos, traga saliva mezclada con gasolina, tose y dice:

—Dos, siete, uno, uno, uno, seis.

—Dos, siete, uno, uno, uno, seis. Veintisiete de noviembre del dieciséis —dice Alain, y cuando cae en la cuenta no puede evitar formar una media sonrisa—. Es el día en que murió tu mujer.

Imanol abre los ojos, sorprendido:

—¿Cómo sabes la fecha?!

Alain sonríe.

—¿Tienes algo que ver con la muerte de Nagore?! —El exnadador se revuelve para tratar de liberarse. Si lo consiguiera, golpearía al hombre que tiene delante hasta matarlo a puñetazos. El sonido de

las esposas al chocar con la tubería de metal ahoga sus gritos de rabia.

Alain permanece impasible, sonriendo, sin responder.

—Alain... ¿Qué está diciendo? —pregunta Blanca mientras mira a su pareja sin entender nada—. ¿Conociste a su mujer?

Pero él le da la espalda y se limita a decir:

—Tú vigílalos.

Antes de desaparecer corriendo por las escaleras para abrir la caja fuerte con la combinación que acaba de obtener, un objeto metálico cae desde el bolsillo trasero de sus vaqueros sin que él se percate. Suena un golpe agudo y seco cuando rebota contra el suelo. Clinc.

Blanca se agacha y lo recoge para ver de qué se trata. Los dos hombres secuestrados observan la escena con expectación y esperanza a partes iguales.

Es una de las llaves que abren las esposas que Imanol y Jon llevan puestas.

*Autovía del Camino de Santiago,
Tierra Estella. Presente*

Ha pasado media hora desde que Martín y Sara han dejado a Laia con sus abuelos. Se han presentado junto con la niña en casa de los padres de Ane, en Mendaza, y les han pedido el favor sin dar demasiadas explicaciones. El bombero ha tratado de esconder los nervios, tarea imposible después de haber visto esa fotografía de Ane amordazada en la parte trasera de una furgoneta y el cadáver de su cuñado, Pedro, en el *txoko* de su casa. Está seguro de que los padres de Ane le han notado inquieto; es difícil engañar a quienes te han visto crecer. Le han mirado extrañados, han examinado a esa desconocida, Sara Jaso, de la que estaba claro que recelaban, y han aceptado el encargo de cuidar de su nieta con la excusa de que se disponían a fumigar la vivienda por culpa de una plaga de chinches.

—No se os ocurra entrar en la casa, por favor, es muy tóxico —les ha insistido Martín en cuatro ocasiones para que no vieran el cadáver de su hijo.

—Pero ¿Ane se va a quedar en Pamplona contigo, Martín? —ha insistido la abuela de Laia, suspicaz porque seguro que está al tanto de la situación de la pareja.

—Sí —ha dicho él—. Tiene mucho lío en el trabajo porque vienen unos clientes japoneses. Los llevará a cenar todos los días y meterá muchas horas extras en la oficina. No os extrañe si no os llama porque no va a tener tiempo casi ni de dormir.

El 206 de Sara circula por la autovía del Camino de Santiago en dirección a Pamplona. La mañana continúa fría pero soleada. Justo cuando sale del túnel que atraviesa la sierra de El Perdón, recibe una llamada.

—Hola, David. Voy conduciendo acompañada, estás en manos libres —dice ella. Se trata de un compañero del periódico, quizá el único que Sara traga y en quien puede confiar.

—Cómo la has liado, Sarita... No tengo ni idea de qué cortocircuito mental ha sucedido en tu cabeza para hacer lo que has hecho, y no voy a preguntar porque sé que no vas a decírmelo. Pero Fermín está en modo *führer*, ha despedido a Saúl por dejar su ordenador desbloqueado mientras estaba en la zona del café. No veas qué ambiente ha quedado por aquí... ¡De tanatorio alemán, como poco! En la redacción nadie se atreve a levantar la cabeza del monitor ni a respirar demasiado alto. ¿No han intentado llamarte los de arriba?

—Sí, varias veces, pero no se lo he cogido. ¿Para qué? ¿Para recibir la noticia de que estoy despedida? Lo tenía claro antes de publicar el artículo. A ti te he cogido el teléfono por ser tú, nada más. Supongo que te han pedido que me localices. Qué bajo has caído, David; de mi mejor amigo en el periódico a minion de los jefes. Diles que no pienso ir a la redacción, que me envíen por correo los documentos que tenga que firmar para formalizar el despido y se los haré llegar de vuelta. Y no se te ocurra pasarme ahora a Fermín ni a la imbécil de Recursos Humanos.

—No es eso, Sara. Bueno..., en realidad sí me han pedido que te localice porque saben que somos amigos. Pero no te llamo por eso.

—Entonces ¿qué es? ¿Puedes ir al grano? Estoy un poco liada. Han sucedido... cosas.

—¿Sigo en manos libres?

Sara mira a Martín: ha vuelto a desbloquear el móvil para torturarse con la fotografía de su mujer. Después mira de nuevo hacia la carretera.

—Sí, pero no hay problema. Puedes hablar.

David duda durante dos segundos.

—Acaba de llegar un sobre a tu nombre.

—Muy bien, David, ¿y? —dice ella. A veces le desespera lo poco resolutivo que es su compañero—. Se lo puedes dar a quien me sustituya o a cualquiera de los del departamento de...

—El remitente es Jon —interrumpe David.

—¿Cómo?

—Eso pone: «Jon». Nada más. Y en el otro lado del sobre, tu nombre y tu apellido. Ha llegado hace cinco minutos. Sin sellos.

—Lo ha tenido que dejar él mismo. Jon está en Pamplona —susurra Martín.

—¿Cómo dices? —pregunta David.

—Nada, nada —dice ella—. David, escúchame. ¿Sabe alguien más de la existencia de ese sobre?

—¿Por quién me tomas, Sarita?

—Necesito que me lo confirmes. Esto es serio.

—Solo lo sabemos tú, yo y quien sea que está contigo. Me lo ha dado el chico nuevo de la garita. Me ha dicho que lo acababan de dejar. Al fijarme en que no llevaba sellos ni etiquetas, le he preguntado y me ha dicho que no sabía quién lo ha entregado, que estaba encima de su mesa cuando ha vuelto del baño.

—Es él. Seguro que ha leído tu artículo en internet —susurra Martín.

Sara acelera todo lo que el 206 le permite. Después añade:

—Necesito que me hagas un favor, David.

—¿Otro? —dice él subrayando que ya se la está jugando por contactar con ella a espaldas de sus jefes y guardándole la correspondencia.

—Cuando acabe todo esto, te deberé una. No, un millón. ¿De acuerdo? Pero ahora necesito tu ayuda.

—Te tomo la palabra. Y ahora, dime, ¿qué más infracciones puedo cometer para ganarme el despido?

—Ve a un lugar discreto en el que estés a solas.

—Estoy en el baño.

—Me sirve. Vale, ahora pasa el pestillo de la puerta, abre el sobre, cuéntame qué hay en su interior y, sea lo que sea, olvídalo inmediatamente.

*Casa Otazu, Pamplona.
Hace dos años*

—Blanca, por favor. Tienes que soltarnos —suplica Imanol—. Nos va a matar.

Ella se mantiene petrificada frente a ellos, como una gárgola más del taller. Sus ojos alternan entre ambos rehenes y la llave que hasta ahora tenía Alain y que ahora reluce sobre la palma de su mano. Su cabeza se debate entre seguir con el plan establecido para obtener lo que han venido a buscar o traicionar al hombre que quiere para salvarle la vida a uno de esos hombres inocentes.

—Ese loco nos quiere quemar vivos —dice Jon.

La duda surge porque, hasta esta noche, Blanca creía conocer a Alain.

Un hombre cariñoso durante los primeros meses de relación, a veces hasta empalagoso, lleno de promesas fantasiosas de una vida mejor a su lado. «Nada fuera de lo normal cuando estás empezando con alguien», pensaba Blanca.

Un hombre que ha mostrado reacciones desmedidas que han incluido enfados a destiempo, gritos y puñetazos sobre el salpicadero cada vez que ella ha salido de esta casa sin la ubicación de la caja fuerte. «Nada fuera de lo normal cuando las cosas no salen bien y se ha pasado el hechizo inicial, las mariposas y todo eso», pensaba Blanca.

«Un hombre que le ha cortado los dos muslos con un machete a Imanol Otazu», piensa Blanca.

—Tú no eres así. Te conozco. Eres como de mi familia, una hija para mi madre —dice Imanol entre lágrimas.

Ella cierra el puño con la llave dentro y se da varios golpes en la frente mientras piensa.

—¡No, no, no! —suelta finalmente—. Alain no va a mataros. Él jamás haría una cosa así. No está en el plan.

—¿Estaba en el puto plan cortarme las piernas con ese machete?! —pregunta Imanol mirando a Blanca con lágrimas de rabia.

Ella no responde. Está tan nerviosa que sus pensamientos se amontonan y la abruman.

—Os he escuchado antes —añade él—. Sé que te ha engañado, Blanca. Sé que te había dicho que las cosas no serían de esta manera —señala con los ojos sendos tajos en los muslos—, que no habría violencia. ¿De verdad confías en él después de esto?

Blanca asiente firme, pero sus lágrimas transmiten lo contrario a la seguridad.

—Nos va a quemar vivos, por favor... —suplica Jon.

—¡No lo hará! Sería ir demasiado lejos. Él no es así. Solo pretendía asustaros. Enseguida aparecerá por esa puerta con el contenido de la caja fuerte y nos marcharemos para siempre de Pamplona. Jamás volveréis a vernos.

—Eso no va a pasar —dice Imanol.

—¡Sí! Ese es nuestro plan.

—No va a pasar, Blanca. Créeme —insiste él, tan convencido como derrotado.

—¿Por qué estás tan seguro?! —grita ella, que ya ha agotado su paciencia.

—Porque en esa caja no está lo que buscáis —confiesa Imanol agachando la cabeza.

Los ojos de Blanca se abren y la luz de las farolas que se cuelga por el ventanuco que da al jardín desvela su asombro. Otazu acaba de reconocer por primera vez desde que está esposado a esa tubería que tiene en su poder lo que Alain y ella han venido a buscar. Por otro lado, el exnadador lleva razón: teme cómo puede responder su pareja.

Tiene poco tiempo para decidir.

Alain bajará en cualquier momento y lo hará enfurecido, con una caja de cerillas en la mano a un sótano empapado en gasolina.

Blanca da un paso hacia sus rehenes, pero se detiene de nuevo cuando cae en la cuenta de algo.

—¡Aunque quisiera, no podría salvaros a ambos! Solo se le ha caído una llave y no sé de qué esposas es.

—¡Compruébalo! —grita Imanol.

—Es mejor liberar a uno que dejarnos morir a los dos. Porque, si no lo intentas, eso es lo que estarás haciendo: matar a dos personas.

—No eres una asesina —insiste Imanol.

Ella mira los ojos atemorizados de ambos hombres; después, la llave.

—Por favor, Blanca... —suplica el exnadador.

Piensa en el Alain que conocía hasta esta noche. En la vida nueva que le ha prometido en caso de salir de esta casa con lo que han venido a buscar.

—No puedo... —dice.

—¡Blanca! —grita Imanol mientras ella se da la vuelta y camina en dirección a las escaleras.

Se gira un momento, su mano temblorosa deja la llave de las esposas encima de la mesa de trabajo, sobre un charco de combustible, fuera del alcance de Imanol y de Jon.

—Lo siento —se lamenta entre lágrimas.

Después de abrir varias puertas para buscarlo por toda la planta baja, Alain por fin encuentra el despacho de Imanol. Lleva repitiendo esos números para sí mismo sin cesar desde que ha salido del sótano:

—Dos, siete, uno, uno, uno, seis. Dos, siete, uno, uno, uno, seis. Dos, siete...

Piensa en lo curioso que resulta que Otazu eligiera la fecha en la que murió Nagore para proteger el contenido de la caja fuerte.

La estancia es grande. Tiene una ventana que debe de dar al jardín, la vitrina con los trofeos y una librería con ejemplares sobre nutrición deportiva, natación y biografías de otros mitos del deporte como él: Michael Jordan, Miguel Induráin, Messi. Junto a la librería hay una silla de cuero enfrentada a una mesa de cerezo de dos metros con un ordenador. Al contrario que el sótano, aquí todo está

limpio y bien dispuesto. Es como si Imanol tuviera dos caras: el icono de la natación y deportista ejemplar que todo el mundo conoce, y el hombre oscuro que crea esas esculturas horribles que son sus tormentos internos.

Se planta frente a la vitrina de cristal que contiene el resumen de todos los logros deportivos de Otazu: copas, medallas, diplomas, algunas fotografías de momentos importantes. Sabe que es aquí, la vieja se lo dijo a Blanca. No conocía la combinación de la caja fuerte, pero sí su ubicación.

—¿Dónde cojones la escondes? —dice para sí mismo.

Abre la vitrina y con ayuda del machete retira todos los premios deportivos, que caen al suelo de roble del despacho.

Solo queda en pie una fotografía grande del nadador. Está enmarcada en madera noble y en ella aparece Imanol sonriente con los brazos en alto, para lucir bíceps. Tiene en la cabeza el gorro y las gafas de natación, pero no le hace falta llevar camiseta porque las seis medallas olímpicas de oro que cuelgan de su cuello hipertrofiado le visten el torso.

Sonríe, deja el machete sobre una de las baldas de la vitrina, agarra el retrato con ambas manos y lo lanza contra la pared. El cristal se hace añicos. Pero él no presta atención, porque solo tiene ojos para observar lo que ha quedado al descubierto tras quitar la fotografía.

Una caja fuerte empotrada en la pared.

Alain susurra los números mientras pulsa el teclado numérico.

—Dos, siete, uno, uno, uno, seis.

La puerta se abre con un chasquido.

Él sonríe.

Blanca corre hasta la habitación de Ainhoa. Encuentra una mesa pesada con la que Alain ha bloqueado la puerta.

—¿Ainhoa? —susurra para que él no pueda oírla.

Silencio.

—Ainhoa, ¿estás bien?

No hay respuesta.

En ese momento se le pasan por la mente los peores escenarios: la anciana se ha hecho daño de alguna manera ahí dentro. O peor, Alain la ha mata...

Sacude la cabeza y rechaza pensar en ese final.

Empuja la mesa con cuidado de no hacer ruido, pero el silencio en este caso es incompatible con el movimiento.

La empuja de nuevo, pero esta vez aplica toda su fuerza.

Consigue mover el mueble y liberar la puerta.

Alain revuelve el interior de la caja fuerte.

No puede ser.

Solo encuentra las escrituras de la casa de Imanol, un Rolex de oro y algunas joyas de mujer que debían de pertenecer a Nagore.

Enfurecido, cierra la caja de un portazo, empuña el machete y sale del despacho a paso rápido.

En el pasillo se encuentra con Blanca. Está parada frente a la habitación donde ha encerrado a la anciana y le mira con cara de cervatillo a punto de ser atropellado. La puerta se encuentra abierta.

Alain la aparta de un empujón y comprueba el interior de la estancia: no hay nadie.

Se gira de nuevo hacia ella, la agarra del cuello y dice:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Dónde está la vieja?

—Me estás ahogando, Alain —balbucea ella.

Él la empuja contra la pared y le aprieta la tráquea con más fuerza. Después apoya el filo del machete en su estómago.

—¿Dónde ha ido?! —insiste.

—Está enferma, es... inofensiva... —acierta a decir ella con el poco aire que es capaz de reunir.

—Me has traicionado —escupe con los ojos llenos de ira. Después aprieta los dientes y le raja el pecho con el machete.

Blanca se desploma en el suelo como un harapo y se lleva las manos a la herida mientras trata de recuperar el aliento.

—Y tú... has cambiado.

—No lo he hecho, solo he dejado de fingir —dice él.

—Me has... utilizado —gimotea ella—. Ahora entiendo muchas cosas. Sabías que trabajaba aquí. Me conociste frente a esta casa. Te ganaste mi confianza. Conseguiste que te quisiera.

Alain sonríe.

—Solo he sido una pieza de tu plan para robar a Imanol Otazu. —Llora—. Ni siquiera sé qué estamos buscando... Dime una cosa, ¿alguna vez has sentido algo por mí?

Alain no responde. Se agacha frente a Blanca, levanta el machete y fija la mirada en su cuello. Ella puede ver los restos de sangre en el filo de la hoja.

Pero un sonido le interrumpe.

Es la anciana.

Ainhoa atraviesa el pasillo y camina con pasos cortos y rápidos hacia el sótano. Cierra la puerta y pasa el pestillo por dentro.

—Putá vieja —dice Alain, que suelta a Blanca y corre hacia Ainhoa con el machete en la mano.

Pamplona. Presente

Han estacionado el Peugeot 206 en una esquina del aparcamiento subterráneo de Carlos III, en el centro de Pamplona. Llevan una hora allí. Las luces apagadas, el habitáculo en silencio. Sara examina una y otra vez la fotografía que su compañero David le ha enviado. Dentro del baño de la redacción hay poca luz y por eso la imagen tiene grano. Pero se puede apreciar lo que había en el interior del sobre que Jon ha dejado a nombre de la periodista. Es un papel con un número de teléfono y unas instrucciones claras:

He leído tu artículo. Llámame a las 21:00 desde el Caballo Blanco.

JON

Sara mira el reloj del teléfono. Todavía tienen que esperar dos horas.

—¿Por qué querrá que llame desde allí? —pregunta Sara.

Martín no responde, está absorto en sus pensamientos. Ese psicópata que ya ha matado a siete personas tiene a Ane amordazada dentro de una furgoneta.

—¿Martín? —insiste ella.

Él parece despertar de golpe.

—¿Qué? Dime, perdona.

—¿Por qué crees que Jon quiere que le llame desde esa zona de Pamplona en concreto?

—Yo ya no trato de entender nada, Sara —reconoce él sin parar de mover la pierna.

Ella entiende al bombero. Es un saco de nervios y ahora mismo no está para pensar en otra cosa que no sea en su mujer.

Posa la mano sobre la de él para tratar de calmarlo y, justo cuando está a punto de salir de su boca la frase «todo saldrá bien», Martín la retira como si ella tuviera una enfermedad cutánea contagiosa y se cruza de brazos.

—Lo siento... —acierta a decir Sara, que, aunque solo pretendía mostrarle su apoyo, supone el torbellino de pensamientos y emociones que debe de estar atravesando la mente del bombero después de haberla besado una hora antes de que su mujer fuera secuestrada.

Suena el móvil de Martín.

Número desconocido.

—Es él —intuye. La mano le tiembla.

—Cógelo.

Salaberri toma aire antes de hacerlo. Pone el manos libres para que Sara también pueda escuchar la conversación.

—No se te ocurra hacerle daño, hijo de puta.

—¡Pero bueno, bombero! ¿Qué forma de saludarme es esa? ¿Por quién me tomas? Si sigues mis instrucciones, no le pasará nada a tu mujer. Soy un hombre de fiar.

—De fiar... Has matado a siete personas en una semana.

—Daños colaterales. Como puede serlo Ane si no me haces caso.

—¡No la toques!

—Shhh..., no grites.

—¿Qué quieres de mí? ¡¿Qué quieres de nosotros?!

—No te lo tomes de forma personal, bombero. Solo has tenido la mala suerte de cruzarte en mi camino hacia Jon.

—¿Eso es lo que pretendes, que te lleve hasta Jon? ¿Por eso no me diste el golpe de gracia en casa de Pilar después de dejarme inconsciente?

—Eres mi vehículo hasta él.

—No tenemos forma de llevarte hasta Jon Egüés —Sara se mete en la conversación.

—Hombre, si está aquí Sara Jaso, mi periodista favorita. Si de algo estoy seguro es de que ese artículo que has publicado os traerá a Jon. Si es que no lo ha hecho ya —se ríe—. Tu publicación ha generado mucho ruido en redes. Enhorabuena, periodista.

—No lo ha compartido ningún medio serio, solo blogs de conspiraciones y algún que otro pódcast de misterio. Jon murió hace dos años cuando escapaba de la policía —dice Martín. Su voz suena mecánica y sin convicción.

—Jon no murió.

—No tienes forma de saberlo —sentencia Sara.

—Creedme, lo sé. Y vosotros vais a dármelo envuelto en papel de regalo y con un lacito brillante. En cuanto se ponga en contacto contigo, Sara, quiero que quedéis con él y lo secuestréis para mí. Lo necesito vivo.

Se escucha un grito de mujer al otro lado de la línea.

—¿Es Ane?!

—Callaos y prestadme atención; sobre todo tú, Martín. Esto se va a poner muy interesante para ti.

Ambos se miran sin entender.

—Durante estos días te he repetido en numerosas ocasiones que no acudieras a la policía, ¿verdad?

Salaberri se mantiene a la espera, sin responder.

—¿Verdad, bombero?

—Sí.

—Bien, eso era porque no quería que se entrometieran hasta que llegara el momento adecuado. Y ese momento ha llegado.

—¿Dónde quieres ir a parar? —pregunta Martín.

Su interlocutor se ríe al otro lado. Después dice:

—Poned los informativos. Volveré a llamaros mañana. Tenéis un día para traerme a Jon si no queréis que le pase nada malo a Ane. Un día. Os llamaré.

El asesino cuelga la llamada.

Sara enciende la radio del coche.

«... Y ahora pasamos a las noticias locales, donde tenemos que hablar de Martín Salaberri, el bombero de Pamplona de treinta y cinco años que se ha dado a la fuga esta mañana después de cometer un crimen en la localidad de Mendaza. La Policía Foral ha recibido una llamada a las doce y media del mediodía de Pedro Abárzuza, un vecino del pueblo, que aseguraba que se encontraba en el domicilio de su hermana Ane Abárzuza, de treinta y cuatro

años y cónyuge de Salaberri, donde este último se acababa de presentar armado con un cuchillo, amenazándole a él y a su propia mujer. La llamada se ha cortado de manera repentina y, minutos después, cuando los agentes han llegado a la casa, se han encontrado con el cadáver de Pedro Abárzuza en el *txoko* de la vivienda. La estancia presentaba signos de violencia, por lo que se cree que hubo un forcejeo previo al asesinato. El cadáver de este vecino de Mendaza había sufrido numerosas puñaladas y los sanitarios no han podido hacer nada por salvar su vida.

»Salaberri, como decimos, está en paradero desconocido, y la Policía Foral sospecha que ha secuestrado a su mujer, Ane Abárzuza, que se encuentra ilocalizable en estos momentos.

»Pero aquí viene la parte más macabra del suceso. Los agentes han encontrado en el lugar del crimen un recipiente de cerámica con el nombre "Jon" grabado el interior. Ese nombre haría referencia a Jon Egüés, conocido por ser el ejecutor del crimen que se llevó la vida del nadador olímpico Imanol Otazu hace dos años. Los padres del fallecido y la desaparecida, que viven en el mismo pueblo, han confirmado a este medio que su yerno, Martín Salaberri, trabajó extinguiendo el incendio de la casa Otazu y que se obsesionó de manera enfermiza con ese crimen hasta el punto de asegurar en varias ocasiones estar convencido de que Jon Egüés seguía vivo».

Martín apaga la radio.

—Ese cabrón se ha hecho pasar por Pedro después de matarlo y ha llamado a la Foral para acusarme de su muerte y de la desaparición de Ane.

—Todo va a salir bien, Martín —dice Sara con voz trémula.

—¿Cuánto crees que va a tardar la policía en encontrar el cadáver de mi vecina Pilar y en relacionarme también con su muerte? Mis huellas están allí.

Sara no responde. Él tiene razón.

—¿O en cambiar de opinión después de todo esto —señala la radio— y pensar que lo de Blanca no ha sido un suicidio, sino que también soy responsable? —insiste él—. O en los incendios de esa familia de Zizur y de ese hombre que quemó vivo en su coche en La

Milagrosa. ¡Los recipientes que encontré en esos lugares están en mi casa, joder! ¡A estas horas ya estarán registrándola!

—También me inculparán a mí en cuanto hablen con testigos o vean grabaciones de cámaras de seguridad de la ciudad en las que aparezcamos juntos —dice ella.

—Ese psicópata nos ha tendido una trampa. Nos ha convertido en culpables de los crímenes que ha cometido durante esta semana. Quiere que carguemos con todos sus muertos, que le entreguemos a Jon Egüés e irse de rositas. Ni siquiera sabemos quién es, ¡joder!

—Centrémonos, Martín. Ya pensaremos soluciones para esos problemas después. En este momento, lo único que importa es la vida de tu mujer, Ane, ¿de acuerdo? Y solo hay una manera de que no le haga daño, que es...

—Entregándole a Jon —Martín termina la frase—. Pero ¿qué nos asegura que no... —le cuesta pronunciar la siguiente palabra— matará a Ane también después?

Ninguno de los dos responde porque ambos saben la respuesta: nada.

*Casa Otazu, Pamplona.
Hace dos años*

—¡Imanol! —grita la anciana con la voz rota cuando llega al sótano y ve a su hijo herido y esposado a una de las dos tuberías. En la otra encuentra a un desconocido, Jon Egüés, que parece estar mareado porque ha perdido mucha sangre a través del tajo de la pierna.

—¡Mamá, estás bien! —exclama el exnadador mientras su madre le da el abrazo más fuerte de su vida—. Escúchame, tenemos poco tiempo. Ese hombre bajará en cualquier momento. Ve a la mesa de trabajo y coge la llave que hay encima.

Ainhoa obedece. Pero está oscuro y la mesa refleja el desorden mental de su hijo.

—No la encuentro, Imanol —dice llorando. Está muy nerviosa.

Desde las escaleras llegan los golpes de Alain, que trata de forzar la puerta que ella ha cerrado con pestillo antes de bajar.

—Blanca la ha dejado cerca de esa esquina, la que tienes a tu izquierda —indica él intentando transmitir una calma que no siente.

Su madre busca de nuevo entre las esculturas, herramientas y bocetos de papel empapados de combustible.

—¡La tengo! —grita ella.

—¡Corre, suéltame!

Los golpes de Alain se suceden con más fuerza.

La anciana rodea a su hijo e introduce la llave en las esposas.

—No funciona —dice.

Imanol gira el cuello hacia su espalda para tratar de darle indicaciones.

—Prueba de nuevo, no te pongas nerviosa.

Ainhoa se atora. Su mente enferma y el estrés de la situación no ayudan.

—No puedo, hijo mío —llora—. La llave no gira.

La puerta que Alain está golpeando sin cesar emite un crujido.

—¡Inténtalo! —exclama Imanol asustando a su madre.

Ella se separa.

—Es la llave de mis esposas —susurra Jon, a su izquierda—. Pruebe a soltarme a mí.

—¡No! —grita Imanol. Pero enseguida agacha la cabeza, rendido, para asumir la realidad—. De acuerdo —le indica a su madre entre lágrimas—, libera a este hombre, mamá.

Ella duda.

—¿Y tú? —llora la anciana.

—Soltaré a tu hijo después. Te lo prometo. Romperé las esposas con una de sus herramientas de escultura —dice Jon.

Ainhoa mira a Imanol.

—Estaré bien —la calma él mientras forma una sonrisa.

La anciana suelta las esposas de Jon Egüés. El cuerpo del periodista se vence hacia delante hasta apoyarse en el suelo de manos y rodillas. Toma aire para tratar de llenar de oxígeno su cerebro adormilado a causa de la pérdida de sangre.

Se escucha un crujido más grande que desciende desde las escaleras. Después el sonido de la puerta al golpear con violencia la pared. Alain ha conseguido abrirla y va a bajar al sótano.

—¡Vamos! ¡Ayúdame! —grita Imanol.

Jon se pone de pie, agarra un cincel y un martillo de la mesa de trabajo y se acerca a Imanol.

—Trata de agacharte hasta apoyar la cadena de las esposas en el suelo, me resultará más sencillo.

El exnadador sigue las indicaciones, pero, justo cuando Jon da el primer golpe de cincel, Alain dice:

—Quieto.

Está agarrando a Ainhoa del brazo a la vez que apoya el machete sobre las arrugas de su cuello.

—Quieto o la mato.

Jon todavía da otro golpe de cincel.

—¡Quieto he dicho!

—Para, por favor. Haz lo que dice —le pide Imanol.

—Suelta eso y ven aquí.

Jon obedece. Se detiene con las manos en alto en mitad del sótano, entre Otazu y Alain, que todavía amenaza con cortarle la garganta a Ainhoa.

—Déjala ir. Es una anciana —dice el periodista mientras piensa en que le debe la vida a esa mujer que lo ha liberado.

—Una anciana que me ha visto la cara —apunta Alain sin soltarla.

Ella siente el filo del machete en el cuello y cierra los ojos asustada.

—Imanol, a ti te voy a quemar junto con el resto de la casa, ya lo he decidido. Pero esta es tu última oportunidad para salvar a tu madre. ¿Dónde lo has escondido?

El exnadador no responde. Aprieta los labios y mira a su progenitora entre lágrimas.

—Tú mismo —dice Alain, que separa a la anciana de su cuerpo sin dejar de agarrarle del brazo. Después levanta el machete en el aire para cortarle el cuello.

Pero recibe un golpe en la cabeza que lo tumba.

Cuando su cara se estrella contra el suelo, Alain queda aturdido y pierde el machete. A su espalda está Blanca. Sangra del pecho y sostiene entre las manos el rodillo de aplanar arcilla de Imanol.

—¡Llévate a mi madre! —le grita el exnadador.

—¡No me voy de aquí sin mi hijo! —dice Ainhoa entre lágrimas.

Blanca mira a Otazu, que continúa atado a la tubería, herido y empapado en gasolina. Después observa a Alain: está desorientado, pero se mueve y no tardará en incorporarse de nuevo.

—¡Blanca, por favor! ¡Marchaos! ¡Saca a mi madre de aquí y avisa a la policía! —insiste Imanol.

Ella trata de aupar a Ainhoa, pero, pese a su baja estatura, la anciana pesa demasiado y se resiste porque no quiere abandonar a su hijo. Además, la herida que Blanca tiene en el pecho le duele tanto que le resulta imposible apoyar a la madre de Imanol sobre su torso. Opta por agarrarla del brazo y arrastrarla por las escaleras de salida del sótano mientras la anciana llama a su hijo aterrorizada.

Jon se agacha y recoge el machete que ha quedado en el suelo, junto a Alain, que sigue mareado por el golpe.

—¡Mátalo! —grita Imanol.

Egüés, de cuclillas frente a su víctima potencial, duda; nunca ha matado a nadie.

Pero Alain sí.

En un movimiento fugaz, agarra el rodillo con el que Blanca le acaba de atacar y golpea a Jon en el cuello. Este cae hacia atrás por el impacto.

Cuando se dispone a asestarle un golpe definitivo en la cabeza, el periodista reacciona rápido lanzando un machetazo al vientre de Alain.

El machete desciende con una trayectoria limpia. El filo rasga la camiseta de Alain, produciendo un sonido seco. El primer corte secciona parcialmente la dermis y el tejido muscular, abriendo un abanico de color hemoglobina en su piel. Alain se revuelve en el suelo y queda bocabajo. El charco de sangre que sale de su torso comienza a mezclarse con la gasolina.

El siguiente tajo se lo da en la espalda.

La hoja de metal deja un colgajo alargado en la diagonal de su dorsal, provocando una hemorragia más grande y el grito apagado de Alain, que se queda tumbado sobre el suelo frío del taller, inmóvil.

—Gracias —dice Imanol—. Si no lo hubieras hecho, nos habría matado a los dos.

Jon permanece de rodillas con el machete ensangrentado en la mano. Tiene el aliento acelerado y no puede retirar la mirada del cuerpo de Alain.

Es la primera vez que mata a una persona.

—¿Puedes soltarme, por favor? Debe de tener las llaves en algún bolsillo.

El periodista repta hasta el cadáver despacio, con la mirada vacía, todavía en shock, y hurga entre los bolsillos de sus pantalones.

Enseguida encuentra la llave. Se incorpora y camina con la mirada perdida hacia Imanol para soltarle.

Pero, de pronto, un fogonazo.

La habitación se ilumina como si hubiera nacido dentro de ella la explosión de una supernova.

El fuego repta por el suelo del sótano como una bestia anaranjada que crece cada segundo.

Alain tira la caja de cerillas y placa a Jon. Ambos caen al suelo rodeados de llamas. Sienten el calor que trata de cauterizar sus heridas sin permiso. La llave de las esposas sale volando de los dedos del periodista y se desliza hasta terminar entre la nube de humo, que ya ha comenzado a tragarse las esculturas de Imanol.

El aire hierve y pronto volverá el ambiente insoportable.

Alain sujeta con ambas manos la muñeca de Jon para evitar que le vuelva a cortar con el machete. Pero el periodista hunde los dedos de la otra mano en la herida del vientre de su atacante. Siente los tejidos blandos entre las yemas de los dedos, los agarra y los retuerce.

Alain grita de dolor, se echa hacia atrás encogido y se lleva las manos al vientre. Egüés aprovecha el momento para clavarle el machete en el muslo. La sangre sale a borbotones.

El periodista alza la mirada hasta encontrarse con los ojos de Imanol, que se desgarran la garganta pidiéndole ayuda. Es una sombra detrás del humo negro.

Jon camina cojeando, entre toses.

Se cubre el rostro con el antebrazo para esquivar los lametones de las llamas y se acucilla frente a Imanol.

—¡No tengo la llave! —grita, angustiado.

La luz naranja del incendio titila sobre la cara del exnador.

—Buscaré el cincel —dice el periodista.

—¡No! No hay tiempo. Si lo haces, moriremos los dos.

—No voy a dejarte aquí.

—Es tu única oportunidad —insiste Imanol.

Jon mira a su alrededor: las paredes están cubiertas de llamas, la mitad del suelo también. Es cuestión de segundos que se extiendan sobre Imanol, que está empapado de combustible. El humo impide que se vean las escaleras de salida.

—Escúchame, Jon. Es imposible que yo salga de aquí con vida. Prométeme que cuidarás de mi madre.

—Saldremos los dos, Imanol.

—No hay tiempo. ¡Prométeme que ese animal no le hará nunca nada!

—¡Está muerto!

—No trabaja solo. Hay alguien más fuera de esta casa. ¡Prométeme que protegerás a mi madre!

—¡No sabría cómo hacerlo!

—Está en la gárgola.

—¿Qué? —Jon mira la escultura que hay sobre la mesa de trabajo. Una de sus alas ha empezado a arder.

—Lo que buscaba ese hombre está oculto en la gárgola. Llévatelo.

—¿Para qué? ¿Qué es?

—Es información. Como te digo, ese hijo de puta no trabajaba solo. Hay alguien mucho más peligroso que Alain. Él es quien de verdad tiene interés en que lo que hay en el interior de esa escultura no salga a la luz.

—Pero ¿quién es? ¿Qué es lo que busca?

Otazu niega con la cabeza. Jon entiende que no hay tiempo para explicaciones.

—No te fíes. Irá a por ti. Nunca deja cabos sueltos. Si tiene la menor duda de que has podido acceder a esa información, te matará. No parará nunca.

Egüés se incorpora, se acerca a la mesa de trabajo y agarra la gárgola. La escultura está demasiado caliente y le quema la mano. La suelta en un acto reflejo y cae al suelo partiéndose en muchos trozos irregulares. En el centro de todos ellos hay una bolsa transparente enrollada sobre sí misma. La extiende y comprueba que se trata de una de esas bolsas con cierre zip. Imanol la debió de elegir para proteger herméticamente el contenido de la humedad de la arcilla de la escultura. Jon puede ver a través del plástico que guarda un *pendrive*.

Se lo mete en el bolsillo y se gira hacia Imanol, tosiendo a causa del humo, para pedirle perdón con la mirada por abandonarle allí.

—¡Es tu seguro de vida! ¡Y el de mi madre! —grita Tsunami Otazu justo antes de que las llamas envuelvan su cuerpo.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri y Sara Jaso han dado un rodeo cuando, desde la entrada de la plaza del Castillo, han visto un furgón de la Policía Foral estacionado frente al edificio en el que vive el bombero. Él ha aparcado su Land Rover junto al Portal de Francia, listo para huir de la ciudad en cuanto terminen con lo que tienen pensado, y se ha reunido con la periodista. Ahora ascienden por la calle Curia y se detienen frente a la catedral de Pamplona. El bombero apoya las manos en los barrotes de metal que cercan la fachada oeste del templo, de estilo neoclásico, a diferencia del resto de la catedral, donde predomina el gótico. Pese a que Martín no es religioso, siempre ha opinado que la fachada no puede ser más fea y que no hace justicia al resto de la construcción, que es el complejo catedralicio más completo que se conserva en España.

La Policía ha compartido una foto de Martín y ha pedido la colaboración ciudadana.

—Aquí hay mucha luz artificial, alguien podría reconocerte —dice Sara.

Salaberri se cubre la cara con la solapa de su abrigo, asiente y señala con la cabeza en dirección a la plaza de San José, frente al lado norte de la catedral. Ambos caminan hacia allí.

Por suerte, la noche helada y el hecho de que mañana sea día laborable hacen que no haya nadie paseando por esta parte de la ciudad a estas horas. En verano, la gente se sienta a beber y a comer *pintxos* sobre los adoquines de la calle Navarrería, llena sus bares y disfruta de los jardines y las vistas que ofrece la zona del Caballo Blanco. Pero hoy el frío consigue que Martín y Sara se estremezcan y se encojan hasta hacerse diminutos bajo sus abrigos.

En cuanto llegan a la plaza de San José, Martín señala hacia la entrada de la calle Salsipuedes, un callejón de un solo acceso ubicado en un lateral y cobijado por los árboles de la luz indiscreta de las farolas.

—Aquí estaremos mejor.

—Esta es mi zona favorita de la ciudad —dice Sara—. Caminar desde aquí hasta el Caballo Blanco en una noche de invierno como esta es como hacerlo por un pueblo o por las calles empedradas de una ciudad medieval. Por aquí parece que no han pasado los años.

—No hemos venido de paseo —le recuerda Martín sin caer en la cuenta de que Sara busca temas banales para tratar de apaciguar sus nervios.

Se esconden detrás del tronco del árbol más grueso de la plaza, bajo su sombra oscura.

—¿Te has parado a pensar en lo que estamos haciendo? —pregunta ella.

—¿Secuestrar a Jon?

—Sí. Sé que es necesario para salvar a tu mujer, pero ¿no tienes reparos en llevarle al paredón? Lo más probable es que quiera matarlo igual que ha hecho con todas esas personas durante esta semana.

Martín no contesta. Ella insiste.

—Por mucho que le estemos entregando un asesino a otro asesino, no dejaremos de ser colaboradores de todo lo que ese hombre haga con Jon Egüés y...

—Sinceramente, Sara —interrumpe Martín de forma ruda—. No, no me he parado a pensarlo. Disculpa si lo único que cabe en mi cabeza ahora mismo es lo que he visto en esa fotografía. A mi mujer amordazada dentro de una furgoneta. —Martín va subiendo el tono—. ¡Perdona si solo estoy pensando en salvarle la vida a Ane y en que esté el menos tiempo posible en manos de ese psicópata que lleva siete días enseñándome de primera mano todo lo que es capaz de hacer! ¡No podría cargar con la culpa de no haberlo probado todo!

Recuerdo 133: no quiero morir con ningún signo de interrogación pendiente, con la duda de qué habría sucedido si lo hubiera intentado. Prefiero gastar todos los interrogantes mientras viva. Y el día que me vaya para siempre, que solo quede una gran exclamación.

Sara da un paso atrás, se asoma por el tronco del árbol y mira hacia la plaza para comprobar que nadie le haya escuchado.

—Lo siento, Martín, yo solo...

Silencio.

El bombero consulta el reloj.

—Quedan veinte minutos. ¿Repasamos el plan?

Ella asiente.

—Bien —continúa Martín—. Yo daré la vuelta por la calle del Carmen y subiré hasta el punto de encuentro por el paseo, con cuidado y asegurándome de que no pueda verme. Tú, mientras, ¿qué harás?

—Accedo al Caballo Blanco desde la calle del Redín y espero frente al polvorín —recita Sara de memoria—. Cuando llegue Jon, trato de hacer que se ponga de espaldas al polvorín. Tú estarás escondido y le sorprenderás por detrás. Le harás creer que tienes una pistola y lo conduciremos hasta tu coche, que hemos aparcado al lado, bajo el Portal de Francia, para llevárnoslo.

—Perfecto. Me voy a adelantar para que me dé tiempo a esconderme antes de que él llegue.

El bombero hace el amago de marcharse, pero Sara le sujeta por el brazo.

Sus ojos verdes están húmedos.

—Martín...

—No pasa nada, Sara. De verdad, está todo bien. Solo estamos nerviosos por la situación.

—No es eso.

—¿Qué pasa?

—Deberíamos pensar qué hacemos si Jon va armado —dice ella.

—Para eso es el efecto sorpresa. Recuerda que solo te espera a ti. Le agarraré por detrás y no tendrá tiempo de reacción. Tampoco

intentará girarse hacia mí porque estará convencido de que voy armado.

Ella no lo tiene tan claro.

—Todo va a ir bien, Sara. No te preocupes —asegura Martín mientras camina de espaldas a ella—. Además, ¿no era esto lo que siempre habías querido? ¿Conocer al famoso Jon?

—Espera. ¿Dónde lo llevaremos?

Martín se detiene.

—¿Cómo?

—Una vez lo secuestremos, quiero decir. No hemos pensado dónde ocultarlo.

—Pensaba retenerlo en mi coche una vez huyamos con él de la ciudad —dice el bombero, poco convencido. Se está dando cuenta de que no son profesionales y que secuestrar a una persona les viene demasiado grande.

—Es arriesgado, pueden pasar horas hasta que nos llame ese hombre.

Ambos se quedan pensando unos segundos.

—Nuestras casas estarán vigiladas. ¿Te fías de alguien? —pregunta Sara.

—Aparte de mi familia, solo me fío de Zubi, mi mejor amigo y compañero de trabajo. Él jamás me fallaría. Pero preferiría evitar convertirle en cómplice de todo esto.

—Quizá sea mejor llevarle a un sitio que no puedan relacionar con nosotros de ninguna manera. Conozco un lugar. Es un refugio de montaña que suele estar siempre vacío. No nos encontraremos con nadie. El acceso no será complicado con tu 4x4.

—Me parece bien.

Martín desaparece a paso ágil por la esquina de Navarrería, en dirección a la calle del Carmen.

Ella se abraza sola, en medio del silencio de la pequeña plaza que ahora parece inmensa y más fría. Toma aire y se arma de valor antes de comenzar a andar.

El cielo en tinieblas encierra esta noche la luz de la luna y de las estrellas, pero permite el paso a una lluvia fina y persistente. Sara camina despacio con las manos en los bolsillos mientras deja a su

espalda la catedral para enfilear la calle del Redín con su pasadizo elevado sobre ella, que antiguamente permitía conectar el convento con las casas del otro lado, evitando que las religiosas rompieran el voto de clausura. Se trata de una calle adoquinada y flanqueada por casas de fachadas empedradas. Apenas un puñado de metros que terminan en el espacio abierto del Caballo Blanco. Un recorrido que de día tiene mucho encanto, pero que esta noche se muestra angosto y asfixiante.

Sara encoge el cuello y se refugia del sirimiri con la capucha. A cada paso que da se siente más nerviosa. Piensa en que siempre hay una primera vez para todo, y esta noche será la primera vez que secuestre a una persona.

*Casa Otazu, Pamplona.
Hace dos años*

Jon sube dando tumbos las escaleras del sótano. Abre la puerta y sale a la planta baja rodeado de humo negro. Cae de rodillas sobre la alfombra mientras tose y trata de encontrar el oxígeno que le faltaba allí abajo. Desde su espalda llegan los gritos de dolor de Imanol y el resplandor del fuego, que no tardará en propagarse por toda la casa.

Blanca y Ainhoa han debido de huir al exterior para ponerse a salvo y avisar a emergencias, porque grita sus nombres, pero no responden.

Sale a la calle con el machete en la mano; en la otra, la bolsa hermética con el *pendrive* que Imanol Otazu había escondido dentro de la escultura de la gárgola. Hace frío y está lloviendo a cántaros. Su camisa se empapa enseguida y se le adhiere al torso. La sangre gotea desde el filo del machete y tiñe un charco de rojo. Jon mira la casa que acaba de dejar atrás: desde la calle todavía no se ven signos del incendio. Pero es cuestión de tiempo que la primera columna de humo emerja hacia el cielo.

Un coche que permanece estacionado a unos metros enciende los faros cuando Jon está en mitad de la carretera de un sentido que pasa frente a la casa Otazu. Se cubre los ojos para protegerse de la luz.

Es un Porsche Cayenne negro. Sus neumáticos ruedan pesados, muy despacio, hacia Egüés, que se echa a un lado para dejarle pasar. Pero el conductor detiene el vehículo junto al periodista y baja la ventanilla.

—Debes de ser Jon —dice el conductor. Está muy oscuro y no puede verle la cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso poco importa ahora. Dámelo. —El hombre extiende la palma de la mano.

Jon duda.

Por un lado, le gustaría darle la bolsa con el *pendrive* a ese extraño y terminar con la pesadilla que ha empezado hace unas horas, cuando llamó al timbre de esa casa.

Pero retumban en su mente las palabras de Imanol sobre la información que tiene ahora en su poder: «Es tu seguro de vida y el de mi madre». «Hay alguien mucho más peligroso que Alain».

En ese momento se produce un estruendo. Es una explosión. Dos de las ventanas de la casa Otazu lanzan sendas bolas de fuego al exterior. Las llamas han debido de alcanzar una bombona o algo muy inflamable en la planta baja.

El torso del hombre se ilumina a causa del fulgor del fuego: es delgado, viste una chaqueta azul oscuro y debe de rondar los sesenta años. Su rostro, a excepción de sus ojos negros, está cubierto por una gran bufanda de cuadros finos. Su mirada transmite una tranquilidad siniestra.

Jon siente un escalofrío. Observa la carretera: la lluvia repiquetea sobre los charcos, el resto es silencio.

Mira al hombre de nuevo.

Lo piensa durante un segundo.

Echa a correr.

Sus movimientos son torpes y renqueantes. El corte que Alain le ha hecho en la tibia le hace cojear.

El Cayenne acelera tras él.

El chillido de los neumáticos que derrapan en el asfalto se mezcla con el ruido de las primeras sirenas de los coches de emergencias que han debido de escuchar la explosión. Se encuentran en el centro de Pamplona, por lo que no tardarán en llegar.

El Porsche acorta enseguida la distancia que le separaba de Jon. Lo atropella por la espalda. El periodista rueda por el capó y la luna delantera antes de caer al asfalto, donde se queda bocabajo, retorciéndose de dolor.

Con la cabeza apoyada en el suelo, ve cómo se abre la puerta del coche. Observa unos zapatos impolutos seguidos de las piernas del conductor, que se baja y camina hacia él. Tiene un objeto afilado en la mano.

Es un cuchillo de poda.

El hombre se agacha y agarra a Jon del pelo con la intención de cortarle el cuello, pero el periodista le propina una patada en la espinilla que lo neutraliza durante los segundos suficientes para ponerse de pie de nuevo.

Las sirenas de policía, ambulancias y bomberos suenan cercanas. Deben de estar a la vuelta de la esquina.

El atacante levanta la mirada y amenaza con el cuchillo a Jon.

—Si no me lo das, te buscaré y te mataré. Os mataré a todos los que habéis salido de esa casa con vida.

Las luces de los coches de emergencia ya brillan al fondo de la calle.

—No pararé hasta encontrarte y conseguirlo —sentencia el hombre mientras se monta de nuevo en el coche. El Porsche Cayenne desaparece calle arriba mientras el periodista se mira el cuerpo dolorido en busca de heridas o huesos rotos.

—¡Alto! ¡Levanta las manos y no te muevas! —grita alguien. Jon se gira y los ve: son dos policías forales apuntándole con sus pistolas reglamentarias.

—Tira al suelo eso y todas las armas que lleves encima —grita el otro agente.

Jon obedece y lanza el machete ensangrentado al suelo.

—¡Al suelo! ¡Túmbate!

—¡Yo no he matado a Imanol Otazu! —grita Jon.

Ambos agentes se miran desconcertados. El periodista entiende que todavía es demasiado pronto para que hayan encontrado el cadáver.

Acaba de inculparse.

—¡Al suelo he dicho, hijo de puta!

Una nueva explosión provoca que ambos agentes se agachen en un acto reflejo y pierdan el objetivo que apuntaban con sus pistolas.

Jon aprovecha la distracción para escapar.

Gira a la derecha y accede al parque de la Media Luna. Choca con una pareja de jóvenes curiosos que se acercaba caminando hacia el incendio.

Continúa cojeando por el paseo que hace de balcón sobre las huertas de la Magdalena. Siente el viento helado sobre su cuerpo mojado por la lluvia, que sigue cayendo sin piedad. A los dos segundos escucha a su espalda:

—¡Ha ido por allí!

Jon se gira sin dejar de andar y comprueba que la pareja con la que ha chocado está señalando en su dirección. Los dos agentes siguen las indicaciones y corren hacia él. Está herido y cada vez los oye más cerca.

Desciende por las escaleras de piedra que separan el parque de la calle que conecta la ciudad con la Magdalena, el meandro que forma el río Arga con las murallas de Pamplona. No para de jarrear y el agua desciende por la cuesta cubriendo los adoquines por completo y formando un afluente del Arga nuevo.

Deja a un lado el molino de Caparroso y, cuando llega a la margen del río, le sorprende la fuerza con la que baja. Jamás lo había visto tan crecido.

Se acerca hasta la precaria pasarela que une ambas orillas. Una suerte de puente sin protecciones laterales que, en forma de zigzag, transmiten la sensación de vadear el Arga; hoy más que nunca, ya que la corriente empuja el agua por encima del hormigón en algunos puntos de la pasarela, como si fuera una especie de almadía estática.

Se salta el precinto de protección que las autoridades ponen a ambos lados del puente en días como este en los que es peligroso cruzarlo. Su pie izquierdo resbala por culpa del hormigón mojado y de su cojera. Está a punto de caer al agua. Pero logra mantener el equilibrio.

Los dos forales siguen sus pasos mientras lanzan gritos para que se detenga.

Jon no tiene intención de hacerlo, hasta que escucha una nueva voz que viene desde el otro lado del puente.

—¡Quieto! —grita otro hombre uniformado.

Le han cerrado el paso. No tiene escapatoria.

El periodista se detiene en mitad de la pasarela, justo en la parte central en la que la estructura se alza con unas pequeñas escaleras formando un arco elevado que permite el paso de las piraguas en días de buen clima.

Hoy, en lugar de piraguas, la corriente ataca sin piedad la pasarela arrastrando los troncos y desechos que encuentra a su paso.

Jon se asoma al borde de la estructura y observa el río: está oscuro y el sonido de la corriente es ensordecedor. Su respiración se acelera más cuando piensa en lo que va a hacer.

En este lugar han muerto muchos imprudentes a lo largo de los años en días en los que el Arga baja tan bravo como hoy.

—¡Las manos arriba! —le grita un agente.

Jon da un paso atrás. Mira hacia la ciudad, desde aquí puede ver el humo que asciende sobre los tejados de la zona donde está ubicada la casa Otazu. Piensa en cómo ha podido cambiarle tanto la vida en una sola noche.

Piensa en Imanol, al que ha abandonado quemándose vivo. En su madre, Ainhoa, a la que le debe la vida por soltarle las esposas. En Blanca Monreal, que, pese a ser cómplice de todo lo que le ha pasado, también le ha salvado de Alain.

Piensa en la vida que le espera a partir de ahora, si tiene suerte; siempre escondido, siempre huyendo de ese hombre siniestro del cuchillo de poda, siempre custodiando ese *pendrive* que guarda en el bolsillo dentro de la bolsa hermética para proteger su vida, la de Blanca y la de Ainhoa.

Mira hacia el cielo y extiende las manos en cruz. Las gotas de lluvia proyectadas por el viento parecen impactar contra su cara y le hacen sentirse vivo, quizá por última vez.

Toma aire.

Cierra los ojos.

Salta al río.

Los agentes lo pierden entre la oscuridad y el rugido de los rápidos que forma la corriente bajo sus pies.

Los días siguientes, cuando las condiciones climatológicas lo permitan, el grupo de rescate acuático de los bomberos y el

dispositivo de búsqueda provisto por la Policía Foral barrerán las márgenes y profundidades del río Arga para tratar de hallar el cadáver de Jon.

Jamás lo encontrarán.

Pamplona. Presente

Sara Jaso llega al Rincón del Caballo Blanco, un espacio grande y abierto situado en lo alto del baluarte del Redín, el sector mejor conservado del recinto amurallado de Pamplona. Las vistas panorámicas a los barrios de la Rochapea y la Txantrea de noche devuelven la ilusión de miles de luciérnagas estáticas y lejanas. Sara deja a un lado el mesón de aspecto medieval que durante los meses de verano está repleto de gente en su terraza y se detiene un segundo frente a la Cruz del Mentidero. Se trata de una picota que hace siglos sirvió para dar castigo a los delincuentes. Sara se imagina atada allí, expuesta a la vergüenza pública, como uno de los ajusticiados que pasaron por esa columna de piedra. Porque lo que se dispone a hacer esta noche, por muchas justificaciones morales que haya armado en su cabeza, la convierte oficialmente en una criminal.

Mira el reloj: las 21:00. Llama al número que aparecía en la nota de Jon. Le cuesta acertar con el teclado táctil por culpa de los nervios y de la lluvia que cae sobre la pantalla del teléfono.

—¿Estás? —pregunta Jon.

—Sí.

Silencio.

—No te veo —dice él.

Ella mira alrededor. El viento sopla con fuerza por ser una zona alta y expuesta, y proyecta una salva de gotas finas de lluvia que se clavan en sus mejillas como flechas diminutas. Las hojas de los árboles, en constante movimiento a causa del viento, devuelven sombras engañosas. Pero no encuentra ni rastro de Jon.

—Te espero frente al polvorín —informa ella.

—De acuerdo —dice Egüés antes de colgar la llamada.

Sara llega hasta el centro de la plaza y se detiene. Frente a ella, la construcción de dos metros en el vértice de su tejado que antiguamente sirvió de polvorín. Siempre que pasa por allí, recuerda la historia acerca de ese lugar que llegó a explotar en varias ocasiones, la última en el siglo XVIII, llegando a destrozar las vidrieras góticas de la catedral. En la puerta hay una pila de piedra, el mismo material que predomina en el resto de la construcción, que servía para santiguarse antes de acceder a su interior porque, a falta de luz eléctrica, los encargados del polvorín entraban con antorchas. Sara está tan nerviosa que no le importaría que todo explotara por los aires en este momento.

Se acerca una persona.

Es una sombra oscura bajo las farolas que pronto se transforma en un hombre de unos cuarenta años, de estatura media tirando a baja y pelo moreno. Lleva vaqueros holgados y un anorak azul marino que le queda grande. Camina alzando los hombros y mirando al suelo para protegerse de la lluvia, y quizá, piensa ella, de las cámaras que haya podido encontrarse por el camino.

Se detiene frente a Sara y alza la mirada sin levantar la barbilla.

—¿Eres la periodista? —pregunta, y enseguida observa a ambos lados para asegurarse de que están solos.

Ella asiente.

—Sara Jaso —insiste él. Su voz es débil y temblorosa.

Ese hombre parece estar más inquieto que ella. Sus ojos marrones, húmedos por el aire frío, reflejan un brillo de temor y desconfianza.

—Sí.

—No estaba seguro de que fueras a recibir la nota que dejé en el periódico. ¿Has venido sola?

—Como me pediste.

—Perdona por las precauciones, quería estar seguro de que no había nadie más contigo.

—Es normal, teniendo en cuenta todo lo que te rodea.

—Lo que me rodea... —repite él sin entender.

—Sí..., ya sabes, el asesinato que cometiste en la casa Otazu —dice Sara, y se arrepiente enseguida al ver el rostro serio de Jon—. Perdón.

Él resopla.

—Enséñame las manos.

—¿Qué?

—Sácalas de los bolsillos. ¿Estás armada?

Ella obedece y levanta las palmas para que las vea. Tiemblan. Aprovecha la excusa para dar varios pasos pequeños laterales.

—No tengo ningún arma. Puedes comprobarlo si quieres —dice mientras se gira con las manos en alto para ofrecerle que la cachee. Es otro subterfugio para terminar de rodear a Jon y dejarle de espaldas al polvorín, como le ha pedido Martín.

—No es necesario.

Sara vuelve a meter las manos en los bolsillos para protegerse del frío y esconder sus nervios.

—¿Es cierto todo lo que cuentas en ese artículo? Que ese bombero encontró los recipientes de cerámica con mi nombre grabado, la familia calcinada en su casa de Zizur, el hombre en el coche...

—Sí.

—¿Encontró también otro junto al cadáver de Blanca Monreal? —pregunta, y Sara nota que se le quiebra la voz.

—Creemos que Martín llegó al hotel en el que se hospedaba antes de que al asesino le diera tiempo a dejarlo.

—Si no mientes —susurra él—, ¿por qué ningún otro medio de comunicación serio se ha hecho eco de la noticia?

—Todo el mundo cree que falleciste mientras escapabas de la policía después de... —Sara se detiene.

—Después de acabar con la vida de Tsunami Otazu. Vamos, dilo, es lo que estás pensando —dice él, incisivo. Ella da un paso atrás como acto reflejo a la subida de tono.

—Solo digo que la noticia se ha hecho viral porque hay mucha gente que nunca creímos del todo la versión oficial.

Sara mira inquieta por encima del hombro de Jon, en dirección al polvorín. ¿A qué está esperando Martín? ¿Por qué no aparece ya por

detrás y lo sorprende?

—No es cierto lo que dicen de ese bombero, ¿verdad? Que ha matado a su cuñado y ha secuestrado a su mujer.

Ella niega con la cabeza.

—Ese hijo de puta se las ha ingeniado para inculparle de sus actos. Le está haciendo lo mismo que me hizo a mí —dice Jon.

—¿Sabes por qué hace eso? ¿Por qué firma sus crímenes con tu nombre? —pregunta ella.

—Quería que saliera del anonimato y lo ha conseguido. Ahora no va a parar de matar hasta encontrarme.

—Pero ¿por qué? ¿Sabes quién es?

—No sé su nombre, pero sé qué busca y sé que sabe que lo tengo yo.

—¿De qué se trata? —inquieta Sara.

—De esto. Lo saqué de la casa Otazu aquella noche.

Jon extrae de su bolsillo una memoria USB.

—¿Qué información contiene? —pregunta ella mientras piensa en dónde se ha metido Martín y a qué espera para cumplir con su parte del plan.

En ese momento, Jon se percata de que es la tercera vez que Sara mira hacia el polvorín.

—¿Esperamos a alguien? —cuestiona con desconfianza al tiempo que se acerca a ella.

—N-no...

Jon saca un cuchillo largo de su bolsillo. Ella da un paso atrás en cuanto ve brillar la hoja bajo la luz de las farolas.

—Quieta. Date la vuelta —dice apuntándole con el filo.

—No me hagas daño, por favor.

—Puedes estar tranquila, siempre que no hagas ninguna tontería. Ahora camina. Vamos a rodear el polvorín —dice Jon mientras apoya el cuchillo en el cuello de ella.

Caminan pegados el uno al otro, a pasos lentos. En cuanto giren la esquina, piensa Sara, Jon descubrirá a Martín y se habrá acabado todo. Jon le clavará el cuchillo para entretener al bombero y huirá de nuevo. Desaparecerá para siempre. Será la leyenda, la teoría en la que solo creen cuatro entusiastas del misterio y las conspiraciones.

Ane estará muerta.

Cuando llegan a la parte trasera de la caseta de piedra, solo encuentran la luz amarillenta de una farola que alumbra la plaza vacía.

Martín no está.

—Te lo he dicho —reitera ella—. He venido sola.

Jon retira el cuchillo y libera a Sara.

—Perdona —dice él—, todo esto me ha puesto de los nervios. Mi nombre ha vuelto a salir en todas partes, yo... pensaba que eso ya había terminado para siempre, pero...

No puede acabar la frase.

Martín Salaberri salta desde el tejado del polvorín, donde permanecía tumbado y oculto por la penumbra, y clava su codo afilado en la cabeza de Jon Egüés, que se derrumba a causa del golpe.

Pamplona. Hace dos años

Blanca Monreal conduce mientras su mente trabaja al compás de los limpiaparabrisas del coche de Alain, que se mueven de lado a lado sobre la luna delantera. Las nubes negras que cubren el cielo nocturno escupen agua sin piedad formando riachuelos sucios a ambos lados de la carretera. Los faros del coche reflejan la luz sobre las gotas de lluvia y los charcos creando un caleidoscopio inquietante.

Blanca no ha llamado al 112. Ha tomado a la anciana del brazo y, al salir de la casa Otazu, se ha encontrado con un hombre que no conocía. Estaba apoyado sobre un Porsche Cayenne con el motor encendido, el rostro cubierto por una bufanda grande y la mirada clavada en el chalet.

—Alain y tú trabajáis para mí. Yo os he hecho este encargo —le ha explicado con la voz firme del que está acostumbrado a dar órdenes. Después le ha preguntado qué ha pasado allí dentro. Ella le ha contado que todo se ha torcido cuando ha aparecido un periodista que Imanol había contratado para escribir su biografía.

—Se llama Jon Egüés.

—¿Un periodista? El cabrón lo pensaba contar todo —ha dicho él para sí mismo sin que ella entendiera nada.

El extraño solo le ha pedido una cosa a Blanca: que se llevase el coche de Alain, aparcado frente a la casa, para alejarlo de la escena del crimen y evitar que los relacionaran a ambos con lo sucedido en ese sótano. Ella ha tenido el convencimiento interno de no tener otra opción que obedecer.

Pero Blanca no deja de pensar en que, aunque ese hombre cumpla con su parte, todavía quedará un cabo suelto.

La madre de Imanol.

Ainhoa lo ha presenciado todo. Ha visto a su hijo atado a esa tubería, sus cortes en las piernas, su cuerpo mojado en gasolina.

Está sentada en el asiento del copiloto. Tiene la mirada vacía y una especie de convulsiones que no cesan. El cristal de su ventanilla se perla de gotas microscópicas de vaho que desaparecen para volver a formarse de nuevo con cada respiración acelerada.

—¿Estás bien, Ainhoa? —insiste Blanca. La anciana no ha abierto la boca desde que han escapado del sótano. Le pone la mano sobre el muslo para tranquilizarla, pero ella no para de temblar.

Suena un teléfono que hay apoyado sobre el hueco del cenicero. Es el de Alain, se lo ha debido de dejar aquí antes de entrar en la casa.

—¿Alain? —dice Blanca.

—La casa está ardiendo. Todos los que estaban en su interior han muerto —responde su interlocutor con la frialdad del que da el parte del tiempo por la radio. Es ese hombre otra vez.

Ella no puede evitar llorar; por Imanol, por Jon y por el hombre que amaba y la manipuló. Observa a la anciana, que sigue mirando por la ventanilla sin reaccionar. Está en shock.

—Escúchame, Blanca. Toma la nacional que sube hacia Oronoz-Mugairi. Después ve en dirección a Santesteban. Voy a compartir contigo la ubicación de un caserío. Es un lugar apartado, lejos de los pueblos del valle. Conozco al dueño y sé que está de viaje, pero siempre deja la puerta del cobertizo abierta. Esconde allí el coche y espérame. Pasaré a recogerte en una hora.

Blanca no responde, solo puede sollozar frente al volante del vehículo, cuyos limpiaparabrisas se mueven de un lado a otro tratando de retirar en vano las gotas de lluvia incesante que descarga la tormenta. Es como si el mundo entero se hubiera puesto a llorar al unísono.

—¿Me has oído? —insiste él.

—Sí... —responde intercalando su mirada entre Ainhoa y la carretera.

—Estoy pensando en los siguientes pasos, ya tengo una idea en mente, pero es mejor que hablemos en persona porque... ¿La madre de Imanol me está escuchando?

—Sí... —dice mientras la observa. Aunque la anciana parece que está en otro plano de la realidad—. Creo.

—Llegaré lo antes posible.

Etxarri Aranatz. Presente

Etxarri Aranatz es un municipio de dos mil quinientos habitantes que se encuentra a media hora del Portal de Francia, donde Martín y Sara habían aparcado el 4x4 del bombero. Hace quince minutos que han dejado atrás las últimas casas del pueblo y el camping para ascender la montaña por el camino empedrado que discurre entre robles gigantescos. Hoy hay plenilunio y, pese a que la senda es angosta, apenas han necesitado encender las luces del vehículo en un par de curvas durante el trayecto. Con suerte no han llamado la atención de ningún vecino. Martín conoce bien la zona de venir algunos fines de semana a correr con Ura por la ruta de los dólmenes, un recorrido circular sobre un sotobosque cubierto de robles y hayas que permite ver varios lugares de enterramiento milenarios.

El bombero siente un escalofrío que le hace estremecerse al pensar en los difuntos que yacen bajo esos túmulos. Después mira a Jon a través del retrovisor: ha recuperado la consciencia, pero sigue aturdido. Tiene las manos atadas y su cuchillo largo le apunta al costado; lo sujeta Sara, sentada junto a él en el asiento trasero.

—Hemos llegado —informa Salaberri cuando intuye la forma de una casa de una sola planta. Se trata del Auntzetxe, un refugio de montaña restaurado que otrora fue una borda para guardar cabras y cobijo de las personas que trabajaban en esas montañas. Se puede apreciar una pátina fina de nieve sobre sus tejas.

—Ayúdame —pide Sara.

Martín rodea el 4x4, abre la puerta trasera y agarra a Jon del brazo para sacarlo. Él se tambalea cuando sus pies tocan el suelo. Sara los alcanza enseguida con el cuchillo en la mano.

—No veo luz. Hemos tenido suerte, parece que no hay nadie —dice Martín.

—Vamos.

La luna proyecta destellos fantasmales entre las ramas esqueléticas de los árboles que rodean la explanada. Acceden a la campa vallada por un muro de unos noventa centímetros de altura y se acercan a la pequeña fuente. Sara inclina a Jon hacia el chorro. El secuestrado sacude la cabeza en cuanto siente el contacto del agua helada. Pero funciona. Por primera vez desde que Martín cayó sobre él con todo el peso de sus huesos saltando desde el tejado del polvorín, Egüés comienza a espabilar.

Entran en el interior del refugio. Les recibe el olor a cerrado y humedad. Martín enciende la linterna de su móvil y echa un vistazo. Es una sala de cincuenta metros cuadrados de techo alto, con dos ventanas y una chimenea en una esquina. La única comodidad que ofrece consiste en una mesa larga flanqueada por bancos de madera.

—Siéntalo frente a la chimenea, está tiritando —dice el bombero—. Ahora vuelvo, he visto leña bajo el porche.

—No hagas ninguna tontería, Jon —ordena Sara.

Enseguida entra Martín con varias ramas secas y dos troncos de haya. Se muestra tan experto en encender un fuego como en apagarlo, porque no tarda en prender las primeras llamas.

—Costará un rato que sintamos el calor, esto está helado —comenta mientras sopla acucillado frente a la chimenea.

—¿Te ha llamado? Mira a ver —susurra Sara.

Martín comprueba su móvil y niega con la cabeza al no encontrar ninguna notificación de llamada perdida. No saben cuánto tiempo necesitarán estar escondidos en este refugio hasta que ese hombre les contacte para decirles cómo hacer el intercambio de rehenes.

Si continúan allí cuando amanezca, estarán corriendo un riesgo excesivo, porque podría sorprenderles cualquier excursionista.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —pregunta Jon, que abre la boca por primera vez. Aparenta estar más calmado de lo que correspondería en su situación. Es como si haber sobrevivido al

crimen de la casa Otazu le hubiera otorgado el temple y la resignación del que conoce el camino tortuoso que ya ha transitado.

Martín se gira iluminado por el baile de las llamas titilantes. Suspira, mira a su secuestrado a los ojos y le dice:

—Lo siento. De verdad que lo siento, Jon, pero ese hombre tiene a Ane, mi mujer, y, si no te entregamos, la matará igual que ha hecho con Blanca Monreal, con esa familia de Zizur a la que quemó viva y con otro hombre en el barrio de La Milagrosa.

—¿Eso os ha dicho? —inquire Egüés, que sonríe con sarcasmo—. No tenéis ni idea de con quién estáis tratando. Os matará a todos también.

—Es un riesgo que tendremos que correr —dice Sara—. Es la única opción de salvar a Ane y de que no vaya a por nosotros.

Jon suelta un bufido.

—Tonterías. No os engañéis. ¿Por qué creéis que me busca? Solo pretende salvarse a sí mismo. Quiere obtener la información que contiene el USB que guardo en el bolsillo. Después me matará, sí, porque soy la única persona que la conoce. A eso le llama «atar cabos». Por eso luego os quitará la vida también a vosotros, porque sabéis quién es él y lo que ha hecho para conseguir este USB. Y hará lo mismo con tu mujer, que...

—¡Cállate! —lo interrumpe ella levantando el cuchillo hacia Jon—. No estamos haciendo esto por gusto. ¡No nos queda otra!

—Sara, cálmate —dice Martín.

Ella le da el arma y camina hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —pregunta el bombero.

—¡A mear, hostia! —responde, nerviosa—. ¿O tengo que hacerlo aquí dentro delante de vosotros? Vigílate, anda.

Cuando se cierra la puerta del refugio, Martín suspira y se dirige de nuevo a Jon con un tono más calmado.

—Quizá tengas razón. Lo más probable es que nos mate a todos.

—¿Por qué no acudís a la policía? —pregunta Jon.

—Ha insistido en que matará a Ane si descubre que lo hemos hecho. Además, la policía me busca, creen que he secuestrado a mi mujer y matado a una persona.

Ambos se quedan en silencio durante unos segundos. Lo rompe Jon, que levanta la mirada y el brillo del fuego de la chimenea se refleja en sus ojos.

—Podemos pararle, Martín. Los tres. Podemos dejar de obedecerle, de escapar, y pasar al ataque. Si nos unimos, le sorprenderemos.

Martín duda, sabe que es la opción correcta, pero la vida de Ane está en juego.

—Le tenderemos una trampa —insiste Jon.

Salaberri se pone a dar vueltas por la estancia. Se lleva las manos a las sienes para pensar. El vaho sale de su boca a causa del frío con cada respiración. Después se frota los ojos, nervioso.

Hay decisiones en la vida capaces de provocar que todo termine para siempre.

Esa clase de decisiones que uno toma de madrugada en una borda en mitad del monte mientras observa a la persona que tiene secuestrada.

Finalmente, Martín rodea el banco sobre el que está sentado Jon y, mirándole a los ojos, le pregunta:

—De acuerdo. Lo haremos juntos. ¿Quieres contarme qué hay en esa memoria USB?

*En algún lugar cercano a Santesteban.
Hace dos años*

Ha pasado una hora desde que Blanca y Ainhoa han llegado al caserío. Siguen dentro del coche. A través de la puerta del cobertizo pueden ver cómo la lluvia cae del cielo como si se tratara de un río vertical.

Es una zona oscura, apenas hay un par de caseríos similares en la ladera del monte, pero cada pocos segundos los truenos agrietan el cielo rompiendo el silencio y los fogonazos de los rayos que los preceden iluminan el interior del vehículo.

Las pupilas de la anciana siguen dilatadas. Está alerta, como si todo fuera peligroso a su alrededor. Ya no tiembla, pero continúa respirando de forma acelerada y no ha retirado su mirada vacía de la ventanilla del coche, aunque ya no están circulando y no hay nada que observar.

—Ainhoa, dime algo, por favor —vuelve a pedirle Blanca.

La anciana no responde, traga saliva y, cada vez que intenta abrazarla, su cuerpo frágil se pone rígido como una de las vigas del techo del cobertizo.

Pese a acabar de escuchar a ese hombre decir a través del manos libres que su hijo ha muerto, la anciana no llora. Es como si estuviera anestesiada emocionalmente. Las luces del mundo se han apagado y solo hay oscuridad a su alrededor. Blanca no sabe si es a causa del shock o de su enfermedad.

—Ainhoa, ¿no puedes hablar? —insiste, asustada.

Desenrosca un botellín de agua y se lo ofrece, pero la madre de Imanol ni siquiera lo mira.

—¿Recuerdas lo que ha pasado en casa?

Ella niega con la cabeza sin dejar de mirar a ninguna parte. Pero al menos ha respondido.

—¿No sabes qué ha pasado?

La anciana vuelve a negar.

En ese momento, una luz ilumina el interior del cobertizo. Pero esta vez no se trata de un rayo de la tormenta. Son los faros de otro vehículo.

El Porsche Cayenne se detiene frente a ellas. El hombre se acerca a la ventanilla de Blanca y da dos golpes con los nudillos.

—Baja. Tú sola.

Ella obedece. Ambos se sitúan entre el coche de Alain y el Cayenne, iluminados por las luces de este último y rodeados del sonido continuo de la lluvia.

Blanca pregunta:

—¿Quién eres? ¿Puedes quitarte esa bufanda?

—Es suficiente con que sepas que soy la persona que os hizo el encargo a Alain y a ti. No tenemos tiempo para más explicaciones, o la historia no resultará creíble —dice él.

—¿Qué historia?

—Te voy a llevar de vuelta a Pamplona. Vas a acudir a la comisaría de la Policía Foral y les vas a contar lo siguiente: Jon Egüés entró en la casa de Imanol, para quien trabajas desde hace dos años. Os retuvo contra vuestra voluntad a ti, a Imanol y a su madre, pero tú lograste huir antes de que quemara la casa con Otazu y la anciana en su interior. Ese sótano ha ardido de tal manera que es imposible que los bomberos encuentren ningún cadáver. Te has escondido en un portal y no te has atrevido a acudir a la comisaría hasta que te has sentido segura de...

—Espera, ¿cómo que ha quemado a su madre? —pregunta sorprendida mientras señala el otro coche.

—Se quedará aquí. Después de dejarte en Pamplona volveré y me encargaré de ella.

—¿Encargarte de...? Es solo una anciana indefensa. Está enferma. ¡Por favor! ¿Qué vas a hacer?

Él no responde.

Es obvio.

Blanca piensa rápido, trata de buscar la claridad dentro del caos que nubla su mente en estos momentos.

—Escucha —dice tratando de sonar calmada—. Ainhoa sufre alzhéimer. No recuerda que acaba de ver a su hijo atado a una tubería y con las piernas cortadas por un machete. Ni que te ha escuchado decir por el manos libres que Imanol ha ardido con el resto de la casa. Ni siquiera ha podido articular palabra desde que hemos salido de allí. No tiene ni idea de lo que ha sucedido.

El hombre se queda en silencio, pensando.

—Sé lo que digo; trabajo cuidando de ella a diario. Es imposible que cuente la verdad —insiste ella.

Él mira el reloj.

—No funcionará. Quizá solo esté en shock por lo sucedido. ¿Qué pasa si la interrogan y dice que la llevaste en coche hasta este caserío y que un hombre vino y os llevó de vuelta a Pamplona?

—No lo va a recordar. Hazme caso, su enfermedad se ha acelerado durante los últimos meses. Tiene periodos de lucidez, pero ahora mismo vive en otro plano, en otra realidad ajena al mundo que la rodea. Su testimonio no valdría legalmente para inculparnos.

El hombre suspira bajo la bufanda a cuadros.

—¿Estás segura?

Blanca asiente, pero no lo está.

—No me gustan los cabos sueltos —dice él—. Si esto se convierte en uno, no descansaré hasta atarlo. ¿Entiendes?

Ella asiente con miedo.

—Si la anciana habla, tú te convertirás automáticamente en un cabo suelto —aclara como si fuera necesario.

Blanca asiente de nuevo ante la amenaza. Después cae en la cuenta de una cosa.

—¿Y Jon? —pregunta—. Hemos quedado en que la casa ha ardido con Imanol en su interior, pero no has mencionado a Jon.

—Esta es la mejor parte —responde confiado. Blanca siente un escalofrío al comprobar que ese hombre parece disfrutar al contarle su plan—. Ha escapado del incendio. He visto cómo lo perseguían dos agentes de policía. Se ha lanzado al río Arga desde la pasarela

de la Magdalena antes de que lo detuvieran. Tal y como bajaba el río esta noche, es imposible que haya sobrevivido.

—No lo entiendo..., ¿por qué no se ha entregado? Era inocente.

—Llevaba un machete en la mano, por lo que estoy seguro de que le han dado por culpable. Además, he podido tener unas palabras rápidas con él cuando ha salido de la casa. De haberse entregado, yo me habría encargado de él para que no dijera nada. Tengo algún que otro contacto en la Policía.

—Sería un cabo suelto.

El hombre sonríe bajo la bufanda y replica:

—Aprendes rápido.

Ella se queda en silencio unos segundos, pensando.

—Apoya esta versión con tu testimonio, Blanca. Es la única manera que tienes de seguir con tu vida. ¿Estamos?

Ella dice que sí entre lágrimas.

Saca un pañuelo de papel con sus manos temblorosas y se suena la nariz.

—Estupendo. Mete a la madre de Imanol en mi coche. Durante el trayecto a Pamplona tú y yo le daremos forma a los detalles para que no caigas en contradicciones. Lo más importante es que no menciones a Alain en tu declaración a la Policía Foral.

*Badostáin, afueras de Pamplona.
Presente*

Era demasiado arriesgado retener a Ane en el dúplex del paseo Sarasate. Nada me aseguraba no encontrarnos con un vecino en el garaje o en el ascensor. En cambio, la casa del pueblo de mis padres, vacía desde que murieron y yo dejé de usarla para mis asuntos ilegales, es mucho más discreta.

Badostáin es un municipio de trescientos habitantes, a poco más de tres kilómetros de Pamplona. Pocas casas, pocos vecinos, pocas miradas indiscretas.

Sin policía.

Cirulo por las calles del pueblo con las luces de la furgoneta apagadas. Me detengo frente a la fachada de la casa y, tras abrir la puerta metálica del garaje, introduzco el vehículo marcha atrás. Trato de revolucionar el motor lo mínimo posible. Antes de salir de la furgoneta, me aseguro de que no hay nadie. Me llevo un pequeño susto cuando veo a través del espejo lateral a un gato negro corretear entre los coches aparcados frente a las otras casas que hay junto a la propiedad. Pero, aparte de eso, no encuentro ninguna ventana con la luz encendida, ningún vehículo con el motor en marcha ni ningún vecino paseando a estas horas.

Salgo a la calle un momento para asegurarme.

El aire frío del Valle de Egüés me golpea incompasivo en las mejillas. Me soplo las manos para tratar de calentarlas. La noche es cerrada, lo cual es una ventaja porque nadie ha podido verme circular por el camino rural que lleva al pueblo desde la carretera que serpentea por el valle. Este lugar me trae recuerdos de tiempos mejores en los que todavía no se había desmoronado mi vida. Pero, a la vez, aquí fue donde comenzó todo.

Y donde maté por primera vez.

Entro en el garaje de nuevo y lo cierro. Rodeo la furgoneta y abro el portón trasero con la mano que tengo libre; en la otra sujeto el cuchillo de poda con fuerza.

—Sal —le digo a Ane—. Sin gritar o... —Le acerco el lado afilado de la hoja para que pueda verlo bien.

Ella pega la espalda a la chapa de la furgoneta, lo más lejos que puede de mí. Sus gritos se ahogan en la mordaza.

—Vamos, no me lo pongas difícil —insisto.

Me subo a la parte trasera del vehículo. Es una Mercedes Vito blanca que no me permite ponerme de pie, así que camino agachado hasta Ane, que sigue sentada y trata de golpearme con las piernas. En una de esas patadas, le corto el tobillo con el cuchillo. Aprovecho mientras se lamenta para agarrárselo y tirar de su pierna con fuerza hasta arrastrarla fuera de la furgoneta.

Grita.

Le pongo el cuchillo de poda en el cuello por el lado dentado; todavía no quiero matarla.

—Si no te estás quieta, esto será lo siguiente que corte. Vamos adentro.

Ella obedece. Deja de gritar y forcejear, pero está temblando de miedo.

Accedemos al salón. Huele a polvo y a madera envejecida de los muebles. Se nota que nadie ha habitado la casa durante estos años.

Ato a Ane a una silla con ayuda de una cuerda.

—Sin tonterías —le advierto.

Me dispongo a encender un fuego en la chimenea para calentar un poco la casa. Ella se mantiene en silencio todo el tiempo. Cuando las ramas pequeñas de madera seca empiezan a arder, añado un tronco grande y me siento en el sofá.

Desde aquí le saco una foto a Ane y hago una llamada telefónica.

—¿Está hecho? —escucho al otro lado de la línea por todo saludo.

Pongo el manos libres para poder hablar mientras le envío la foto que acabo de sacar.

—Mira nuestro chat de Signal —digo.

Tarda un par de segundos en contestar, luego pregunta:

—¿No la matas?

Observo a Ane. Está paralizada por el miedo y no sé si es capaz de escuchar desde su posición la conversación que afecta directamente a su integridad física. Después observo el cuchillo de poda que sujeto en la mano y respondo:

—No hasta que tenga a Jon Egüés. Por si acaso al bombero le da por hacerse el héroe.

—Entendido. A mí me queda el último paso.

—Ahora, cabeza fría. No podemos precipitarnos. Estamos muy cerca. Vamos a esperar a tener a Jon aquí. Pronto acabará todo.

—¿Has ido con cuidado? ¿Te han visto llegar al pueblo? —inquire.

—No, las calles estaban vacías. Puede que vean el humo de la chimenea. Pero, si se acerca algún vecino cotilla, no abriré la puerta. ¿Tú cómo lo llevas?

Se queda en silencio unos segundos.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Todo está saliendo demasiado bien y según tu plan.

—¿Entonces? Así es como tiene que ser —digo.

—Tengo un mal presentimiento.

—Tú sigue adelante con tu parte y no pasará nada.

Silencio.

—¿Estamos? —me aseguro.

—Sí —contesta en voz baja.

—Estupendo —digo, pero noto cierto reparo en su voz, por lo que después añado—: Estás haciendo muy buen trabajo, ¿de acuerdo?

—No dijiste lo mismo cuando no fui capaz de obtener el nombre del pueblo donde se encontraban la mujer y la hija de Martín. Te pusiste furioso y me llamaste inútil.

Suspiro. Creo de verdad en su potencial, pero a veces me hace perder los papeles cuando no pone todas sus capacidades al servicio de lo que le pido.

—No importa. Al final nos ha venido bien que tuviera que matar a su vecina para obtener esa información. Un cadáver más aporta peso a la historia de que Martín Salaberri es un asesino.

—¿Lo prometes? —titubea.

—Sí, cariño. Aguanta un poco más. En cuanto acabemos, ese bombero parecerá ser el culpable de la muerte de su mujer y yo obtendré lo que quiero de Jon y conseguiré que esa información no salga nunca a la luz. ¿No tendrás dudas ahora? Estamos muy cerca.

—Mi único miedo es que algo salga mal, que surja un imprevisto que pueda señalarme. No sé, un testigo, un movimiento inesperado de cualquiera.

—Vamos a ver —digo con tono condescendiente—, hasta ahora, ¿cuándo ha fallado mi plan?

—Falló en el momento en el que apareció Martín Salaberri y se guardó en el bolsillo el recipiente que se suponía que iba a encontrar la policía.

—De acuerdo —admito—, por su culpa tuvimos que improvisar. Pero de esta manera hemos evitado a la poli.

—No sé cómo lo ves siempre todo tan fácil.

—Créeme, ha sido más seguro jugar contra un bombero solo que contra todo el cuerpo de la Policía Foral. En cuanto seguí a Martín y vi que era amigo de Fermín Iribar, lo tuve claro. Y la mejor prueba de que acerté es que hemos conseguido que Jon salga de su escondite, ¿no?

—No sé...

—Confía. Él morirá con la etiqueta de culpable por la muerte de su mujer y su vecina sin que nadie sepa que ha sido un instrumento para cazar a Jon. Ahora viene la parte más complicada, es normal que tengas miedo, nunca has matado. Si lo necesitas, puedo llamar a mi contacto para que lo termine.

—¿A ese chapuzas? Mira la que lio hace dos años en la casa Otazu. Lo haré yo, estoy bien. Es solo que a veces las cosas pueden salir de forma diferente a como esperamos. No es posible controlar todas las variables —insiste.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Mira lo que pasó con Jon...

Sé lo que va a decirme.

—No previste su aparición en la casa Otazu. Escapó. Y por eso estamos así ahora mismo, para solucionarlo.

Lo sabía. Suspiro.

Oigo a través del teléfono cómo se enciende un cigarro. Suenan el clic de un mechero y la exhalación del humo.

—¿Ahora también fumas? —pregunto.

—Ya sabes, de tal palo, tal astilla, ¿no? En fin, tengo que dejarte, es el momento.

—Escúchame un segundo. Antes necesito que me digas que confías en mí, que no vas a salirte del plan.

—Puedes estar tranquilo. Todo va bien. Tendrás noticias mías en un rato, cuando acabe con la vida de Martín y esté de camino a Badostáin. No me llames a no ser que haya un imprevisto.

—Hablamos luego. Gracias, hija.

Etxarri Aranatz. Presente

Martín rodea el banco sobre el que está sentado Jon y le pregunta:

—De acuerdo. Lo haremos juntos. ¿Quieres contarme qué hay en esa memoria USB?

La luz que emite la chimenea parpadea sobre media cara del bombero. El fuego se refleja en los ojos de Jon, que atisban un hilo de esperanza al acabar de encontrar a dos aliados en Martín y Sara con los que enfrentarse a la persona que desea matarlo.

—Pertenece a Imanol Otazu. Él mismo me pidió que me la llevara la noche en la que ardió su casa con él dentro. Contiene cientos de archivos que...

En ese momento, la puerta del refugio se abre y entra Sara Jaso.

Una ráfaga de viento hace temblar las llamas.

—Es mejor que no hablemos con él —dice ella—. No nos conviene empatizar.

—Me estaba contando qué hay en ese USB. ¿No tienes curiosidad? Esa información ha causado todo esto, todas estas muertes y nuestro sufrimiento.

Sara asiente, poco convencida.

—Por favor, Jon, continúa. Empieza por el principio. ¿Cómo lograste escapar y dónde has estado escondido durante estos dos años?

—La policía me arrinconó en la pasarela que cruza el Arga. El río estaba muy crecido debido a las fuertes lluvias, había mucha corriente y era peligroso incluso estar de pie sobre el puente. Pero no me quedó otra opción. Salté al agua y el río me arrastró hasta la orilla a la altura de la localidad de Ansoáin. Logré agarrarme a unos troncos a duras penas; no sé cómo lo hice porque estaba herido, pero supongo que la adrenalina que me recorría el cuerpo debió de

darme la fuerza suficiente para salir de allí a pie. Caminé renqueante mientras las piernas me pedían parar a descansar, pero la cabeza me decía que era la única oportunidad de escapar. Necesitaba llegar a un lugar: Artica. Allí vive un buen amigo, al que no había visto en años, pero que no titubeó ni un segundo cuando llamé a su timbre y le pedí ayuda desesperado. Me llevó a una finca de un familiar suyo en Huesca, donde he estado oculto estos dos años hasta que ese hombre ha decidido atacar de nuevo.

—¿Por qué has salido de la clandestinidad? —pregunta Martín—. Podrías haber permanecido en esa finca durante el resto de tus días.

—Imanol Otazu me hizo prometer que estaría pendiente de que a su madre no le ocurriera nada. A cambio, me dio esta memoria USB y me dijo que sería mi seguro de vida y el de ella. Además, esa mujer me salvó dentro del sótano. Si no hubiera sido por ella, yo habría muerto en la casa Otazu. En cuanto vi que ese animal estaba matando en mi nombre y que ya había llegado hasta Blanca Monreal, supe que no tendría opción; o salía de mi escondite, o acabaría asesinando a Ainhoa.

—Pero ¿qué hay en ese *pendrive*? ¿Qué es tan importante como para generar tanta muerte y dolor? —pregunta Martín.

—Documentos de compra de fármacos. Vídeos y fotos de Imanol Otazu recibiendo las inyecciones. También aparecen otros deportistas de élite de toda Europa.

—¿Dopaje? ¿Me estás diciendo que Tsunami Otazu, la leyenda de la natación, se dopaba? —pregunta Martín llevándose las manos a la cabeza.

Jon asiente.

—THG o tetrahidrogesterinona, un esteroide anabólico sintético que aumenta la masa muscular, la fuerza y la resistencia. Fue diseñado para eludir los controles antidopaje, pero se descubrió su uso en 2003.

—Joder...

—Durante los dos años que he estado escondido, esa información ha sido mi escudo frente a ese hombre que os ha encargado secuestrarme. Es curioso que un objeto tan pequeño sea capaz de protegerme de un hombre tan peligroso.

—¿Sabes quién es?

—Es la persona que le suministraba la THG. Por lo que aparece en esos documentos, estuvo haciéndolo durante años. Me lo encontré mientras escapaba de la casa Otazu. Me atropelló con el coche y trató de quitarme la memoria USB. Debe de tener unos sesenta años, delgado, su mirada es hielo. No tengo ni idea de quién es, pero está detrás del dopaje sistemático de Imanol Otazu y del resto de los deportistas. Y una cosa está clara: está dispuesto a hacer cualquier cosa para que nadie le descubra. Solo tengo un dato suyo.

—¿Cuál? —pregunta Martín.

—Firma todo con una inicial: «J».

—Jota... —repite el bombero mientras se gira hacia las llamas pensativo.

—No sé a qué nombre hace referencia. He buscado entre los miembros del equipo de Imanol, pero no hay nadie con esa inicial. Tampoco he encontrado similitudes entre el recuerdo que tengo de quien me esperó frente a la casa Otazu y las fotos que hay en internet de las personas de confianza de Imanol. Pero estoy seguro de que es él. No tengo dudas —dice Jon.

—Jesús. Jesús Jaso —afirma Sara de repente.

Ambos hombres se giran hacia ella. Tiene una pistola en la mano y les está apuntando.

—¿Qué estás haciendo, Sara? —pregunta Martín.

—¡No te muevas! —grita ella mientras pasa a sujetar el arma con ambas manos.

El bombero y Jon levantan las palmas.

—Jesús Jaso es mi padre —confiesa ella.

—¿Qué estás diciendo, Sara?! No me jodas —reniega Salaberri.

—Solo puedo decirte que lo siento, Martín. Durante estos días has llegado a caerme bien de verdad. No es fácil hacer lo que tengo que hacer contigo ahora —dice ella.

—Vamos a calmarnos, ¿vale? —pide el bombero mientras da dos pasos hacia Sara.

—¡Que no te muevas, hostia! —grita ella.

—De acuerdo, de acuerdo. Tranquila.

—Ahora vamos a hacer una cosa muy sencilla y no quiero que se os ocurra intentar nada, ¿estamos?

Ambos asienten.

Sara se acerca a Jon y le corta las bridas con el cuchillo sin dejar de apuntar al bombero.

—Muy bien. Ahora, Jon, coge esa sog a que hay sobre la mesa. No penséis que está en este refugio por casualidad. Mi padre la dejó aquí hace cuatro días. Arrastra uno de los bancos y ponlo aquí, en el centro de la estancia. Pasa un extremo de la cuerda por esa viga de madera. Muy bien. Ahora tú. —Señala con la pistola a Martín—. Acércate y deja que él te pase la sog a por el cuello con un nudo.

Ambos obedecen.

—Súbete al banco, Martín.

—Sara, por favor —dice el bombero—. No lo hagas. Vamos a hablar, podemos llegar a un acuerdo y solucionarlo.

—No tengo tiempo de cháchara. Acabo de llamar a mi padre mientras estaba ahí fuera. Tiene a tu mujer retenida en una casa y solo necesita saber que he acabado contigo para matarla. Todo el mundo creerá que eres el maltratador que se suicidó ahorcándose en una borda después de asesinar a su mujer, la que le había pedido estar un tiempo separados. Un caso horrible más de violencia machista de tantos que suceden en este país.

—Me has engañado —dice él.

—¿Recuerdas la canción que te hice escuchar la noche en la que nos conocimos? «Sadie», de Alkaline Trio. Solo sigo a mi padre y lo protejo, igual que ella hizo con Charles Manson.

—Estás como una puta cabra.

Sara Jaso sonr íe, pero la curva de sus labios toma una forma distinta a lo que el bombero ha conocido estos días. Es una risa alargada y descontrolada. Terrorífica. Como si se mostrase real por primera vez.

Martín piensa en Ane, pero también en Laia, que crecerá con la idea de que su padre fue un monstruo capaz de todo eso.

Viene a su mente optimista una de las fotografías que guarda en la carpeta naranja. Sacada por Zubi, aparecen Ane y él abrazándose frente a la fachada de la Universidad Pública de Navarra después de

que le echaran de la carrera. Ese día Martín lloró, pero también hizo hueco al optimismo y decidió que prepararía las oposiciones de bombero.

Recuerdo 97: donde algunos ven el fin del continente, yo veo el principio del mar.

El problema es que esta es una de esas situaciones en las que ni siquiera él está seguro de que haya lugar para la esperanza.

—Nosotros dos nos vamos —le dice Sara a Jon—, tenemos más de media hora hasta llegar a la casa en la que está mi padre. Lo siento de verdad, Martín. —Empuja de una patada el banco de madera dejando al bombero colgado del cuello, pataleando.

Salaberri ve cómo se cierra la puerta del refugio y escucha entre sus jadeos ahogados el sonido familiar del motor de su Land Rover 4×4.

En ese instante de soledad, mientras su cuerpo cuelga de la viga de madera, la soga le quema el cuello y él agoniza en busca del último aliento de oxígeno, es cuando Martín Salaberri se da cuenta de que nunca ha sabido quién era realmente Sara Jaso.

Hasta que ha sido demasiado tarde.

Tercera parte

Antes de empezar un viaje de venganza,
cava dos tumbas.

CONFUCIO

Pamplona. Presente

Martín Salaberri abre los ojos y una luz blanca le deslumbra con la intensidad de las llamas de un incendio. Le duele la cabeza como si el camión de bomberos le hubiera pasado por encima mientras estaba inconsciente. Las pupilas tardan unos segundos en acomodarse a la claridad; cuando lo hacen, entiende dónde está.

Es un hospital.

Trata de incorporarse sobre la cama. Se marea y agarra las sábanas con las uñas para tratar de estabilizar su visión. Al tragar saliva, la piel del cuello se le tensa como si todavía estuviera colgado de la soga en el refugio de Auntzetxe. El ardor de garganta le recuerda al dolor que sentía mientras pataleaba y penduleaba bajo esa viga en busca de un suspiro de oxígeno que lo mantuviera vivo. Un zumbido constante en los oídos ensordece sus pensamientos y no logra concentrarse. Pero intenta hacer memoria de los acontecimientos. No sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde que un hombre desconocido lo descolgó de la viga. Después los sanitarios debieron de dormirlo mientras lo llevaban en la ambulancia; recuerda vagamente que se puso muy nervioso, incluso violento, y que trató de abrir la puerta del vehículo porque solo deseaba salir de allí para salvar a su mujer.

Ane.

Necesita encontrarla.

Sentado en el borde de la cama escucha dos voces que llegan desde el pasillo del hospital. A través del hueco de la puerta entornada ve sus uniformes. Son dos agentes de la Policía Nacional. Esto quiere decir que se encuentra detenido en una habitación vigilada.

—El hijo de puta intentó ahorcarse en un refugio de montaña cercano a Etxarri Aranatz —informa uno de los agentes.

—Siempre me pregunto por qué estos desgraciados no invierten el orden de los actos y no se matan ellos primero y se olvidan de sus esposas —dice una voz nueva femenina. Martín se inclina y logra ver a la mujer a través del hueco, por la ropa parece una enfermera.

—Porque son unos cobardes —sentencia el otro policía.

—¿Quién lo encontró? —pregunta ella.

—Un vecino del pueblo que estaba acampando cerca.

—¿Con este frío? —se sorprende la enfermera.

—Hay gente para todo —dice un policía.

—El caso es que el ayuntamiento prohíbe subir hasta el refugio en coche sin permiso —continúa el otro—. Este hombre escuchó el motor de un vehículo y se acercó a ver qué sucedía. Pensó que se trataría de chavales de los pueblos cercanos que a veces pasan la noche bebiendo y liándola en esa borda. Cuando llegó allí, el coche ya no estaba, por lo que creemos que alguien acercó a Salaberri hasta ese lugar y después se marchó. El vecino entró en el refugio y se lo encontró colgado de una viga del techo, a punto de morir ahorcado.

—Ya podría haber tardado unos minutos más en llegar... —dice la enfermera—. En fin, voy a ver cómo está el angelito. En vez de esta medicina que le llevo, preferiría darle cianuro.

La puerta se abre por completo y ella entra. Es una mujer de unos cincuenta años, pelo corto rojizo y brazos delgados y nervudos como las ramas de un cerezo. Tiene cara de querer estar a años luz de esa habitación.

—Ah, ya estás despierto —dice con desdén a modo de saludo. No se aprecian señales de apuro o arrepentimiento en su gesto por la posibilidad de que el bombero haya podido escuchar lo último que le acaba de decir a los agentes. Deja una bandeja con agua y una pastilla sobre la mesilla, junto a la cama.

—Sí, me duele mucho la cabeza —comenta Martín con la mano en la frente. Al hablar, se sorprende por el tono ronco de su voz debido, supone, a la opresión causada por la soga en la garganta—. No sé si me he dado un golpe cuando...

—No me das ninguna pena —interrumpe la enfermera.

—¿Me tumbo? —pregunta él.

Ella se encoge de hombros.

—Es por la hipoxia —dice, más por deformación profesional que por querer ayudar a su paciente.

—¿Cómo dices?

—La falta de oxígeno en el cerebro. Por lo que me han dicho, cuando te encontraron tu cara tenía el color de un dedo recién pillado con una puerta.

Martín bebe un trago del vaso de agua que acaba de traerle la enfermera y sujeta la pastilla entre los dedos para examinarla.

—Me sedasteis, ¿verdad? —pregunta Martín—. Tengo algunos recuerdos dentro de una ambulancia, pero no sé si son reales o los he soñado.

—Qué remedio. Tuvieron que hacerlo cuando trataste de agredir a los sanitarios para escapar... —Se detiene y se queda pensando un segundo—. Ni se te ocurra intentarlo conmigo, tienes a dos nacionales vigilando la puerta.

Martín suspira.

—Yo no he matado a mi mujer. Al contrario, estoy intentando encontrarla.

Uno de los agentes escucha las voces y entra en la habitación.

—¿Te está molestando?

—Parece que se ha levantado con un síndrome del inocente agudo —acusa ella—. Es curioso que todos los custodiados sufren la misma dolencia.

—Tenéis que creerme, por favor —insiste Martín—. Yo no he hecho nada. La persona que tiene a mi mujer se llama Jesús Jaso, su hija me colgó del cuello en ese refugio y...

—Ya está bien —le corta el agente—. Cállese. Ya tendrá tiempo de explicarle todo esto a quien corresponda y cuando llegue el momento. Nosotros estamos aquí para vigilar que no se dé a la fuga. Punto. Su versión de los hechos nos importa más bien poco, si le soy sincero. Carlos —dice dirigiéndose al agente que permanece en el pasillo custodiando la puerta—, avisa a la inspectora y dile que ya puede venir a interrogarle. Se ha despertado.

—Espera un momento —interviene la enfermera—, ¿cómo dices que se llama?

—¿Quién? —pregunta Martín.

—El que supuestamente tiene a tu mujer.

—Jesús. Jesús Jaso.

—¿El doctor? —pregunta ella señalando con el pulgar hacia el pasillo.

Martín abre los ojos. No se lo puede creer. ¿Esta mujer sabe quién es Jesús Jaso? Podría tratarse de un doctor. Sí, tendría sentido que un médico fuera el que le suministraba la THG.

—¿Lo conoce? ¡¿Conoce a Jesús Jaso?! —dice Martín levantándose de la cama de un salto.

—Quieto —advierte el policía nacional poniendo la mano sobre el hombro del bombero para que vuelva a sentarse en la cama.

—Escúcheme, por favor —insiste Martín dirigiéndose al agente—. Un monstruo llamado Jesús Jaso tiene a mi mujer. Si ella sabe dónde está, podríamos estar a tiempo de salvarle la vida a Ane.

—Anda, por favor, qué chorradas... —dice la enfermera antes de soltar un bufido que parece una risa a medio camino entre el hartazgo y la burla—. Deja de mentir ya, cínico, que eres un cínico. Has matado a tu mujer y punto. Asesino. ¡Cobarde!

—Estoy diciendo la verdad —explica Martín, al que se le humedecen los ojos por la impotencia—. Ese hombre está escondido en una casa en algún lugar a media hora del refugio en el que me encontraron. Me lo dijo su hija antes de abandonarme allí a mi suerte.

—¿Escondido en una casa? —repite ella—. Eso es imposible. Acabo de encontrármelo hace dos minutos en la puerta de la cafetería. Jesús Jaso trabaja en este hospital.

Pamplona. Presente

Un médico no debería fumar en las inmediaciones del Hospital Universitario de Navarra.

Pero a este doctor eso le da igual.

Un médico jamás llevaría una acreditación falsa pinzada a la bata que le han prestado para pasar desapercibido.

Pero este doctor sí.

—Buenas noches.

La cirujana que sale del hospital con un pitillo sin encender en la boca le pide fuego y, mientras se marcha exhalando el humo de la primera calada, le dice:

—O te alejas un poco más del edificio, o apagas eso. No hagas que nos manden a fumar a dos kilómetros de aquí. Ya tengo suficiente con tener que salir a la calle con el frío que hace.

Él obedece.

No quiere llamar la atención.

Todavía no es el momento.

Camina hacia el aparcamiento, donde acaba de dejar su moto, sin perder de vista el edificio en el que está ingresado su objetivo.

Martín Salaberri.

El bombero que ha tenido la mala suerte de cruzarse en el camino del hombre que le paga y que empezó todo este lío.

Pero antes de entrar y cumplir con el encargo necesita recibir una llamada.

Unas voces le sobresaltan.

Se tranquiliza al comprobar que solo se trata de tres universitarios que vuelven de fiesta y pasan en bicicleta cerca del recinto hospitalario. Van haciendo eses y cantando al unísono una de esas

canciones que se escuchan en los estadios de fútbol. Dos de ellos llevan camisetas negras con la cara de Jon Egüés.

—El imbécil tiene fans. No me jodas... —dice el falso médico para sí mismo antes de darle una nueva calada al cigarro.

Él fue el primero en sorprenderse al leer la noticia de *La Crónica de Navarra* en redes. Sabía que esto podía suceder. Pero había pasado tanto tiempo desde lo que ocurrió aquella noche en el sótano de la casa Otazu que casi había olvidado el tema.

Cuando vives dos años sin enfrentarte a un problema latente, tiendes a creer que ya no existe.

Lo que pasa es que Jesús Jaso nunca olvida.

Solo dos horas después de enterarse de lo de Jon, recibió un mensaje de Jaso requiriendo de nuevo sus servicios.

Como si tuviera poderes premonitorios, suena su móvil.

—Justo estaba pensando en ti —saluda.

—Tengo el número de la habitación de Salaberri —dice Jesús al otro lado de la línea. Cada vez que le llama lo hace desde un número distinto—. Te lo estoy enviando.

—¿Cómo lo has conseguido tan rápido?

—No ha sido complicado. Todavía conozco a gran parte del personal del hospital. ¿Lo tienes?

El falso médico tira la colilla al suelo del aparcamiento y espira el humo de la última calada mientras mira las luces encendidas de las ventanas. Dentro de unos minutos, una de ellas se apagará. Después comprueba la pantalla de su móvil y confirma:

—Recibido. Voy a por él.

—Avísame cuando hayas terminado el trabajo —dice Jesús.

—De acuerdo.

—Gracias, Alain.

Pamplona. Hace dos años

Es de noche. Alain me espera sentado sobre su moto bajo uno de los arcos del acueducto de Noaín. Situado junto a la AP-15, a las afueras de Pamplona y en mitad de largos terrenos dedicados a la siembra de cereales, he elegido el lugar por su idoneidad para el encuentro clandestino que está a punto de suceder.

Han pasado siete meses desde que mató a Imanol Otazu.

Los dos faros grandes de mi Porsche Cayenne se acercan a él despacio. Los neumáticos de gran diámetro provocan un crujido al aplastar la pista de gravilla a su paso, que resquebraja el silencio inmenso del campo en esta vigilia de verano.

Cuando mi coche alcanza la altura de la moto de Alain, las luces de los vehículos cortan la oscuridad de la noche.

Los dos apagamos los motores al mismo tiempo.

Al salir, cierro la puerta del Porsche con suavidad y me coloco el cuello de la camisa.

—Llegas tarde, Jesús —dice Alain.

—Estaba observando el lugar de la cita desde lejos para cerciorarme de que estabas solo.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí?

Levanto la mirada con desdén mientras saco del bolsillo trasero de los pantalones un bulto pequeño.

—Yo no me fío de nadie —respondo, y le doy a Alain el paquete.

Se trata de un sobre doblado. Le basta con un vistazo rápido al contenido para estar seguro de que faltan billetes.

—¿Y el resto? Esto no es ni una tercera parte.

—No completaste el trabajo —digo con la firmeza y serenidad del que ya esperaba esa reacción—. Y lo que se suponía que iba a ser un discreto robo de información sin sangre lo convertiste en el

asesinato y el incendio más mediático de los últimos años. Tienes suerte de que te pague una parte.

—¿Es una puta broma? No me jodas, Jesús. Estuve a punto de morir calcinado o de ser detenido. Todavía no sé cómo no hubo testigos que me vieran escapar por la ventana del sótano o bajar la cuesta Beloso herido y ocultarme hasta que se calmaron las cosas en ese local abandonado de Burlada.

—Lo que hiciste en casa de Imanol Otazu fue una chapuza. El trato era muy simple; tú asustabas al nadador y me entregabas la información. Sin muertos, sin escándalos. Lamentablemente para ambos, no cumpliste con el encargo.

Alain apoya la espalda en la puerta de mi coche dejando caer sobre su cadera la mano que sujeta el sobre, como si no tuviera fuerzas suficientes para soportar la decepción y la afrenta, que pesan más que ese montón exiguo de billetes. Resopla indignado y su aliento se vuelve visible en la noche extrañamente fría.

Un silencio incómodo cae sobre nosotros. Lo destroza el rugido de una moto de gran cilindrada. Está demasiado lejos para ser una amenaza a nuestro encuentro secreto, pero lo suficiente para recordarnos que el mundo sigue ahí fuera.

—Jon salió con la información de la casa —digo.

—¿Eso es lo que te preocupa? Ya lo sé —replica Alain—, yo mismo le vi sacar ese USB de dentro de una de esas putas estatuas horribles de Imanol mientras estaba tirado y herido en el suelo. Él le dijo que se lo guardara porque sería su seguro de vida y el de su madre. Pero ¡Jon murió en el río Arga! ¡Lo has visto en las noticias, Jesús! Se lo llevó la corriente, lo estuvieron buscando durante días y...

—Y su cuerpo nunca llegó a aparecer —interrumpo.

—Es imposible que sobreviviera, el Arga estaba muy crecido aquella noche. No imaginas cómo tronaba el agua de ese río cuando crucé el puente que une la cuesta Beloso con Burlada antes de esconderme en ese local.

—Veremos. Dejaremos pasar un tiempo prudente. Investigaré el caso por mi cuenta. Si tengo el menor indicio de que Jon Egüés

pueda estar vivo y, por tanto, en posesión de esa información que me compromete, te llamaré para activarte.

—¿Qué cojones quieres decir con «activarte»?

—Que ahora he visto lo que eres capaz de hacer. Terminarás con el encargo y cobrarás el resto del dinero, más un plus por matarlo.

Me monto en el Porsche Cayenne. Alain, que hace lo propio en la moto, da dos golpes con los nudillos en mi ventanilla para que la baje.

—¿Cuánto es un tiempo prudente?

Sonrío.

—¿Días? ¿Meses? ¿Años? —insiste Alain.

—Sabes que no me quedo tranquilo hasta asegurarme de que no hay cabos sueltos.

Alain arranca la moto. Puedo ver a través del retrovisor cómo se aleja de mí. Cuando las luces de los faros desaparecen, la gravilla vuelve a quedarse quieta y el polvo en suspensión desciende hasta reposar sobre la tierra de nuevo, como si el suelo guardara el secreto de lo que allí acabamos de hablar.

Pamplona. Presente

El agente de la Policía Nacional abre la puerta de la habitación del hospital donde se había quedado solo de nuevo Martín Salaberri. Tras él, vuelve a entrar la enfermera de antes, pero esta vez lo hace acompañada de un médico.

—Doctor Jaso, encantado —saluda este último mientras sonríe y tiende la mano al bombero.

Martín no puede esconder su sorpresa y tarda un par de segundos en saludar.

—No puede ser —acierta a decir desde el borde de la cama. Esperaba encontrarse con un hombre diferente.

La enfermera está detrás del médico. Niega con la cabeza sin parar, tiene los brazos cruzados y cara de estar perdiendo el tiempo. A su lado está el agente policial.

—Me han dicho que preguntaba por mí. Martín Salaberri, ¿no es así? —dice el doctor.

—Este es Jesús Jaso —aclara el nacional.

—Aquí lo tienes. Ya ves que de escondido en una casa no tiene nada de nada —replica la enfermera, incisiva.

El policía le pide calma con la palma de la mano.

El cerebro de Salaberri trata de reaccionar a la información que le transmiten sus sentidos. Pero no consigue sacar una conclusión lógica. Mira la cara del médico sin entender nada.

—¿Cuántos años tiene? —balbucea Martín mientras examina una y otra vez los rasgos de ese supuesto Jesús Jaso.

—Treinta y ocho.

—Imposible, debería tener cincuenta o sesenta por lo menos —dice Martín calculando que su hija Sara debe de rondar los treinta.

El médico le mira extrañado. Después se gira hacia la enfermera y le pregunta:

—¿Le han realizado un TAC? Quizá se ha golpeado la cabeza contra el suelo al cortar la soga de la que colgaba. ¿Quién es el médico que le está llevando?

La enfermera se acerca al oído de Jesús Jaso y le susurra:

—Doctor, con todos los respetos, creo que no ha habido ningún golpe. Si me permite darle mi diagnóstico, me parece que este hombre venía trastornado de casa.

Jesús Jaso asiente.

—Solo es una coincidencia. Mismo nombre y apellido —reflexiona Martín para sí mismo con la mirada perdida en las sábanas de la cama.

—¿Cómo dice? —pregunta el agente.

—Digo que este no es Jesús Jaso —responde Martín.

El médico se ríe.

—Le enseñaría mi DNI, pero no lo llevo encima.

—No es necesario, doctor. Gracias por venir. No le molestamos más —indica el agente de policía mientras le pone una mano en la espalda para acompañarle a la salida—. Suponíamos que esto iba a ser una pérdida de tiempo.

Martín se da cuenta de que el médico desaparece por la puerta sin desearle una pronta recuperación ni darle ánimos. Está claro que ninguno de ellos duda de que ha asesinado a su mujer.

Se queda a solas con la enfermera.

—Ya te avisé de que era imposible que el doctor Jaso hiciera esa barbaridad que has dicho —sentencia ella—. Secuestrar a tu mujer y esconderse en una casa con ella... ¡Por Dios! Es un hombre respetable, igual que su padre, con el que trabajé en este hospital muchos años.

Martín tarda un segundo de más en procesar la información.

—¿Cómo? ¿Su padre? ¿Quién es su padre?

—También se llama Jesús Jaso. Una eminencia. Y su hijo apunta maneras, pero no creo que llegue al nivel del padre. Aparte de ser el mejor médico que he conocido, tenía un trato exquisito. Ahora hay muchos pacientes a los que atender, no se les pueden dedicar los

mismos minutos que antes. Eran otros tiempos... En fin, me voy que tengo mucho trabajo. Te dejo con tus demonios.

—¡Espera! Por favor, antes de marcharte, dime una cosa: ¿Jesús Jaso padre trabajó por casualidad con el nadador Imanol Otazu?

—¿Con Tsunami Otazu? Anda, claro. Él era su médico de confianza, o eso se rumoreaba. Aunque Imanol tenía otros, como la conocida doctora Silvia Álvarez, que lo acompañaba a todos los campeonatos, en aquel entonces se hablaba de que Jesús Jaso era quien lo atendía siempre que estaba en Pamplona. De hecho, al doctor Jaso le fue tan bien que por eso dejó este hospital. Dicen que dejó el sector público y se montó una consulta privada.

Lo tiene.

Martín lo ha encontrado.

Esa es la casa que busca.

Jesús Jaso padre está escondido en su consulta privada.

—¿Dónde está esa consulta?!

La enfermera lo mira recelosa.

—Lo primero, a mí no me grites. Lo segundo, no tengo ni idea de dónde tenía la consulta, ni siquiera sé si era verdad. Como te digo, son habladurías. En aquellos años se comentaba que allí solo atendía a Otazu y a otros deportistas de élite que venían de toda Europa. Pero vete tú a saber si eso era verdad. Él nunca salía en la prensa junto a Imanol porque rehuía de esa fama y atención, Jaso era un doctor discreto y elegante, como debe ser un buen médico. Yo perdí el contacto con Jesús en cuanto dejó el hospital y nunca más volví a saber de él. Alguna vez le he preguntado a su hijo por él, pero no deben de llevarse bien entre ellos. Una pena, cosas de familia, supongo. Aunque no tengas ninguna duda de que, si supiera dónde se encuentra esa consulta, no se lo diría a un criminal como tú.

Martín se pone de pie y se acerca levantando el dedo índice en dirección a la enfermera.

—¡Yo no le he hecho nada a mi mujer! ¡Tienes que creerme! ¡Busca al doctor Jaso otra vez! ¡Al hijo, me refiero! ¡La persona que acaba de irse! ¡Él tiene que saber dónde está esa consulta! ¡Él es quien...!

La frase de Martín Salaberri se ve interrumpida por varios sonidos consecutivos y cortos que enseguida retumban por las paredes del pasillo del hospital.

Es una ristra de estallidos secos.

Después, un largo silencio.

—Qué raro. Voy a salir a ver qué sucede —dice la enfermera.

Él teme que se trate de disparos. Intenta decirle que no se mueva, pero todo sucede demasiado rápido.

En cuanto la sanitaria abre la puerta, recibe el impacto de la primera bala en la cabeza. Su nuca escupe una nube de sangre que salpica los cristales de la ventana y el radiador que quedan a su espalda.

Para cuando el segundo proyectil le alcanza el pecho, la enfermera ya es un cadáver que cae bocarriba como un guiñapo dentro de la habitación de Martín.

Pamplona. Presente

Sara aparca el Land Rover de Martín junto a mi furgoneta blanca, en el garaje de la casa de Badostáin. Se ha levantado algo de niebla que abraza con suavidad la luz de las farolas del pueblo, a estas horas en silencio absoluto.

—¿Por qué has tardado tanto, hija? Estaba muy preocupado —le pregunto mientras cierro el garaje.

Abro el portón trasero del todoterreno y retiro la manta negra que cubre por completo a Jon Egüés, que se mueve y gruñe tumbado en posición fetal. Después corto con el cuchillo de poda las bridas que atan las muñecas del periodista a los ganchos del maletero. Pero le dejo puesta la mordaza de cinta aislante que traía en la boca.

Mi hija apaga el motor y se queda sentada en el asiento del conductor con la cabeza sobre el volante. Suspira de alivio por haber conseguido cumplir con su parte de la misión sin complicaciones.

—Lo siento por las horas, me ha pasado de todo. El bombero tenía el depósito del coche en reserva. No me daba con eso para venir desde Etxarri Aranzat y no me ha quedado otra que buscar una gasolinera de autoservicio para que no me descubrieran con este. — Señala con la cabeza a Jon—. Por poco no llego. Además, por si fuera poco, me he quedado sin batería en el móvil y no he podido avisarte.

—Lo has hecho muy bien, hija.

—Vengo de los nervios.

Conducimos al rehén hasta el salón de la primera planta.

Sara echa un vistazo a la estancia. Creo que se sorprende al comprobar que está vacía y no hay sangre ni signos de violencia.

—¿Ane ya...? —me pregunta con la esperanza de estar en lo cierto y no tener que presenciar otra muerte más aparte de la prevista

para Jon.

—Todavía no —respondo—. Está encerrada en la habitación del fondo, ahora la traemos aquí. No quería hacerlo hasta asegurarme de que el bombero estuviera muerto, por si acaso la necesitábamos.

Sentamos a Jon en el suelo, en el centro del salón. Lo ato de nuevo de pies y manos con dos bridas. El periodista mira hacia todos lados, asustado.

—Lo he dejado colgado de la viga más alta del refugio de Auntzetxe, como acordamos —me explica Sara mientras se sienta en el sofá polvoriento.

Niego con la cabeza y mi hija entiende el gesto sin necesidad de más palabras: Martín Salaberri ha sobrevivido.

—¿Qué? Pero... ¿Cómo puede ser? —pregunta.

—Lo acabo de escuchar en la radio. Lo han trasladado al Hospital Universitario de Navarra. Está en una habitación custodiada.

—Quizá Jesús pueda hacer algo, papá —sugiere Sara.

—A tu hermano no lo metas en esto. Él jamás lo entendería. No es como nosotros.

—Pero...

—Pero nada —interrumpo—. Ya sabes que él es diferente, no está hecho de lo mismo que nosotros. Nunca debe enterarse de lo que hacemos. Además, ya me he encargado del tema. He averiguado el número de la habitación de Martín a través de un antiguo compañero celador y he mandado a una persona allí. Estoy a la espera de su confirmación.

—¿A quién has llamado?

Sonrío mientras pienso en que el tiempo en ocasiones actúa como una fuerza capaz de poner todo en su sitio, siempre que estés dispuesto a esperar lo suficiente.

—A alguien que va a terminar el trabajo por el que le contraté hace dos años —digo.

—El chapuzas... —deduce Sara. Después suelta un bufido.

—Confía. Esta vez no fallará —le aseguro—. Por más que me gustaría, no puedo matar a Martín yo mismo. Entrar en ese hospital vigilado es, una de dos, o un suicidio, o una condena de cárcel.

Igual que tampoco podía encargarme personalmente hace dos años del robo de la información que Imanol guardaba en su casa.

Ella se enciende un cigarro y me ofrece otro. Me siento a su lado en el sofá. Una nube de polvo acumulado durante años sale despedida de la tela.

—Es curioso —digo—, en esta casa que usaba como clínica es donde comenzó todo y aquí es donde va a terminar, para bien o para mal.

—¿Qué quieres decir?

—Que siento que esta noche se cerrará el círculo.

—Te estás haciendo mayor.

Sonrío con tristeza.

—Aquí fue donde suministré por primera vez la THG a Imanol Otazu. En ese momento pensábamos en las posibles consecuencias, claro que sí. Pero el peor escenario en el que nos imaginábamos era un positivo en un control antidopaje que acarrearía una sanción o una inhabilitación, además de la ignominia, por supuesto. Pero a Imanol y a mí jamás se nos ocurrió hablar de muertos. Sabía de los riesgos que esa sustancia podía provocar en la salud de Imanol. Pero nunca te pones en ese escenario. En esos momentos, solo importaban las medallas y el dinero que venía detrás de ellas. —Doy una calada larga al cigarro y expulso todo el humo mientras entrecierro los ojos—. Tampoco imaginé que la situación nos traería al punto en el que nos encontramos ahora. Míranos a los dos, padre e hija, sentados en este salón mientras esperamos a que mi contacto me confirme que... —interrumpo la frase para lanzar un suspiro—. Las vueltas que da la vida... Siento mucho haberte arrastrado a esto, hija.

Ambos nos quedamos en silencio, intercalando nuestras cavilaciones con miradas de soslayo a Jon cada vez que hace algún ruido a través de la mordaza.

—Papá... Estoy pensando que quizá no sea necesario matar a Ane. ¿Te ha visto la cara? ¿Te cubriste mientras la secuestrabas?

—Sara, ya te he hablado muchas veces de la importancia de no dejar cabos sueltos. Viste lo que sucedió por no cerrarle la boca para siempre a Blanca Monreal. En lugar de zanjear la historia con su

declaración a la Policía, comenzó a hacer entrevistas en programas de televisión y podcasts. Hubo momentos en los que estuvo a punto de meter la pata y contradecir su versión inicial de los hechos. Pero lo que me hizo menos gracia fue cuando esa editorial le ofreció un dineral a cambio de poner el nombre a un libro escrito por uno de esos autores fantasma.

—Pero...

—Hija —interrumpo con un tono quizá demasiado condescendiente—. Vamos a matar a Ane, igual que a Jon. No quiero que vuelvas a cuestionar el plan, ¿de acuerdo? Aprendes rápido, pero a veces eres demasiado tibia. Mi contacto llegará a esta casa dentro de un rato y hará desaparecer los cadáveres de ambos. Pero primero debe encargarse de Martín Salaberri.

Pamplona. Unos minutos antes

Alain no llama la atención del personal del mostrador de información del hospital cuando las puertas automáticas se abren.

Su pistola Glock 19 está escondida bajo la bata de médico que le prestó Jesús Jaso.

Tampoco lo hace al cruzarse con varios pacientes y sanitarios en los pasillos, de camino a la tercera planta. De hecho, algunos de ellos le saludan con la cabeza como si lo conocieran.

Es una suerte que el módulo penitenciario que el Hospital Universitario de Navarra tiene previsto construir este año todavía no esté en funcionamiento. Eso supondría mayor seguridad y vigilancia sobre Martín Salaberri.

Se detiene al final del pasillo y palpa el hierro que esconde bajo la bata. Le conviene asegurarse de que la Glock sigue en su sitio; esta noche tendrá que usarla para matar a dos agentes de la Policía Nacional antes de llegar a su objetivo.

Según las indicaciones de Jesús Jaso, la habitación del bombero se encuentra en el módulo que cierra la puerta que tiene delante.

Necesita pensar cómo entrar.

Una bata de médico es un subterfugio simple que le ha dado acceso hasta ese punto. Pero cruzarla requiere de más ingenio.

Un celador joven sale de uno de los ascensores de la tercera planta. Silba una canción distraído mientras empuja una camilla que no transporta ningún paciente.

—Buenas noches —dice Alain.

—Buenas noches, doctor —saluda el celador.

—Necesito que me des una vuelta.

—¿Cómo dice?

Alain abre la bata sutilmente y le deja ver la pistola que lleva enfundada en la cadera.

—No se te ocurra hacer ruido —advierte.

El celador asiente.

El falso doctor mira a ambos lados del pasillo para comprobar que no hay nadie: solo encuentra las luces blancas de los fluorescentes y el sonido del motor del ascensor. Desenfunda el arma y se tumba en la camilla tapándose hasta la nuca con la sábana.

—Ahora dame la mano y sigue silbando.

El celador no reacciona. Le tiembla todo el cuerpo.

—La mano, hostia —grita susurrando Alain mientras le agarra de la muñeca con violencia—. Muy bien, ahora empuja la camilla por el pasillo que tienes a la derecha.

El celador obedece.

—Recuerda que te estoy vigilando y, en caso de que hagas cualquier gesto, mirada o movimiento que me haga pensar que me estás delatando, te meto una bala en la frente, ¿estamos?

—S-sí...

El celador empuja por el pasillo la camilla con Alain, que en un segundo ha pasado de doctor a paciente. Se cruzan con varios sanitarios que saludan, pero él pasa de largo sin pestañear porque sabe que un gesto ambiguo le podría costar la vida.

—Ahora gira a la izquierda y entra por esa puerta. En el siguiente pasillo...

—¿Qué? No me van a dejar entrar por ahí —interrumpe el celador.

—Cállate. Te inventas lo que te dé la gana, ¿estamos? Pero asegúrate de acceder a ese pasillo y llevarme hasta la puerta que veas custodiada por dos policías.

Alain se tapa la cara con la sábana por completo sin soltar la muñeca del celador.

—Vamos. Recuerda, no cambies el recorrido —dice.

El celador abre la puerta de acceso al pasillo donde está la habitación del paciente Martín Salaberri.

Uno de los agentes de la Policía Nacional se levanta nada más verle con la camilla y se acerca. Desperezándose y con una cara

hinchada que evidencia haber cerrado los párpados durante un buen rato, pregunta:

—¿Dónde vas? Aquí no puedes meter más pacientes. Tenemos a un detenido.

—Estamos hasta arriba. Hay ocupación completa. Necesitamos utilizar una de las habitaciones libres de este pasillo —improvisa el celador.

El agente tarda un par de segundos de más en percibir que algo no anda bien. Es un temblor en el párpado izquierdo del celador, una mano oculta bajo la sábana de la camilla de forma antinatural, un paciente cubierto hasta arriba como si se tratara de un cadáver.

Los muertos salen de las habitaciones, no los ingresan en nuevas.

El agente desenfunda el arma reglamentaria.

El joven niega con la cabeza a modo de súplica en un gesto que significa: «Si me muevo, me mata».

—Carlos, ven un momento —le dice a su compañero. Su voz trata de transmitir calma, pero el arma en sus manos muestra lo contrario.

Alain puede ver la sombra que provoca el agente, parado entre la sábana y los fluorescentes del techo.

Retira el seguro de la pistola y pone el dedo en el gatillo.

—¿Qué pasa? —dice el agente Carlos desde la puerta de la habitación.

Su compañero se lleva el dedo índice a los labios para pedirle que no hable.

Después señala el bulto que hay sobre la camilla, que se mueve de forma extraña.

Carlos achina los ojos desde la distancia.

El celador sigue negando con la cabeza, suplica con la mirada que no hagan nada.

Alain se percata del sudor en la muñeca del sanitario.

El agente de la Nacional se sitúa a un lado de la camilla. Apunta con su arma al falso paciente.

—¿Qué hostias haces? —pregunta Carlos desde la puerta al ver a su compañero con la pistola en una mano y una esquina de la sábana en la otra.

A la de tres va a retirar la sábana. «Uno —piensa sin emitir sonido alguno—. Dos...».

Tres disparos son los que se escuchan.

Primero, dos seguidos: uno para el fluorescente, que explota en el techo, otro para la pared. El tercero impacta en la cara del agente.

Alain retira la sábana y dispara hacia el otro policía. Una de las seis balas logra herir al agente Carlos y dejarle tumbado bocabajo en el pasillo, desangrándose.

Sentado en la camilla, se gira y dispara al cuello del celador, cuyo cadáver ensangrentado cae sobre él.

—Me cago en mi puta vida —dice al ver cómo su ropa se mancha de rojo en un momento.

Se pone de pie, sortea los cuerpos de los dos agentes y camina hacia la habitación que tiene una silla vacía a cada lado de la puerta, donde está ingresado el bombero.

Justo cuando está delante, una enfermera de unos cincuenta años sale al pasillo alertada por los estallidos de los disparos.

Alain no duda en meterle un primer tiro en la cabeza.

La segunda bala provoca una herida que se abre paso en su pecho como si se tratara de la floración sangrienta de una amapola. El cuerpo de la enfermera cae de espaldas dentro de la habitación de Martín Salaberri.

Alain cambia el cargador de la Glock y camina hacia su objetivo.

Pamplona. Presente

Alain pisa la espalda huesuda del cadáver de la enfermera sin detenerse a mirarlo y entra en la habitación de Martín con la pistola por delante. La parte frontal de la bata de médico que viste está manchada de la sangre del celador.

Encuentra la estancia vacía.

Las sábanas revueltas sobre la cama.

La ropa tirada por el suelo.

La ventana abierta.

Alain se asoma y mira hacia la calle.

La noche de Pamplona solo le devuelve su aire frío invernal, el sonido de los motores de algunos coches y el resplandor de las luces de las farolas del complejo hospitalario.

Pero no halla ni rastro de Martín Salaberri.

Una cosa tiene clara: es imposible que se haya descolgado desde un tercer piso.

Y eso solo quiere decir una cosa: el bombero no ha salido de la habitación.

Se gira con rapidez hacia el interior de la estancia apuntando con su arma.

Abre la puerta del cuarto de baño.

Nada.

Mira dentro del armario; solo encuentra un abrigo colgado junto a varias perchas vacías.

Escucha un ruido a su espalda que lo sobresalta.

Una manta que cubría la silla destinada a los acompañantes de los pacientes sale volando y cae al suelo. Martín salta de su escondite y embiste a Alain logrando golpear su espalda contra una de las baldas del armario, que se parte en dos.

El asesino se queda inmóvil dentro del guardarropa, con el abrigo del bombero y varias perchas que se han caído cubriéndole el torso.

Salaberri aprovecha los segundos de distracción para huir de la habitación. Trata de cerrar la puerta desde el pasillo, pero el cuerpo de la enfermera bloquea esa posibilidad. Se mancha las plantas de los pies descalzos con la sangre de la sanitaria.

No tiene tiempo para otra maniobra de escape distinta a correr.

Avanza torpe, apenas vestido con la bata de espalda abierta que el hospital proporciona a los pacientes.

El aire del pasillo se siente estático, como si el tiempo se hubiera detenido a la vez que las vidas de las personas que Martín encuentra tiradas en el suelo frente a él. El olor es una mezcla fría de desinfectante de limpieza y ese aroma metálico característico de la sangre.

Las lámparas fluorescentes zumban sobre una camilla y su luz es absorbida por el charco rojo que empapa las sábanas sobre las que yace bocabajo el cuerpo del celador.

Junto a la camilla hay dos cadáveres más, estos uniformados. Sus extremidades trazan una geometría antinatural y desde los orificios que las balas han dejado en sus rostros emanan hilos de sangre y líquido cefalorraquídeo.

Desde la habitación que Martín ha dejado a su espalda llega el sonido de golpes. El asesino de estas personas debe de estar revolviéndose dentro del armario en el que Martín lo ha empotrado. Pensaba que había quedado inconsciente por el golpe. Pero no es así, y solo es cuestión de segundos que venga a por él.

Un bombero está acostumbrado a presenciar peores escenas que la que tiene delante, pero Salaberri siente que le fallan las fuerzas y le tiemblan las rodillas. Quizá el mareo esté provocado por el sedante que todavía no ha logrado eliminar su cuerpo.

Se arrastra por encima de la camilla que le corta el paso y sus manos se manchan de la sangre del celador.

Llega al final del pasillo y, antes de girar la esquina, una bala silba junto a su cabeza y se incrusta en la pared haciendo que salten trozos de pladur y pintura.

Mira hacia atrás: Alain está al otro lado de la camilla y corre hacia él con una pistola en la mano.

Martín atraviesa el siguiente pasillo y desciende por las escaleras hasta la planta baja. Esquiva a varios sanitarios que suben en dirección contraria para comprobar el origen del ruido.

Otra bala resuena a su espalda y destruye el cristal de la puerta automática, que se rompe en mil añicos.

Los sanitarios se echan al suelo y se cubren la cabeza con los brazos.

El bombero logra saltar por encima de los trozos de cristal y llega al exterior, pero no tiene tiempo de experimentar el sabor a libertad de la noche de Pamplona porque el flaqueo de sus piernas se ha incrementado por el esfuerzo de tal manera que, sin poder evitarlo, cae mareado al suelo. Su mejilla se estrella contra el asfalto helado.

Alain alcanza la planta baja y, desde el final de las escaleras, observa a Martín tumbado e inmóvil. Deja de correr para caminar por la recepción sonriendo por saberse triunfante mientras apunta con el arma al bombero.

Pero en ese momento escucha el derrape de unos neumáticos. Unos brazos agarran de las axilas a Martín Salaberri y lo meten dentro de un BMW.

Alain sale a toda prisa hacia el exterior. Para cuando alcanza la calle, el BMW ya ha arrancado y solo logra meterle una bala en la chapa del maletero.

Estaba demasiado oscuro para reconocer a la persona que acaba de salvarle la vida a ese bombero.

Escucha las sirenas de los coches de Policía, cada vez más próximas. Necesita salir del recinto hospitalario cuanto antes.

Observa en qué dirección huye el BMW mientras corre hacia el aparcamiento donde hace un rato ha estacionado su moto.

A estas horas las calles están desiertas y apenas hay tráfico en Pamplona. No será complicado dar con Martín Salaberri.

Pamplona. Hace diez años

—¿No deberías estar en el trabajo? —pregunta Ainhoa al ver entrar a Nagore en el salón de la casa que Jesús Jaso tiene en Badostáin. Son las doce de la mañana y a estas horas ella siempre está en el laboratorio que lidera en el Centro de Investigación Médica Avanzada.

—No he dormido nada esta noche. Me he pedido el día libre para tratar de manejar esto lo mejor posible —dice Nagore con voz cansada y sin apenas mirar a su suegra—. ¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Ainhoa, no me pongas las cosas difíciles. Tengo que hablar con mi marido. Sé que se encuentra aquí, he visto su coche aparcado en la entrada.

La madre de Imanol se levanta del sofá y se acerca a ella muy seria.

—¿Qué te he dicho hace un rato en los vestuarios cuando te he visto hablando con Fermín Iribar? ¿Qué pensabas hacer? Contarle todo a ese periodista y destrozar la carrera y el legado de mi hijo, ¿verdad?

Nagore ignora la pregunta y se gira dispuesta a buscar a su marido. Pero Ainhoa la agarra del brazo con fuerza, la mira a los ojos y dice:

—No te metas o acabarás mal.

—¿Me estás amenazando? —pregunta ella zafándose de su suegra.

—Te estoy advirtiéndote.

Nagore la desoye y sale del salón. Camina a paso rápido y firme por el pasillo oscuro hasta llegar a la última habitación, desde la que se escapan las voces graves de dos hombres. Abre la puerta y se

encuentra a su marido tumbado sobre una camilla, con la camisa remangada, y al médico a su lado, que en cuanto se ve sorprendido por la intromisión cierra un pequeño maletín.

—No te molestes en esconder eso, Jesús —dice ella—. Sé perfectamente de qué se trata.

El doctor Jaso lanza una mirada recriminatoria al nadador. Está claro que habían valorado la posibilidad de que Nagore los descubriera.

—Encontré hace semanas una de esas dosis en el bolso de entrenamiento de Imanol. Llevaba tiempo sospechando de que siempre me respondiera con laconismos cuando le preguntaba por esta casa o por ti. Cuando analicé una muestra en el laboratorio, la decepción no pudo ser mayor.

Ainhoa se asoma a la habitación con el aliento acelerado.

—Lo siento, hijo, he intentado detenerla, pero no he podido —explica.

—Cariño, ya hablaremos en casa de esto. Márchate o... —dice Imanol.

—¿O qué? ¿O me pones el otro ojo morado? —interrumpe ella señalando el hematoma que subraya su globo ocular—. Que sepáis los dos que esto es lo que me hizo anoche cuando le pedí explicaciones por lo que acababa de descubrir y le dije que no pensaba callarme. Lo negó todo, por supuesto, pero me dejó este recado. Contradictorio, ¿verdad? Parece que esa es la historia de su vida.

Jesús Jaso se quita los guantes de látex y los deja sobre el maletín. Se acerca a ella para explicarse.

—Nagore, este tratamiento es totalmente legal. No hay nada en el reglamento que impida el uso de esta sustancia. ¿O acaso tu marido ha dado positivo en alguna de las decenas de controles antidopaje que le han realizado durante los últimos años?

—¿Legal? Pero ¿me has escuchado bien? Te acabo de decir que lo he analizado en el laboratorio. Tetrahidrogestrinona. Por lo menos no me toméis más por tonta.

—No te metas, Nagore. Esto te viene demasiado grande —insiste su suegra.

Ella la ignora y continúa:

—No solo has estafado a todo el mundo, Imanol. También me has mentido a mí durante estos años. Y lo peor, te has engañado a ti mismo. Has basado tu vida en triunfos que has conseguido de manera fraudulenta. Tu nombre, tu dinero, tu legado. Nada de eso te pertenece. ¿Cuántos patrocinadores crees que seguirán apoyándote cuando se enteren de esto? ¿Cuántas medallas te retirarán? ¿Cuántos seguidores comprarán tus bañadores?

—Nagore, por favor, te pido que te marches de mi casa —exige Jesús Jaso.

—Ya está bien —dice Ainhoa posando la mano en su hombro y tratando de guiarla fuera de la habitación. Ella se resiste.

—¿Desde cuándo llevas inyectándote esa mierda? ¿Has ganado sin hacer trampas alguna de esas medallas que exhibes orgulloso en la vitrina de nuestra casa?

—¡Pues claro que sí! ¡Todas hasta ahora! —responde Imanol, dolido. Hace una pausa para calmarse y suavizar el tono antes de continuar—. Es... complicado, Nagore. Aparte de los dos estadounidenses, este año hay un australiano joven que viene fuerte... Es la única manera que tengo de optar a medalla.

—¿Qué te crees, que los demás nadadores no hacen lo mismo? —pregunta el doctor Jaso.

—Todo el país espera que gane al menos dos medallas —dice Imanol.

—Y las vas a ganar, hijo. Las vas a ganar —asegura su madre, a la que le tiembla la voz de orgullo.

Nagore no puede creer que Imanol justifique sus malas acciones a costa de las expectativas de la gente o de las ilegalidades del resto de los competidores. No conoce al hombre con el que se casó. El nombre de Imanol Otazu siempre estuvo ligado al niño que se recompuso del golpe de perder a su padre, se esforzó como nadie en la piscina y creció hasta llegar a lo más alto en la natación mundial. El deportista que tiene en su haber más récords y títulos de los que jamás soñó. Ejemplo dentro y fuera de la piscina. El compañero de vida ideal y el hombre con el que ha compartido los últimos cinco años.

—Mi hijo es Tsunami Otazu, una leyenda, y lo va a confirmar ganando los próximos Juegos Olímpicos —sentencia Ainhoa arrastrando del hombro con fuerza a su nuera fuera de la habitación.

—¡Vencer de esta manera no te convierte en una leyenda, sino en un fraude, Imanol! —grita ella mientras se aleja.

—Depende de ti —dice Jesús, desde la puerta—. Si tú quieres, esta conversación se puede quedar encerrada entre estas cuatro paredes.

—Piénsalo. Te conviene estar callada. Por tu bien —le susurra Ainhoa al oído al tiempo que la acompaña por el pasillo oscuro.

Nagore siente un escalofrío al escuchar de nuevo las amenazas de su suegra.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri abre los ojos y se recupera de golpe del aturdimiento cuando escucha el sonido del impacto metálico de la bala que se acaba de incrustar en el maletero del coche en el que viaja.

Está sentado en el asiento del copiloto. Mira a su izquierda para ver quién conduce.

—¿Fermín?

Su amigo le observa de soslayo con los labios fruncidos, tan asustado como preocupado, mientras pisa a fondo el acelerador por la avenida Pío XII. En la radio informan de que la policía ha detenido a un bombero que ha matado a puñaladas a su cuñado en la localidad de Mendaza y después ha intentado suicidarse colgándose del cuello en una borda cercana a Etxarri Aranatz. Su mujer se encuentra en paradero desconocido. Pero un portavoz policial lamenta que todo apunta a que se trata de un nuevo caso de violencia machista.

—Salaberri, siempre me has caído mal, no te voy a descubrir nada a estas alturas, ¿verdad? Pero, aunque me parezcas un gilipollas, también te conozco lo suficiente como para saber que jamás le pondrías la mano encima a Ane.

—Gracias... Supongo —dice el bombero mientras se gira sobre su asiento para comprobar si los están siguiendo.

Se cruzan con varios coches de Policía que circulan por los carriles contrarios de la avenida con las sirenas encendidas, en dirección al Hospital Universitario de Navarra.

—En cuanto me he enterado de que estabas ingresado —continúa Fermín—, he salido pitando para verte. Sabía que estabas en apuros.

Pero, la verdad, no imaginaba esto —observa señalando con el pulgar hacia el lugar en el que acaba de impactar la bala de Alain.

El BMW de Fermín atraviesa el cruce de la avenida con Sancho el Fuerte sin detenerse en ningún semáforo.

—Al llegar al hospital me he encontrado contigo cuando salías por la puerta descalzo, con esa bata ridícula. Me he acercado con el coche y en ese momento te has desplomado en el suelo. Al agacharme para ayudarte, he visto a ese hombre armado. ¿Sabes de quién se trata?

—Un sicario, creo.

—Un sic... —repite Fermín, que ni siquiera se atreve a pronunciar la palabra completa—. Joder, te lo avisé ayer en el aparcamiento de *La Crónica*, Martín, todos los que meten los morros en la historia de Imanol Otazu acaban muertos. ¿Dónde está Sara Jaso?

—Ni me la menciones.

—¿Por qué?

—Es una larga historia —dice el bombero.

Los neumáticos sueltan un chirrido cuando el vehículo se incorpora a la avenida del Ejército.

—¿Tienes ropa en el coche? —pregunta Martín—. Voy descalzo, hace frío y llamo demasiado la atención con esta bata.

—Lo siento, no he pensado en eso. La verdad, he supuesto que estabas en apuros, pero pensaba ofrecerte un abogado o un espacio en mi periódico para explicarte. No entraba en mis planes sacarte del hospital mientras un sicario nos disparaba. Perdona mi torpeza.

Salaberri sonríe. Una de las pocas cualidades que aprecia de Fermín es su capacidad de hacer humor de lo malo.

—Te llevo a mi casa. Te esconderás allí hasta que detengan a ese asesino y se aclare todo —comenta el periodista.

—No puedo, Fermín. Ane me necesita. La ha secuestrado y va a matarla si no hago nada por evitarlo.

El BMW atraviesa la plaza Príncipe de Viana esquivando por centímetros una furgoneta de mensajería exprés.

—Está bien —dice el periodista, y espira todo el aire que ha contenido antes de tomar la siguiente decisión—. Dime dónde está Ane, te llevo.

—Ni hablar, Fermín. Ya te has involucrado demasiado. Esta gente es peligrosa. Acabas de ver en primera persona cómo se las gastan.

—Escúchame tú a mí. Ya me equivoqué en su día no denunciando este asunto. Lo hice cuando no ayudé a Nagore y repetí mi error de nuevo, hace dos años, cuando Imanol me contactó para que escribiera su biografía. No quiero que Ane y tú acabéis como ellos. Tenías razón, Martín, he sido un cobarde toda mi vida. Pero ha llegado el momento de cambiar eso.

—Préstame el coche. Eso será suficiente ayuda —dice Martín.

Fermín responde que ni lo sueña.

El BMW llega al final de la avenida Baja Navarra y reduce la velocidad justo en la intersección entre la cuesta Beloso y el acceso a los barrios del este de la ciudad. Se detiene obligado por dos vehículos y un semáforo en rojo.

—Fermín, entiendo que hoy quieras redimirte de lo gilipollas que has sido durante toda tu vida —empieza Martín mientras se desabrocha el cinturón. El semáforo se pone en verde—. Te prometo que lo entiendo. Pero tu mujer y tus hijas no me lo perdonarían en la vida si te pasara algo malo por mi culpa.

El bombero sale del vehículo y lo rodea. Abre la puerta del conductor y agarra de las solapas al periodista para sacarlo de su propio coche.

—¿Qué haces?! ¿Se te ha ido la olla, Salaberri?! —se queja Fermín.

—Desbloquea tu móvil y dámelo, por favor.

Se monta, acelera y deja a su amigo tirado en mitad de la avenida.

—¡Te lo devolveré todo! —grita Martín a través de la ventanilla. Antes de acelerar, busca en el móvil un nombre y un apellido: Jesús Jaso.

Se le menciona en diferentes publicaciones relacionadas con Imanol Otazu. Todas de hace más de una década.

Trata de buscar información acerca de su clínica.

Nada.

Es como si no existiera ese lugar.

Algo muy apropiado cuando tus clientes eran los primeros interesados en que no se supiera nada de los tratamientos que se realizaban allí.

Martín se desespera y lanza el móvil al asiento de atrás.

—¡Joder! —exclama mientras golpea el volante lleno de impotencia y acelera el coche sin tener claro su destino.

De pronto, las luces de las farolas del barrio de Beloso Alto iluminan su rostro y Martín deja de dar puñetazos.

Ha tenido una idea.

Necesita hablar con la única persona que puede decirle dónde se encuentra la consulta privada de Jesús Jaso.

Mientras tanto, parado en el carril central de la carretera, Fermín Iribar observa cómo se pierde su coche en dirección al barrio de Beloso Alto. Un segundo después se sobresalta cuando una moto pasa zumbando a su lado.

El sicario acelera por la misma calle por la que se ha metido Martín, con la discreción que otorgan cien metros de separación y llevar el faro delantero apagado por la noche.

Pamplona. Hace diez años

Estoy parado en la zona donde están los baños de la planta inferior de Napardi, una de las sociedades gastronómicas más representativas de Pamplona y la primera en fundarse, hace más de cincuenta años.

Escucho cómo Imanol Otazu termina de lavarse las manos y lo intercepto en la puerta.

Es un pasillo discreto, apenas iluminado por los focos que hay dispuestos bajo la pasarela suspendida de madera, junto a la muralla de piedra medieval del Burgo de San Cernin que los socios supimos integrar como parte de la decoración del local. Más que la zona de acceso a los servicios parece la exposición de un yacimiento arqueológico en un museo.

—Tenemos que hablar —le anuncio muy serio.

—¿Aquí?

Sé lo que hace, trata de darme largas.

—No es un tema que podamos abordar en la mesa delante de tus patrocinadores.

—Entiendo —dice Imanol, y suspira incómodo porque tiene claro por dónde va a discurrir la conversación.

—Es sobre Nagore. No me ha gustado nada lo de esta mañana en Badostáin —observo.

—Bobadas. Está enfadada. Descubrir todo esto ha supuesto un desengaño para ella. Necesita tiempo, eso es todo, pero lo asimilará.

—No tengo la impresión de que tu mujer sea de ese tipo de personas. Más bien nos ha dejado entrever que va a encargarse de que todo estalle por los aires en cualquier momento.

—Jesús, créeme, la conozco, es mi mujer, me quiere y desea lo mejor para mí. Si hablara, me enterraría en vida. Sería el fin de mi

carrera. Ella lo sabe. Por eso estoy seguro de que me protegerá.

—¿De verdad crees que se pondrá de tu lado después de que anoche le dejaras el ojo morado?

Ambos detenemos la conversación cuando una persona entra y camina por la pasarela de madera. Lo saludo con la cabeza. Es alguien que no conozco y que debe de estar comiendo en otra de las mesas de la sociedad. Cuando desaparece por la puerta que da a los servicios, Imanol baja el tono hasta casi susurrar.

—¿Quieres bajar la voz, joder? —Mira a ambos lados—. Me puse nervioso, ¿vale? Yo... no esperaba que lo descubriera, y mucho menos que estuviera tan decidida a airearlo por ahí.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Más o menos lo que has escuchado esta mañana. Que encontró una muestra de una de las dosis en mi bolso de entrenamiento, la analizó en su laboratorio y comprobó que se trataba de THG.

—¿Cómo pudiste dejarlo a su alcance? Menuda cagada, Imanol.

—¿Tú crees que lo hice queriendo? No recordaba tenerlo en el bolso, joder —dice nervioso.

Le hago un gesto apuntando con la mirada hacia la zona de los servicios para recordarle que acaba de entrar un hombre.

—Ya, ya —susurra él.

—¿Tú qué piensas? Sé sincero conmigo, por favor. Esto es muy serio. Nos la estamos jugando los dos. Nagore es tu mujer, la conoces mejor que yo. ¿Seguro que no la ves capaz de hablar? —le pregunto.

Otazu mira hacia la muralla medieval y suspira mientras piensa la respuesta.

—Esta mañana, durante el entrenamiento, mi madre la ha visto hablando con Fermín Iribar.

—¿El periodista?! —suelto volviendo a subir el tono más de la cuenta.

El muy imbécil asiente con gesto serio.

—En los vestuarios. Pero lo ha echado de las instalaciones antes de que Nagore le pudiera decir nada.

—No me jodas, Imanol, no-me-jo-das —digo llevándome las manos a la cabeza—. ¿Seguro que no le ha contado nada?

—Sí. Mi madre está convencida de haber llegado a tiempo.

—No me gusta nada esta situación. No me gusta nada. Es un cabo suelto, y de los gordos.

—Se le pasará —asegura Otazu.

—Me temo que...

Imanol levanta la mirada. Las luces que se reflejan en la muralla iluminan la mitad de su rostro: su gesto es de temor. Tiene pavor de lo que puede estar por venir.

—... si no, tendremos que hacer que se le pase —digo con tanta frialdad como determinación.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri aparca el BMW de Fermín frente a la entrada de la residencia Elcano, en Beloso Alto. Una puerta metálica pesada bloquea el acceso a vehículos. A estas horas de la madrugada no están permitidas las visitas, pero no puede esperar hasta que se haga de día o Jesús Jaso acabará con la vida de Ane.

El bombero trepa el muro que rodea el recinto y salta al jardín. Sus pies descalzos entran en contacto con el césped húmedo.

Agazapado detrás de un arbusto que ha sido podado a la perfección con forma esférica, echa un vistazo al lugar: todo es silencio, las únicas luces que alumbran el jardín son los focos que recorren los caminos que dividen los parterres y un pequeño resplandor que brilla en una ventana de la planta baja. Martín supone que se trata de la sala donde está el personal que trabaja en el turno de noche. La recepción está cerrada; lo más probable es que solo estén de guardia un doctor y uno o dos empleados.

Camina de cuclillas por la zona menos iluminada del jardín hasta alcanzar la fachada de ladrillo rojo. Si alguien del personal de la residencia lo viera colándose allí, casi desnudo, llamaría a la policía, cuyo cuartel está en ese mismo barrio, y en cinco minutos todo habría terminado para él.

Y para Ane.

Necesita ser sigiloso y darse prisa.

Examina las ventanas que dan al jardín en busca de una apertura por la que entrar en el edificio. Prueba a empujar los cristales, pero es invierno y todos están cerrados para guardar el calor.

Tiene que pensar en otra opción.

—Nacho, vaya horas —le dice una voz que le resulta familiar.

Martín mira hacia arriba. En el primer piso hay un anciano asomado a la ventana de su habitación. Enseguida lo reconoce: se trata de Josetxo, el hombre que conoció la primera vez que estuvo en la residencia y que se pasa los días esperando la visita de su hijo, que nunca llega.

—La puntualidad no es una de tus virtudes, Nacho. Has salido a tu madre —dice el anciano. Martín recuerda que le contaron que ese hombre quedó viudo después de que su enfermedad mental ya se hubiera manifestado—, no tengo ninguna duda. No sé cuántas horas llevo esperándote aquí como un tonto. En fin, ¿qué haces ahí parado como un abeto? Sube de una vez. Que tienes horchata en las venas en vez de sangre.

Martín se siente mal por lo que va a hacer, pero no se le ocurre otra manera de entrar.

—Hola, papá. Perdona, se..., se me ha hecho un poco tarde hoy. Pero ya estoy aquí.

—Has salido a tu madre.

—Ya me lo has dicho.

—¡Pues otra vez! A mí no me contestes.

—Papá, habla más bajo, vamos a despertar a todo el mundo.

Josetxo se ríe a carcajadas.

—Ya puedes estar tranquilo, hijo. A tu madre no la despertamos ni aunque te pongas a su lado a tocar el tambor ese que tocas tan mal. Anda, entra en casa ya, que vas a coger frío.

Martín mira hacia la ventana donde supone que está el personal de guardia. Todo aparenta estar tranquilo.

—Papá, necesito que me abras la puerta. Me he dejado las llaves.

—Dios mío, qué desastre eres. Has salido a tu madre.

—Por favor —suplica Martín.

—Ahora bajo —dice Josetxo.

Cinco minutos después, que el bombero siente como una eternidad, el anciano llega dando pasos cortos y rápidos hasta la puerta acristalada que da acceso al jardín.

Trata de abrirla sin éxito; el personal debe de cerrarla por las noches para que no se escapen los residentes.

—No sé dónde ha puesto las llaves tu madre. Voy a subir a despertarla para preguntarle.

—No..., papá, espera. Déjala descansar. Puedes abrirme esa ventana que tienes ahí. ¿Llegas?

—Igual que cuando eras niño, que te encantaba trepar por la cañería. —Sonríe.

—Eso es, como cuando era niño.

—Has salido a tu madre, siempre haciendo monerías.

Jose txo desbloquea el cierre de la ventana.

Martín trepa y accede al interior de la residencia.

—Anda que vaya horas —recrimina el anciano.

—Lo siento..., papá.

Jose txo pone los brazos en jarra y niega con la cabeza, enfadado. Martín aprecia la tristeza en sus ojos profundos y rodeados de arrugas.

—Llevo todo el día esperándote. Pensaba que te habías olvidado de mí —dice mientras una pátina de lágrimas comienza a brotar detrás de sus gafas.

—No sé qué decirte, papá. Se me ha hecho tarde en el trabajo.

Jose txo está parado, en mitad de la recepción, con los hombros caídos y la tristeza patente de no comprender la sensación de abandono que siente en el pecho. Para él, su hijo solo se ha retrasado unas horas, pero la falta de un cariño familiar y la soledad en el mundo pesan en algún rincón de su deteriorada mente.

Martín se acerca a él y lo abraza.

El anciano le corresponde con todas sus delicadas fuerzas y Salaberri siente protección por primera vez desde que empezó esta pesadilla.

Ambos hombres, padre e hijo ficticios, se mantienen fundidos compartiendo su dolor, tan igual como distinto, durante medio minuto.

Jose txo se separa, se retira las lentes y seca sus lágrimas con dos dedos gruesos.

Martín lo rodea con el brazo y lo acompaña hasta su habitación. Después lo mete en la cama y lo arropa. Le da la mano y siente

tanto calor que parece que en cualquier momento va a prenderse en llamas.

Recuerdo 33: envejecer puede ser maravilloso o la putada más grande; todo depende de a quién tengas a tu lado.

Antes de marcharse, Josetxo le dice:

—Nacho.

—Dime, papá.

—¿Vendrás mañana a verme?

—Claro que sí.

—Te prepararé una bolsa con los mejores tomates de la huerta. Pero ven puntual.

—Lo haré.

—Seguro...

Martín cierra la puerta y corre hasta el fondo del pasillo, donde recuerda que está la habitación 112.

Cuando entra, encuentra a la madre de Imanol Otazu dormida en la cama.

—Ainhoa —susurra mientras le toca con suavidad en el hombro—. Despierte, Ainhoa.

La luz de la salida de emergencia es la única fuente lumínica. Martín no quiere encender la lámpara y llamar la atención de nadie que pueda verla a través de la ventana.

La anciana parpadea, tarda unos segundos en abrir los ojos por completo.

—Soy un amigo —se presenta Martín sentándose en el borde de la cama.

—Amigo, amigo, amigo —balbucea ella.

—Por aquí me llaman Nacho —dice el bombero sonriendo. La ayuda a incorporarse hasta quedar sentada en la cama.

—Nacho, Nacho, Nacho.

—Ainhoa, tengo poco tiempo. Necesito que me ayude.

—Ayude, ayude, ayude.

—Esto no va a ser fácil —reconoce él.

—Fácil, fácil, fácil.

Martín extrae del cajón de la mesilla de noche el taco de fotos que Ainhoa sacó durante los años de carrera profesional de su hijo. Le enseña las imágenes en las que aparece Jesús Jaso.

—¿Sabe dónde tenía la consulta este hombre? Es muy importante —pregunta señalando al médico en la foto.

—Importante, importante, importante —repite la anciana sin mirar las fotografías.

—Ainhoa, por favor, céntrese —le pide Martín.

El bombero arroja la mano de la anciana. El contacto parece provocar que al menos ella le mire a los ojos. Tiene su atención.

—Mire esta foto. —Sale Jesús Jaso posando frente a la fachada de una casa de piedra—. ¿Recuerda dónde la sacó?

—Sacó, sacó, sacó —balbucea ella.

Martín Salaberri se desespera. Cada segundo que pierde, las posibilidades de encontrar con vida a Ane disminuyen. Tira las fotos sobre la mesilla y estas se abren en abanico.

—Pincha, pincha, pincha —pronuncia la anciana.

Martín se lleva las manos a la cara y se aguanta las ganas de gritar de impotencia por no poder ayudar a su mujer.

Hasta que cae en la cuenta de que, por primera vez, Ainhoa no está repitiendo nada que él haya dicho antes.

—¿Cómo dice? —le pregunta a la anciana.

Ella le mira y responde:

—Dice, dice, dice.

—No. Acaba de decir otra cosa sin que yo la dijera antes.

—Antes, antes, antes.

Martín observa las fotografías que hay desparramadas sobre la mesilla de noche. En el centro hay una de Nagore. Es la que le sacó Ainhoa en los vestuarios con Fermín, horas antes de morir en ese extraño accidente de tráfico. Ella echó al periodista de las instalaciones de mala manera porque la mujer de Otazu pretendía contarle el asunto del dopaje.

—Pincha, pincha, pincha —repite Ainhoa, que de repente parece estar muy alterada.

Martín recuerda que, durante la primera visita que hizo a la anciana en la residencia, ella repitió lo mismo y se puso muy

nerviosa cuando la doctora se acercó con la aguja para ponerle la vía.

—¡Claro! Las agujas te recuerdan a los pinchazos que Jesús Jaso le ponía a Imanol, ¿verdad? —dice Martín sin dejar de sostener la fotografía de Nagore.

—Pincha, pincha, pincha —continúa ella.

—Tú lo sabías. ¡Sabías que el médico la mató! Nagore murió en la carretera rural que sale de Badostáin. Venía de visitar la consulta de Jesús Jaso. La casa está en ese pueblo. ¡Allí tiene secuestrada a Ane!

La anciana no deja de mirar la fotografía de su nuera. Está cada vez más nerviosa y alterada. Se balancea sobre sí misma sentada en la cama sin parar de repetir esa palabra.

De pronto, la puerta de la habitación se abre.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¡Seguridad! —grita un hombre con bata que debe de ser el doctor que hace las guardias a la doctora Aguirre.

Martín se incorpora, empuja al médico contra la pared y sale corriendo por el pasillo.

La alarma de la residencia comienza a sonar justo en el momento en el que el bombero alcanza el jardín.

Dos empleados encienden las luces exteriores del recinto y corren tras el intruso.

Martín se hiere los pies descalzos al trepar el muro, pero alcanza el BMW de Fermín y acelera sin dar tiempo a que el personal de seguridad salga del recinto a interceptarle.

Gira en dirección al barrio de Lezkairu. Antes de ir a esa casa de Badostáin, realizará una parada. Necesita ayuda, y solo confía en una persona.

Justo en ese momento, la moto de Alain, que llevaba diez minutos dando vueltas por el barrio buscando el coche de Fermín Iribar, tuerce la esquina a tiempo de ver el BMW al final de la calle. El sonido estridente de la alarma de la residencia ha desvelado su localización.

Gira el puño derecho del manillar para abrir gas y acelera en dirección a Martín.

*Badostáin, afueras de Pamplona.
Hace diez años*

Las luces de las farolas de Pamplona brillan desde lejos, como estrellas artificiales que tratan en vano de sustituir a un cielo nocturno encapotado por nubes de tormenta. Nagore conduce su Mini despacio por el camino rural que une Badostáin con la carretera del valle de Aranguren. Está de los nervios. Todavía tiene el cortisol por las nubes después de discutir durante media hora con Jesús Jaso. Ese hombre le da escalofríos, pero necesitaba volver a su clínica, hablar con él y dejarle claro que no pensaba detenerse, que quería dar a conocer la verdad. Para su sorpresa, y al contrario que esta mañana cuando estaban Imanol y Ainhoa presentes, él ha confesado todo y le ha ofrecido un acuerdo: Jesús desaparecerá de la vida de su marido a cambio de que ella no haga pública la información que inculparía al doctor de suministrar sustancias dopantes a varios deportistas europeos de élite, adulterando las competiciones en las que participaron.

Suena el móvil. Es su suegra.

—Dime, Ainhoa —responde seca. Jesús ha tardado menos de lo que esperaba en hablarle de su visita a la madre de Imanol.

—Hola, Nagore. Solo te llamo para ver qué tal te encuentras.

Ella resopla.

—Ainhoa, por favor, puedes meterte tu educación por el culo. Sé que nunca me has tragado, que consideras que no soy suficiente para tu hijo y que solo mantienes las apariencias con esa educación impostada. Pero esta mañana en el vestuario y después en la clínica ya hemos puesto las cartas sobre la mesa, ¿no?

—Jesús acaba de llamarme.

—Bien.

—Me ha dicho que has vuelto a la clínica.

—Te habrá dicho también que hemos llegado a un trato. El nombre de tu hijo no se verá manchado. Puedes estar tranquila.

—El problema es que has hecho un trato con el diablo.

—¿Qué?

De repente, dos puntos de luz se encienden e iluminan el interior del Mini de Nagore. Ella se eleva sobre el asiento a causa del susto. Son los faros de un vehículo que se aproxima desde atrás.

—Qué cosa más rara... —dice para sí misma.

—¿Qué pasa? —pregunta Ainhoa.

—Las luces de un coche que tengo detrás... no estaban ahí antes. Las acaba de encender. Ningún conductor circularía a oscuras por este camino de noche. No se ve nada.

Nagore mira de nuevo por el retrovisor y entrecierra el ojo que no tiene morado: el coche ha puesto ahora los faros largos y la está deslumbrando.

—Viene muy rápido —asegura ella, que empieza a sentir miedo real.

Nagore acelera. El Mini patina un poco a causa del hielo que cubre algunas zonas del asfalto.

—Estoy en una recta rodeada de campo, a oscuras, y de repente han aparecido de la nada los dos faros. Lo tengo ya encima.

—Es él —dice Ainhoa antes de colgar la llamada.

—¿Qué? ¡¿Quién?!

Escucha el potente motor revolucionado del otro coche mientras la adelanta. Se sitúa justo delante del Mini y reduce la velocidad de forma brusca.

—¡Pero bueno! —grita Nagore, que se ve obligada a pisar el freno. El Mini derrapa y hace un vaivén sobre la carretera helada hasta detenerse.

Ambos coches quedan a tan solo tres metros de distancia. Las luces del Mini descubren que el otro vehículo es un Porsche Cayenne.

La puerta del conductor del coche se abre y se asoma una pierna. Se está bajando una persona.

—Esto no me gusta —susurra Nagore.

Decide que va a adelantarlo.

Gira el volante, mete primera y el Mini sobrepasa por la derecha al otro coche. El extraño vuelve a meterse en el interior del Cayenne y cierra la puerta. Cuando la ventanilla de Nagore está a la misma altura que la del otro conductor, ambos cruzan las miradas durante un momento fugaz.

Es un hombre. No le ha visto bien porque, aparte de estar oscuro, en cuanto ha pasado por su lado él se ha bajado el pasamontañas que llevaba a modo de gorro sobre la cabeza y se ha cubierto la cara.

Ella acelera a fondo el Mini y las luces del Cayenne se ven cada vez más pequeñas. Pero los ochocientos metros de camino rural que tiene por delante hasta llegar a la carretera de Aranguren aparentan ser interminables.

Todavía le tiembla el cuerpo mientras el retrovisor le devuelve la oscuridad que riega los campos de cereales que tapizan el valle a ambos lados de la carretera.

Todo sucede muy rápido.

Lo primero que ve Nagore son esas dos luces de nuevo, pero esta vez están tan cerca que es como si hubiera explotado una supernova dentro del Mini. Las estrellas son preciosas cuando las miras de lejos, pero, si te acercas a ellas, te engullen y te abrasan.

Y eso es lo que ocurre.

Justo en el peor momento, cuando el coche que conduce Nagore está tomando una curva suave, el parachoques delantero del Cayenne impacta a 110 kilómetros por hora contra la parte trasera del Mini, haciendo que supere las fuerzas centrífugas que lo mantienen en la trayectoria de la curva y provocando que abandone el asfalto por la tangente para rodar varias vueltas de campana a través del campo.

El sonido de los golpes desacompañados del metal al aplastarse contra un árbol destroza la quietud de la noche.

Ahora que la inercia es igual a cero, Nagore trata de abrir los ojos. Está bocabajo, sujeta al asiento por el cinturón de seguridad que se le clava en la caja torácica como si fuera un hilo de metal afilado; debe de tener varias costillas rotas. Una cortina de sangre y pelo le

impide ver con claridad las piernas que se acercan. Cuando el hombre alcanza el coche, se agacha para echar un vistazo al interior a través de la luna delantera. Su cara sigue oculta detrás del pasamontañas.

Ella aparta el airbag con una mano entre quejidos y gira el cuello hacia la izquierda para averiguar cómo salir del coche.

—Tranquila, ya está, ya ha pasado todo. Mira.

—¿E-eres... tú, Jesús? —balbucea ella. Después sigue con los ojos el dedo índice del hombre, que señala su torso. Una rama gruesa del árbol contra el que ha estrellado su vehículo le atraviesa el vientre y se clava en el asiento.

Nagore se da cuenta de que ese hombre no alarga más la conversación. Su muerte solo supone un trámite aburrido con el que ya ha cumplido y en el que no piensa gastar más energía. Se limita a darse la vuelta y alejarse entre la oscuridad del campo.

Trata de gritar, de pedir auxilio, pero su voz se agota.

Con el último aliento que le resta, desvía la mirada hacia el teléfono en busca de ayuda. Pero está destrozado.

Ya no ve el pasamontañas ni las piernas de ese extraño. Tampoco escucha sus movimientos.

Solo queda el resplandor de los faros del Mini sobre el polvo de tierra en suspensión y el silencio cómplice del valle, que guardará el secreto de Jesús Jaso.

Pamplona. Presente

Martín Salaberri tarda solo cinco minutos en conducir desde la residencia Elcano, en Beloso Alto, hasta el parque central de bomberos de Pamplona. No lleva encima el teléfono, por lo que no ha podido avisar a Zubi de su llegada. Los neumáticos dejan una huella alargada al derrapar dentro de la nave que sirve de aparcamiento y el coche se detiene al fondo del pasillo que forman los vehículos de trabajo. El lugar se parece a un hangar de aviación: techos altos y cientos de metros cuadrados donde descansan dos filas de camiones, furgonetas, ambulancia y coches de color rojo, a la espera de una nueva emergencia que atender.

Dos compañeros que estaban realizando el mantenimiento de una autobomba rural pesada se acercan hasta donde se encuentra Salaberri, que sale del BMW descalzo y vistiendo la bata de espalda abierta del Hospital Universitario de Navarra.

—¿Martín? —pregunta el cabo Goñi. Su gesto no refleja alegría por el encuentro, sino más bien rechazo.

—Hemos visto las noticias..., todo lo que has hecho —dice el bombero que está junto a él.

—No tengo tiempo para explicaciones. ¿Dónde está Zubi?

Ambos se miran entre ellos, pero no responden.

—Por favor..., sé que hoy le toca turno. ¡Zubi! ¡Zubi, soy Martín! —grita mientras corre por las instalaciones.

Salaberri abre puertas en busca de su amigo. Los bomberos que encuentra por el camino expresan el mismo rechazo al verlo que el cabo Goñi.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunta extrañado Zubi cuando por fin se encuentran.

—Escucha, no te involucraría en esto si no fuera mi última opción —dice Martín al tiempo que busca un traje de bombero con el que vestirse—. Necesito tu ayuda. Tú me conoces mejor que nadie, sabes que yo no sería capaz de ponerle la mano encima a Ane, ¿verdad?

Zubi no responde.

—¿Verdad?! —insiste.

—Sí, sí. Claro, Martintxo, somos amigos desde hace demasiados años como para creerme eso que van diciendo. Los compañeros no piensan lo mismo, pero...

—Me dan igual los putos compañeros. —Martín le toma de los hombros y le mira a los ojos—. ¿Confías en mí?

—Eres un hermano para mí, Martín.

Se dan un abrazo.

—Dos personas han secuestrado a Ane y la tienen encerrada en una casa de Badostáin —suelta a bocajarro.

—¿Qué estás diciendo, Martín?

—Van a matarla, Zubi, lo van a hacer si no lo impedimos. No puedo acudir a la policía porque ahora mismo soy un hombre fugado y sospechoso de haber matado a mi cuñado y a mi mujer. Me encerrarían o perderíamos demasiado tiempo dando explicaciones. Un tiempo que mi mujer no tiene. Si confías en mí, necesito que me acompañes a esa casa. Busca herramientas con las que podamos defendernos mientras me visto y mételas en el BMW que verás en la nave. Van armados.

—¿Armados? —pregunta, asustado, a la vez que trata de procesar la información en su cabeza.

—¡Vamos! ¡Hachas, barras de uñas, palas..., lo que sea! ¡Pero corre!

Zubi desaparece por la puerta mientras Martín se viste el traje de bombero y se calza unas botas.

En ese momento suena un motor.

Alain acaba de acceder al parque. Detiene la moto entre las dos hileras de vehículos de bomberos y extrae de la parte trasera de sus pantalones la pistola nueve milímetros.

El sonido del primer disparo reverbera entre las vigas y se mezcla con el estallido del segundo proyectil.

Cuatro balas después, el cabo Goñi y el bombero que lo ayudaba caen al suelo heridos. Un charco de sangre comienza a brotar del estómago del segundo. Goñi se arrastra para ponerse a salvo bajo un camión escala y deja una huella roja sobre el pavimento.

Alain abandona la moto y camina hacia el vehículo. Escucha los gritos de dolor de Goñi. Se agacha y dispara varias veces hasta acallarlos para siempre. La última bala ha atravesado la cabeza del cabo y se ha incrustado en el neumático trasero derecho del BMW de Fermín, que se deshinchaba al mismo tiempo que la vida del cabo.

Su mala puntería le obliga a cambiar de cargador.

La puerta de las instalaciones se abre y salen el otro cabo que está de turno esta noche y los siete bomberos que, junto con Zubi, cumplen con el mínimo de personal legal exigido.

Este último entra en la nave unos segundos después. Los suficientes para pasar desapercibido a los ojos de Alain, que se entretiene tratando de dar caza a sus compañeros.

Cuatro disparos persiguen a uno de los bomberos al tiempo que corre a refugiarse detrás de una furgoneta. Impactan en la chapa de los vehículos aparcados y en las paredes de la nave. El quinto le atraviesa el cuello, reventándole la yugular y produciendo una lesión grave que pronto terminará en exsanguinación.

Alain corre hacia el cabo mientras dispara. Los proyectiles impactan en las lunas de dos camiones.

Su víctima tropieza, pero, para cuando logra levantarse, tiene a Alain encima, que le dispara dos veces. El cabo cae sobre el capó de un coche. Ambos proyectiles atraviesan la región torácica anterior y salen por la espalda. El cabo yace sobre la chapa del vehículo y lucha por respirar.

Alain se gira sobre sí mismo y busca a Martín por la nave.

Se agacha bajo el BMW de Fermín y ve dos piernas. El bombero que se escondía detrás echa a correr. Alain rodea el coche sin dejar de apuntar y se encuentran frente a frente. No es Salaberri, pero dispara. La bala entra con trayectoria oblicua en el muslo y lo deja tumbado en el suelo. Se dispone a rematarlo, pero escucha un ruido

a su espalda que lo interrumpe. Se da la vuelta y dispara varias balas al vacío de la nave.

Una de ellas termina en la sien de otro bombero provocando la fragmentación ósea del cráneo y alcanzando el cerebro en forma de lesión letal inmediata.

De pronto, Zubi sale de detrás de las toneladas de metal de un camión BRP con un hacha en la mano.

Alain se percata de su presencia y avanza hacia él.

Zubi tensa la muñeca y lanza el hacha con todas sus fuerzas. Siente cómo se despegas de sus dedos y comienza a girar sobre sí misma en dirección a Alain.

Pero el impacto no es con la hoja, sino con el mango de madera, y se traduce en un golpe mudo que provoca un seísmo interno en el cráneo de Alain y le hace caer al suelo de rodillas.

Cuatro bomberos aprovechan el desconcierto para escapar del parque.

Alain sacude la cabeza, aturdido. Observa con la mirada brumosa a Zubi correr hacia él y, cuando casi lo tiene encima, levanta el arma en su dirección y dispara.

Suena un clic seco.

El percutor se ha liberado, pero no ha habido explosión ni retroceso.

A Alain no le quedan más balas en ese cargador.

Piensa en sacar el de reserva del bolsillo, pero Zubi se abalanza sobre él.

En un movimiento fugaz, recoge el hacha del suelo y, cuando los cien kilos de bombero se ciernen sobre él, lanza el filo hacia su cuello. La hoja secciona la carótida de Zubi, que se desploma en el suelo cuando una hemorragia profusa fluye de la arteria con un chorro pulsátil de sangre.

Alain termina de recargar su arma justo en el momento en el que Martín entra en la nave. El bombero se detiene de golpe en cuanto su mirada se cruza con el cuerpo ensangrentado de Zubi.

Su mejor amigo desde los tres años, la persona con el corazón más grande que ha conocido, yace sin vida bocabajo en el suelo del parque de bomberos, en medio de un charco de sangre.

Martín siente que una boa constrictor se enrolla en su esófago y lo ahoga. Trata de gritar, pero no puede. Trata de llorar, pero no tiene fuerzas. Desfallece y cae de rodillas sobre el cadáver. Un tren de recuerdos atropella su mente mientras abraza el cuerpo inerte de su amigo por última vez.

Le viene a la cabeza el texto que escribió detrás de una fotografía de su padre. Aparece sentado junto a Ane y a él, riendo durante una sobremesa interminable de las que te aplanan el culo, como decía él. La sacaron una semana antes de que falleciera.

Recuerdo 77: la muerte da miedo, pero acojonan mucho más las conversaciones pendientes.

Se levanta con el veneno de la rabia y la venganza hirviendo en sus venas y corre hacia Alain con la intención de arrancarle la cabeza con sus propias manos.

—Veo que te has puesto guapo —dice muy tranquilo el asesino de su amigo haciendo referencia al traje de bombero con el que ha sustituido la bata del hospital. Le apunta con la pistola—. Ahora tranquilízate y ven conmigo.

Salaberri obedece y camina con las manos en alto sin poder dejar de mirar el cadáver de la persona con la que ha compartido tantos momentos dentro y fuera del trabajo, que permanece tirado de forma antinatural sobre el suelo. Siente todavía el calor en el pecho que ha dejado el último abrazo de su mejor amigo. Piensa en cómo va a explicarle a Laia, si sale de esta, que ya no podrá volver a jugar nunca con su tío Zubi.

El vacío que siente ya le cerciora de que con su marcha se ha roto un trozo irreparable de sí mismo y que no habrá vida suficiente para llorarle todo lo que va a necesitar.

Se acercan al camión donde Zubi estaba escondido hace un momento. Se trata de un BRP, un vehículo equipado como autobomba rural pesada de la marca Scania con cisterna de 3500 litros.

—Tú conduces —dice Alain. Espera a que Salaberri se monte y rodea el vehículo sin dejar de apuntarle con la nueve milímetros

hasta ocupar el asiento del copiloto.

Martín posa las manos sobre el volante. Están temblando.

—Tira hacia Badostáin —ordena Alain, mientras le encañona la sien.

Pamplona. Hace dos años

—Haz los honores, Jesús.

Me inclino hacia delante para hincar el tenedor en un trozo del chuletón de rubia gallega que yo mismo he preparado en la cocina de la sociedad Napardi. Al ser un día laborable, somos las únicas personas que estamos comiendo en la planta inferior del local, un espacio diáfano repleto de mesas de diferentes tamaños, rodeado de paredes y arcos de piedra de aspecto medieval.

Mis comensales de hoy, un empresario y un concejal de urbanismo con los que juego al golf los martes, dejan de reír cuando ven a alguien a mi espalda. Me giro al ver su sombra sobre la mesa y encuentro a un hombre de aspecto desaliñado plantado de pie detrás de mí. Está visiblemente ebrio y tiene cara de cargar problemas. Una barba canosa que nunca ha exhibido en televisión impide que ambos lo reconozcan. Pero yo he compartido mis mejores años a su lado como para no reconocerlo.

—Qué sorpresa, no sabía que estabas comiendo en la soci —digo, todavía masticando el chuletón. Trato de sonar despreocupado.

—*Erefs* un hijo de puta —ataca Imanol, al que se le traba la lengua.

Me levanto y lo rodeo con el brazo para llevarlo a una sala contigua al comedor. Allí he cerrado negocios y algunas bocas a base de chequera. Pero no sé qué me da que hoy no será tan fácil despachar el problema.

Otazu se tambalea de camino a la otra estancia. Antes de cerrar la puerta, me giro hacia mis dos comensales.

—Disculpadme, ahora mismo vuelvo. No se os ocurra dejar nada en el plato, que se enfría. —Guiño un ojo y sonrío de forma forzada.

—Pero mírate cómo vas, Imanol. Das pena —digo. Siento lástima de verdad.

—¡Como me da la p-puta gana voy! —exclama él.

Le pido con la mano que baje la voz en busca de discreción. La habitación es mucho más pequeña que el comedor, tiene varios sofás en forma de ele alrededor de una mesa baja. No nos sentamos.

—¿Se puede saber qué pretendes? Te avisé el otro día, no juegues conmigo, Imanol —le advierto señalándole con el dedo índice.

—*Tienefs* unos cojones que no te caben en los pantalones —grita mientras hace el gesto de pesarlos con ambas manos—. Si estoy así es por tu culpa, Jesús.

—No empieces otra vez. Yo no te di nada que tú no quisieras tomar.

—Mira esto —suelta enseñando en el móvil un *paper* publicado en una revista científica americana—. Se ha *demofstrado* que la THG causa daño hepático y... y t-tumores en el hígado.

—Tu cáncer puede ser el resultado de muchos otros factores —digo con voz calmada y la misma frialdad que solía emplear para dar los diagnósticos más graves durante mi carrera en el Hospital Universitario de Navarra.

—*Erefs* un cínico. Y un hijo de puta. Lo voy a contar todo.

—No hagas el imbécil, Imanol. Por tu bien. ¿No crees que ya te has jodido lo suficiente la vida?

—Tú me has matado, igual... —se apoya en la pared porque está a punto de perder el equilibrio— ¡igual que hiciste con Nagore.

—¿Qué? Yo no maté a Nagore, por Dios. Estás muy borracho, Imanol. Dices cosas sin sentido.

Otazu le suelta un puñetazo en la cara.

—¡Cállate! Nunca he encontrado *pruebafs*... para acusarte, y —se detiene para ordenar las palabras en su mente ética— además tenía miedo de que se manchara mi nombre al destapar toda la *verdaf* sobre el dopaje. Pero *tuvifste* que ser tú. Un accidente en una recta, tan cerca de tu clínica, el día en el que te enteraste de que ella lo había descubierto todo... —Suelta una carcajada histriónica—. Si una cosa he aprendido después de todo *efste* ti-tiempo es que las

casualidades no existen contigo. Esa i-idea me ha reco... re-reconcomido por dentro *defdsde* su muerte. Ocho años en los que n-no he hecho otra cosa que sufrir cada n-noche en vela —rompe a llorar con la cara roja por la ira y la borrachera—, encerrarme en el sótano oscuro de mi casa y beber hasta caer inconsciente.

Me llevo los dedos al labio que me acaba de partir Imanol y los miro. Están cubiertos de sangre.

—Mancharás tu reputación también. Será tu ruina, Imanol. Si hablas, sellarás el fin de tu legado para siempre.

—¿*Creefs* que me importa? ¡N-no tengo hijos, no tengo mujer, n-ni siquiera mi propia m-madre recuerda mis logros! Solo..., solo he venido para ver tu cara al escuchar que pienso contarle todo en mis m-memorias. —Se tambalea cuando empieza a caminar hacia atrás y me apunta con el dedo índice—. Tu honor va a morir c-conmigo.

Imanol se marcha pegando un portazo y dejando una peste a alcohol suspendida en el aire.

Me quedo un minuto a solas en la sala mientras trato de recomponerme antes de volver a la mesa con mis amigos.

—Te hemos dejado los mejores trozos —dice Iñaki, el empresario, cuando me siento de nuevo con ellos.

—Y el hueso —bromea el político.

Ambos se quedan en silencio al comprobar mi semblante serio.

—¿Todo bien, Jesús? —me pregunta el empresario.

Me llevo los dedos al lacrimal para pensar si dar el movimiento que he adelantado en mi cabeza. Suspiro.

—José Mari —le pido al político—, ¿puedes dejarnos a solas un momento?

—¿Ahora? —pregunta él.

—Sal a fumar un rato —insisto sin mirarle.

—Sabes que no fumo —me responde el concejal.

—¡Pues vete al baño o a donde te dé la puta gana! —le digo, ahora mirándole a los ojos con ira.

José Mari se coloca la corbata, se levanta de la mesa y desaparece por la puerta que da acceso a la zona que esconde la muralla medieval y que precede a los servicios.

Cuando estoy seguro de que el político ya no puede oírnos, cambio el gesto serio por una media sonrisa y empiezo:

—Qué bien lo pasamos el fin de semana en tu caserío de Santesteban. Tu mujer hace las mejores carrilleras que he probado en mi vida. ¿Cómo dijo que preparaba la salsa?

El empresario me mira desconcertado, sin entender por qué cojones necesitaba que José Mari se marchara para alabar la cocina de su esposa.

Suspiro.

—Iñaki, ¿recuerdas la conversación que mantuvimos durante la sobremesa, cuando nos quedamos a solas?

Tuerce el gesto.

Empieza a comprender por dónde voy.

—¿El problema gordo que te comenté? —aclaro.

Iñaki asiente.

—Supongo que ese borracho forma parte del problema.

Le digo que sí. Miro a nuestro alrededor para comprobar de nuevo que seguimos solos.

—Necesito el contacto que me sugeriste.

—¿Estás seguro?

—Llegados a este punto, es la única manera de frenarle. ¿Es de fiar?

—Él se dedica a este tipo de encargos: robo de documentos, amenazas, palizas...

—No quiero sangre. Esto es muy importante —aclaro.

—A veces se le va la mano. Es... algo impulsivo.

—¿Impulsivo?

—Y sádico. Está como una cabra.

—No me gusta. ¿Tiene antecedentes?

—Nunca le han pillado. Pero —baja la voz más todavía— sé de buena mano que ha matado.

—¿Crees que será capaz de no cagarla entonces? —interrumpo.

Piensa la respuesta.

—Necesita el dinero. Debe mucho a la gente equivocada. ¿Tienes otras opciones para el trabajo?

No. O lo hago yo, o lo hace esa persona. Y yo no puedo encargarme porque Imanol Otazu me conoce.

—Dámelo —digo.

Iñaki toma una servilleta de tela con el nombre de la sociedad grabado en ella y escribe a pluma un teléfono. Debajo, un nombre: Alain.

*Badostáin, afueras de Pamplona.
Presente*

Martín Salaberri tiene entre sus manos el volante del Scania modelo P370 B4×4 H que han tomado prestado del parque de bomberos y ocho segundos para decidir qué hacer con él.

La noche es cerrada, pero su quietud se resquebraja con el aullido potente de la sirena.

El camión modificado como autobomba rural pesada de dieciocho toneladas circula a ochenta kilómetros por hora por el camino rural que une la carretera de Aranguren con la localidad de Badostáin, a las afueras de Pamplona.

Es la recta donde murió Nagore.

Su coche se salió por la tangente en una curva y rodó sobre el campo hasta estrellarse contra un árbol.

Siete segundos.

Alain está sentado en el asiento del copiloto y, mientras le apunta a la cabeza con su nueve milímetros, dice:

—Vas muy rápido. Reduce. Ya casi estamos.

Pero Martín Salaberri no reduce.

El camión entra en el pueblo por una calle angosta que termina en una casa unifamiliar.

—Es esa, la de enfrente que tiene luz detrás de las cortinas —informa Alain señalando la clínica del doctor Jaso.

Seis segundos.

Los cristales de las ventanas de las viviendas que flanquean la calle tiemblan con el ruido del motor. La sombra del vehículo recorre las paredes iluminadas por las luces amarillas de las farolas.

El camión bota sobre un socavón. En un acto reflejo, Alain apoya el brazo sobre la radio del salpicadero, que se enciende. Suena la

canción que Martín pone a todo volumen para bromear con el resto de sus compañeros bomberos cada vez que salen a atender una emergencia: «Cazafantasmas».

Las primeras notas de la melodía transportan a Salaberri a un lugar tan lejano e irreal como lo son sus posibilidades de sobrevivir.

Recuerdo 41: he aprendido más con letras de canciones que de mis profesores.

—¡Quita eso, hostia!

—Perdona —dice Martín mientras gira hacia la izquierda la rueda que controla el volumen del reproductor.

—¡Y frena de una puta vez o te meto un tiro en ese cabezón que tienes! ¡Nos vamos a comer la casa!

Cinco segundos.

—¿Me oyes? ¡Frena! —grita Alain, al que le tiembla la voz por primera vez desde que ambos hombres han subido al camión.

Pero Martín ni oye ni frena. Su cabeza ya no está en ese lugar.

Piensa en Jon, en su nombre escrito en esos recipientes que lo han traído hasta aquí.

Piensa en Blanca Monreal y en cómo fue incapaz de salvarla por segunda vez de la muerte.

Piensa en la risa de su amigo Zubi: se pregunta cómo de gris será la vida a partir de ahora sin él, y si será capaz de reír con esas carcajadas que solo su amigo lograba arrancarle.

Piensa en Sara Jaso y maldice.

Cuatro segundos.

Su respiración, rápida y desacompasada, se acelera conforme la calle se termina.

Piensa en Ane. En todo lo que se ha equivocado con ella.

Martín Salaberri se enrolla el cinturón de seguridad en el brazo izquierdo y aprieta los dientes. En medio de este trance, oye la voz nerviosa del hombre que le apunta. Está gritando, pero él no distingue las palabras porque resuenan lejanas, enlatadas en sus propios pensamientos.

Tres segundos.

Suelta el cinturón de Alain.

Dos segundos.

La casa de piedra deja de ser un horizonte, se ha hecho grande ante él y ahora ocupa la totalidad de su visión. Es el final del trayecto. El camión va a impactar contra la fachada y ya es tarde para frenar.

Cierra los ojos hasta hacerse daño con la misma fuerza con la que sus nudillos blancos aprietan el volante.

Ve a Ane de nuevo y a su hija, Laia. Si se dispone a tener un último pensamiento, que sean ellas.

Grita.

Un segundo.

*Badostáin, afueras de Pamplona.
Presente*

El impacto del camión ha movido la estructura de la casa como si acabara de sufrir un seísmo. Jesús y Sara Jaso se han agarrado a sus asientos y se miran ahora entre ellos sin entender qué ha sucedido. Escuchan la sirena como si la tuvieran dentro del salón.

—¿Cómo se ha enterado la policía? —pregunta ella desde el sofá.

—No es la policía —dice el doctor.

—¿Entonces? —inquieta Sara.

—Entonces Martín —responde él, serio.

Jesús se levanta y clava el cuchillo de poda en la silla que había dispuesto frente a Jon y a Ane, que continúan sentados en el suelo, atados de pies y manos. Se asoma a la ventana que da a la calle y alcanza a ver la parte trasera del camión de bomberos. La luz azul de la sirena se refleja en su cara y en las cortinas. El charco de combustible que sale del garaje y baña la calle enseguida le da una idea de qué tiene que hacer.

—Yo me encargo.

—¿Quieres llevarte la pistola? —pregunta ella.

—La vas a necesitar tú. Pégale un tiro a cada uno y sal corriendo de aquí —dice señalando a los dos rehenes.

—¿Qué? ¿Yo? —pregunta con temor mientras aleja el arma como si quemara.

Jesús se encoge de hombros. Un gesto habitual en él que su hija sabe traducir. Pero, por si acaso, su padre se lo explica:

—Sara, nos convertimos en el resultado de las acciones que realizamos. Después de todo lo que hemos hecho hasta llegar a este punto —señala a Jon y a Ane, que los miran con pánico en los ojos—, ¿qué esperabas?

Ella observa el arma de nuevo; esta vez la agarra con determinación.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo lo voy a quemar todo, hija.

El lateral del depósito de diésel está rajado. Los doscientos litros de combustible comienzan a cubrir poco a poco el suelo del garaje en el que Martín ha empotrado el camión. Se forma un charco alargado que resplandece bajo las luces de emergencia, que siguen girando. El sonido es ensordecedor.

La parte delantera del Scania se ha deconstruido en un acordeón de hierro gigante.

Martín se revuelve con los brazos para retirar el airbag. Una mancha roja se extiende por la bolsa de aire justo donde tenía la cara. Se lleva las manos a la frente, donde se ha abierto una brecha de la que sale la sangre.

Siente un pinchazo agudo en las cervicales cuando mira a su derecha.

Alain no está sentado en el asiento del copiloto.

Abre la puerta y baja retorciéndose de dolor.

El garaje huele a combustible y a humo del tubo de escape.

El camión ha fundido la parte delantera de sus toneladas de chapa roja con la de una furgoneta blanca; el mismo color que tenía la de la foto que Jesús le envió, en la que aparecía Ane amordazada en la parte trasera. Si su mujer sigue con vida, se encuentra en esta casa.

Alain ha atravesado la luna delantera de la furgoneta y su cuerpo yace sobre el volante. Hay cristales rotos y sangre por todos lados.

A un lado del desastre, el bombero se alegra de volver a ver su Land Rover Defender, intacto.

Martín Salaberri tiene que entrar en la casa y buscar a Ane. Pero antes rodea el camión de bomberos para comprobar si su amigo Zubi tuvo tiempo de meter un arma con la que defenderse, como le pidió antes de que Alain lo matara.

Jesús Jaso asciende hasta el ático de la casa. Huele al polvo acumulado durante los años que llevaba sin entrar en la estancia. La bombilla que cuelga del techo es la única fuente lumínica de la habitación abuhardillada, que está llena de trastos: estanterías, cajas de libros, la camilla que usaba para tratar a los deportistas, material de labranza y ropa médica de otra época en la que no atisbaba ninguno de los problemas que torcieron su vida después. Escucha un pequeño golpe detrás de un armario; es una rata.

Lo que busca está en algún lugar entre las herramientas de labranza de su padre. Justo donde encontró el cuchillo de poda que ha estado utilizando estos días.

Viene de una casa humilde que vivía de lo que la tierra les daba. Él fue el primer universitario de la familia a costa del esfuerzo de toda una vida de trabajo de sus progenitores.

Retira un par de azadas, una pala y un rastrillo para hacer hueco y poder arrastrar una caja grande.

La última vez que empujó esa caja no le costó tanto esfuerzo moverla.

Los años pesan; las malas decisiones, más.

Estira la cinta aislante que sella las solapas de la caja y la abre.

Extrae la manguera flexible; después, el cabezal y la bombona que levanta con una mano para medir su peso: está llena.

Comprueba que todas las partes estén bien unidas. Han pasado muchos años desde la última vez que su difunto padre la utilizó.

Se trata de una antorcha de propano comprada en los noventa. Su padre, agricultor hasta su muerte, la utilizó durante sus últimos años para quemar las malas hierbas de las tierras que cultivaba.

Pero esta noche Jesús la usará como lanzallamas.

Martín abre la puerta del garaje y sube renqueante por las escaleras de acceso a la casa. La sirena del camión es un grito agudo y constante que se hace diminuto conforme se aleja y su mente se concentra en lo que tiene delante. El olor a leña sustituye al de combustible. Llega al primer piso sudando el traje de bombero por

culpa del peso de la mochila que carga a su espalda. Le duelen la cabeza y el cuello por el golpe, y cree que se ha roto varias costillas.

—¡Veo que has salido del hospital, bombero! Si me permites un consejo como médico, tu aspecto me dice que se han precipitado en darte el alta —grita Jesús desde las escaleras que bajan del ático. Alza la antorcha y apunta hacia Martín.

Zubi tenía muchas herramientas para elegir en el parque de bomberos que podrían utilizarse como armas: hachas, palas, barras de uñas; Martín habría optado por un pulaski, una especie de híbrido entre azada y hacha que se utiliza en emergencias forestales.

Pero su amigo no tuvo tiempo de cargarlas en el camión antes de morir. O quizá las metió en el BMW de Fermín, como le pidió Martín.

Lo único parecido a un arma que Salaberri ha encontrado en el camión ha sido la mochila de agua a presión portátil que Zubi llevaba meses diseñando y que estaba sobre el asiento trasero.

Martín levanta la lanza poco convencido y apunta a Jesús.

—¿Qué piensas hacer con eso?, ¿mojarme? —se burla Jaso mientras desciende las escaleras hasta quedar frente a frente con el bombero en mitad del pasillo de la primera planta. En la mano izquierda sostiene una bombona pequeña de propano que va unida por una manguera al tubo de metal alargado que hace las veces de antorcha y que sujeta en la diestra.

—¿Dónde está Ane?!

Jesús abre al máximo el regulador del caudal, lo que permite que salga más propano y la llama sea más grande cuando dispare.

Martín posa el dedo índice tembloroso en el gatillo de la lanza y piensa en su mejor amigo, en los inventos y prototipos fallidos que le vio diseñar a lo largo de los años en su taller del parque de bomberos. En las risas y burlas a costa de ellos. Solo espera que este último funcione.

Ambos hombres permanecen parados, enfrentados como dos vaqueros dentro de un wéstern moderno.

Jesús es el primero en disparar.

La antorcha escupe una llamarada de fuego que hace que Martín se aparte de un salto y caiga al suelo bocabajo.

Jaso se distrae un segundo al ver la zeta enorme dibujada con led rojo sobre la mochila negra que porta el bombero.

Ese tiempo lo aprovecha Martín para girarse sobre sí mismo y accionar el gatillo de su lanza desde el suelo. El invento de Zubi expulsa un chorro a presión fino pero afilado. El agua penetra como un láser en el vientre de Jesús y lo atraviesa, produciendo una evisceración parcial.

El doctor cae de espaldas sobre el pasillo, agonizando de dolor y retorciéndose sobre sí mismo. La lámpara que pende del techo del pasillo se vuelve distante y borrosa. La casa da vueltas sobre él, que viaja a través de una espiral de imágenes antes de cerrar los ojos.

Martín escucha un disparo.

Viene del salón.

Entra corriendo en la estancia y se encuentra con la realidad más cruel: ha llegado tarde.

El cadáver de Jon yace atado de tobillos y muñecas en el suelo. Un agujero de bala en la frente y el olor a pólvora reciente silencian la escena.

A su lado, Ane.

También en el suelo.

También atada.

Pero viva y asustada.

Frente a ella, encañonándole la cabeza con una pistola, está Sara Jaso.

—¡No! —grita Martín.

Sara se gira hacia él como sacudida por un rayo y dispara.

La bala silba tan cerca de su oído que le cuesta creer que no haya acertado.

El bombero salta hacia un lado en un movimiento reflejo. Estrella su cuerpo sobre la mesa de madera y termina cayendo de costado al suelo.

Sara dispara de nuevo. Esta vez le alcanza en el gemelo izquierdo. El bombero siente el impacto como un mordisco a traición. La picadura de una víbora que no esperaba.

Otra bala se incrusta en el mueble de cerezo que ocupa la pared que Martín tiene junto a su cabeza. Varias astillas de madera vuelan

en todas las direcciones.

Salaberri se mira la pierna. Está sangrando, pero no lo suficiente como para que el proyectil haya alcanzado una vena tibial o la arteria peronea.

Apunta con la lanza por debajo de la mesa a los pies de Sara y aprieta el gatillo.

El invento de Zubi propulsa el hilo afilado de agua con la misma fuerza con la que reventó la piel del doctor Jaso. Ella cae al suelo, dolorida en la rodilla y sangrando.

Martín aprovecha para levantarse y disparar de nuevo.

Esta vez el chorro parece tener menos presión que antes, pero, a pesar de eso, atraviesa el músculo del cuello de Sara provocando una lesión expansiva que comprime su tráquea. La hija del médico se lleva las manos a la herida y trata de luchar contra la insuficiencia respiratoria.

Martín agarra el cuchillo de poda que Jesús ha dejado sobre la silla que hay frente a Ane y le corta las bridas de plástico.

Ambos se funden en un abrazo que los hace sentir que se desvanecen. Ella entierra la cara en el uniforme de Martín y deja que el gesto la reconforte. Mientras, a su espalda el sonido de la sirena del camión de bomberos se mezcla con los intentos agónicos de Sara por respirar.

—Lo siento —dice el bombero. Sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas de alegría, por encontrarla viva; de tristeza, por los que se han quedado por el camino, y de culpabilidad—. Por todo.

Cuando ella se separa para mirarle de frente, encuentra en su mirada húmeda una capa más que no logra descifrar. Pero ahora no hay tiempo para explicaciones.

Salen corriendo del salón y bajan las escaleras de nuevo hasta el garaje. Se detienen sobre el charco de combustible que se extiende desde el camión cuando escuchan un grito:

—¡Quietos!

Es Jesús. Está tirado frente a la casa, con la antorcha en la mano. Los jirones de tela de su camisa se mezclan con las vísceras que asoman desde su vientre. Siente una presión que no pertenece a

ninguna parte del cuerpo que sepa controlar y su pulso es un tambor desacompañado que le rebota en la garganta.

Pero el baile de la luz de la sirena del camión en su mirada refleja que todavía tiene sed de venganza y fuerzas para terminar lo que empezó hace dos años.

—Has pasado de ser un cabo suelto a la persona que ha matado a mi hija, bombero —dice antes de dejar que el gas suba por el tubo y salga en forma de fuego hacia Martín y Ane.

Ambos se inclinan hacia atrás y esquivan por centímetros la llama.

Pero Jesús sonríe desde el suelo.

Se acaba de dar cuenta de que le basta con apuntar al charco de combustible que va desde la calle, pasa por debajo del camión y empapa los pies de Martín y Ane.

El bombero levanta la lanza hacia el doctor y aprieta el gatillo. El chorro que expulsa esta vez el invento de su amigo no alcanza a salir del garaje.

—Joder, Zubi —dice Martín.

Jesús suelta una carcajada entrecortada por quejidos de dolor.

Después estira el brazo para apuntar mejor y no errar el tiro esta vez.

Le falta el aire. Pero hace un esfuerzo para apoyar la mano sobre la llave del caudal de propano. Lo abre de nuevo, dispuesto a quemarlos vivos.

Suena un disparo.

Martín y Ane se miran el uno al otro en busca de la herida.

Están enteros e ilesos.

No saben de dónde ha venido, pero Jesús Jaso ha recibido un disparo en la frente que lo ha matado en el acto.

El alivio y la sensación de haber ganado duran el poco tiempo que tardan en darse cuenta de que la antorcha que portaba el doctor ha caído sobre el extremo del charco de combustible.

El fuego se extiende por el suelo a través del diésel formando una pared vertical de llamas anaranjadas.

—¡Corre! ¡Tenemos que salir a la calle! —grita Ane cubriéndose la cara para protegerse del calor extremo.

Martín se apoya en ella para suavizar la cojera. Consiguen desplazarse a un lado lo justo para que no les alcancen las llamas que se abren paso por el garaje. El bombero se deja caer al suelo de la calle cuando se siente a salvo.

Sentados sobre los adoquines, observan a Alain, atrapado entre el amasijo de hierros formados por el camión y la furgoneta de Jesús. Una pistola se desliza entre los dedos casi inertes de su mano y cae sobre el camión de bomberos.

Ha sido él.

Alain ha fallado el tiro y ha matado a Jesús Jaso.

Antes de que la figura del tirador sea engullida por el fuego y se convierta en solo una sombra oscura, Martín cree percibir un gesto en la cara de ese hombre que esta noche ha tratado de matarlo varias veces y que ahora va a arder vivo dentro de ese garaje sin conseguirlo.

Tiene la boca llena de sangre y sus labios dibujan una forma impropia de alguien que sabe que ha perdido.

Es una sonrisa de ganador.

La sombra que es Alain dentro del garaje le apunta con la pistola y dispara tres veces hasta vaciar el cargador.

Martín y Ane se cubren. Pero las balas se pierden en la inmensidad de la noche mientras Alain, envuelto en llamas, grita de dolor.

Pamplona. Hace un año

El sol calienta los ladrillos rojos de la residencia Elcano, en Beloso Alto. Alain asoma la cabeza por el muro que encierra la propiedad y, cuando está seguro de que ningún miembro del personal le está mirando, lo trepa y salta dentro del jardín.

Se sienta en uno de los bancos de madera. No se trata de uno cualquiera, sino del que está ocupado por una mujer que tiene la mirada perdida en algún punto del césped porque su cabeza hace años que empezó a olvidar quién era.

—Buenos días, Ainhoa —dice él.

—Días, días, días —responde, pero su expresión continúa apagada.

Alain repite la frase, pero esta vez se levanta del banco y se acucilla frente a ella.

La mente de un enfermo de alzhéimer es capaz de encontrar momentos claros dentro de la niebla por la que transita. El ojo del huracán. Son instantes de lucidez a veces causados por fluctuaciones en la función cerebral o estímulos como una canción, un olor familiar o ver a una persona que ha sido importante o trascendente en la vida del enfermo.

El hombre que mató a tu hijo hace un año lo es.

De pronto, un leve parpadeo. Los ojos de Ainhoa, hasta ahora difusos y errantes, se enfocan con precisión en los de Alain. Su expresión cambia, ahora está presente y en conexión con su entorno. La luz del sol se refleja en sus iris como si un chispazo hubiera activado los circuitos de memoria de la anciana.

—¿Vienes a matarme? —pregunta.

Alain niega con la cabeza.

—Me acuerdo de ti —dice ella—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Alain.

Los lacrimales de la anciana se humedecen.

—No vengo a hacerte daño, Ainhoa.

—No me importaría. Sé que mi hijo me está esperando allí arriba.

Alain encuentra el reflejo azul del cielo en la mirada cansada de la anciana.

—Tú lo mataste —suelta ella, seca.

—Sí.

—¿Por qué a mi hijo? Era una buena persona. Todo el mundo lo quería.

—Por dinero. A cambio de entregar cierta información que Imanol guardaba en su casa.

El cerebro dañado de la anciana cose rotos en su memoria. Suspira antes de preguntar:

—¿Jesús Jaso?

—Sí.

Ainhoa se lleva una mano temblorosa a la boca abierta al confirmar la información que se había perdido en una esquina sombría de su mente. Tarda varios segundos en ser capaz de continuar.

—Lo que hiciste... ¿mereció la pena?

—Ni siquiera he cobrado todo el dinero.

Los ojos húmedos de Ainhoa miran al sicario de su hijo con desconcierto.

—Entonces fue Jesús —confirma de nuevo la anciana para sí misma. Se seca las lágrimas con la manga de la chaqueta.

—¿Buscas que te perdone? —pregunta ella.

A Alain eso le importa más bien poco.

—Solo quería que supieras que voy a quitarle la vida a Jesús Jaso.

La anciana mira al cielo como si supiera que esa podría ser la última vez que su mente fuera capaz de disfrutar de su profundidad. Encuentra una nube con forma de interrogante que la baja a tierra. Después fija las pupilas en las de Alain y pregunta:

—¿Mi hijo...?

Su cerebro se entretiene de más ordenando las palabras.

—¿Todavía hay niños que sueñan con nadar tan rápido como él?

—Todo el mundo lo adora.

Ella forma una sonrisa salada por las lágrimas que transportan recuerdos incompletos de esfuerzo y orgullo maternal.

—¿Tsunami Otazu sigue siendo una leyenda?

—Sí, de momento, sí. Aunque hay personas que saben la verdad y podrían desprestigiarlo.

La anciana niega con la cabeza.

—Pero él nunca pierde. Nació para competir y vencer siempre, ¿entiendes?

—Sí, Ainhoa.

—Entonces tiene que ganar también esta última carrera.

—¿Te refieres a Jesús?

Ella asiente.

—A él y a esas personas que has dicho. Hazme un favor y asegúrate de que nadie pueda ensuciar nunca su nombre.

—Jon...

Los ojos vidriosos de la anciana miran a Alain y tiemblan como si el hilo que los une a la realidad estuviera a punto de quebrarse.

—A todos, Alain. Ma... mátalos a todos los que saben la verdad. Y... ojalá... te mueras también tú.

Las manos de la anciana se vuelven inertes dentro de las de Alain. Sus pupilas vagan en el vacío otra vez y su mirada regresa al estado de confusión y ausencia que tenía cinco minutos atrás.

Pamplona. Un año después

Martín y Ane saludan con un gesto a la doctora Aguirre mientras caminan entre los parterres de la residencia Elcano. La sanitaria sonríe al ver a la pequeña Laia corretear por el césped despreocupada, dibujando ochos invisibles en el aire con su trayectoria caótica.

—Qué felicidad —dice la doctora cuando ambos la alcanzan.

—Hay factores que se escapan a nuestro control —saluda Martín—, pero, para el resto, la vida puede ser todo lo fácil o complicada que queramos.

—Suenas a frase para el reverso de una fotografía —bromea Ane al tiempo que abraza la cintura de su marido.

La doctora Aguirre entiende que se trata de una referencia interna de la pareja cuando observa que ambos se miran y sonríen con complicidad.

—Hombre, Nacho —interrumpe una voz cascada que llega desde su espalda—. Vaya horas.

Jose txo se acerca y le da un abrazo al bombero.

—Hola, papá. Perdona, se me ha hecho un poco tarde en el trabajo.

—¿Y esta chica tan guapa? —pregunta mirando a Ane—. ¿Te has echado novia?

El bombero y su mujer se miran sonriendo.

—Se llama Ane, papá.

—Encantada. Nacho no para de hablar de usted —dice ella dándole dos besos.

—No sé qué habrá hecho este desastre de hijo que he criado para engañarte. Pero tú sabrás —comenta riendo—. ¿Te quedas a comer, Ane?

Ella no sabe si seguir con el juego. Martín se adelanta:

—Sí, claro. Ya es hora de que os conozcáis.

Jose txo asiente complacido.

—Tu madre está en la cocina, se le va a pasar el arroz. La voy a avisar de que has venido con visita y bajo a buscaros.

Se marcha con paso rápido para su edad hacia el edificio de la residencia.

—¿Qué tal está Ainhoa? —le pregunta Martín a la doctora Aguirre.

—Cada vez más lejos de aquí —responde ella—. No recuerdo la última vez que tuvo un momento de lucidez.

Ane mira a la anciana. Está sentada en un banco recibiendo los rayos de sol en las líneas arrugadas que pliegan su piel. Tiene la mirada perdida y el cuerpo inmóvil.

—Es una pena —dice.

—Pero es lo normal en los pacientes que sufren esta enfermedad. El hilo que cose sus recuerdos se ha partido en mil pedazos, y ya no hay forma de remendarlo. En fin, les dejo. Si me necesitan, estaré en mi consulta. Me alegra verlos por aquí cada mes.

Se despiden de la doctora y se acercan a la madre de Imanol Otazu.

—Hola, Ainhoa —saluda el bombero—. Qué a gusto estás ahí sentada al sol, ¿eh?

Ella no responde, ni siquiera se percata de su presencia.

Martín se acucilla frente a ella y le da la mano. Siente el calor acumulado en su piel. Sus ojos vidriosos miran al infinito, como si el pasado estuviera tan lejos que llegara ya muerto, igual que sucede con la luz de algunos astros del firmamento.

—Gracias de nuevo por ayudarme aquella noche. No sé si algún día recibirás este mensaje, pero no me cansaré de venir a verte cada mes para repetírtelo.

—Sin ti, yo no estaría aquí —reconoce Ane formando una sonrisa de alegría amarga por el estado mental de la anciana.

—Algo me dice que no solo me ayudaste a mí, sino que tuviste mucho que ver en el desenlace de esta historia.

—Bueno, gracias a ti el viejo Land Rover de mi marido ardió en ese garaje de Badostáin antes de que tuviéramos un accidente con

él cualquier día —bromea Ane.

—Muy graciosa —comenta Martín mientras se pone de pie y la abraza sonriendo.

La luz de la mañana ilumina la melena rubia de Ane como si encendiera miles de hebras de oro.

—Ya que sacas el tema —dice el bombero—, tengo una cosa para ti. ¡Laia, ven, por favor!

La niña corre hacia ellos. Sus mejillas rojas revelan que no ha parado de jugar desde que llegaron.

—Me ha chivado Ura que tienes una cosa para tu madre.

Laia sonríe con complicidad.

—¿Se lo doy ya?

El bombero asiente.

La pequeña extrae del bolsillo una fotografía y se la da a su madre. En ella se ve el salón del ático de la plaza del Castillo lleno de cajas de cartón. Ane le da la vuelta y lee el reverso.

Recuerdo 299: solía pensar que las mudanzas eran tristes porque en las casas que dejábamos se quedaban los recuerdos que habíamos vivido allí. Que en cada mudanza perdíamos una parte de nuestro ser que ya no volvía a encontrarnos. Pero estaba equivocado. Las memorias viajan con nosotros allá donde vayamos. Y sin las dos personas que más quiero sería imposible crear recuerdos nuevos que merezcan la pena.

—La he vendido —dice Martín—. Durante este año en Mendaza me he dado cuenta de que no tenía sentido vivir con un pie anclado al pasado. También he pedido el traslado al parque de bomberos de Estella para tener el trabajo más cerca del pueblo. Esto... me ha costado más de lo que esperaba. En el parque de Pamplona he vivido mucho al lado de Zubi.

Ane lo abraza mientras a él se le humedecen los ojos. Laia se agarra a las piernas de ambos.

—Todos lo echamos mucho de menos.

En ese momento escuchan la voz de Josetxo de nuevo, que está junto a ellos y parece haber escuchado la conversación porque, como si se saliera del papel de padre que espera a su hijo Nacho, dice:

—Cuando perdí a mi mujer y llegué a esta residencia, también sentí pena por abandonar la que había sido nuestra casa durante sesenta años. Pero alguien me dijo una frase que me ayudó mucho: «Mudarse solo es cambiar de cielo sin mover las estrellas». Dejas un lugar, pero lo esencial, los recuerdos, los afectos, incluso los muertos, permanecen siempre a tu lado. Tu amigo, igual que mi mujer, seguirá vivo dentro de ti mientras vivas.

Jose txo se marcha sin despedirse ni decir nada más, caminando despacio con las manos cruzadas en la espalda en dirección al edificio de la residencia.

Martín deja de observarle para alzar la vista hacia el cielo. Aún abrazado a su mujer y a su hija, recuerda a su amigo Zubi con una sonrisa salada y repite la frase:

—Mudarse solo es cambiar de cielo sin mover las estrellas.

Cuando se montan en el coche, la radio se enciende en cuanto arranca el motor. Suena la voz del presentador del programa estrella de misterio y *true crime* del país:

«Continuamos con el especial sobre el caso Otazu, cuya investigación oficial se reactivó hace un año para dar un giro. El foco que apuntaba hasta entonces hacia Jon Egüés como culpable del asesinato del nadador pasó a Jesús Jaso, un médico de Pamplona que...».

—¡Me aburro! ¡Quiero música! —pide Laia desde su silla en el asiento trasero.

Mientras, el locutor sigue hablando:

«... y yo me pregunto: ¿realmente tenemos que creernos que Jon ha muerto?».

Ane resopla. Mira a Martín, que le devuelve una sonrisa de complicidad, y apaga la radio.

—Mejor cántanos tú algo, Laia.

Agradecimientos

A las personas que forman parte de Suma de Letras, en especial a Ana Lozano, por confiar en esta historia desde que solo era una idea en mi cabeza.

Gracias a Silvia García, a Teresa Farell y a todo el equipo de Penguin Random House que ha trabajado para que esta novela sea posible y llegue a todas las librerías.

A Unai Goikoetxea, por la generosidad. Si todavía no has leído a Unai, estás tardando en hacerte con una de sus novelas.

A mi amigo Zalba, por soportar miles de preguntas sobre el día a día de un bombero, por abrirme las puertas del parque de Cordovilla para enseñarme las instalaciones y el material y dejarme subir en los vehículos. Lo disfruté como un niño. Si hay algún error de documentación, es solo culpa mía.

Al Servicio de Bomberos de Navarra, por trabajar cada día para protegernos.

Muchas gracias a Ana, por estar a mi lado y aconsejarme en cada locura que me da por soñar. La aventura más grande llegará en septiembre.

A Fandos, Isaac y Saúl, por hacer de lectores cero y ayudarme a mejorar esta novela.

A mi familia y amigos, por apoyarme siempre.

Y, por último, gracias a ti que estás leyendo estas líneas, porque, de entre los 90.000 libros que se publican al año en España, has elegido mi novela. Si te ha entretenido y todavía quieres ayudarme un poco más, lo mejor que puedes hacer es recomendarla, regalarla, compartirla en redes o hacer una reseña.

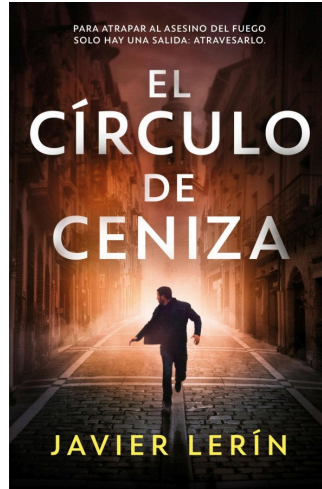
Un abrazo.

Pamplona, 3 de marzo de 2026

JAVIER LERÍN

Instagram: [javi.lerin](#)

**Un incendio provocado.
Un círculo de cadáveres y un ritual macabro.
¿Quién es el asesino del fuego?**



Martín Salaberri, un bombero de Pamplona que acaba de separarse de su mujer, acude a apagar un fuego en un chalé de Zizur. Lo que se encuentra en la vivienda tras sofocar las llamas es una escena dantesca: cuatro miembros de una misma familia calcinados. Alguien los ha colocado en círculo, con un símbolo de muerte. Al situarse en el centro pisa un objeto que resulta ser un recipiente de cerámica con un nombre, Jon. Esa sucesión de letras activa la memoria de Martín y lo conecta con un suceso trágico con el que se obsesionó tiempo atrás: el asesinato del nadador olímpico Imanol Otazu, quien fue quemado vivo por Jon Egüés, al que todos daban también por muerto. Martín decide guardar el recipiente para seguir investigando por su cuenta; tiene una corazonada. Lo que desconoce es que este gesto desatará la ira del asesino del fuego y convertirá al bombero en su objetivo principal.

El escritor Javier Lerín vuelve con un thriller lleno de suspense y giros argumentales que encenderá el corazón de los lectores. *El círculo de ceniza* nos perturba de manera exquisita en una Pamplona cubierta por una atmósfera de misterio. Una novela absorbente y enérgica que nos muestra personajes complejos que tratan de evitar ser abrasados por las llamas.

El thriller psicológico más oscuro y adictivo.

«Pasado y presente se funden al calor del fuego en esta obra que consagra a Javier Lerín como una de las voces más prometedoras de la novela negra española».

UNAI GOIKOETXEA

Javier Lerín nació en Pamplona en 1986. La necesidad de contar historias le ha acompañado desde siempre. Dedicó su juventud a componer canciones para la banda de punk-rock Marvin y ahora combina su actividad literaria y musical con su carrera como ingeniero de ciberseguridad. *La casa de los perdidos* fue su debut y *El círculo de ceniza* es su segunda novela, ambas publicadas en Suma.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Javier Lerín Albéniz

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Capítulo 13: fragmento de la canción «El hombre pájaro», de Robe Iniesta.

Capítulo 23: fragmento de la canción «Sadie», de Alkaline Trio.

La editorial agradece las autorizaciones recibidas para reproducir los textos incluidos en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se han conseguido, la editorial reconoce su titularidad en los derechos de reproducción y ruega que le sea comunicado para subsanarlo.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: composición fotográfica de Leo Flores a partir de las imágenes de © Mark Owen / Trevillion Images, © iStock y © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-49-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased

YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

[El círculo de ceniza](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Javier Lerín](#)

[Créditos](#)
